

La vida más patética

-Dryadeh-



D.J.57

© 2020, La vida más patética, Dryadeh.

© de las ilustraciones: Judith Chamizo.

Corrección y maquetación: Pilar Caballero.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra y su difusión o transformación por cualquier medio sin permiso previo de la autora.

Nota de la autora

Corría el año 2010 y yo era muy activa en la comunidad de LiveJournal (un tipo de blog). Un buen día se popularizó un meme en el que debías convertir tu vida en una comedia romántica y escoger un *casting* de actores y actrices para interpretar a cada personaje (la prota, el prota, la mejor amiga, el mejor amigo gay, el ex, la otra, etc.), además de la ciudad en la que transcurriría. Planteé una premisa utilizando parte de mis vivencias y fantaseando otro poco, y resultó que varias de mis amigas de LiveJournal me animaron a convertirlo en una historia. El proceso me llevó un par de años, y desde entonces he vuelto a ella, la he revisado, la he reescrito, recortado, ampliado y transformado incontables veces.

Ha cambiado mucho, pero el esqueleto es el mismo. Por eso, debo advertirte que en esta novela encontrarás muchos clichés y estereotipos casi obligatorios en el género, aunque con unas cuantas vueltas de tuerca que rozan la parodia.

También encontrarás un montón de referencias de cultura pop y *millennial* (si es que se le puede llamar así), junto a un atajo de personajes secundarios que están un poco locos y unos protagonistas que están un poco rotos.

Sea como sea, espero que te haga pasar un rato agradable. Gracias por darme una oportunidad.

Con mucho cariño,

Dry

Para Sig y Nell. Que esta aventura vea la luz es gracias a vosotras.

La vida más patética

Capítulo 1: Conoce a la concursante nº 1 de «La vida más patética» 2

Capítulo 2: Concurante nº 214

Capítulo 3: Los «ex» 22

Capítulo 4: Chica conoce chico 31

Capítulo 5: It's not unusual 41

Capítulo 6: Resacón en Bolsín Cerrado 57

Capítulo 7: Un jarro de agua fría 67

Capítulo 8: Bufanda Marrón 76

Capítulo 9: Duelo de divas 92

Capítulo 10: El segundo plato 107

Capítulo 11: Recuento de daños 120

Capítulo 12: Tu «rebote» 136

Capítulo 13: Operación «Reconquista En El Desierto» 147

Capítulo 14: Hard to say I'm sorry 160

Epílogo 170

Banda Sonora No Original (BSNO) 172

Agradecimientos

Capítulo 1: Conoce a la concursante nº 1 de «La vida más patética»

3:00 a. m.

Dormía plácidamente, sumida en alguno de mis coloridos sueños, cuando escuché un ruido que me despertó. Sonaba como si alguien se hubiera chocado contra la mesilla del salón. Primero me dije que sería alguno de mis compañeros de piso, pero después recordé que vivía sola desde hacía unas semanas. Así que me convencí de que el sonido provenía de alguna vivienda vecina e intenté volver a conciliar el sueño.

Sin embargo, empecé a oír pasos ahogados por la moqueta y otro golpe contra algo que, dadas las dimensiones de mi piso, solo podía ser la nevera o la barra de la cocina, seguido de una maldición entre dientes.

Eso sí que me despertó del todo. Abrí los ojos y me incorporé con rapidez. La luz de las farolas de la calle se filtraba a través de las cortinas, proporcionándome un poco de claridad. Suficiente para observar la puerta cerrada de mi habitación con el corazón latiéndome a mil por hora.

«Hay alguien en mi casa», pensé. Me vino a la mente el vago recuerdo de mi padre diciéndome que me había mudado a un barrio poco seguro. Eso era una exageración, la verdad, y para mi padre «un barrio poco seguro» era cualquier lugar que estuviera a más de un kilómetro a la redonda de su escopeta. No es que fuera uno de esos yanquis de la asociación del rifle; de hecho, sobre un ser humano su arma tendría el mismo efecto que una pistola de goma (era una escopeta de perdigones para espantar a los pájaros que

picoteaban la fruta). Pero cuando se trataba de sus hijas, Jim Donovan era un hombre muy protector.

Me hubiera gustado tener a mi padre conmigo en ese momento. Llevaba menos de un mes en mi nuevo piso y ya me estaban robando. Esa era la clase de cosas que solo me pasaban a mí.

Me planteé durante unos segundos la posibilidad de hablar civilizadamente con el ladrón para informarle de que lo único de valor que había en mi casa era la edición de coleccionista de la serie completa de *Battlestar Galactica 2003*, pero la deseché en el acto. A lo mejor eso provocaba que quisiera robarme los DVD y entonces yo tendría que decir algo dramático, estilo «Por encima de mi cadáver», y el ladrón podría tomárselo muy al pie de la letra.

La verdad era que lo más sensato en esa situación sería llamar a la policía, pero ¿dónde demonios estaba el móvil?

Y dado que de la entrada de mi piso a mi habitación había unos tres metros (siendo sincera, había tres metros desde la puerta a cualquier punto de mi diminuto apartamento), el ladrón barra asesino barra violador no tardaría ni diez segundos en dar conmigo.

¿Debería esconderme, entonces?

Eso estaría bien si mi piso tuviera un tamaño decente y muebles donde esconderse, pero no era el caso. Era tan pequeño que mis amigos solían bromear diciendo que vivía en un agujero hobbit; de hecho, a veces lo llamaban «Bolsín Cerrado» (era demasiado diminuto para poder ser llamado Bolsón).

Vale, bien, otra opción descartada. ¿Qué me quedaba entonces? Buscar algo que usar como arma.

El problema era que no me atrevía a encender la lámpara de mi mesita de noche por si la luz filtrándose por debajo de la puerta delataba mi posición. El ladrón barra asesino barra violador estaría desconcertado, examinando mi piso y pensando: «¿Pero no hay más? ¿De verdad es así de pequeño?». Y esos segundos de estupor me daban una pequeña ventaja que no quería perder.

Así que me puse a tantear a ciegas el estante que había a la izquierda de mi cama, buscando a la desesperada algo que pudiera servirme de arma. Fue entonces cuando mis dedos palparon el grueso lomo de un libro que reconocí en el acto como la trilogía de *El señor de los anillos* (apéndices incluidos) por su descomunal tamaño. Y, siendo consciente de que bien empleado podría ser un arma mortal, lo cogí rápidamente y salí con sigilo de la cama, sintiéndome un Rohirrim en la batalla de los Campos del Pelennor (estuve a punto de gritar: «¡A mí! ¡A mí! ¡De pie, Eorlingas! ¡No os amedrente la oscuridad!»).

Me dirigía hacia la puerta de mi habitación haciendo una digna imitación de la Pantera Rosa, cuando esta se abrió de golpe. Me quedé paralizada con el pesado tomo alzado por encima de mi cabeza al reconocer a la persona que había bajo el dintel, iluminada por la bombilla encendida de la cocina barra salón barra recibidor.

—¿Ashley? —balbuceé.

—Oh, ¡Eryn! —sollozó ella. Era mi hermana y estaba llorando, lo que había emborronado todo su maquillaje y tintado sus lágrimas de negro. Parecía estar desolada, aunque interrumpió su llanto de repente al verme sujetando *El señor de los anillos* como si fuera a descargárselo sobre la cabeza de un momento a otro—. ¿Qué se supone haces?

—¿Que qué hago? —repetí, cardíaca. Aún podía sentir mi corazón latiendo tan rápido que casi me dolía—. ¡Qué demonios haces tú aquí! ¡Me has dado un susto de muerte! Pensé que eras...

Pero Ashley había perdido todo el interés en saber qué había llevado a su hermana a pasearse en plena madrugada con un libro del tamaño de un diccionario enciclopédico y volvía a llorar como una magdalena. Preocupada, olvidé mi enfado y dejé la trilogía sobre mi minúsculo escritorio para poder abrazarla.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté. Ashley se aferró a mí con fuerza y se dejó mecer suavemente, como si estuviéramos bailando una canción lenta, igual que hacíamos cuando éramos pequeñas—. ¿Te has peleado con Jaime?

—¿Jaime? —barbotó ella con voz aguda—. Jaime es agua pasada, ¡te hablo de Colin!

Recordaba haber tomado un café con mi hermana y el tal Jaime hacía cuatro o cinco días, pero eso en el calendario de Ashley equivalía a unas cuantas centurias.

Así que Colin... ¿Quién demonios era Colin?

—Ha sido tan horrible —lloró ella—. Ha dicho que no estaba seguro de que lo nuestro tuviera futuro...

Me limité a frotarle la espalda con una mano y emitir un murmullo arrullador. Ese Colin, menudo capullo, mira que no estar seguro de que su relación de ¿tres días? tuviera futuro...

Ashley siguió llorando un rato, empapando mi pijama y estremeciéndose sin aire, hasta que poco a poco logró calmarse. Entonces, me besó en la mejilla, me miró con ojos vidriosos y puso su cara de pena grado tres, el tipo de expresión capaz de derretir a un bloque de hielo.

Mi padre no soportaba mirarla fijamente ni dos segundos. En realidad no necesitaba ni mirarla; solo con saber que Ashley estaba poniendo esa cara, aunque él no estuviera viéndola, se desarmaba por completo.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí? No quiero volver a casa.
Suspiré; qué otra cosa podía hacer.

—Claro.

Ashley ya había dejado el abrigo y el bolso en la única silla de mi habitación antes de que le hubiera contestado. En cuestión de segundos, se quitó los tacones altos y el vestido rojo estilo años sesenta y, con total confianza, empezó a rebuscar en mi armario. Encontró una camiseta de publicidad enorme y se la puso, manchándola de maquillaje corrido al pasársela por la cabeza. Después se metió en la cama y se tapó bien con el nórdico, acurrucándose como un cachorrillo. Intenté no pensar en los borrones de maquillaje que quedarían también en mi almohada y mis sábanas.

Como era obvio, Ashley no iba a dormir en el sofá. Miré el reloj de mi mesilla de noche con pena. Eran las 3:15 a. m. Me quedaban poco más de tres horas de sueño.

Quizás debería estar un poco molesta, pero no era la primera vez que sucedía algo similar. Al menos, ahora que me había trasladado a un piso para mí sola, no había riesgo de que se tropezara con la docena de Erasmus italianos que solían crecer en el suelo del salón de mi antiguo apartamento compartido. Además, no siempre eran la misma docena. Mi compañera italiana parecía llevar a cabo algún programa de acogida universitario llamado «Aloja por un par de noches a todos tus compatriotas que pasen

alguna vez en su vida por Irlanda». Y, por suerte, podíamos mantener una conversación sin tener que hablar a gritos para hacernos escuchar por encima de los gemidos y el chirrido de los muelles del colchón de mi otro compañero de piso, un joven natural de Galway llamado Cony, pero al que Katie apodaba el Follador por razones fáciles de adivinar.

La cuestión era que, dada la tendencia de Ashley a aparecer con nocturnidad y alevosía en el cuchitril de turno en el que yo viviera desde que me había independizado, mudarme a un piso de una sola habitación había sido un avance. Así podíamos seguir una larga tradición iniciada más o menos cuando mi hermana cumplió catorce años, consistente en que ella entrara en mi cuarto en mitad de la noche y se metiera conmigo en la cama para contarme que había roto con el amor de su vida o que había encontrado uno nuevo.

A veces vemos uno de esos culebrones en los que todos los personajes acaban enrollándose entre ellos y pensamos que eso nunca sucede en la vida real. Pues debo decir que en la vida de mi hermana sí. Su historial amoroso daría para llenar varias temporadas de *Anatomía de Grey* y *Gossip Girl*.

Resultaba increíble y a la vez tierno que una persona que en un mes había tenido más novios que yo en toda mi vida pudiera seguir entregándose a una nueva relación con tanta inocencia e ilusión.

Para Ashley no se trataba de sexo o de simple atracción, ella siempre pensaba que ese sería el definitivo. Y ellos... bueno, caían como moscas ante el irresistible encanto de mi hermana.

Tenía esa belleza de muñeca de porcelana: rasgos finos, piel blanca y boca dulce. A su lado yo era demasiado baja, demasiado ancha, con un rostro vulgar, sin graciosas pecas por la nariz y con los ojos de un gris desvaído, en comparación con su radiante azul. La gente solía sorprenderse cuando descubría que éramos hermanas. Era casi como uno de esos casos de un bello famoso con un mellizo secreto que guarda más parecido con el Jorobado de Notre Dame que con él, y en los que todo el mundo se maravilla (o, mejor dicho, se horroriza) ante los misterios de la genética.

Bueno, tal vez estuviera exagerando. Al menos yo no tenía joroba.

La cuestión era que Ashley era preciosa. Además, se vestía como las bellezas clásicas, Ava Garner o Audrey Hepburn, siempre de punta en blanco. Daban ganas de meterla en una vitrina y ponerla de adorno en algún lugar del salón. Y era tan ingenua y tan mimosa que era prácticamente imposible no caer en sus redes. Ashley siempre conseguía lo que quería: algo de mi ropa, el permiso de mi padre para casi cualquier cosa, que mi madre le comprara un nuevo modelito y, desde luego, a cualquier chico que se le metiera entre ceja y ceja.

Pero no había ninguna maldad en ella y ni siquiera su egoísmo era consciente. Tan solo te pedía algo y eras incapaz de decirle que no.

Cuarenta y dos minutos. Ese fue mi record. Corría el verano de 1996 y Ashley me pidió que le dejara jugar con la *Game Boy Pocket* que acababan de regalarme por mi cumpleaños. Logré resistirme a su puchero y a su mirada de pena durante más de media hora. Había pasado mucho tiempo, pero recordaba con

claridad el sudor frío que me pegaba a la espalda el horrible vestido que llevaba, mientras ella me observaba desde un rincón del salón, jugando con desinterés con sus muñecas. Al final me rendí y le presté mi consola de bolsillo. No volví a tocarla hasta pasados dos meses, cuando Ashley se aburrió de ella.

Suspirando de nuevo, me acosté junto a mi hermana, alegrándome de que mi cama fuera el único mueble de todo mi piso que no parecía haber robado de la casa de los Siete Enanitos. Ella se acomodó junto a mí, me pasó una pierna y un brazo por encima del cuerpo, y apoyó la barbilla en mi hombro izquierdo.

Razón principal por la que no me gustaba dormir con Ashley desde que tenía tres años: lo acaparaba todo. El espacio, las mantas, la almohada, a mí misma. Eras como un complemento más para su comodidad, igual que un cojín o un oso de peluche. Eso al principio, claro, cuando estaba cogiendo el sueño. Después acababa arrinconándote en una esquina de la cama para poder dormir a pierna suelta y te dejaba sin nórdico.

Llena de resignación, cerré los ojos y traté de conciliar el sueño, pero entonces una pregunta rápida cruzó mi mente.

—Oye, Ashley, ¿cómo diantres has entrado en mi piso?

Solo obtuve el silencio por respuesta, aderezado con la suave respiración de mi hermana, que ya estaba dormida como un tronco.

Genial.

φ φ φ

6:30 a. m.

El despertador, implacable, sonó junto a mi oído sin importarle que no hubiera logrado más que dormitar medio grogui desde la llegada de Ashley. Lo apagué rápidamente para no

despertar a mi hermana, que lanzó un pequeño gruñido, y me levanté de la cama; acción que no me costó mucho, porque ya tenía medio cuerpo fuera. Cogí de una silla la ropa que había dejado preparada el día anterior y salí de mi cuarto procurando no hacer ruido. Me estaba vistiendo en el salón entre bostezo y bostezo cuando llamaron al timbre.

Miré primero mi reloj de muñeca para constatar que no eran ni las siete de la mañana y después a la puerta, preguntándome quién podía llamar tan temprano. Acabé de subirme el pantalón y caminé hasta la entrada abrochándomelo.

Ahugué otro suspiro al ver por la mirilla quién estaba al otro lado de la puerta antes de abrirla.

—¡Sorpresa!

Mi mejor amiga me saludó con los brazos extendidos, como si fuera la capitana del comité de mi fiesta sorpresa de cumpleaños. Cumpleaños que desde luego no era ese día, por no hablar de que a la gente la suelen sorprender desde el otro lado de la puerta, no en el rellano.

Llevaba unas gafas de sol sujetándole el largo pelo rubio, un pañuelo al cuello y, por lo que dejaba ver la abertura de su abrigo sin cerrar, una minifalda y una blusa con escote. Estaba claro que no venía de su casa.

—¿Qué haces aquí? —disparé, poco dispuesta a la fanfarria. Casi no había pegado ojo, no eran ni las siete de la mañana y ya tenía dos visitas.

—Buenos días a ti también —me saludó ella, besándome en la mejilla antes de entrar en el piso sin invitación. Se quitó el pañuelo y se dejó caer en el sofá cuan larga era. Me mostró una

sonrisa radiante cuando le dediqué una mirada acusadora—. Vamos, alegre esa cara.

—No tengo un buen día —repuse, cerrando la puerta—. Y tengo que coger un autobús en quince minutos. Así que, en serio, Katie, ¿qué haces aquí? —Esta vez mi tono fue más suave.

—Pues pasaba por aquí y pensé en traerte el desayuno.

Lo cual sería muy amable por su parte si, de hecho, Katie hubiera traído el desayuno.

—Ah, sí, ¿y dónde está?

—¡A punto de hacerse! —exclamó ella, levantándose del sofá con energía y dirigiéndose a la nevera.

Decidí no hacer comentarios y me calcé los botines, antes de ir al baño a lavarme la cara.

—¿De dónde vienes? —pregunté, abriendo el grifo.

La voz de Katie me llegó desde la cocina, junto al sonido del microondas poniéndose en marcha.

—De casa de un tío. Ya sabes cómo es mi madre, no me apetece pelearme con ella de tan buena mañana.

¡Madre! Contemplé cómo se abrían mis ojos en el espejo que había sobre el lavabo. Había olvidado avisar a mi madre de que Ashley estaba conmigo...

En ese momento exacto, el teléfono empezó a sonar. Salí disparada del baño y lo cogí antes de que Katie se adelantara.

—¿Es un hombre? —preguntó, al tiempo que yo descolgaba. La fulminé con una mirada y gesticulé un exagerado «NO».

—¿Eryn? ¿Sabes algo de Ashley? —Esa era mi madre.

—Sí, mamá. —Pronuncié alto y claro la última palabra, dedicándosela a Katie, que me sacó la lengua—. Ha pasado la

noche aquí, olvidé avisarte.

—¡Esta niña acabará por matarme! —se quejó ella por el auricular—. Tu padre y yo apenas hemos pegado ojo...

—Ya somos tres...

—... preguntándonos por qué no había vuelto. ¿No iba a cenar con John y luego él la traería a casa? Ya sabes lo que opina tu padre de que duerma con... *chicos* —dijo en voz bajita, como si su marido estuviera escuchando su conversación—. Y de todos modos, ¿por qué no me avisaste? He estado tan angustiada...

—Era muy tarde, no quería despertaros —improvisé—. Pensé que os asustaríais más si os llamaba en medio de la noche...

... Para deciros que ha roto con Colin, que Jaime es agua pasada y John directamente de otra vida.

No era que eso fuera a sorprender demasiado a mi madre, pero no quería disgustarla con la noticia. Ya se escandalizaba bastante pensando que Ashley cambiaba de novio cada mes como para saber que, en realidad, estar cuatro semanas seguidas con el mismo chico no era algo que hubiera hecho nunca.

Escuché interferencias en el auricular, como si el teléfono estuviera cambiando de manos, y luego un carraspeo. Ese era mi padre.

Oh, oh. Si mi padre se ponía al aparato, era que estaba cabreado. No se trataba de un hombre de muchas palabras, ni siquiera en persona.

—Eryn, ¡que tu hermana se ponga al teléfono ahora mismo! —dijo en voz tan alta que me separé un poco el auricular de la oreja. Esto no era tanto por estar enfadado como por estar hablando por

teléfono. Mi padre era de esos que hablaban a gritos, como si no se fiara de que le fueran a oír estando tan lejos.

—Papá, está durmiendo. Anoche se acostó tarde, está cansada.

No se trataba de que fuese una hermana estupenda, sino de que sabía de sobra que Ashley no se movería de la cama. Y yo iba a perder el autobús si mi padre intentaba despertarla a gritos a través de un teléfono que estaba en otra habitación.

—Quiero hablar con ella —insistió él, obstinado. Había pocas personas más cabezonas que mi padre, yo era una aficionada a su lado.

—Papá, hagamos una cosa. Yo tengo que irme a trabajar, pero le dejaré una nota para que te llame en cuanto se despierte.

Escuché a mi padre refunfuñar por lo bajo y luego los sonidos típicos de una refriega por la posesión del teléfono. De pronto oí a mi madre, triunfante, al otro lado de la línea.

—Eryn, cariño, vas a llegar tarde al trabajo. Déjale una nota a tu hermana para que nos llame cuando se despierte, ¿de acuerdo?

—Sí, mamá.

Nos despedimos y al fin pude colgar, aliviada porque la situación se hubiera salvado. Un drama familiar a primera hora de la mañana era lo último que necesitaba, a pesar de que comprendía a mis padres.

Katie apareció en mi ángulo de visión con una taza rebosante de leche caliente. Me la había regalado ella las Navidades pasadas y cada vez que la veía se reía, como si se hubiera marcado un buen chiste. Todo era porque en la taza ponía «El sexo conmigo es tan

bueno que hasta los vecinos necesitan un cigarrillo», lo cual resultaba irónico, dada mi nula vida amorosa en los últimos tiempos.

No hace falta mencionar que no la usé hasta que me independicé.

Tomé la taza, ignorando la risilla de mi mejor amiga.

—Así que Ashley está aquí. ¿Cuánto ha durado esta vez el nuevo amor de su vida? —se interesó Katie.

Ashley y Katie se parecían en algo: eran un imán para los hombres. Pero ahí se acababan sus semejanzas. Ashley buscaba el amor verdadero, mientras que Katie solo pretendía pasárselo bien. Aun con todo, se llevaban estupendamente y compartían su frustración porque yo no me comiera un rosco desde que se llevaban las permanentes.

—Calculo que tres días. Pero el anterior, Jaime, duró dos semanas. Incluso me lo presentó.

—¿Sabes? —Katie sacó las tostadas que acaban de hacerse y después se sopló la punta de los dedos, que al parecer se había quemado—. Deberías seguir un poco el ejemplo de tu hermana.

Lo que yo decía.

—Ella sola completa la cuota de hombres permitida a las hermanas Donovan —bromeé, buscando la mermelada en la nevera—. Y si sobra alguno, te lo quedas tú. Háblame de tu Romeo de anoche.

—No hay mucho que contar, ha sido divertido y además vive cerca de mi mejor amiga en el mundo, ¿qué más puedo pedir? —replicó ella, con esa sonrisa perfecta suya.

Katie no solía explayarse hablando de sus ligues: prefería hablar de los que yo no tenía. Muy especial tenía que haber sido el

chico para que me dijera siquiera su nombre.

—¿Y qué le vas a decir a tu madre, eh? —contraataqué, masticando la tostada a toda velocidad. Iba a perder el autobús, en serio.

Katie rodó sus ojos azules e hizo una mueca.

—Ya lo pensaré.

Entendía a la pobre madre de mi amiga tanto como a la mía. Tenía una confitería en la que Katie trabaja (cuando se sentía generosa) mientras buscaba hacerse carrera como actriz. Hasta el momento, su mayor éxito había sido aparecer en un telefilme para la televisión irlandesa, en el que interpretaba a una camarera que decía una única frase: «¿Qué va a ser?». Es más, inicialmente el personaje de Katie no tenía ninguna línea, tan solo debía fingir que trabajaba al otro lado de la barra y lanzar al protagonista una mirada inquisitiva. Pero mi mejor amiga no pensaba conformarse con ser una figurante muda y añadió esa frase de su propia cosecha. Improvisar, lo había llamado a ella.

Por fortuna, a la directora no pareció importarle mucho y su línea sobrevivió al montaje final de la película. Me alegré mucho, porque, dejando a un lado mi amor por Katie, fue la mejor escena de todo el film; así de terrible resultó ser.

La cuestión era que, con ese bagaje laboral, mi amiga no podía permitirse ser independiente, así que vivía con su madre.

Maud había sido una madre joven y soltera, cosa que su familia, especialmente conservadora, no se había tomado muy bien. En consecuencia, apenas tenía relación con ellos y había criado a su hija sola. Pero, aunque Katie la adoraba, la responsabilidad no era su punto fuerte. Regresaba a casa a horas intempestivas o

desaparecía durante días sin avisarla siquiera. Por lo general se refugiaba en mi piso (aunque el Follador, que insistía en hacer honor a su mote con ella, era tan pesado que solía quedarse poco) o en casa de Emmet y Paul. Eso hacía que estuvieran peleándose casi todo el día, lo cual solo lograba que Katie huyera más a menudo. Ahora que tenía un piso para mí sola, ella pasaba más tiempo en él que yo.

—Oye, ¿puedo echarme un rato en el sofá? Quiero dormir un poco antes de enfrentarme a la ira de Maud —me pidió.

Deberían canonizarme, en serio.

—Claro —murmuré con la boca llena.

Salí disparada hacia el baño e intenté poner un poco de orden en mi pelo. La noche anterior me había acostado con él húmedo y ahora parecía un nido de pájaros. Eché un rápido vistazo a mi reloj. Quedaban menos de cinco minutos para que el autobús pasara, lo que significaba que no me daba tiempo a alisarme el pelo. Tendría que ir a la empresa con aspecto de no haberme peinado en los últimos años. Menuda pinta para una formadora. Aunque, por otro lado, desde luego me garantizaba tener la atención de mi público.

Tragué el bocado, me lavé los dientes a toda velocidad, me cepillé el pelo (que solo se encrespó más) y me eché un poco de colonia. Cuando salí del baño, Katie ya estaba tirada en mi sofá, con una pierna y un brazo colgando y las gafas de sol puestas para que no le molestara tanto la luz. Tenía una pinta graciosa, pero yo no tenía sentido del humor a esas horas.

Refunfuñando, escribí una rápida nota para Ashley que dejé sobre el pequeño mueble que había junto a la puerta, cogí mi bolso

y salí corriendo.

φ φ φ

3:00 p. m.

Había conseguido coger el bus y llegar al trabajo puntual. Sudando y con aspecto de haber sido peinada por una bandada de cuervos. Me había pasado toda la jornada particularmente espesa, ya que una vez superadas las prisas me había atacado todo el cansancio de una noche casi en vela.

De modo que, cuando por fin llegué a mi portal, solo quería comer algo, quitarme la ropa mojada (para variar, había diluviado y me había empapado en los treinta metros que había de la parada de autobús a mi casa) y caer en coma sobre el sofá que, esperaba, estuviera libre.

No quería hablar con nadie en lo que restaba de día, así que contaba con que Ashley y Katie hubieran vuelto a sus respectivas casas, que para eso las tenían. Pero antes de abrir la puerta y caer sobre el sofá (ventajas de un piso del tamaño de una caja de zapatos), me quedaba subir cuatro pisos de escaleras sin ascensor.

Esa era mi triste realidad desde que me había mudado. Cuatro pisos de escaleras a subir y bajar todos los días, al menos una vez. Tal vez eso explicaba que pudiera permitirme pagar el alquiler.

Pero desde que vivía aquí, bajar la basura había cobrado una nueva dimensión: ya no era la simple molestia de tener que salir a la calle, era la pereza de tener que bajar y subir cuatro malditos pisos para echar una bolsa al contenedor.

Cuando vivía con el Follador y la Erasmus había una especie de norma no escrita respecto a la basura: el que llenara la bolsa,

debía cambiarla y sacarla. Una Erasmus que se pasaba en el piso menos horas al mes que sus invitados y un hombre cuya mayor preocupación era tirarse a toda mujer dispuesta de Dublín no eran los candidatos ideales a arrimar el hombro con el tema de sacar la basura. Los trescientos compañeros de piso temporales que tenía, tampoco; a fin de cuentas, no vivían ahí.

Al principio, llena de compañerismo y en absoluto dispuesta a quejarme de mi recién conseguida independencia, hacía de tripas corazón y me encargaba yo. Pero, teniendo en cuenta que cada mes pasaban unas quinientas personas por mi piso (unos cuatrocientos italianos/as y unas cien mujeres anónimas con una aguda carencia de sentido del gusto), sacar la basura era un trabajo a tiempo completo.

Así que empecé a hartarme. Se lo dije por las buenas a Agostina, pero no estoy segura de que me entendiera demasiado bien. Después probé a hablar con Cony, pero se me escapó llamarle Follador (literalmente, empecé la conversación con un «me gustaría hablar contigo, Follador»; maldita fuese Katie) lo que, lejos de ofenderle, logró que no prestara atención a nada de lo que le dije. De hecho, creo que pensó que quería comunicarle mi interés en pasar por su chirriante colchón.

Con lo cual, agotadas todas las vías, tomé la dura decisión de dejar que viviéramos enterrados en bolsas de basura hasta que alguno de los dos se dignara a sacarlas. Creí que Agostina se mostraría colaboradora, ya que, cuantas más bolsas de basura hubiera en nuestro piso, a menos amigos italianos podría invitar a dormir en nuestro suelo; pero no funcionó. Entonces volví mis esperanzas hacia el Follador, porque traerse a un ligue a casa y que

esta descubriera que tenía Síndrome de Diógenes podía aguarle la fiesta, pero tampoco obtuve resultados.

Al final llegué a tal nivel de hartazgo y enfado que empecé a dispensar una bolsa repleta de basura a cada persona que pasaba por el piso, como una especie de *souvenir* o un recuerdo de su visita. «Hola, Erasmus nº 394.747, espero que te haya gustado Dublín. Toma, ya que te vas, llévate esto. Bajar la basura es una costumbre muy irlandesa. Experimenta la inmersión cultural total». O bien: «Hola, desconocida que está haciendo gárgaras en el fregadero para desinfectarse tras una noche con el Follador. Tira esto al contenedor junto a los recuerdos de los tres minutos de anoche».

Cuando decidí que no podía soportar más la situación, empecé a buscar un piso para mí sola que pudiera costearme. Lo encontré: un cuarto sin ascensor y con el espacio suficiente para ser la guarida de Ant-Man. Pero al menos no tenía que ocuparme de la basura de nadie.

Intentaba recordarme eso a mí misma mientras subía las escaleras medio recostada sobre la barandilla, cuando me topé con un chico.

Pelo castaño oscuro y despeinado, cejas pobladas, mirada profunda y barba de unos días. Su cara me sonaba, debía de habérmelo cruzado antes por el edificio. Llevaba una camiseta con una frase en verde que ni me molesté en leer.

Se detuvo en el rellano al verme y su gesto distraído cambió y se deslizó lentamente en una sonrisa traviesa que me dio mala espina. Esperaba de verdad que no fuera a intentar ligar conmigo. No estaba de humor, lo que creía que era evidente: tirada sobre la

barandilla y tan cansada que ni siquiera me avergonzaba ser pillada en esa postura.

—Hola —me saludó él, indiferente a mi estado semicomatoso—. ¿Qué hay?

Con un gran esfuerzo, me erguí, sintiendo la ropa pegada al cuerpo y el pelo goteándome sobre la cara. Parecía una rata mojada y él aún tenía los arrestos necesarios para preguntarme cómo estaba con total tranquilidad.

—He estado mejor —respondí, lanzándole una mirada elocuente.

—Eres nueva por aquí, ¿no?

Si ahora me soltaba el típico «¿estudias o trabajas?», no respondía de mí misma.

—Sí —articulé, y seguí subiendo las escaleras. Pasé por su lado sin mirarlo siquiera, pero eso no pareció desanimarle.

—Vivo en el segundo —continuó, y me señaló una puerta a mi izquierda—. Si alguna vez necesitas un poco de sal...ven a verme.

Había hecho que su frase sonara tan lasciva que, en lugar de «sal», podría haber dicho «sexo» y nadie habría notado la diferencia. Una de dos: o el chico andaba muy desesperado o le tiraba los trastos a todo lo que tenía piernas. Algo me decía que era más bien la segunda opción.

Para que luego dijeran que yo no ligaba.

—Lo tendré en cuenta —dije, pero le lancé una mirada tan seca que hasta él se dio cuenta de que solo estaba siendo sarcástica. Mi hosquedad funcionó, porque me mostró las palmas de las manos en son de paz.

Dando por zanjada nuestra corta interacción, seguí mi fatigoso camino y llegué hasta mi piso, que por fortuna estaba vacío, sin más interferencias.

Día superado.

Capítulo 2: Concurante nº 2

Había una vez un chico sentado en un sofá gris. Un sofá gris que casualmente también era su cama.

Ese chico se llamaba Peter, tenía treinta años y el corazón roto. No se había movido en los últimos veinte minutos, desde que Karl, su amigo y propietario del sofá, se marchara con la promesa de traerle algo que «le levantaría el ánimo».

No se hizo esperar demasiado. Regresó poco después con una pizza caliente y unas cuantas latas de cerveza Guinness. Le había pillado la lluvia, así que traía el pelo castaño aplastado y chorreante, y su camiseta favorita, en la que ponía «*Kiss me, I'm Irish*», estaba empapada. Sin embargo, Karl parecía animado.

Le lanzó una lata de cerveza a Peter, sin hacer ningún comentario sobre el hecho de que permanecía en la misma postura en la que lo había dejado, y depositó su carga sobre la mesa «de posar los pies».

La madre de Peter, Maureen, la llamaría «mesa de té» y le cortarían los pies si le viera con ellos encima, pero el piso de Karl se regía por reglas diferentes. La única regla era: no hay reglas. En la mesa de té de Karl nunca había té, solo revistas, envoltorios, latas aplastadas y, efectivamente, pies.

—Ya está —murmuró, mientras abría la caja de pizza. Cogió una porción y se la metió en la boca casi entera al tiempo que se dejaba caer en el sofá, que absorbió parte de su cuerpo con un chirrido.

Peter suspiró mientras abría la cerveza. Debía de haberlo supuesto: pizza y cervezas, la versión masculina de la tarrina de helado y las películas románticas, según Karl. Sin olvidar salir de

fiesta todos los días de la semana, emborracharse y ligarse a tantas chicas como fuera posible.

Claro que Karl nunca había pasado por ninguna ruptura, porque su relación más larga la había tenido a los trece años, cuando salió durante una semana con Ciara O'Maley. A los seis días la dejó con una frase que se volvió mítica en su instituto: «Corto contigo porque lo nuestro no tiene sentido».

Se parecía a lo que Aideen había dicho cuando dejó a Peter, apenas un par de semanas atrás. Hubiera tenido cierta gracia si su relación hubiera durado solo una semana, pero salieron durante tres años e incluso compartieron casa los últimos diez meses, razón por la cual ahora él dormía en el sofá de Karl.

Vivir con Karl tenía sus cosas buenas, como poder poner los pies encima de la mesa del salón, ver el canal de deportes a todas horas y echarse eructos cuando bebía algo con gas. Pero también tenía sus inconvenientes, como el hecho de que en la nevera solo había cervezas, que debías comer directamente sobre la mesa porque nunca quedaban platos limpios o que el baño estaba habitado por calcetines y calzoncillos sucios. Y desde luego, dormir en su sofá chirriante, con muelles que se te clavaban en la espalda y el trasero, no podía compararse con dormir en una cama; ni acurrucarse en sus cojines llenos de lamparones era ni por asomo como abrazar a Aideen.

Aideen.

—Ya estás otra vez —bufó Karl, con la boca llena de pizza. Peter alzó una ceja oscura con gesto interrogante y su amigo se limitó a negar con la cabeza, lamentándose—. Tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—Esa cara de atontado deprimido que se te queda cuando estás pensando en Aideen. Das pena, tío. Si me hubieras hecho caso... ¿qué te dije yo de las rubias?

—¿Que te encantan?

Era un hecho científicamente probado que Karl tenía una predilección absoluta por las rubias. No era que le hiciera ascos a pelirrojas, castañas o morenas (le gustaban de todos los tipos, colores y formas), pero si podía escoger, se quedaba con las rubias.

—Sí, pero yo no me voy a vivir con ellas. Vivir con chicas es una mala idea. —Y como si se le hubiera ocurrido de repente, añadió—: *Salir* con chicas es una mala idea.

Karl era un soltero convencido. La idea de tener una relación estable le producía urticaria, él solo veía obligaciones y restricciones por todas partes. Jamás renunciaría a su absoluta libertad. Así que sí, cuando Peter empezó a salir en serio con Aideen le dijo que era un esquirolo y que lo habían domesticado, pero respecto a ella lo único que comentó fue que «estaba buena».

—También tiene sus cosas buenas —replicó Peter con aire nostálgico. Echaba de menos a Aideen: dormir con ella, besarla, llegar a casa y encontrarla, hablarle de cómo había ido su día, cocinar para ella porque era un desastre en eso, ver películas de miedo rodeándola con un brazo...

—No empieces —le atajó Karl, apuntándole con su lata de cerveza—. Si me sueltas otro de tus discursos melancólicos, me tiraré por una ventana.

Bueno, sí, era posible que Peter estuviera un poco sensible esos últimos días, pero nadie podía culparle. La ruptura aún estaba

muy reciente, aunque Karl pensara que solo necesitaba salir un poco por ahí y ligarse a otra chica para superarlo.

El mayor problema era que no se lo había visto venir. Un día regresó a casa y Aideen estaba sentada en el sofá del salón, tensa y nerviosa. Le dijo que tenían que hablar, y a Peter se le encogió el estómago. Lo sentía mucho, pero ya no estaba enamorada de él. En resumen, eso fue todo, además de tal aluvión de lágrimas que Peter, todavía en estado de shock, por un momento pensó que la que necesitaba consuelo era ella. Luego le pidió que la dejara sola. Él estaba demasiado aturdido para decir nada, así que tan solo cogió su abrigo y se fue.

No fue directo a casa de Karl sino que caminó durante un par de horas por las calles de Dublín, con las manos en los bolsillos y la cabeza baja, tratando de asimilar lo que acababa de suceder. Preguntándose qué había hecho mal o en qué momento se habían ido las cosas a pique sin que él lo notara. Devanándose los sesos intentando entender.

Después empezó a llover y la escena se volvió demasiado emo hasta para él, así que se metió en un taxi y apareció en casa de Karl.

De eso hacía más de dos semanas. No había vuelto a hablar con Aideen. Sin embargo, regresó a la casa cuando ella estaba trabajando y se llevó sus cosas, sabiendo que entendería el mensaje.

Ella no llamó y Peter, tampoco. Aunque, para ser franco, no lo hizo porque Karl le borró el número de Aideen de la tarjeta de memoria de su móvil. Peter se había cabreado un poco al descubrirlo (y no era que planeara llamarla, solo estaba paseando

por su agenda y *por casualidad* notó que el número de su ex novia no estaba allí), pero Karl se encogió de hombros y le dijo: «Lo hago por tu bien».

Aunque en realidad se sabía el número de Aideen de memoria, el hecho de no tenerlo guardado en el móvil evitó que la llamara un par de veces, en medio de una melopea de las que harían historia. Había tratado de marcarlo por su cuenta, pero o bien pulsaba tres teclas de una vez o bien era incapaz de recordar más allá de los cuatro primeros números. Conservó el orgullo, pero perdió el móvil. No literalmente, sino que lo destrozó al lanzarlo contra la pared en pleno enfado étílico, lo que tuvo a Karl riéndose de él durante media hora.

Mirándolo bien, no conservó del todo su orgullo, aunque al menos ella no lo sabía.

Así, de una manera absurda y silenciosa, la mitad de su vida había desaparecido. Y Peter estaba durmiendo en un sofá cutre e incómodo, con todas sus pertenencias metidas en dos maletas debajo de la mesa de la cocina (Karl rara vez la usaba, prefería comer despatarrado en el sofá).

Podría irse a casa de su madre, pero aún no había reunido el valor para contarle que había roto con su novia. Ella adoraba a Aideen y no se tomaría muy bien la noticia. Ya podía imaginarla, con lágrimas en los ojos y clamando al cielo que nunca tendría nietos (privilegios de ser hijo único). Eso por no hablar de su abuela Coleen, que le acusaría de matarla a disgustos y diría algo como «Me iré a la tumba sin bisnietooooos», llevándose las manos al pecho.

Karl estaba muy bien en ese sentido. No le machacaba con el tema, le escuchaba cuando Peter quería hablar y el resto del tiempo se comportaba con normalidad, más bien con jovialidad. Se había tomado todo el asunto como si Peter hubiera vuelto de unas vacaciones muy largas en las que había pillado la fiebre amarilla. Ahora eran de nuevo los dos, solteros, libres para hacer lo que quisieran como en sus buenos tiempos, antes de que él se fuera a veranear al África profunda. Volverían a salir de fiesta todos los días, flirtear y, si había suerte, pasar la noche con un par de desconocidas. O, si no, regresar a su casa a jugar al *Starfigther* de *Star Wars* o ver la reposición de un buen partido de fútbol, *hurling* o alguna película de Indiana Jones.

En realidad, las cosas nunca habían sido así del todo, principalmente porque sus buenos tiempos incluían a un puñado más de amigos; pero todos se habían ido al «lado oscuro», según Karl. Es decir, se habían casado o vivían con sus parejas.

Era lo que había empezado a pasar cuando se acercaron a la treintena. Peter y Karl fueron los que más resistieron. Luego Peter conoció a Aideen y Karl se quedó solo, sintiéndose como un soldado al que sus compañeros habían abandonado a su suerte en zona enemiga. Tanto era así que a menudo los llamaba traidores o esquiroles.

—Venga, ánimo. —Karl le palmeó la rodilla—. Esta noche nos vamos de juerga.

—Karl, mañana trabajo.

—Y yo, ¡a quién le importa!

—Llevo dos días yendo a trabajar con resaca.

Era la pura verdad. Ya no era como cuando tenía dieciocho años, que ni diez pintas de cerveza le impedían levantarse de la cama a la mañana siguiente. Ahora se despertaba con un dolor de cabeza insoportable, los ojos irritados y ganas de vomitar. Lo peor era que sus compañeros de trabajo pensaban que estaba deprimido y se pasaba las noches llorando, así que no hacían más que intentar animarle dándole palmaditas en la espalda o buscándole una nueva novia. De pronto todos tenían una amiga o una prima cuarta soltera que seguro que hacía muy buenas migas con él.

Peter no sabía qué era peor, si la resaca o las atenciones de sus colegas.

Al menos Karl no estaba buscándole novia, ni mucho menos. Solo unos cuantos clavos para «su martillo» (y sí, le gustaba usar eufemismos del estilo cuando hablaba de penes).

Su amigo estaba a punto de tirar por tierra sus objeciones o llamarle aburrido, cuando sonó el timbre. Ese timbre agudo y penetrante que ponía de los nervios a Peter. Karl suspiró y le dio un gran mordisco a su ración de pizza antes de ir hasta la puerta. Abrió, resopló y se hizo a un lado con mala cara. Peter adivinó quién era antes de ver a la joven rubia y delgada, con tacones altos y un tres cuartos gris ceñido en la cintura.

Era Anna, una de las amigas de Aideen con la que Peter siempre se había llevado bien. Desde que había roto con su novia, Anna había tomado como su misión personal consolarle. Quizás debería mencionar lo mucho que ella y Karl se odiaban, y sin embargo, dado que Peter vivía allí temporalmente, Anna pasaba mucho tiempo en su piso. Iba a verle casi todos los días, a veces con cosas que se había dejado en su antigua casa o que Aideen

consideraba que debía tener, y otras con entradas para el cine o algo por el estilo.

Se le iluminó la cara al ver a Peter y corrió a saludarlo, ignorando por completo a Karl.

—Peter, ¿cómo estás?

—Hola a ti también —replicó Karl, cerrando la puerta un poco más fuerte de lo necesario.

—Bien, Anna, ¿qué te trae por aquí?

—Pasaba por el barrio y decidí haceros una visita. —Se sentó en el reposabrazos del sofá, junto a Peter. Karl no tenía ningún sillón y se había encargado de ocupar el resto del sofá con rapidez—. Vaya cara, ¿al final salisteis anoche?

Aunque su tono era alegre, a veces a Peter le recordaba a Aideen cuando intentaba ocultar que algo la había molestado; o a su madre, cuando se mostraba dócil para sacarle información y luego sermonearle.

—Sí, Karl acabó convenciéndome. Creo que aún tengo resaca.

—Conocimos a un par de encantadoras rubias, que no eran teñidas, y hemos quedado con ellas esta noche —apuntilló Karl.

No era cierto que hubieran conocido a unas rubias bien dispuestas, solo era una manera sutil de decirle a Anna que se metiera en sus asuntos y de paso llamarla rubia de bote. Ella esbozó una sonrisa falsa pero fulminó a Karl con la mirada, captando el doble sentido de su comentario.

—Me alegra que lo pasarais bien, pero salir todos los días a emborracharse no creo que sea lo mejor para Peter en su situación.

Peter ya supo, en ese mismo instante, que se había quedado fuera de la conversación. No era la primera vez que sucedía: Anna y Karl se sumían en un intercambio de pullas y acusaciones sobre lo que era mejor para él, como si fuera invisible. A veces le recordaban a unos padres divorciados discutiendo por la custodia de su hijo.

—¿Su situación? Ni que estuviera al borde de la muerte. Lo que necesita es salir de fiesta, pasarlo bien y olvidarse de tu amiguita.

—Lo que necesita es centrarse y poner un poco de orden en su vida.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo va a conseguirlo? ¿Yendo al cine contigo?

—Desde luego no lo hará acostándose con la primera que encuentre. Necesita estar una época tranquilo hasta que esté preparado para iniciar otra relación con la persona adecuada.

—¿Por ejemplo? —preguntó Karl con expresión inocente.

Anna apretó los labios y elevó una delgada ceja hasta el límite.

—Eso es cosa de Peter.

Ah, así que ahora algo de su vida era cosa suya. Eso era nuevo.

Había llegado el momento de intervenir.

—Tiempo muerto —dijo, extendiendo los brazos para separarlos, aunque él estaba entre ellos—. Os agradezco la preocupación, pero estoy bien.

Decirlo le resultaba cada vez más fácil y sonaba un poco menos a mentira.

—¿Qué te parece si vamos a tomarnos un café? —propuso Anna, enlazando su brazo con el de Peter, aprovechando que este estaba extendido—. Este lugar apesta. —Dirigió una mirada desdeñosa al pequeño salón-cocina atiborrado de platos sucios, basura y ropa usada, y luego a su dueño.

Como respuesta, Karl le enseñó el bocado de pizza que estaba masticando y Anna hizo un gesto de asco. Peter decidió que lo mejor sería irse con ella o la sangre llegaría al río.

—Está bien, vámonos —accedió, levantándose del sofá con esfuerzo. A menudo pensaba en el sofá como en una planta carnívora: tú te posabas en un borde y de pronto acababas engullido por él, clavándote los muelles en el trasero—. Karl, ¿quieres venir?

—Preferiría que me metieran astillas bajo las uñas y me sacaran los ojos con una pajita, gracias. Pero vosotros pasadlo bien. Tenía que intentarlo.

—Lo haremos —bufó Anna, y casi sonó como una amenaza. Peter tuvo que contener una sonrisa mientras cogía su abrigo y se dirigía a la puerta con su amiga.

—Peter, no vuelvas tarde, recuerda a las rubias —apuntilló Karl antes de que se marcharan, e hizo un gesto elocuente con sus manos, simulando unos enormes pechos.

Peter no se molestó en responder.

φ φ φ

Pasar el rato con Anna estaba bien. Era una interlocutora más receptiva que Karl y no mascullaba un «te lo dije» cada quince segundos, además de parecer interesada en el tema de manera sincera. Por no hablar de que tenía información sobre Aideen.

Sí, quizás eso no fuera lo más beneficioso para él si quería olvidarla, pero no podía evitar que ella siguiera importándole. Por desgracia, que ya no le quisiera no afectaba a lo que sentía él.

La gente debería enamorarse y desenamorarse al mismo tiempo.

—Peter, ¿me estás escuchando?

De pronto se dio cuenta de que Anna estaba chascando los dedos bajo su nariz. Se había quedado abstraído con cara de «atontado deprimido», como diría Karl.

—Perdona, estaba distraído, ¿qué decías?

Anna negó con la cabeza, lamentándose, y alargó las manos sobre la mesa para tomar las de Peter, que rodeaban una taza de café cargado.

—Sé que ahora no lo parece, pero lo superarás.

Más discursos del estilo, no, por favor. Joe, el de fotocopiadora, le había dicho lo mismo esa mañana, acompañando su comentario con una revista porno arrugada que Peter rechazó como pudo.

¿Qué se contestaba a eso? Sí, sabía que algún día lo superaría, claro, pero no sabía cuándo ni cómo acelerar el proceso.

—Ya —se limitó a murmurar, al darse cuenta de que Anna esperaba una respuesta.

Ella frunció los delgados labios y sus ojos oscuros le miraron con duda unos instantes. Después le soltó las manos y se irguió en la silla, incómoda. Algo había cambiado en ella.

—¿Qué? —preguntó Peter, repentinamente tenso. Había algo que Anna no sabía si contarle y su mente ya estaba barajando opciones. No era difícil suponer de qué se trataba.

—Verás... no sé si debería decírtelo, pero Aideen...

—Está con otro —completó Peter.

Ella se limitó a asentir, contrariada, y no dejó de analizar a Peter con miradas de soslayo cuando pensaba que él no la veía.

No veía demasiado, para ser exactos. Sí, ya había pensado en ello antes, pero de una manera muy vaga y llena de incredulidad. En el fondo, cada uno de los dieciocho días que habían transcurrido desde la ruptura con Aideen, había pensado que acabarían volviendo, que se trataba tan solo de un pequeño bache. Pero ahora que ella había iniciado una nueva relación, tomaba conciencia por primera vez de que realmente habían roto. O, para ser más exactos, de que Aideen le había dejado.

Iba en serio cuando dijo que ya no estaba enamorada de él. Peter se quedó muy quieto en el asiento, con las manos aferradas al borde de la mesa del café, aceptando por fin que estaba soltero.

Por estúpido que resultara, lo primero que le cruzó la mente fue que debería deshacer las maletas que estaban debajo de la mesa de Karl. Después tuvo la certeza interior de que Aideen había conocido a ese otro estando con él, y eso era lo que lo explicaba todo. Uno no finalizaba una relación de más de tres años y encontraba a alguien nuevo en cuestión de dos semanas. Había conocido a otra persona, se había sentido atraída por ella y lo había dejado a él para poder empezar de cero.

Eso era lo que había pasado. Las páginas en blanco que no había podido rellenar durante esas dos horribles semanas.

—¿Peter? —le llamó Anna—. ¿Estás bien? Lo siento mucho, tal vez no debería habértelo dicho...

—No —la interrumpió él, y carraspeó para aclararse la voz, que sonó muy ronca—. No. Gracias por contármelo.

—¿A dónde vas? —se sorprendió ella al ver a Peter ponerse en pie.

—Hay algo que debo hacer —murmuró, cogiendo su abrigo del respaldo de la silla y poniéndoselo.

Anna se levantó de inmediato y le miró con preocupación.

—¿No irás a...?

—No, no voy a ver a Aideen, no te preocupes.

—Es que se supone que tú no deberías saber nada...

—Ella no se enterará. —Peter se subió el cuello del abrigo y besó a Anna en una mejilla—. Lo prometo.

Después se fue sin que ella pudiera impedirlo. El aire fresco de la calle le ayudó a serenarse un poco y poner orden en el caos interior que sentía. Sí, le hubiera gustado ir a ver a Aideen y exigirle que le dijera la verdad. Creía que se merecía su sinceridad después de tres años felices (al menos para él), pero comprendió que no merecía la pena. Solo lograría hacerse más daño. Y Karl le patearía el culo por dejar que Aideen viera lo destrozado que estaba. Además, una parte de él prefería no saber. No quería ni pensar en la posibilidad de que le hubiese estado engañando durante un tiempo con su nuevo novio. No la creía capaz de hacer algo así, de mentirle en la cara y ocultarle sus verdaderos sentimientos. Tal vez era mejor quedarse con la duda.

Se acercó a la parada de autobús más próxima y consultó los itinerarios. El bus que estaba buscando pasó apenas dos minutos después, como una señal del destino de que estaba haciendo lo correcto.

Peter se montó y tomó asiento junto a la ventanilla.
Había llegado el momento de contarle todo a su madre.

Capítulo 3: Los «ex»

Te das cuenta de lo verdaderamente triste que es tu vida amorosa cuando tu madre está más preocupada que tú por el hecho de que estés soltera, sin compromiso, sin novio y sin siquiera un triste *follamigo*. No preocupada al estilo «oh, dios mío, ¿le gustarán las chicas?», sino a lo «morirá sola y acabará devorada por sus doce gatos».

Era domingo y eso significaba comida familiar. Comer en casa de mis padres todos los domingos era un ritual que no podía saltarme so pena de muerte. No importaba que tuviera una resaca insoportable, 39° de fiebre o que cayera el diluvio universal, que tanto Ashley como yo teníamos que sentarnos a la mesa con nuestros queridos padres.

A menudo, yo me llevaba a Katie o a Emmet a la velada. Sobre todo al segundo, porque era el único de los tres que tenía coche: un viejo Peugeot 106 naranja y abollado que solo arrancaba los días impares, pero un coche a fin de cuentas. Mucho mejor que esperar un autobús que pasaba a la hora que le apetecía.

Emmet era, junto a Katie, mi mejor amigo en el mundo. Podría decirse que era el hombre de mi vida: sentíamos una adoración absoluta el uno por el otro e incluso teníamos muchos gustos en común; por ejemplo, en lo que al género masculino se refería. De hecho, si Emmet no estuviera felizmente emparejado, creo que seríamos almas gemelas o algo así.

Katie y yo le habíamos conocido hacía unos cuatro años de la manera más ridícula. Fue durante nuestra alocada época universitaria (al menos yo iba a la universidad, Katie se dejaba caer por allí cuando estaba inspirada; empezó dos carreras diferentes,

pero abandonó ambas), esa en la que salíamos incluso días entre semana y solíamos terminar la noche en un taxi de camino a casa, con unas cuantas copas de más. En esa ocasión, sin embargo, Katie y yo habíamos acabado tiradas en algún portal del Temple Bar, llorando por algo que no puedo recordar pero que en su momento nos pareció muy dramático.

Quizás sea una generalización muy simplista afirmar que los hombres sienten aversión por las lágrimas. Pero tampoco sería una exageración decir que son muchos a los que la visión de una mujer llorando les hace sentir tan incómodos como hablar de la menstruación. Sin embargo, donde tantos habrían huido, Emmet se detuvo ante nosotras como un pescador atrapado por los cantos de unas sirenas (solo que nosotras éramos más del tipo de las que moquean y sollozan, no de las que cantan) y se nos acercó.

Era un joven larguirucho, de largos rizos pelirrojos que le ocultaban las cejas. Nos miró y nosotras le devolvimos la mirada entre lágrimas tintadas de rímel corrido, como una mala imitación de una ilustración de Victoria Francés. Al cabo de unos segundos dijo: «¿Qué os pasa, princesas?». Katie y yo dejamos de sollozar bruscamente, paralizadas. Le observamos, sobrecogidas, después nos contemplamos la una a la otra durante unos instantes... y entonces nos abrazamos, haciendo pucheros y llorando con renovados bríos, balbuceando cosas como «Nos ha llamado princesas» o «¡Somos princesas!».

Por si las lágrimas no hubieran sido suficiente razón para batirse en retirada, encima nos comportamos como unas enajenadas mentales. Sin embargo, Emmet se acuclilló frente a nosotras, nos dio palmaditas en la espalda murmurando un suave

«va, va, ya pasó» y de alguna manera acabó sentado entre las dos, rodeándonos a cada una con un brazo y llorando con Katie y conmigo.

Al final de la noche nos acompañó hasta un taxi e intercambiamos nuestros números de teléfono. A la mañana siguiente tenía tal resaca que apenas recordaba este último hecho, así que cuando mi teléfono empezó a sonar, despertándome uno de los dolores de cabeza más terribles de mi vida, no esperaba en absoluto que se tratara de Emmet. Llamaba para saber cómo me encontraba y si había llegado bien a casa.

Me dieron ganas de echarme a llorar en ese mismo momento. Como es lógico, Katie y yo no íbamos a dejarle escapar después de eso.

A mi madre y a Ashley les encantaba que trajera a Emmet como invitado a casa. Era tan encantador y amable que resultaba imposible no adorarle a los cinco minutos de conocerle («Ese vestido es precioso, Ash, pareces un ángel», «Deirdre, es usted la mejor cocinera del mundo»). Mi padre era harina de otro costal. Apreciaba a Emmet, pero Jim Donovan era uno de esos hombres chapados a la antigua a los que todos esas «modernidades» de la homosexualidad le ponían incómodo. No era que pegara el culo a la pared en cuanto Emmet entraba por la puerta, pero cuando este hablaba de su novio, Paul, mi padre parecía desarrollar una sordera temporal.

El caso era que fue ese domingo cuando, después de meses de indiferencia, empecé a preguntarme si mi situación era tan grave. Estábamos los cinco sentados a la mesa y Ashley hablaba sobre un tal Declan que había conocido en una de sus clases. Mi padre hizo

la tentativa de abrir la boca para preguntarle por Niall, el último «amigo» de mi hermana del que había tenido conocimiento, pero la cerró de golpe como si se lo hubiera pensado mejor. Yo le miré con compasión. En realidad no quería saber qué había pasado con el pobre Niall.

Después de que mi madre, con la inestimable ayuda de Emmet, realizara un interrogatorio completo a Ashley sobre el dichoso Declan, su mirada acusatoria cayó sobre mí y ya adiviné en su expresión la que se avecinaba.

—¿Y tú qué, Eryn? ¿No has conocido a *alguien* últimamente?

Alguien era muy genérico. Podría referirse a una nueva compañera de trabajo, al anciano vecino del quinto, al cartero... pero yo sabía que mi madre se refería a un hombre, en concreto a un hombre soltero, hetero, en edad casadera y a poder ser con el pelo corto y un trabajo decente.

—Nada nuevo —me escabullí.

Emmet y Ashley pusieron esa cara de «pobrecilla» que tan irritante me resultaba y mi padre me dedicó una sonrisa alentadora. Siempre me quedaría él. La mejor noticia que podría darle sería que fuera virgen y pensara mantenerme así toda la vida. Él me apoyaría, me besaría en la frente raspándome con su bigote y me diría: «Di que sí, cariño, papá cuidará de ti siempre».

Pero claro, mi madre no iba a dejarme escapar con tanta facilidad.

—Cariño, me alegra que estés contenta con tu trabajo y por fin hayas dejado de compartir piso, pero también tienes que divertirte un poco, ya sabes, como tu hermana Ashley. Estás en la edad.

En dos frases se las había apañado para a) dejar claro que mi vida amorosa le daba pena hasta a ella, b) comparar dicha vida con la de mi hermana pequeña, a la cual se supone que debería aventajar en ese terreno por cuestiones de edad, y c) recordarme que el reloj biológico estaba en marcha.

—Mamá... —traté de atajarla, mortificada.

—Hablando de eso: Sinead, una de mis compañeras de Tai Chi, tiene un hijo de tu misma edad. Está soltero, es abogado y dice que es muy guapo. Si quieres conocerlo, podríamos...

—Mamá —repetí, en tono cansado. Era difícil pararla cuando se ponía así.

—... organizar algo, ya sabes por si...

—No. Mamá, no necesito que me busques novio, gracias —la corté. De lo contrario ya habría planeado hasta nuestra boda antes de saber el nombre del chico siquiera.

En los últimos tiempos, no paraba de machacarme con el asunto. Había encontrado tres chicos «estupendos para mí» en lo que llevábamos de mes. Sin contar con que yo no estaba buscando novio ni preocupada por el tema, de ser así, lo último que haría sería dejar que mi madre me preparara citas.

—Bueno, pues si no lo quieres tú, me lo quedo yo —intervino Katie, con una sonrisa descarada.

Sin embargo, la escena fue lo suficiente bochornosa como para que me replanteara las cosas de vuelta a Dublín. A mi madre le preocupaba que me quedara solterona, y Ashley, Emmet y Katie siempre intentaban convencerme de que me buscara novio.

Mi situación no era tan mala, ¿vale? Aunque bueno, había pasado bastante desde mi último ligue/lo que quiera que fuera. Se

llamaba Henry y era el hermano de una de mis compañeras de carrera. Estudiaba en la misma universidad y coincidíamos a menudo en la biblioteca, en los bares, en las fiestas a las que íbamos... Yo lo encontraba fascinante. Le gustaba viajar y probar cosas nuevas, siempre tenía anécdotas interesantes que contar y un carisma que llenaba varias habitaciones. Compartíamos muchos gustos y podíamos hablar durante horas.

Nos hicimos amigos enseguida y yo me quedé prendada de él todavía más rápido. Pero había un problema: Henry tenía novia. O algo así. Estaban juntos desde que tenían quince años, pero era necesario llevar una agenda para estar al tanto del estado de su relación. Rompían y se reconciliaban continuamente. Creo que a veces ni siquiera ellos mismos eran capaces de decir si estaban saliendo o no.

Todas sus rupturas eran escandalosas, con muchos gritos, portazos y lágrimas. Entonces Henry venía a mí y se desahogaba. No hablábamos de otra cosa durante días; él me lo contaba todo y yo escuchaba, paciente, e intentaba consolarle. Y después, tarde o temprano, acababa pasando algo entre nosotros.

Henry siempre me decía lo mismo. Había salido de una relación larga y no estaba preparado para meterse en otra. Necesitaba un tiempo para él, para sanar las heridas y olvidarse de Tara, antes de poder entregarse a otra persona. Sabía que yo me merecía algo mejor, por eso quería ser honesto conmigo respecto a sus sentimientos.

Sin embargo, me necesitaba. Mucho. Era su mejor amiga y no podría superar su ruptura sin mí. Y yo era tan idiota que me

conformaba con sus migajas, y encima tenía la desfachatez de sentirme importante porque me las daba.

Pero entonces, unas semanas o un mes después, sucedía lo inevitable y la burbuja de felicidad en que vivía explotaba en un segundo: Tara y él se reconciliaban. Henry me contaba la gran noticia y se le veía tan feliz, tan radiante, que no era capaz ni de enfadarme con él. Hacía de tripas corazón y fingía alegrarme, como la buena amiga que se suponía que era. Después me sentía humillada y tonta, y me hacía firmes y solemnes promesas de no volver a caer en la trampa. Me decía que debía dejar de esperar de él algo más, porque solo éramos amigos. Intentaba mantener las distancias e incluso verlo menos a menudo, pero resultaba casi imposible. Nos movíamos en los mismos círculos, y Henry no actuaba como si yo dejara de existir cuando volvía con su novia.

Quizás eso era lo peor de todo: se comportaba como siempre conmigo. A veces incluso me incluía en los planes que hacía con Tara y sus amistades.

Porque el problema era que Henry me veía solo como a una amiga. Una amiga con la que se acostaba a veces, sí, pero solo eso. No como su pareja. Jamás pensó en mí de otra manera.

Y pese a todo, ahí estaba yo para recoger sus pedazos la siguiente vez que rompía con su novia y, por muchas promesas que me hubiera hecho a mí misma, volvía a cometer el mismo error. Lo hacía porque quizás yo no era la persona que Henry quería, pero era la que necesitaba, y en el fondo guardaba la esperanza de que un buen día despertara y se diera cuenta de que estaba enamorado de mí. Yo le escuchaba, le animaba cuando estaba triste, le hacía reír. Hacíamos muchas cosas juntos, me llevaba bien con su

hermana y sus amigos... Era una buena novia. Solo que no era *su* novia. Y por mucho que me esforzara en complacerle, en hacerme imprescindible para él, no había ninguna cuenta imaginaria en la que ir sumando puntos para subir de nivel. No iba a ganarme un «ascenso».

Me llevó mucho tiempo y muchas decepciones desengañarme. Al final comprendí que no iba a enamorarse de mí si no lo había hecho ya y, sobre todo, que nunca iba a olvidar a Tara. Podía resignarme a ser su segundo plato, a vivir siempre en estado de espera, conformándome con las migajas, o podía juntar el poco amor propio que aún conservaba y acabar con aquello.

Me merecía algo mejor que eso y tenía que actuar en consonancia. Así que escuché a Katie y Emmet de una vez, o tal vez a la voz de mi dignidad, que había estado afónica durante los casi dos años que duró todo aquello, y le puse punto final a mi «amistad» con Henry.

Lloramos mucho, los dos. Henry dijo que lo entendía, pero que no quería perderme como amiga. Me aseguró que nunca más volvería a pasar nada entre nosotros, quizás pensando que eso era lo que yo quería. Tal vez porque era lo único que podía ofrecerme. Sin embargo, yo sabía que, aunque él cumpliera su promesa, yo sería incapaz de olvidarle si continuaba viéndolo casi a diario. Sería reabrir una herida que intentaba cerrarse, día tras día. Así que le dije que no podía seguir siendo su amiga y me marché.

No volví a verlo durante meses.

Henry respetó mis deseos. No me llamó, no me esperó al salir de clase, ni apareció en los lugares que solía frecuentar. Era consciente de que se mantenía al tanto de mi vida a través de su

hermana, pero yo me esforcé mucho en no saber nada de él. En ese momento lo necesitaba. Era la única manera que tenía de seguir adelante sin flaquear.

Nos encontramos un día, casi un año después. Yo había acabado la universidad y ya estaba trabajando. Él iba de la mano de Tara. Fue ella la que llevó todo el peso de la conversación. Henry y yo nos limitamos a mirarnos con tristeza. Le echaba de menos y sabía que él a mí también, pero no podíamos estar juntos ni ser amigos. Nos despedimos, casi como extraños, y seguimos nuestro camino. No miré atrás, y posiblemente él tampoco lo hizo.

Hasta aquí mi triste historia. Desde entonces había llevado una vida de tranquilidad y abstinencia. Pero tampoco me parecía importante, y eso no significaba que no tuviera éxito con los hombres. De hecho, Doug, uno de los amigos gays de Emmet con los que Katie y yo solíamos salir, me dijo una vez que «si no fuera más gay que George Michael, te pondría mirando a la Meca». Estaba oscuro, yo llevaba unas copas de más y no estaba segura de cómo interpretar ese comentario, así que me limité a murmurar un «gracias... creo».

Por otra parte, el Follador me había insinuado que podría obtener tres largos minutos de placer sexual en su cama en repetidas ocasiones. Y uno de los amigos de Agostina me dijo una vez: «*Ti poso baciare?*»; lo que, ante mi incomprensión, acompañó con un movimiento de caderas que me hizo preguntarme si sería un componente del grupo LMFAO.

Pero todos esos hombres solo me querían por mi cuerpo. En cambio, tenía otro admirador con sentimientos más profundos. Se trataba de Jerry, ese músico callejero de Grafton Street al que veía

todas las mañanas cuando iba hacia el trabajo. Jerry era un anciano de larga barba pelirroja, gafas redondas y boina jamaicana, como una versión *reggae* de Dumbledore. Tocaba una especie de guitarra que había construido con una caja de latón que algún día contuvo galletas, un poste de madera y cuerdas de tanza. Por increíble que resultara, Jerry lograba arrancarle sonidos a eso; y, acompañado de su filarmónica, componía unas melodías no del todo desagradables.

Me resultaba tan gracioso que no podía evitar echarle un par de monedas cada vez que lo veía. Entonces Jerry apartaba los labios de su filarmónica, me guiñaba un ojo y me decía: «Gracias, preciosa».

Aunque a veces me daba la sensación de que solo me quería por mi dinero.

Sin embargo, la gota que colmó el vaso fue mi encuentro a los dos días de la comida familiar con una antigua compañera de universidad, Rachel, a la que no veía desde hacía un par de años. Tras las típicas preguntas de rigor (que si qué tal te va la vida, que en qué trabajas...), tocó el turno de los cotilleos (Fulana se ha casado, Mengano se ha ido a vivir a Kuala Lumpur) que derivó en las inevitables preguntas sobre mi vida sentimental. Le dije que estaba soltera y automáticamente percibí su mirada de compasión. Me dio una palmadita en el hombro, me sonrió con condescendencia y me dijo que no me preocupara, que seguro que pronto encontraría a alguien. Después de eso, la conversación decayó con rapidez, como si temiera contagiarse del síndrome de la solterona, y en cuanto tuvo oportunidad se marchó.

Siendo sincera, me molestó un poco. No entendía a toda esa gente que te tomaba por una fracasada si no tenías pareja, como si

las personas estuvieran obligadas a ir de dos en dos y lo único importante en la vida fuera echarse novio. Y, en todo caso, si esa era su única meta, me parecía muy bien, pero ¿por qué debería ser también la mía?

Se lo conté a Katie (ella también conocía a Rachel; de hecho, conocía a casi todas mis compañeras de estudios, porque a menudo venía a mis clases para evitar que yo prestara atención por culpa de sus notitas) y, después de que ambas despotricáramos sobre Rachel y su falta de ambiciones en la vida durante más o menos una hora, mi mejor amiga me traicionó vilmente.

—Ya sabes que no estoy de acuerdo con Rachel, pero sí creo que deberías darte una alegría de vez en cuando, ¿sabes? Te ayudaría a pasar página del todo.

Sabía que estaba refiriéndose a Henry. A Katie y a Emmet les preocupaba que hubiese decidido sumirme en un celibato de por vida a raíz de mi traumática experiencia con él. No era así; sencillamente, no me había interesado nadie desde entonces.

—¿Y cuál es tu plan? ¿Qué me plante en medio de Grafton Street con un cartel que ponga «Se busca sexo»? —repliqué, irritada.

No era que estuviera cerrada en banda a la posibilidad de «darme una alegría» de vez en cuando, pero para eso tenía que conocer al menos un poco a la persona en cuestión. Los tipos que pretendían llevarte a la cama con un «Hola, me llamo X. ¿En tu casa o en la mía? Mejor en la tuya, es que vivo con mis padres y mi madre tiene el sueño ligero» me ponían enferma. Y lo cierto era que conocía a pocos hombres que fueran heteros y estuvieran solteros.

Estaba alcanzando esa preocupante edad en la que todo el mundo se emparejaba y comenzaba a casarse.

—Bastaría con que salieras un poco por ahí —contraatacó Katie.

—Ya salgo por ahí. ¡Todas las semanas!

Era la pura verdad. Katie, Emmet y yo no perdonábamos un sábado y, si estábamos inspirados, acabábamos saliendo entre semana o los viernes también. Es más, había un asiento en el Temple Bar que tenía la forma de mi culo.

—Sí, pero siempre vamos al Omega, donde la inmensa mayoría de los hombres son gays. Allí difícilmente vas a conocer a nadie interesado.

—En primer lugar, la bisexualidad existe. Y en segundo lugar, me gusta el Omega —declaré, obstinada.

Era el pub de uno de los amigos de Emmet, Eric. Además de caerme fenomenal, nos invitaba a una ronda de copas siempre que íbamos y ponía las canciones que más nos gustaban. Sí, era un bar de ambiente, pero siempre nos lo pasábamos muy bien allí. Emmet hacía de gogó oficioso y sus amigos eran muy divertidos, sin contar con que podíamos hablar con ellos de lo guapo que era todo el mundo.

—A mí también me gusta el Omega, pero la posibilidad de ligar allí si eres una chica se reducen.

Debía admitir que eso era cierto. Habíamos pasado largas noches en ese local sin que ningún hombre se acercara a Katie, lo cual era un fenómeno rarísimo de ver en cualquier otros contextos. De todos modos, esa no era la cuestión.

—¿Por qué os obsesiona tanto a todos? Estoy a gusto así.

No comprendía la necesidad que parecía tener todo mi entorno de emparejarme con alguien. Yo vivía en paz, conmigo misma y con mis emociones. No había expectativas que ser defraudadas, nadie en quien invertir mucho para apenas recibir nada. Ningún hombre con el poder de romperme el corazón. No había complicaciones, ni inseguridades o miedos. Tampoco soledad: tenía a mi familia y a mis amigos. Mis necesidades afectivas estaban cubiertas. Me encontraba satisfecha y plena con mi vida actual.

—Mira, Eryn, si no disfrutas un poco de la vida ahora, no lo harás nunca —insistió Katie—. Hagamos una cosa: este viernes iremos a otros pubs menos de ambiente.

La contemplé impasible. No me importaba cambiar de zona, lo que me molestaba era que el tono de Katie parecía dar a entender que estaba obligada a tirarme a cualquier desconocido para demostrar que no estaba desperdiciando mi vida, que había superado a Henry, que estaba bien.

—Katie...

—Por favor, hazlo por mí. Es mi cumpleaños —me rogó, e hizo un puchero tan exagerado que se tocó la punta de la nariz con los labios.

—No es tu cumpleaños, embustera —repliqué, tratando de no dejarme ablandar. Cuando Katie ponía esas caras de payasa me resultaba imposible mantenerme en mis trece.

—En ese caso, deberíamos celebrar que por fin vives sola, sin compartir el piso con el Follador y trescientos Erasmus italianos.

—Katie, ya llevo más de un mes en el piso.

—Pues vamos a celebrar que llevas un mes aquí —repuso ella, guiñándome un ojo—. Venga, Eryn.

Suspiré y puse los ojos en blanco, sabiendo que no tenía sentido seguir con esa conversación. Katie acabaría saliéndose con la suya y a mí no me importaba por dónde salir. Si con eso lograba que me dejara tranquila con el tema durante una temporada, merecía la pena el esfuerzo. A fin de cuentas, no iba a hacer nada que no quisiera hacer, por muy pesado que se pusiera todo el mundo.

—Está bien —cedí.

—¡Estupendo! No te arrepentirás —me aseguró, con una sonrisa deslumbrante que me hizo presagiar que seguro, *segurísimo*, me iba a arrepentir.

φ φ φ

Peter sabía que había hecho lo correcto al informar a su madre y a su abuela de que había roto con Aideen, pero cada vez que veía los ojos húmedos de Coleen o la mirada de preocupación de su madre, se arrepentía de habérselo contado.

Había llegado hacía unos días, después de un largo paseo desde la parada de autobús. Maureen le había hecho un té en cuanto le vio entrar por la puerta (para su madre, un té era la solución mágica para cualquier tipo de problema; Sheldon Cooper lo aprendió de ella) y llamó a la abuela Coleen a gritos. Cuando estuvieron los tres reunidos, Peter les explicó brevemente la situación. No hubo gritos ni lloros. Pero la abuela Coleen no dijo una palabra, lo cual solo podía significar que estaba en un estado de shock traumático, y Maureen se dedicó a apartarle el pelo de la

cara, una y otra vez, como si esperara que Peter fuera a echarse en su regazo y romper a llorar.

Su plan había sido regresar cuanto antes a casa de Karl, pero su madre y su abuela se negaron en redondo a dejarle ir, así que Peter acabó por quedarse a dormir. La cosa se alargó cuatro días, en los que le embutieron, le trataron como si tuviera una enfermedad terminal y se negaron a permitirle salir excepto para ir a trabajar. Tanto era así que Peter no había ido a por sus cosas a casa de Karl, así que acabó vistiéndose con su ropa de cuando tenía dieciocho años y por lo visto se odiaba a sí mismo: pantalones de pitillo, jerséis de cuello alto, sudaderas de colores vivos y camisetas de *Star Wars* que le quedaban pequeñas. Sus compañeros de trabajo se preocuparon todavía más, pensando que estaba pasando por otra «fase» (la siguiente a las noches en vela llorando) que al parecer consistía en una especie de regresión a la adolescencia. Algunos incluso se dirigían a él con palabras como «tronco» o «colega», en un acto de solidaridad. Sobre decir que Joe, el de la fotocopidora, volvió a ofrecerle (en préstamo, claro) su colección de revistas porno de los últimos quince años.

Aun con todo, su madre se lo había tomado mejor de lo que pensaba, aunque Peter sospechaba que era así solo porque estaba convencida de que Aideen iba a volver con él tarde o temprano. La abuela Coleen, en cambio, superado el shock inicial, vagaba por la casa, convencida de que se iba a morir sin conocer a sus bisnietos, porque *le quedaba muy poco tiempo*. A no ser que, claro, Peter se reconciliara con la adorable Aideen.

Las dos le trataban en cierto modo como si él fuera el culpable. Como si hubiera hecho algo terrible por lo que Aideen le

había mandado a paseo y, por tanto, estuviera en su mano arreglar las cosas. Eso resultaba todavía más exasperante y doloroso que la compasión de todos sus compañeros y amigos, salvo Karl. Así que, al quinto día, Peter no pudo soportarlo más y le dijo a su madre que volvía a casa de su mejor amigo.

—Pero ¿por qué? Esta es tu casa —objetó Maureen.

¿Cómo podía salir de esa sin herir los sentimientos de su madre?

—Karl tiene una habitación libre y su piso me queda cerca del trabajo.

Mintiendo vil y cosacamente, claro. Dormía en un sofá lleno de muelles y el piso de Karl estaba en el quinto infierno. Pero al menos allí nadie le miraba con reprobación y le obligaba a repetir plato hasta que sentía que iba a estallar.

Al final logró escapar a casa de su mejor amigo, aunque dejó a su madre y a su abuela despidiéndole casi con lágrimas en los ojos, como si se fuera a la guerra.

Por suerte, Karl lo acogió con los brazos abiertos y sin hacer preguntas, como si nunca se hubiera ido. Cuando abrió la puerta y vio a Peter en el rellano, le saludó con un «eh, tío» y se hizo a un lado para dejarle pasar. Ni siquiera hizo ningún comentario sobre la pinta absurda que tenía Peter, con esos pantalones de pitillo tan ajustados que apenas podía flexionar las rodillas ni mucho menos sentarse, ni con ese jersey de cuello alto, estirado y lleno de bolitas, que parecía haberle robado a un vagabundo. Se limitó a ponerle una cerveza fresca en las manos y a sentarse en el sofá con un suspiro de satisfacción. Tampoco se rio de él cuando Peter tuvo que hacer ciertos estiramientos ridículos para poder sentarse a su lado..

Peter lo agradeció. Le había llevado media hora subir los dos tramos de escaleras hasta el piso de su amigo, no estaba para coñas.

—Bueno, qué, ¿mañana salimos? —preguntó Karl, retomando su última conversación como si no hubieran pasado cinco días entre medias.

—Sí —dijo Peter, dándole un sorbo a su cerveza y rezando porque el pantalón no se le reventara—. Mañana salimos.

Capítulo 4: Chica conoce chico

Katie y Emmet se pasaron todo el viernes emocionados, mandándome mensajes al móvil mientras estaba trabajando para preguntarme qué iba a ponerme esa noche (Emmet) y si tenía preservativos (Katie). Por momentos me parecía que habíamos vuelto a los diecisiete años, al día en que decidí llegar a la segunda fase con Fergus Ryan. En resumen: los dos se comportaban como si el hecho de salir por pubs hetero automáticamente garantizara que iba a encontrar a El Hombre (Emmet) y/o El Polvo (Katie).

Estaban tan insoportables que ya estaba arrepintiéndome de haberme dejado convencer. Para colmo, un par de horas antes del momento acordado, los dos se presentaron en mi pisito. Katie iba radiante, como siempre, con un ajustado vestido rosa y unos zapatos con tanto tacón que sentía vértigo solo de imaginarme subida a ellos.

Lo cierto era que aunque fuese Katie la que soñaba con ser actriz, Emmet no desentonaría a su lado en la alfombra roja, con su rostro angelical, sus ojos azules, sus hoyuelos y sus rizos rojos aquí y allá. En cambio, yo tenía el aspecto de la irrelevante chica de los recados.

Estaba claro que los dos llegaban decididos a cambiar eso. Emmet traía laca y Katie, un wonderbrá de procedencia desconocida (no era suyo, las dos teníamos tallas diferentes). Ambos intentaron jugar al *Diseña tu moda* conmigo: wonderbrá, recogido, esta parte de arriba; no, mejor esta otra. ¿Botines o zapatos? Que sea tacón alto... Hasta que me harté y los eché de mi habitación.

Siempre me había vestido como me daba la gana (bueno, al menos desde los diez años, cuando logré dejar atrás una vida de lazos en el pelo, vestidos con estampados que evocaban vagamente las cortinas de mi cocina y esos jerséis de lana gruesa que picaban de forma insoportable) y no pensaba cambiar esa costumbre ahora. De modo que atranqué la puerta y abrí el armario. Nunca había sido una de esas personas que se probaban mil cosas antes de decidirse, así que escogí una minifalda y una camiseta que combinaban bien, acompañadas por unos botines de tacón (y, por supuesto, sin wonderbrá), y salí de mi cuarto rumbo al baño.

—Negro —murmuró Katie en tono de desaprobación.

No es que fuera una sorpresa, ya que casi toda mi ropa para salir era negra. Llevaba años aguantando que mi padre me preguntara quién se había muerto. «Tú sentido del humor, papá», le decía con cansancio.

—El negro estiliza —me apoyó Emmet, pero yo ya había entrado en el baño para alisarme el pelo.

Como era de esperar, me siguieron hasta allí e insistieron en peinarme y maquillarme, pero todo fue en vano. Sabía que, si me ponía en sus manos, acabaría pareciendo una de esas mujeres tan maquilladas que la gente se preguntaría si en realidad no sería un concursante de RuPaul's Drag Race. Además, solo era otro viernes más. Ni que tuviera una cita con un famoso.

Emmet acabó apoyándose en el marco de la puerta del baño, supervisando en silencio mi labor, pero Katie desapareció. Me pregunté qué estaría haciendo (sabía que no me dejaría en paz con facilidad), pero entonces regresó con su móvil. Hubo unos breves segundos de silencio y, si Emmet hubiera sido un poco más rápido,

podría haberme aconsejado algo más de rímel y perfilador labial; pero para cuando abrió la boca, una canción empezó a sonar.

Simply irresistible, de Robert Palmer. Katie y Emmet se transformaron de pronto en cantantes y bailarines, recordándome lo irresistible que era. No contentos con ello, cambiaron ciertas partes de la letra por versos picantes en los que conocería al extraordinariamente bien dotado amor de mi vida y tendríamos un maratón de sexo salvaje durante ese fin de semana. Ignorar su cancioncilla y sus bailecitos fue difícil, sobre todo porque el baño era tan diminuto que estaban casi pegados a mí, pero le eché valor y seguí a lo mío. Al fin me apliqué un poco de brillo de labios, me miré en el espejo por última vez y me volví hacia ellos.

—Os odio —declaré, y después los empujé con suavidad para poder salir.

Fuimos hasta el Temple Bar en el coche de Emmet. Esto era un hecho extraordinario, porque si cogía su coche, significaba que no podría beber nada. Pero él me aseguró que no quería tomar más de un par de cervezas para recordar cada detalle de esa noche y luego poder contárselo con pelos y señales a Paul. Su novio tenía un puesto importante en una empresa tecnológica que le obligaba a viajar por toda Europa, lo que, por desgracia, hacía que no pudiera estar presente en el plan de esa noche. Yo puse los ojos en blanco y mascullé:

—Yo beberé por los dos.

Lo iba a necesitar para soportar a ese par de chiflados que tenía por amigos.

Emmet nos dejó cerca del Temple Bar, nuestro local favorito de la zona, con la misión de encontrar un hueco, mientras él se iba a

buscar aparcamiento. Fue buena idea, porque el Temple Bar estaba a rebosar de irlandeses/as en distintos grados de embriaguez. El sonido de conversaciones, la música de un violín y un acordeón de fondo, y el aroma de la cerveza llegaron a nosotras en cuanto empujamos la pesada puerta.

Tomando aire, Katie y yo nos cogimos de la mano para no perdernos y nos abrimos camino con dificultad entre la multitud. Logramos encontrar una pequeña mesa tras unos minutos de búsqueda, pero solo tenía un taburete, así que Katie fue a buscar un par más mientras yo guardaba el fuerte.

Regresó cinco minutos después, con las manos vacías y una sonrisa pícara en la cara.

—¿Y los taburetes? —la interrogué.

—Aquí. —Y como si fuese una azafata de un concurso de la televisión, señaló con un «tachán» a un chico que iba tras ella, cargando como podía con dos asientos—. Puedes dejarlos ahí, Rick.

—Es Mike —la corrigió él, visiblemente aliviado tras depositar la carga junto a mí.

—Como sea. —Katie se sentó en uno de los taburetes y dedicó una sonrisa deslumbrante al pobre infeliz. Hacía diez minutos que la conocía y era evidente por su expresión de embeleso que estaba colado por Katie. Sentí pena por él, sabiendo que no tenía ninguna posibilidad. Ella no iba a dejarme en paz en toda la noche, lo que significaba que no tenía tiempo para ligues (al menos para los suyos)—. Has sido muy amable, Luke. Pásalo bien. —Y, sin más, se giró hacia mí, dándole la espalda al desdichado muchacho.

Vi la trágica transformación en el rostro de Mike, de la esperanza a la decepción y por último a la pena más absoluta. Adoptó una expresión de perro abandonado desoladora y se marchó arrastrando los pies.

—¡Gracias! —le grité, conmovida. Luego lancé una mirada censuradora a mi mejor amiga—. Ser un poco más agradable no te habría matado. Eres cruel.

—Esta es tu noche —dijo ella sin inmutarse—. Así que... ¡te toca ir a por las bebidas!

Le lancé una mirada del arsenal «Miradas Que Matan» y me sumergí en la marabunta, tratando de llegar a la barra. Moverse por el Temple Bar a las nueve de la noche de un viernes era como intentar salir de la iglesia después de misa por el carril de las viejecitas. Sin embargo, tras mucho contorsionismo y algún que otro «perdón», logré llegar a la barra.

La primera parte estaba hecha, pero ahora quedaba lo más complicado: conseguir que el camarero me hiciera caso, en medio de una barra plagada de gente que perseguía el mismo objetivo que yo. En esa tesitura, lo más útil era echarle morro y llamarle a gritos. Sin embargo, para que eso funcionara era crucial que lograra hacerme con un pedazo de barra sobre el cual me pudiera inclinar; de lo contrario, mi voz quedaría diluida en la masa ingente de personas que poblaban cada centímetro cuadrado de pub. Por ello fui metiéndome poco a poco entre dos tipos con varias maniobras muy sofisticadas, consistentes en introducir los codos entre ellos y empujar con disimulo. En ello estaba cuando noté cómo el tipo de mi izquierda iniciaba un duelo silencioso, devolviéndome la presión con su codo. Estábamos en pleno pulso y, como no podía confiar en

ganarlo por la fuerza (era más bien debilucha, aunque daba unas buenas patadas), recurrí a mirarlo de manera intimidatoria. Pero él no solo no se acobardó, sino que me devolvió la mirada, desafiante. Fue entonces cuando lo reconocí. Era el chico de «se cambia sal por sexo» que conocí en el descansillo de mi edificio.

Noté en su cara que él también me recordaba.

—**Borde** —soltó a modo de saludo.

—**Casanova** —repliqué, con su mismo tono.

Nos contemplamos en silencio, en un duelo de miradas que pareció eterno... hasta que de pronto la tensión desapareció de su rostro y se echó a reír, dándome palmaditas en un hombro como si fuésemos viejos amigos.

—Vecina, ¿qué quieres? Venga, que lo pido yo.

Me sorprendió su repentino alarde de generosidad, pero no iba a desaprovechar esa ocasión de conseguir bebidas rápidamente.

—Dos pintas.

—¿Guinness? —me preguntó él, en un tono que dejaba claro que lo que yo respondiera sería crucial en el desarrollo de nuestra relación.

—Por supuesto —contesté con seguridad.

Él sonrió y me dio otra palmadita aprobatoria en el hombro, antes de volverse a la barra y gritar un estruendoso «¡eh, Joe!». Quizás conocía al camarero o quizás adivinó su nombre, dado que llamarte Joe parecía ser condenarte a una vida de psicólogo tras una barra pegajosa; pero el hecho fue que el presunto Joe le prestó atención y, en un par de minutos, yo tenía dos pintas rebosantes de Guinness en las manos.

—Gracias, Casanova —bromeé.

—Un placer, Borde —me dijo, con una gran sonrisa.

Después nos miramos unos instantes, en uno de esos incómodos momentos en los que ninguno de los dos sabía qué decir, hasta que Casanova habló.

—No hemos empezado con muy buen pie, pero toma esto como una ofrenda de paz. ¿Y si tú y tu colega os bebéis esas Guinness conmigo y mi amigo Pete?

Le observé, barajando su oferta. En realidad era bastante atractivo, más ahora que se había peinado y no tenía pinta de acabar de levantarse de echar una siesta. Olía bien y tenía unas facciones agradables y firmes. Cejas rectas, ojos oscuros y barba de unos días. Un rostro lo suficientemente llamativo para ignorar el mensaje escrito en su camiseta azul («Si no follas, no entretengas»). Además, tenía pinta de ser un tipo gracioso en realidad. Por otro lado, no estaría mal relacionarme con alguien de mi edificio, y así no tendría que aguantar a Katie evaluando a cada tío del pub, de modo que acepté.

—¿Por qué no? Estamos en esa dirección. —Señalé el lugar aproximado donde estaba nuestra mesa—. Ve a por tu amigo y uníos a nosotras.

—Eso está hecho. —Casanova me guiñó un ojo y se fue a buscar a su acompañante, mientras yo me abría camino hacia Katie, tratando de que ni una gota de Guinness se derramara en el intento.

—Ya era hora —me saludó ella, quitándome una pinta de las manos.

Me senté a su lado y guardé el tercer taburete para cuando llegara Emmet.

—Vamos a tener compañía —le comenté y, al ver su mirada pícaro, añadí—: Antes de que te emociones, se trata del vecino al que le di «calabazas» hace una semana o dos. Le encontré en la barra, me ahorró una larga espera por estas cervezas —las señalé con un movimiento de cabeza— y me preguntó si él y su amigo podían unírseos. Le dije que sí.

—¿Habías dicho que era guapo? —se interesó Katie, con una sonrisa traviesa. Había estado insistiéndome durante días, después de que le contara el incidente de las escaleras, para que bajara hasta el piso del tipo a «pedirle sal».

—No está mal —reconocí.

—¿Y su amigo?

Podía adivinar sin margen de error lo que estaba pasando por la mente de Katie en esos momentos. Uno para mí, otro para ella. Por mucho que hubiera jurado que esa noche se dedicaría tan solo a hacer de celestina, veía en ese encuentro la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro: si se ligaba a uno de los dos, me dejaría sola con el otro hasta que llegara Emmet y además se lo pasaría el doble de bien. Katie era muy capaz de hacer de alcahueta al mismo tiempo que flirteaba.

Todavía no sabía por qué era mi mejor amiga.

—No lo sé, no le he visto.

—¿A quién? —dijo una voz grave a mis espaldas.

Era Casanova y no iba solo. Lo acompañaba su amigo, el tal Pete, que debía rondar los treinta años. Era mono, pero no un chico que llamara la atención a primera vista. No muy alto, delgado y moreno. Llevaba flequillo peinado hacia un lado que le caía en la

cara, tenía los ojos marrones y expresión de desear estar en cualquier otra parte.

Adiviné que Casanova lo había arrastrado hasta nosotras contra su voluntad. Quizás mi vecino fuera una especie de Katie y él, el equivalente a mí, una víctima inocente. La idea me hizo sentir una corriente de empatía automática hacia él y su cara de cachorrillo.

Casanova le puso una mano sobre el hombro y sonrió con alegría.

—Chicas, este es mi amigo Pete. Diles hola, Peter.

Peter le asesinó con la mirada, como un niño al que sus padres acaban de dejar en ridículo delante de sus compañeros de clase, y después nos miró a nosotras, componiendo una sonrisa forzada. Me fijé en que, al sonreír, sus labios se desviaban ligeramente hacia la izquierda. Podría haber resultado desfavorecedor, pero me sorprendí encontrándolo sexy.

—Hola.

—Y yo soy Karl —continuó este, tan tranquilo. Me di cuenta de que miraba con disimulo a Katie y supe que ya nunca volvería a ofrecerme sal.

—Nosotras somos Katie —mi mejor amiga se señaló a sí misma con un gesto lleno de gracia— y Eryn. ¡Sentaos! —Y empujó hacia Karl el taburete que habíamos guardado para Emmet con tanto esfuerzo.

Yo le di una patada por debajo de la mesa y ella hizo un gesto de dolor poco disimulado.

—¿Pasa algo? —preguntó Karl antes de sentarse.

Katie me lanzó una mirada admonitoria, pero yo la ignoré. No iba a vender a Emmet a la primera de cambio.

—En realidad sí —contesté—. Es que habíamos guardado ese taburete para nuestro amigo Emmet, llegará dentro de poco.

Karl se levantó de un brinco y mostró las palmas de las manos en señal de paz.

—No hay problema, conseguiremos un par, ¿a qué sí, Pete?

Pete asintió, con una cara que dejó a las claras que mataría a su amigo si volvía a hablarle como si tuviera cinco años, pero no dijo nada. Después posaron sus cervezas en la mesa y desaparecieron en busca de asientos libres. Eso le dio espacio a Katie para echarme la bronca por mi actitud.

—Ser más agradable no te habría matado —me parafraseó, irritada.

—No he sido desagradable —me defendí—, ¡pero esa silla era para Emmet!

—A Emmet no le importará, ¡recuerda para qué estamos aquí! No me sorprendería que no regresaran.

—Regresarán —dije con tranquilidad, dándole un sorbo a mi cerveza—. Karl te ha echado el ojo.

—¿Lo has notado? —Katie sonrió, coqueta, y unos pequeños hoyuelos se le dibujaron en el rostro. Entonces desfiló ante mis ojos la visión de lo que pasaría esa noche: Katie se ligaría a Karl y el pobre Peter y yo, dos completos desconocidos, tendríamos que entretenernos el uno al otro (en un sentido nada sexual).

En ese momento, los susodichos reaparecieron con sus taburetes y se sentaron junto a nosotras. Karl se ocupó hábilmente

de sentarse al lado de Katie, así que Peter tuvo que colocarse junto a mí.

—Disculpad a Eryn —se apresuró a comentar Katie—. Sé que ha sido un poco borde, pero lleva mucho tiempo de sequía.

Abrí la boca de par en par, incapaz de disimular mi indignación. Estupendo. Su manera de ayudarme a ligar era dejar claro que estaba desesperada (cuando en realidad, la que estaba desesperada era *ella*, aunque fuera por mí), para que así pensaran que estaba dispuesta arrojarme encima del primer hombre que pasase por delante. No supe si desear que la tierra me tragara o darle otra patada, pero capté la mirada comprensiva de Peter y eso me calmó un poco. Su expresión daba a entender que él estaba acostumbrado a que su amigo Karl le hiciera cosas parecidas.

Además... tenía unos ojos muy bonitos, ahora que le veía más de cerca.

Pero que quede claro que seguía odiando a Katie.

—No te preocupes, mira a mi amigo Peter. Hace poco que le dejó la novia, te aseguro que por lo general no es tan soso.

Esa vez fue Peter el que fulminó ocularmente a su amigo. Empezaba a imaginar lo que había sucedido: Karl también le estaba buscando un ligue, igual que Katie a mí. Y los dos deberíamos cambiar de amigos.

—Gracias, Karl, era imprescindible que todo el Temple Bar lo supiera —masculló Peter con sarcasmo.

—No hay de qué avergonzarse, tío. —Karl le dio una palmadita en el hombro; después se volvió hacia nosotras y, en tono confidencial, añadió—: Le he sacado esta noche para ver si se

anima un poco, y qué mejor que buena cerveza y la compañía de dos chicas guapas para alegrarse.

Peter puso los ojos en blanco y se bebió media cerveza de dos tragos. Sentí ganas de imitarle, pues sospechaba que el alcohol lograría hacer esa noche menos larga y devastadora para nuestra autoestima.

Por suerte, pronto Karl y Katie estuvieron demasiado absortos en su coqueteo para prestarnos demasiada atención, así que Peter y yo tuvimos la oportunidad de charlar sin que nuestros amigos hablaran por nosotros.

—¿Siempre es así? —le pregunté, apuntando a Karl con la barbilla.

Peter suspiró.

—Sí. Y si esto te parece malo, prueba a dormir en su sofá.

—Vaya, ¿y eso?

—Cuando rompí con mi ex novia tuve que dejar mi piso. Era el sofá de Karl o volver a casa de mi madre —explicó, y se las apañó para adoptar una expresión de «en realidad no me importa» tan estoica que me dieron ganas de abrazarle.

—Podría ser peor —dije para animarle—. Podrías vivir en una caja de zapatos tan pequeña como mi piso, que si invito a alguien, tengo que salir yo.

—El sofá de Karl tiene muelles que se te clavan en la espalda.

—Mi piso es tan diminuto que puedo ducharme y fregar los platos a la vez.

—Debajo de los cojines hay trozos de pizza reseca.

—Vale, en eso me ganas. Pero yo vivo en un cuarto sin ascensor —contraataqué.

De pronto, nuestra conversación se convirtió en un concurso de patetismos al más puro estilo «Yo soy más patético que tú. / No, lo soy yo», mientras el nivel de cerveza en nuestros vasos disminuía. Para mi sorpresa, descubrí que tras la incomodidad inicial causada por nuestros amigos y su poco sentido del tacto, me sentía muy a gusto hablando con Peter. Era agradable charlar con él y me daba la impresión de que era un chico tierno y divertido.

Y quizás fuera cosa de la cerveza, pero cada vez empezaba a encontrarle más atractivo.

En algún momento, Katie y Karl desaparecieron sin decir nada, lo que nos dio pie a conjeturar qué estarían haciendo.

—Me apuesto una cerveza a que están en el baño dándose el lote —sugerí.

—Veo tu cerveza y te apuesto otra a que se han ido a casa de Karl —dijo él.

Pero tras diez minutos regresaron sin ningún botón mal abrochado ni el pelo alborotado, y traían más pintas para todos. Poco después llegó Emmet, que al parecer había tenido muchos problemas para encontrar aparcamiento y se había visto obligado a dejar su coche más cerca de su casa que del Temple Bar, pero pronto desapareció con la excusa de buscar una cerveza y no regresó hasta media hora después.

No aguantó mucho con nosotros. Aunque Peter y yo intentábamos incluirle en nuestra conversación, en cuanto este se fue a buscar la siguiente ronda de cervezas, Emmet anunció que se marchaba.

—¿Cómo que te vas? —le pregunté, sorprendida.

Eso logró reclamar la atención de Katie por primera vez desde que había conocido a Karl.

—¿Qué?

—Sí, bueno, he visto a Doug y los chicos de camino aquí —explicó Emmet atropelladamente, como hacía siempre que mentía—, y les prometí que los llamaría.

—Pero si acabas de llegar —se quejó Katie.

—Yo... —Emmet buscó alguna otra excusa, pero al final se cansó y resopló, irritado consigo mismo—. Me duelen los brazos de sujetar velas, cariño. Ya sabes que hace mucho que no voy al gimnasio, he perdido la costumbre.

En conclusión, supuse que era la elegante manera de Emmet de decir que hacía mucho tiempo que no tenía que hacer del tercero que sobra, y eso pese a que la única que estaba ligando era Katie. Él tenía novio, aunque vivía lejos, y yo... bueno, Teresa de Calcuta había tenido una vida amorosa más interesante que la mía en los últimos tiempos.

Entonces Karl se echó a reír, reconociendo por primera vez la presencia de nuestro amigo. Estaba por jurar que hasta ese momento ni se había dado cuenta de que Emmet había llegado, pero acababa de confirmarle que sí, estaba ligando con Katie, y se suponía que Peter conmigo, cosa que sin duda le complacía.

—Emmet, no seas ridículo, no estás sujetando velas —le aseguré.

Esperé a que Katie me respaldara, pero ella estaba muy ocupada dándole un sorbo a su cerveza. «Traidora», le dije con una

mirada, y después me volví hacia mi amigo y cubrí su mano con la mía.

—Al menos, no solo —añadí.

Katie carraspeó y fingió atragantarse con el trago de cerveza, lo que le dio a Karl la oportunidad idónea para tocar la espalda desnuda de mi amiga, con la excusa de darle unas palmaditas para ayudarla a respirar mejor. Eso fue más de lo que Emmet pudo soportar. Me lanzó una mirada que decía a las claras que no me creía ni por un segundo y se puso su cazadora.

Yo no sabía qué decirle para disuadirle. Me sabía fatal que se fuera de esa manera, pero era consciente de que no lograría convencerle de que Peter y yo no estábamos ligando. Y bueno, que Katie y Karl sí lo estaban haciendo era tan evidente que se lo tomaría como un insulto a su inteligencia si trataba de negarlo.

—No pasa nada, cielo —me aseguró él, besándome en la mejilla—. Pero mañana quiero *todos* los detalles.

Y, sin más, se marchó justo cuando Peter regresaba con más cerveza.

—¿Se va? —preguntó, posando los vasos en la mesa.

—Sí, le estaban esperando —mentí.

No había necesidad de contarle la verdad, aunque sabía que no estábamos coqueteando. Nos sentíamos cómodos y no intentábamos impresionarnos mutuamente, tan solo procurábamos pasar un buen rato, dado que nuestros amigos nos ignoraban.

Peter era buena compañía y, con tanta cerveza, estábamos llegando a la fase de exaltación de la amistad en un tiempo record. Sí, nos conocíamos desde hacía poco más de una hora, pero ya nos sentíamos viejos amigos. A la quinta ronda, empezaron a tocar

Molly Malone, el himno oficioso de Irlanda, y para entonces Peter y yo ya estábamos lo suficiente entonados como para cantarlo a gritos con el resto del pub, balanceándonos en nuestros taburetes, yo con un brazo en su cintura y él con uno por encima de mi hombro.

—*¡Alive, alive, ooooooh! ¡Singing coooooooooockles and muuuuuussels!!!*

Estábamos en el punto álgido de la fase cuatro de la borrachera, «Cantos alegóricos y bailes regionales», cuando una chica con expresión malhumorada apareció en mi ángulo de visión, pegada a Peter. Era rubia, tenía las cejas oscuras depiladas hasta convertirlas solo en una delgada línea y llevaba los finos labios pintados con carmín. Era obvio que la conocían, porque Karl puso los ojos en blanco y resopló con poco disimulo al verla.

Peter dejó de cantar sin retirar el brazo de mi hombro, pero la mirada que la recién llegada me lanzó me hizo sentir tan incómoda que me aparté yo. ¿Sería su ex novia?

—Hola, Anna —la saludó Peter con alegría.

No, no era su ex novia, de lo contrario no se hubiera mostrado tan tranquilo.

—Hola, Peter —replicó ella, y le besó en la mejilla con evidente posesividad. De hecho, mientras se apartaba de él, me echó un vistazo de soslayo que fue casi tan físico como una bofetada.

Estaba marcando su territorio.

—Chicas, esta es Anna y ya se iba —intervino Karl—. Adiós, Anna, ha sido un placer verte. —Y le dedicó una expresión que la instaba a desaparecer.

La aludida frunció los labios en una mueca de desprecio, mostrando su dentadura. Decidí que Anna no me gustaba; a fin de cuentas, era obvio que yo tampoco le gustaba a ella. Pero entonces cogió el taburete que Emmet había dejado vacío y se metió a presión entre Peter y yo, casi derribándome de mi asiento en su empeño.

Vale, era oficial: la odiaba.

—En realidad, no tengo prisa —anunció ella, y enlazó su brazo con el de Peter.

Katie, Karl y yo la fulminamos con la mirada y por un instante sentí que formábamos parte del mismo equipo.

—Bah —masculló mi vecino, para después volverse hacia Katie, ignorando por completo a la recién llegada y dejándome sola en mi propio equipo.

La mirada de disculpa que me lanzó Peter me hizo presagiar que me esperaba una noche muy larga.

Capítulo 5: It's not unusual

La llegada de Anna cambió por completo el ambiente. Ya no me sentía alegre y relajada, y quizás fuese impresión mía, pero me parecía que incluso la gente había dejado de cantar *Molly Malone*.

Fue como si mis padres me hubieran pillado infraganti dándome el lote con un chico en el salón. O todavía peor, porque en lugar de sentirme como la adolescente descocada, me sentía como el chico que debía huir antes de que lo descubrieran. Era evidente que yo sobraba, o al menos esa sensación me daba Anna, encajada entre los dos y ocultando a Peter con su cuerpo. A él solo le veía las rodillas, lo cual dificultaba mantener una conversación.

Ella había enlazado su brazo con el de Peter, como si fuera una de las serpientes con las que bailaba Salma Hayek en *Abierto hasta el amanecer*, y hablaba inclinada sobre él, dándome la espalda. Y, dado que Katie y Karl permanecían abstraídos en su flirteo, podría haberme puesto las bragas en la cabeza, que ninguno de los presentes se hubiera dado cuenta. Durante unos segundos me planteé la posibilidad de ir al baño por hacer algo, pero entonces Anna se volvió hacia mí.

—¿Y tú eres...? —preguntó. Trataba de sonar educada y hasta simpática, pero había desagrado en sus ojos. Era posible que estuviera indignada porque la táctica de hacerme el vacío durante cinco minutos no hubiese funcionado hasta el momento.

—Eryn —respondí con tono neutro.

—Ya, bueno. —Hizo un gesto, como apartando mi nombre hacia el cajón-de-las-cosas-que-no-le-interesaban, y añadió—: Me refiero a de qué conoces a Peter, es que *nunca* me ha hablado de ti.

Hizo énfasis en el «nunca», alargando la *u* todo lo posible sin ser demasiado obvia.

—Qué casualidad, a mí tampoco me ha hablado de ti — repliqué, usando su mismo tono falsamente cordial.

Un hombre poco avisado (Peter) que hubiera presenciado nuestra conversación, habría pensado que tan solo éramos dos mujeres conociéndonos. Uno un poco espabilado se habría dado cuenta de que en realidad estábamos manteniendo un duelo a muerte. Puede que se debiera al azar o que Peter fuese más perspicaz de lo que había supuesto, pero el caso fue que en ese momento movió su taburete para apartarse un poco de Anna y así aparecer en mi ángulo de visión, formando entre los tres una media luna en torno a nuestra parte de la mesa.

—Eryn es la vecina de Karl —explicó con afabilidad, interrumpiendo nuestro duelo de miradas.

—Oh, ¿así que vives en ese bloque mohoso? —intervino Anna, y soltó una risilla antipática, como si su comentario fuera una broma.

—Sí. Justo dos pisos por encima de Peter. —Y sonreí al susodicho, que me devolvió una sonrisa cómplice.

Anna se tensó en su asiento y por un instante dejó que en su rostro se adivinaran sus verdaderos sentimientos: el odio absoluto. Pero no duró mucho; un segundo después, subió los hombros y se obligó a sonreír. Una parte de mí admiró su rapidez de reacción. A mí nunca se me había dado bien disimular mis emociones.

—Yo voy mucho por allí también —contraatacó—. Es que soy una gran amiga de Peter, ¿verdad, Peter? —Y acarició con suavidad la mano con que él sujetaba la cerveza, apoyada en la mesa.

Él pareció un poco sorprendido por el gesto, e incluso me dio la impresión de que me lanzaba una breve mirada de disculpa, pero fue tan rápido que no pude estar segura.

—Sí, Anna es una buena amiga.

—Por cierto, Anna. —Karl irrumpió de pronto en nuestra conversación. Casi había olvidado que estaba ahí—. ¿No quieres nada de beber?

—Una cerveza no estaría mal —dijo ella con cautela. Era evidente que no se fiaba de Karl, lo cual hizo que mi vecino me cayera todavía mejor.

—Pues vete a por ella ya, que pronto nos vamos a cambiar de sitio. —Y, sin más, Karl volvió a girarse hacia Katie, ignorando por completo la expresión de afrenta de Anna.

Tuve que disimular una sonrisa cuando ella se levantó con gesto ofendido de su asiento. Tras lanzarle una mirada envenenada a mi vecino, se dirigió a la barra todo lo rápido que pudo, dado lo abarrotado que estaba el local.

Entonces Peter y yo nos miramos, un poco incómodos. Era como si de pronto hubiéramos vuelto a empezar, o peor aún. La llegada de Anna había enrarecido por completo el ambiente. Ya no éramos solo dos desconocidos charlando con tranquilidad en torno a unas cervezas: ahora yo era la desconocida que estaba «en medio», entre dos amigos o lo que quiera que fuesen. A fin de cuentas, tal vez Anna y Peter tuvieran algo. Solo le conocía desde hacía dos horas, que no la hubiera mencionado no significaba nada. Quizás la había omitido deliberadamente.

—Todo esto se ha vuelto un poco raro de repente, ¿verdad?
—comentó Peter en voz baja.

Acababa de conocerle. Había roto con su novia y era probable Anna fuese su ligue o algo así, pero, como a Karl no le gustaba, trataba de buscarle otro: al parecer, yo. Tal vez debería desconfiar de Peter o, mejor aún, llamar a Emmet y marcharme con él y sus amigos. Y, sin embargo, algo en sus ojos, como un pequeño velo de tristeza, hizo que me ablandara por completo. Podía estar equivocándome hasta el fondo, pero esos ojos tan tiernos no podían ocultar maldad.

—Quizás es que no he bebido lo suficiente —dije, con intención de quitarle peso al asunto.

Peter sonrió, sus labios torciéndose sutilmente hacia la izquierda, y entonces me pasó por la mente la fugaz idea de mordérselos. Sacudí la cabeza y miré mi quinta (¿o era la sexta?) pinta de cerveza con desconfianza. A lo mejor después de todo sí estaba borracha.

Porque no estaba ligando con Peter. No me interesaba, solo me caía bien. ¿Verdad?

—Eso se arreglará pronto.

Esa era Katie. Al parecer, ella y Karl no estaban ignorándonos tanto como aparentaban, ya que de repente aparecían en medio de nuestra conversación como si hubieran estado con la oreja puesta todo el rato.

—¿A qué te refieres? —pregunté, sintiendo que algo terrible se avecinaba.

—Bueno, Karl ha prometido invitarnos a una ronda de chupitos en la Mac's. —Y Katie mostró esa sonrisa embaucadora de dientes blancos y perfectos. Esa sonrisa que lograba que cualquier

hombre hiciese lo que ella deseaba y que Emmet y yo nos resignáramos a aceptar su plan.

—De hecho, deberíamos ir yéndonos ya —propuso Karl, poniéndose en pie—. Pronto no podrá entrar ni un alfiler en esa discoteca.

—Claro. —Peter se levantó del taburete y recogió su abrigo, pero de pronto se detuvo como si hubiera recordado algo—. Ostras, Anna. No podemos irnos todavía, ha ido a por una cerveza.

A juzgar por la mirada de decepción que le lanzó Karl, ese había sido exactamente su plan: largarse sin Anna. De alguna manera, me sentí reafirmada en mi animadversión hacia esa mujer. No se trataba de que estuviera celosa, es que ella era una petarda. Si hasta Karl lo pensaba, que la conocía más...

Todos nos sentamos de nuevo y aguardamos con paciencia el regreso de Anna. Por suerte, ella volvió antes de lo esperado; es más, me atrevería a decir que nadie en la historia del Temple Bar había conseguido que le sirvieran una cerveza tan rápido. Y, al sentarse, arrastró su taburete para recortar la distancia que Peter había puesto entre los dos.

—Ya estoy aquí —anunció, y por un instante pareció no saber a quién odiaba más, si a Karl o a mí. Al parecer ganó mi vecino, que se llevó de regalo una mirada tan afilada como una daga—. Y bien, ¿qué me he perdido?

—Cuando acabes tu cerveza, vamos a ir a la discoteca Mac's —explicó Karl—. Así que date prisa o no lograremos entrar.

—Tú siempre tan amable, Karl —repuso ella con voz venenosa.

—Va a invitarnos a chupitos —intervino Peter, intentando poner paz.

Karl miró a su amigo como si le hubiese ofendido en lo más profundo. Era obvio que su invitación no se extendía a Anna. Como respuesta, ella le hizo un gesto con las cejas que gritaba «chúpate esa», y la expresión de Karl dejó ver a las claras que iba a escupir en su chupito.

—Está bien, si Karl invita... me daré prisa. —Anna sonrió con malicia antes de acercarse la pinta a los labios y beberse la mitad de su contenido de un solo trago.

Otra cosa que debía reconocerle a esa mujer: sabía beber. Yo era físicamente incapaz de beberme una cerveza de dos tragos.

—Estupendo, pues vámonos.

Karl ya se estaba poniendo la cazadora antes de que Anna hubiera tomado aire de nuevo. Katie le imitó con rapidez, de manera que la recién llegada tuvo que vaciar su pinta en cuestión de segundos si no quería dejarse la mitad ahí. Cuando terminó, posó la jarra de cristal en la mesa, le mostró una expresión desafiante a Karl y después se volvió hacia Peter.

—Peter, ¿tengo espuma en los labios? —Y se acercó tanto que él tuvo que apartarse unos centímetros para poder verle la boca.

—Un poco —dijo, y cogió una servilleta del servilletero de la mesa y se la ofreció.

Ella, que parecía haber esperado que Peter le limpiarla la espuma con la punta de la lengua, tomó la servilleta con aire frustrado y la presionó con delicadeza contra sus labios. Después se relamió lentamente y volvió a acercarse.

—¿Ya está, Peter? —Su tono y su mirada eran muy sugerentes. Para que nos entendamos, solo le faltó abrirse la camisa y enseñarle las tetas.

Sin embargo, él respondió con un tranquilo «sí» que me hizo plantearme que a) era tonto y no había captado las insinuaciones sexuales de Anna, b) las había captado pero no estaba interesado, c) se estaba cortando porque yo estaba delante, o d) tras su desengaño amoroso, había decidido iniciar una vida de castidad.

De cualquier manera, no tuve mucho tiempo para recapacitar sobre ello, porque Katie ya estaba empujándome hacia la salida. Una vez fuera del pub, caminamos en silencio hacia la discoteca Mac's. Katie estaba haciendo algo con su móvil, Karl observaba de reojo a Anna como preguntándose qué demonios hacía ahí todavía y ella, con su brazo enroscado con el de Peter, me miraba del mismo modo a mí.

La incomodidad regresó de nuevo y me pregunté de verdad qué estaba haciendo allí. Es decir, solo había salido a pasar un buen rato y de pronto estaba atrapada en esa situación molesta. Me encontraba con Katie y su ligue, y con Peter, un chico al que acababa de conocer, y su amiga con derecho a roce o lo que quiera que fuera Anna. Tal vez no tenían nada, pero estaba claro que ella estaba interesada en él y me consideraba una intrusa. Y yo no tenía intención de pelearme con una desconocida por otro desconocido. De hecho, me estaban entrando unas ganas terribles de coger un taxi e irme a dormir la mona a casa. Ni siquiera me apetecía llamar a Emmet y a sus amigos, que me acosarían a preguntas.

Quizás ya estaba mayor para esos ligoteos de discoteca, aunque la verdad era que nunca habían sido lo mío.

—Hey, Eryn, no te quedes atrás.

La voz de Peter me sacó de mi momento de borrachera emo. Me di cuenta de que, absorta en mis pensamientos, estaba caminando detrás de los cuatro por las concurridas calles del Temple Bar. Peter me hizo un gesto con la mano, indicándome que fuera con él, y fue muy ridículo lo bien que eso me hizo sentir.

Me puse a su altura, ignorando la expresión hostil de Anna, y él me sonrió.

—¿Has estado alguna vez en la Mac's? —me preguntó.

Se trataba de una de las discotecas de la zona que, si no recordaba mal, tenía karaoke. Era probable que hubiera estado un par de veces allí. Solo esperaba que no fuese esa discoteca en la que Emmet, Katie y yo acabamos cantando *I can't live* de Mariah Carey, tan borrachos que nos caímos al suelo en el segundo estribillo, en plena pelea por el micro.

—Es posible —dije—. ¿Tiene karaoke?

—Sí.

—¿Tiene solo un micro?

—Creo que sí.

—¿Tiene una tarima de, digamos, un metro de altura?

—Sí —repitió él, intrigado.

—En ese caso, creo que he estado en la Mac's. Por lo menos, en su suelo.

Peter se echó a reír y Anna le acompañó con su risa fingida.

—¿Te caíste?

—Es una larga historia. Si te la contara, tendría que matarte. O mejor dicho, si te la contara, Katie nos mataría a ambos.

—En ese caso, vigilaré que no te caigas esta vez —bromeó Peter, y me guiñó un ojo.

Un escalofrío me sacudió de arriba abajo. Me dije que era culpa del alcohol, no de lo sexy que me había parecido ese gesto.

Justo en ese momento, el cartel luminoso de la Mac's llamó mi atención. Me llegaron unos recuerdos difusos de la dichosa noche, unos meses atrás, en la que los tres nos dimos el porrazo. Antes de eso habíamos estado diez minutos parados frente a la entrada, discutiendo sobre si era un karaoke o un prostíbulo. Sí, definitivamente había sido en ese lugar.

—Ya hemos llegado —anunció Anna, ansiosa por cambiar el tema de conversación—. Peter, agárrate bien a mi mano. Hay tanta gente que podríamos perdernos.

Katie y Karl ya estaban entrando por la puerta cuando Anna enlazó su mano con la de Peter y se zambulló tras ellos. Peter la siguió y yo fui detrás, en fila india. No había espacio para pasar de dos en dos.

A pesar de saber que lo de cogerle la mano a Peter solo era un pretexto para tocarle, Anna tenía razón en una cosa: aquello estaba abarrotado, lleno hasta los topes de gente que no tenía más remedio que empujar a otra gente si quería moverse de su centímetro cuadrado de espacio. Estaba mortificándome por el recuerdo de mi última visita a esa discoteca y suplicando al universo que entonces no hubiera estado tan llena como lo estaba ahora, cuando sentí que Peter me rozaba una muñeca. Me di cuenta de que estaba buscando mi mano. La tanteó un instante y después rodeó mis dedos con los suyos para no perderme entre la gente.

Al sentir el calor de su piel sobre la mía, noté una brusca sacudida en el estómago que aconsejó a la parte razonable de mi cerebro no beber más.

Caminamos durante unos minutos así, en fila y con las manos dadas como preescolares, hasta que logramos llegar a la barra. Katie y Karl estaban allí, esperándonos junto a unos vasos de chupito que la camarera estaba rellorando con tequila. Mi mejor amiga tenía el salero en una mano y sonreía con picardía.

—Vamos, chicos, lo prometido es deuda —dijo.

Ese fue el primero de unos cuantos chupitos. No me gustaba el tequila: ni su fuerte sabor ni la manera en que me abrasaba la garganta. Ni siquiera el ácido limón era capaz de aliviar un poco su gusto. Sin embargo, cuando me tragaba mi correspondiente chupito llena de resignación, alguien me ponía otro en la mano.

Después de tres rondas seguidas, me negué a beber más; pero entonces la camarera nos invitó a otra vuelta y «sería de mala educación rechazarla», aseguró Katie.

Si bien era una persona que toleraba bastante bien la cerveza, el tequila se me subía pronto a la cabeza. De modo que a la media hora ya estaba borracha, sintiéndome amigable y cariñosa hasta con Anna. Resultaba evidente que el sentimiento no era mutuo, pero había bebido demasiado como para que eso me importara. De alguna manera acabamos apartándonos de la barra, y Katie y yo terminamos en la pista, dando saltos y cantando a gritos cada canción que sonaba, sin una idea muy clara de dónde estaban los demás.

Debo confesar que, aunque nací con dos pies izquierdos (de hecho, esa expresión se inventó para mí), cuando bebía era capaz

de bailar hasta con una piedra. Sentía que el mundo era mi amigo y que todos debían bailar, así que solía terminar por coger a cualquiera de mis acompañantes y darle vueltas como si fuera una peonza o hacer duelos de baile en la disciplina de «danzas absurdas».

En algún momento, Karl se unió a nosotras y acabamos en una particular versión del corro de la patata, dando saltos de aquí para allá, agachándonos de vez en cuando y haciendo pobres imitaciones del *moonwalk* de Michael Jackson, mientras Anna hablaba a la oreja de Peter, bien pegada a él.

Lo más probable era que hubiese acabado sacándolos a bailar también a ellos dos, si Emmet no hubiera aparecido de la nada a mi lado en ese momento.

—¡Emmeeeeeeeeeeeeeeeet! —grité, arrojándome a sus atléticos brazos.

Él me devolvió el abrazo y nos balanceamos de un lado a otro hasta que me sentí mareada. Después repetí la operación con todos sus amigos (*¡Doooooooooooooug! ¡Bradyyyyyyyyy! ¡Joooooooooosh!*), para acabar de quedar como una completa borracha.

—¿Qué hacéis aquí? —le pregunté a Doug, ya que era el que estaba más cerca.

Era un tipo enorme. Medía casi dos metros de altura, y esa era aproximadamente la anchura de su espalda. Sus brazos tenían el diámetro de mi cintura y sus manos eran gigantes. Tanto era así que a veces le llamábamos Hagrid.

Formaba una curiosa pareja con Emmet. Era su mejor amigo, y el contraste físico entre ambos resultaba bastante cómico:

parecían el punto y la i, Emmet de estatura media y cuerpo delgado y Doug, mastodóntico y musculoso.

Y sí, Doug era el amigo de Emmet que me habría puesto mirando a la Meca si no fuera gay.

—Ya sabes, Katie pidió refuerzos y aquí estamos —me dijo con su vozarrón. Cuando Doug gritaba, levantaba viento.

—¿Refuerzos? —Mi mente funcionaba con lentitud a causa del alcohol.

—Claro —asintió, peinando el perímetro con la mirada con aire profesional, como si fuese un agente de la CIA o algo así—. Bien, ¿quién es la chica a la que debemos entretener?

—¿Cómo?

—¡Es esa de ahí! —señaló Katie, como si estuviera delatando a un delincuente que se daba a la fuga.

Obviamente apuntaba a Anna, y entonces las piezas del rompecabezas acabaron de encajar en mi mente. Katie había pedido a Emmet y sus amigos que vinieran a la Mac's para neutralizarla y así dejarme vía libre con Peter.

No supe si besarla o enfadarme con ella.

De pronto, Emmet y sus amigos se arrojaron sobre Anna, tan coordinados que parecían un pequeño batallón. Ignoro qué le dijeron, pero en cuestión de segundos estaban rodeándola y llevándosela en dirección a la barra del lugar. Por un instante, sentí un poco de compasión por ella; los amigos de Emmet estaban locos y Katie, todavía más. A saber qué les había pedido que hicieran.

En cualquier caso, de repente estábamos solos Katie, Karl, Peter y yo. Es más, podríamos decir que estábamos solos Peter y yo, porque Katie y Karl, como si hubieran cumplido con su deber y

finalmente pudieran tomarse un descanso, habían empezado a darse el lote.

Por suerte, estaba demasiado borracha como para sentirme violenta por la situación. Así que me encogí de hombros, cogí a Peter de una mano y lo obligué a bailar. Él también debía de tener un buen nivel de alcohol en las venas, porque no se quejó. De hecho, cuando empezó a sonar *Billie Jean* de Michael Jackson, hasta se animó a imitarle haciendo el ridículo conmigo. Incluso gritamos el «¡Wu!» que seguía al «*But the kid is not my son*», él agarrándose el paquete real y yo, el imaginario.

Comenzamos a animarnos, éramos los amos de la pista. Quizás fueran solo imaginaciones más, pero me daba la impresión de que la gente que nos rodeaba estaba empezando a hacer un corro a nuestro alrededor. En ese momento pensaba que era porque bailábamos muy bien, pero lo más probable era que pareciéramos Mónica y Ross Geller haciendo la rutina de baile con la que ganaron un concurso en el instituto. La cuestión era que, para cuando empezaron a sonar los Bee Gees, ya estábamos desatados. Y entonces... tuvo lugar El Accidente.

Peter parecía sentirse poseído por John Travolta en *Fiebre del sábado noche*. Eso estaba bien, porque los dos llevábamos un buen rato haciendo el ridículo. Pero, mientras que mis habilidades de baile como mucho podían hacer que me tropezara y cayera de culo (no sería la primera vez), Peter jugaba en otra liga. Se vino tan arriba que, en el momento álgido de *Staying alive*, tuvo a bien intentar hacer el spagat. La clave era *intentar*. Estoy segura de que, si la música no hubiera estado tan alta, hubiese oído algún «crack», no sé si del pantalón de Peter o de sus abductores, pero la

expresión de dolor en que se contrajo su rostro fue bastante visible. Creo que hasta nuestros espectadores contuvieron la respiración.

—¡Peter! —exclamé, al tiempo que me abalanzaba sobre él para ayudarlo.

Peter se aferró a mí y, con mucho esfuerzo y tras varios tambaleos, conseguí ponerlo en pie. Él, muy despacio, empezó a juntar las piernas y su mueca de sufrimiento se fue convirtiendo poco a poco en alivio al comprobar que, por lo visto, no se había quedado parapléjico. Sin embargo, era posible que hubiese arruinado cualquier opción de tener hijos algún día.

—¿Estás bien?

—Sí, no dejes que mis lágrimas te engañen —jadeó, con tono dramático.

Nuestras miradas se cruzaron, la suya dolorida, la mía preocupada. Y entonces empecé a reírme a carcajadas, incapaz de contenerme. Peter se unió a mí pasados unos segundos y la que acabó llorando, pero de la risa, fui yo.

—Creo que he bailado por encima de mis posibilidades. —Ya casi había logrado serenarme, pero su comentario volvió a arrancarme una nueva carcajada.

Después de eso, Peter me contó que en su adolescencia había formado parte del equipo de atletismo de su instituto y que hubo un tiempo en que era capaz de hacer el spagat. Era probable que hubieran pasado diez años desde la última vez que lo intentó, así que no tenía ni idea de por qué había decidido hacer la prueba esa noche. Finalmente, resolvimos que la culpa era de Karl y que, por el bien de todos, bailaríamos con más sosiego de ahora en adelante (para disgusto de nuestros fans).

Justo en ese momento, el disc-jockey bajó el volumen de la música para anunciarnos que dentro de cinco minutos empezaría el karaoke y que los interesados debían dirigirse a su cabina para apuntarse. Sabía por experiencia que primero ponían música y corría el alcohol, solo para que la gente estuviera lo bastante borracha llegado el momento del karaoke como para animarse a cantar. La Mac's era una trampa mortal: era difícil entrar, pero aún más difícil salir.

—¿Hacemos un dueto? —propuso Peter, pero por su risa supe que estaba de broma.

—Debo declinar la oferta. Mi culo todavía no me ha perdonado la última vez que me subí a esa tarima.

—Espera, ¿esa no es Anna? —preguntó, y los dos, con los ojos guiñados y apoyándonos el uno en el otro para no caernos, nos fijamos en una mujer rubia que subía dando tumbos a la cabina del disc-jockey, ayudada por cuatro pares de manos.

Sin duda eran Emmet y compañía.

—¿Va... a cantar? —murmuré, incrédula.

No me parecía del tipo de personas que se subía a un escenario a deleitar a doscientas personas con sus gallos; es decir, el tipo de persona que carecía de sentido del ridículo ni amor propio. Pero, a juzgar por el resguardo que mostró triunfal a mis amigos después de charlar con el DJ, Anna iba a cantar. Cinco minutos después, se encendieron las luces de la tarima, cesó la música y todo el mundo se giró hacia el escenario.

De manera inconsciente, Peter y yo nos habíamos ido acercando hacia el lugar, de modo que habíamos perdido a Karl y

Katie. No importaba; de todos modos, dudaba que fueran a echarnos de menos.

Los primeros en salir fueron dos irlandeses de pura cepa (pelirrojos, pecosos, borrachos) que destrozaron de una manera cruel y despiadada *When the street has no name*, de U2. Quizás en otros lugares se apreciara a los buenos cantantes, pero en la Mac's el entusiasmo del público era mayor cuanto más desastrosa era la interpretación (ya he mencionado que estábamos todos borrachos, ¿no?). Luego siguió otro grupo de hombres y mujeres, apiñados en torno al único micrófono, con un clásico: *Seven drunken nights*, de The Dubliners. Aquí el público estaba completamente entregado, cantando a voz en grito con ellos.

Y entonces llegó Anna. Subió tambaleándose al escenario, con el peinado desecho, un gorro de cartón de procedencia desconocida torcido sobre la cabeza y el rímel corrido. La seguían Emmet, Doug, Brady y Josh, llevando mi amigo un segundo micrófono por el que tenía pinta de haber luchado con uñas y dientes.

La otra vez se habían negado a dárnoslo, los muy cabrones.

Anna se situó en el centro de la tarima y sujetó con una mano el soporte del micrófono, lanzando una mirada errática a su público, como si en realidad no pudiera vernos. Por detrás de ella, Emmet y los chicos se situaron en una esquina, arracimados alrededor del segundo micro. Se hizo el silencio unos instantes, y al poco empezaron a sonar los primeros acordes de la canción.

Tres palabras: *It's not unusual*. Tom Jones.

Anna aferró el micrófono con ambas manos, se balanceó un poco hacia los lados (no sabría decir si por culpa del alcohol o si

intentaba bailar) y empezó a cantar con voz chillona y temblorosa:

It's no unusual to be loved by anyoneeee.

(«No es raro que te ame alguien»)

Por detrás de ella, Emmet y sus amigos hacían los coros, chascando los dedos, dando palmas y moviendo las caderas, como el mismísimo Tom Jones reencarnado en el cuerpo de cuatro irlandeses borrachos.

El público entero empezó a menearse y dar palmas, lo que pareció proporcionarle más seguridad a Anna. A cada estrofa cantaba en voz más alta, emitiendo gallos y señalando a los espectadores con un dedo acusador, como desafiándolos a contradecir la letra de la canción.

It's not unusual to have fun with anyoneeee

(«No es raro divertirse con alguien»).

But when I see you hanging out about anyone, it's not unusual to see me cryyyyyyyy!

(«Pero cuanto te veo saliendo con otra, no es raro verme llorar»).

Recitó el último verso con actitud retadora, pero luego sus labios formaron un pequeño puchero que casi me hizo sentir culpante.

Oh, I wanna dieeee...

(«Oh, quiero morir...»)

—Nunca imaginé que viviría para ver esto —me dijo Peter al oído, sin dejar de chascar los dedos a lo Carlton, de *El Príncipe de Bel-Air*.

—No conoces a los amigos de Emmet, su lema es «Nada es imposible».

El público parecía una sola voz gobernada por los gorgoritos de Anna y suavizada por los coros de mis amigos. Llegó un punto en el que ella estaba tan entregada a la canción que hasta soltó el micrófono de su soporte y se aproximó peligrosamente al borde de la tarima, para acercarse a sus fans.

It's not unusual to be mad with anyoneeeeeee
(«No es raro estar enfadada con alguien»)

Entonces dirigió el micro al público para que nosotros cantáramos el siguiente verso.

It's no unusual to be sad with anyoneee
(«No es raro estar triste por alguien»)

Hubo un extraño momento de conexión entre Anna y su público, puesto que todo el local se sabía la canción y se unió en una sola voz. Ella nos escuchó con la mano sobre el corazón antes de acercarse el micrófono de nuevo para continuar con la siguiente estrofa.

It's not unusual to find out that I'm love with youuuuuuuu...
(«No es raro descubrir que estoy enamorada de tiiii»)

Y señaló un punto concreto del público.

No hacía falta ser muy perspicaz para notar que estaba cantándole la canción a Peter. Lo que estaba claro era que no veía tres en un burro, porque apuntaba al lugar más alejado de nosotros de toda la discoteca.

Y de pronto, con un final **«Whoah-oh-oh-oh-oooooh»**, todo terminó.

El público estalló en aplausos enloquecidos, y Anna, metida por completo en su papel, hizo una reverencia al borde del escenario que hubiera acabado en dientes rotos si Emmet no

hubiera estado atento y la hubiera sujetado por la parte de atrás de la falda. Josh, Brady y Doug también se adelantaron un paso y saludaron, lanzando besos y haciendo reverencias. Costó sacarlos del escenario (cuando parecía que iban a irse, se volvían a saludar de nuevo), pero al final bajaron.

—Dios mío, ¿quién demonios ha destrozado de esa manera *It's not unusual?* —preguntó una voz a nuestro lado.

Karl y Katie habían reaparecido por arte de magia detrás de nosotros. Ambos parecían muy felices, los muy capullos.

—No os lo vais a creer, ha sido Anna —respondió Peter, riéndose.

Katie me dirigió una sonrisa maliciosa que me hizo presagiar que todo eso había sido culpa suya. Me acerqué a ella mientras Karl y Peter comentaban la actuación y le hablé al oído para que no nos escucharan.

—¿Qué les dijiste a Emmet y los chicos que hicieran con Anna, exactamente?

—Yo solo les pedí que la mantuvieran entretenida, lo de Tom Jones ha sido cosecha suya, no les quites méritos —explicó, sin avergonzarse en absoluto.

En ese momento, Anna y los cuatro llegaron hasta nosotros, caminando con aires de divas y sonriendo con orgullo cada vez que alguna persona los saludaba al reconocerlos. Ella se colgó de Peter sin perder un segundo, apoyando todo su peso en él.

—¿Me has visto? ¿Te ha gustado? —le preguntó con voz pastosa.

Además de un pequeño y ridículo mordisco de celos sin sentido, sentí un poco de compasión por la pobre chica. Emmet y

compañía la habían emborrachado tanto que si le daban dos copas más acabaría la noche a cuatro patas.

—Lo has hecho muy bien —aseguró Peter, un poco desequilibrado por su peso. Anna le correspondió con una risilla ebria.

Después de eso, el karaoke empezó a degenerar poco a poco (pasamos un rato divertido comparando cada actuación con la de «Anna y los cuatro», el nombre oficioso de su «grupo»), hasta que sonaron dos canciones seguidas de Westlife.

—Imitadores de pacotilla de los Backstreet Boys, si queréis mi opinión —comentó Emmet en tono ofendido.

Yo comencé a sumirme en la etapa de «La Somnolencia» que me atacaba sin remedio cada vez que bebía más de la cuenta. Durante unas horas era el alma de la fiesta, pero luego era capaz de quedarme dormida hasta sobre un altavoz. Llegado un punto, se me cerraban los ojos. Eso no impedía que siguiera hablando o incluso bailando, pero los párpados me pesaban tanto que era incapaz de mantenerlos abiertos. Por lo general, ese era el momento en que decidía irme a casa; y ahora que Anna había vuelto y era imposible despegarla de Peter, ya no me lo estaba pasando tan bien.

—Oh, oh —oí decir a Doug, como en un sueño—. Eryn está convirtiéndose en un zombi.

—Vamos a tener que llevarla a casa —añadió Josh, superponiendo su voz a la de una mujer que despedazaba sin misericordia *Like a virgin* en el karaoke.

—Yo me encargo. —Esa era Katie—. Karl, Peter y yo vamos en la misma dirección.

Mientras me balanceaba al ritmo de la canción con los parpados bajados, sentí unas manos sobre mi cintura.

—¿Estás bien? —Esa voz no me resultaba tan familiar como las demás, hasta el punto de que tardé unos segundos en reconocerla. Era Peter.

Eso sí que logró que abriera los ojos.

—¿Peter? —Tuve que parpadear cuatro o cinco veces para enfocararlo bien—. Sí, estoy bien, solo un poco cansada.

—Te estás quedando dormida. —Noté la sonrisa en su voz más que verla.

—No es verdad —murmuré, bostezando. De no haber estado tan borracha, jamás le habría abrazado, ni tampoco habría apoyado la cabeza en su hombro y cerrado los ojos. Pero lo hice.

Solía acabar las noches en las que bebía demasiado así, abrazando a Katie, a Emmet o a alguno de sus amigos. Si podía dormirme de pie, abrazada a otra persona ya ni digamos. Y además, el hombro de Peter era tan cómodo... y sus brazos me rodeaban evitando el peligro de caída. Oía bien, a colonia y *aftershave*.

Aquello era el paraíso.

—¿No íbamos a irnos?

Tal vez no estuviera tan familiarizada con la voz de Anna como con las de mis amigos, pero la reconocí en el acto por su timbre antipático y chillón.

—Eh... sí. —Brady, ese era Brady, creía.

Pero las voces me resultaban cada vez más lejanas y extrañas. Estaba durmiéndome de verdad.

—Podemos esperar un poco —propuso Karl.

—Eryn va a dormirse y Peter no es una cama —masculló Anna.

En eso tenía razón. Estaba dando un espectáculo quedándome dormida encima de un chico al que acababa de conocer, así que, recurriendo a toda mi fuerza de voluntad, me aparté despacio y parpadeé con fuerza, obligándome a mí misma a despertar.

—Oh, Peter, lo siento —murmuré.

—No importa, ¿crees que podrás andar hasta el taxi o tendré que llevarte en brazos? —preguntó con humor.

—Puedo andar —aseguré, soltándome de sus brazos para demostrar que podía mantener el equilibrio.

—Bien, pues vámonos —escupió Anna, y pasó a mi lado, tambaleándose pero a todas luces molesta.

A decir verdad, Doug apareció junto a mí y casi me sacó en volandas escondida debajo de su brazo, como si temiera que fuese incapaz de salir de la discoteca por mis propios medios. Una vez fuera, llegó el momento de repartirnos los taxis para volver a casa.

—Yo vivo aquí al lado —dijo Josh.

—Mi coche está casi a media hora de aquí —explicó Emmet —, pero puedo llevar a cuatro personas. No he bebido ni una gota.

—Yo iré con Peter —se apresuró a añadir Anna.

—Qué pena, no cabes en el taxi. —Katie se llevó una mano al pecho, con falsa afectación—. Ya somos cuatro, ¿recuerdas?

—No te preocupes, cariño, yo te llevaré —se ofreció Emmet —. Cabes en mi coche.

En realidad, el coche de mi mejor amigo era diminuto y ya solo Doug ocupaba la mitad, pero yo no iba a quejarme. Si bien el

alcohol había suavizado bastante mi animosidad hacia Anna, no quería soportar sus caras asesinas hasta el mismo portal de mi casa.

Era evidente que ella estaba en desacuerdo con la oferta, pero dado que no cabía en nuestro taxi y Peter no se ofreció a coger otro solo con ella (lo cual habría supuesto dar un largo e innecesario rodeo), no le quedaba otra opción.

—Bien, pues ¡vámonos! —exclamó Karl.

Le di un beso somnoliento a Emmet y al resto de sus amigos. Cuando llegó el momento de despedirme de Anna, tan solo le dije adiós y me alejé de ella. Me costaba mantener los párpados levantados, no estaba para otro duelo de miradas.

Una vez realizadas las convenientes despedidas, nos separamos. Anna tardó media hora en descolgarse de Peter, pero al final pudimos irnos. Caminamos hasta la parada de taxis con tranquilidad, bromeando sobre todo lo que había pasado esa noche. Peter iba a mi lado, sin tocarme pero vigilándome, como si temiera que fuera a caerme. Era tan encantador...

—¡Corred, corred!

De pronto, Karl echó a correr hacia un taxi que acababa de detenerse en la parada cercana. Milagrosamente no había nadie esperándolo, pero desde otra bocacalle del barrio salían tres chicas que le habían puesto los ojos encima y se aproximaban a él todo lo rápido que podían, subidas en los andamios que llevaban por zapatos. Peter, Katie y yo intercambiamos una mirada y resolvimos en silencio dejar que Karl hiciera el trabajo sucio. Era obvio iba a ganar a las chicas, así que no hacía falta que todos corriéramos.

—¡Mierda, ese tío ya lo ha cogido! —bufó una de ellas.

—Pero sigue habiendo sitio para nosotras, podemos llegar antes que esos tres, ¡vamos! —animó otra.

Y, por surrealista que parezca, a saltitos y dadas de la mano, se lanzaron en bandada hacia el taxi al que ya se estaba subiendo Karl, en el asiento del copiloto.

—¡Maldita sea!

Katie me agarró por un brazo y de pronto me encontré corriendo hacia el taxi, tratando de no matarme con mis botines de tacón y la borrachera que llevaba. Peter nos adelantó con facilidad (el muy listillo no llevaba tacones, así cualquiera corre) y abrió la puerta trasera para nosotras.

—¡Vamos, vamos! —nos apremiaba, agitando las manos.

Miré hacia la izquierda. Las tres chicas se aproximaban por ese lado, dispuestas a morir peleando. Estaban tan pegadas a nosotras que casi podrían modernos el culo, pero Katie y yo íbamos en cabeza. Solo un par de metros más, un metro más y...

—¡Es nuestro! —grité triunfal, llegando al taxi.

Pero entonces Katie me empujó dentro, se arrojó detrás de mí y tiró de Peter hacia nosotras. Este cayó de cualquier manera, aunque se las apañó para cerrar la puerta justo a tiempo y las desconocidas roba-taxis se estamparon contra ella.

—¡Mi pierna! —gimoteé.

Nos llevó un par de minutos recuperar nuestras respectivas extremidades y sentarnos como personas normales.

—¿A dónde os llevo? —preguntó el taxista con paciencia. O tal vez fuera temor.

Karl le dio la dirección, riéndose a carcajadas por el numerito que habíamos protagonizado.

—Creí que no llegaríais. Si me hubierais hecho caso cuando os dije que corrierais...

—¿Acaso eran humanas? —preguntó Katie—. Qué manera de correr...

—Pensé que iban a volcar el taxi con nosotros dentro —murmuró Peter—. ¿Visteis cómo nos miraban?

—Me hubiera gustado verlo, pero Katie estaba sentada sobre mi cabeza —me quejé, y volvimos a reírnos.

Llegamos al «bloque mohoso» donde Karl y yo vivíamos entre bromas y risas, para acabar de aterrorizar al taxista. Después de pelearnos con la puerta del portal, iniciamos el penoso proceso de subir las escaleras estrechas y empinadas, borrachos como estábamos, y llevando tacones en mi caso y en el de Katie. Karl y ella iban delante, con los brazos enlazados y diciéndose cosas al oído que les provocaban risillas bajas e insinuantes. No me quedaba duda sobre qué estaban hablando y a Peter tampoco, a juzgar por su expresión de triste resignación.

—¿Recuerdas cuando decías que tu vida era más patética porque vivías en un cuarto sin ascensor? Quizás quieras replanteártelo —dijo, y señaló con la barbilla a los dos tórtolos.

Podía imaginar lo que le esperaba: un sofá con muelles y trozos de pizza reseca, y escuchar a Katie y Karl practicando sexo en la habitación de al lado. Definitivamente, él ganaba el concurso de *La vida más patética*.

Pobrecito.

—Si quieres, puedes dormir en mi casa.

Juro por mi madre que no supe quién había dicho eso. Peter se había parado en seco y estaba mirándome, y la voz, la voz que

había pronunciado esas palabras, parecía mía. Todo apuntaba a que había hablado yo.

Jodido alcohol.

—Quiero decir en el sofá —corregí, intentando retirar la invitación sexual que le había hecho—. No puedo prometerte que no tenga muelles que se claven, pero los trozos de pizza reseca están en la nevera y no habrá... ruidos.

No sabía qué me abochornaría más: que Peter rechazara mi oferta o que la aceptara. Me miró a los ojos, después echó un vistazo a Karl y Katie, que estaban por llegar a la segunda planta (donde se encontraba el piso Karl), y luego volvió a centrarse en mí.

—Vale —aceptó con una sonrisa aliviada—. Te debo una.

Capítulo 6: Resacón en Bolsín Cerrado

Peter me miraba como si le hubiera salvado la vida, mientras que yo tenía los ojos clavados en los escalones, a medias avergonzada, a medias complacida porque hubiera aceptado mi oferta. No debería estarlo, teniendo en cuenta lo incómoda que podía llegar a ser la situación y el hecho innegable de que dormir debajo de un puente sería mejor que yacer en el sofá de Karl esa noche. Sin embargo, ahí estaba esa sensación de ridícula emoción sepultada bajo grados de alcohol.

De todos modos, Katie y Karl hicieron que la olvidara pronto.

—Ya estamos. —Ese era Karl. Él y Katie estaban parados frente a la puerta abierta. Sonrientes, con los brazos enlazados y con un pie dentro del piso, preparados para un maratón de sexo. Mientras que Peter y yo pasaríamos la noche él en un sofá prestado y yo sola en mi cama. Daban asco—. Vamos, Peter.

Él se detuvo y me lanzó una mirada interrogante, como preguntándome en silencio si mantenía mi invitación. Yo asentí, tratando de aparentar una naturalidad que no sentía en absoluto, como si invitar a pseudodesconocidos a dormir en mi sofá fuese algo que hiciera a menudo. En realidad era algo que no había hecho nunca, y solo podía pensar que quizás, a pesar de todo, podría tomarse la invitación como no debía. A fin de cuentas, nos habíamos conocido esa noche en un pub y todo el mundo sabía que de ese tipo de encuentros no solían salir lo que se dice amistades duraderas.

Me pregunté qué haría yo en ese caso.

Era algo preocupante que no supiera la respuesta.

—Me quedo a dormir en el sofá de Eryn —dijo Peter. Su expresión y su tono no delataban nada. No parecía que fuera a arrojarse sobre mí en cuanto le abriera la puerta de mi casa. Y yo no parecía saber si eso me decepcionaba o no.

Sin embargo, Karl y Katie pusieron la misma cara que si les hubiera dicho que íbamos a mantener despierto a todo el vecindario. Los ojos brillantes, la sonrisa llena de segundas intenciones, las cejas alzadas con insinuación. En definitiva, estaban convencidos de que los esfuerzos que habían hecho durante toda la noche (es decir, ignorarnos por completo) habían dado sus frutos. Habían conseguido un ligue para sus tristes amigos: el amargado al que había dejado su novia y la desesperada que no echaba un polvo desde que se llevaban las permanentes.

Con toda probabilidad, en cuanto nos perdieran de vista se felicitarían el uno al otro por su gran trabajo y contribución a la humanidad, sin darse cuenta de lo humillantes que resultaban sus sonrisillas para el amargado al que había dejado su novia y la desesperada que no echaba un polvo desde que se llevaban las permanentes. Sobre todo porque lo único que íbamos a hacer era dormir en habitaciones separadas.

—Vaya, eso es genial —aseguró Katie, y me miró con picardía, a lo que yo respondí adoptando mi expresión más madura y fingida de «estoy por encima de esto»—. Pues ya nos veremos, ¡adiós!

Y, sin más, tiró de Karl y los dos desaparecieron tras la puerta de su apartamento. Sin duda, Katie se había encargado de esfumarse tan rápido por si yo me arrepentía. Después de todo, era

la desesperada que no echaba un polvo desde que se llevaban las permanentes por algo.

Así que de pronto estábamos a solas Peter, nuestras borracheras y yo, en unas escaleras estrechas y empinadas que ahora me parecían eternas.

Ninguno de los dos podíamos negar que la situación era *rara* otra vez, de modo que no nos molestamos en tratar de llenar el silencio. Tan solo continuamos nuestro camino, como si nuestros mejores amigos no nos hubieran dado preservativos, champán y una palmadita en la espalda a través de una mirada.

Aunque el proceso fue lento y penoso, pronto vislumbramos la puerta de mi pisito. Una vez junto a ella, saqué las llaves del bolso y me aventuré a mirar a Peter.

—¿Preparado ver el piso tamaño Polly Pocket en que vivo? Hasta los Siete Enanitos lo encontrarían pequeño.

Decir estupideces me ayudaba a relajarme un poco y romper el hielo. Y la sonrisa con que Peter correspondía a mis tonterías me hacía sentir cómoda. No era una sonrisa de «ja-ja-ja, ¡estás LOCA!» ni «ja-ja-ja, no tienes gracia». Era cálida, los labios torcidos, el brillo divertido en los ojos.

—He estado toda la vida preparándome para esto —dijo, con tono solemne.

—Lo sé, hay una lista de espera muy larga para dormir en mi sofá —añadí, haciéndome la interesante, e introduje la llave en la cerradura.

Por suerte, ese día no decidió atascarse, como solía ocurrir, librándome de hacer el ridículo más todavía. Empujé la puerta, encendí la luz y me hice a un lado para dejar pasar a Peter primero.

Mi piso era tan enano que si yo estaba dentro no podría ver ni la mitad de los muebles.

—No es tan pequeño —mintió descaradamente, al cabo de unos segundos de observación.

—Mentiroso —repliqué, cerrando la puerta tras nosotros—. El lado bueno es que si te entra hambre en medio de la noche, puedes mirar lo que hay en la nevera sin levantarte del sofá.

—El sofá es grande —observó, riéndose.

Eso no era del todo mentira. Uno podía echarse una siesta en él con comodidad, aunque ocupaba la mitad del salón-cocina-comedor él solito.

—Es la joya de la corona. Vuelvo en un segundo, voy a por mantas. El baño está allí, por si quieres usarlo. —Señalé la segunda puerta a la derecha y desaparecí por la de al lado.

Saqué una manta de los cajones de debajo del somier (aprovechamiento máximo del espacio) y cogí un par de cojines de mi cama para que Peter durmiera lo más cómodo posible. Cuando regresé al salón él se había ido al baño, así que me puse a prepararle la cama intentando no tambalearme demasiado. No estaba en condiciones óptimas para hacer una maravilla; coloqué los cojines y extendí las mantas como pude. Después me detuve a contemplar mi obra, incapaz de decidir si parecía una cama o un nido de ratones.

Peter reapareció frotándose los ojos como un adorable niño somnoliento, lo que a) me dio ganas de abrazarle, y b) me hizo darme cuenta de lo cansada que estaba. Me tapé la boca con una mano y bostecé.

—Te he puesto un par de mantas, ¿crees que pasarás frío? Puedo traerte más si quieres.

—Así está bien.

Silencio incómodo. ¿Cuál era el protocolo social para darle las buenas noches a alguien que acababas de conocer, llevando ambos la ropa puesta? No tenía ni idea, de modo que decidí ejecutar una huida rápida.

—Bueno, pues entonces te dejo dormir —murmuré—. Buenas noches.

Y me escabullí hacia mi habitación. Sin embargo, no había dado ni dos pasos cuando noté la mano de Peter rodeándome la muñeca. Me detuve en el acto, sorprendida, y me percaté de que se acercaba a mi rostro.

Va a besarme, pensé, y todo mi cuerpo se puso en tensión al primer latido de mi corazón acelerado. No tuve tiempo de decidir si quería apartarme o iniciar el Ritual De Acercamiento (mirarle entre las pestañas, separar los labios y alzar la barbilla), porque cuando quise darme cuenta los labios de Peter estaban sobre mi... mejilla. Su presión suave y cálida sobre la piel duró solo unos segundos; después se apartó y me sonrió flojito.

—Gracias por prestarme tu sofá, Eryn.

Una maraña de pensamientos brotaron en mi mente, todos a la vez, desde el «se acabó, bésalo» al «cállate, borracha», terminando en un «di algo de una maldita vez».

—De nada. Buenas noches —farfullé.

Después de mi compleja e ingeniosa respuesta, confusa y desconcertada por mis propias reacciones, me batí en retirada, esta vez sin ser interrumpida. Una vez en mi habitación, cerré la puerta,

me quité los zapatos y me arrojé sobre la cama, con la sensación de que algo daba vueltas en mi estómago.

Y no era el alcohol.

φ φ φ

El despertar fue horrible. Era como si por la noche me hubieran reemplazado el cerebro por una pesada bola de plomo que latía a intervalos irregulares: ahora muy rápido, ahora horriblemente despacio. Daba igual la postura en que me colocara; por muchas vueltas que di en la cama, por mucho que me esforcé, fue imposible. El dolor de cabeza era demasiado fuerte. Me acordé de Katie, sus malditos tequilas y toda su familia.

Después empecé a recordar de manera vaga todo lo que tuvo lugar tras la ingesta de los chupitos del mal. Imágenes de Anna cantando una canción de Tom Jones se mezclaron con Billie Jean y el intento de spagat de Peter, y con visiones de Emmet y sus amigos subidos a un escenario. Luego llegó la carrera a vida o muerte por el taxi y la ardua subida de cuatro pisos de escaleras hasta llegar al objetivo: mi sofá.

Recordar que Peter estaba allí logró despertarme del todo, pero no contribuyó a aliviar mi dolor de cabeza. ¿Seguiría durmiendo en el sofá o se habría ido ya?

Una parte de mí, una que era un poco cobarde, deseaba que fuera así. El día anterior quedaría como una anécdota bonita, una noche inolvidable y un recuerdo intacto. Otra, más valiente y puede que también más insensata, quería encontrarle allí cuando me levantase, quería que la historia continuara.

Y luego estaba mi vejiga: a ella le traía sin cuidado lo que las distintas partes de la bola de plomo que tenía por cerebro opinaran

del asunto, tenía sus propias preocupaciones.

Con un esfuerzo titánico, logré bajarme de la cama y me arrastré hasta la puerta de mi habitación, sintiendo que las cosas giraban a mi alrededor. No había espacio para la incertidumbre sobre lo que encontraría al otro lado, solo un objetivo: llegar al baño y rápido. Por eso, siendo todo lo sigilosa que pude, giré la manilla y empujé despacito la puerta.

Peter seguía en el sofá y estaba dormido, con la cara enterrada en la almohada y las mantas hasta el cuello. Ahora solo tenía que lograr llegar al baño sin despertarle.

Como una especie de Pantera Rosa con resaca, salí de mi habitación y me dirigí de puntillas al baño. Una vez dentro, cerré la puerta con mucha suavidad, orgullosa de mi capacidad para el sigilo. Metí la cabeza debajo del grifo durante unos minutos y solo después fui capaz de observar mi reflejo. Mi melena alisada se había convertido en una especie de gremlin al que le habían echado agua después de medianoche, y como había olvidado desmaquillarme, tenía todo el rímel corrido en torno a los ojos de tal modo que parecía un mapache. De hecho, aunque me había puesto el pantalón del pijama, no me había dado cuenta de quitarme la camiseta que llevaba la noche anterior, y que ahora estaba retorcida y con un tirante bajado. En otras palabras, tenía el *look* perfecto para hacer una *performance* de *El Rey León*, interpretando a Rafiki.

Traté sin mucho éxito de limpiarme el borrón de maquillaje de los ojos con papel higiénico, pero el dolor de cabeza era tan fuerte que deseché la idea. Tenía demasiada resaca como para que me importaran mis pintas.

Solo quería meterme en la cama de nuevo. Sin embargo, cuando me preparaba para salir con sigilo, calculé mal las distancias y me di con todo el hombro en el marco de la puerta. Se podría pensar que aún estaba borracha, pero en realidad eso era algo que me pasaba con bastante frecuencia, sobre todo cuando estaba medio dormida o, como era el caso, con una resaca de las que hacen historia. El lado bueno fue que ni siquiera me hice daño; no sentía nada que no fuera mi punzante dolor de cabeza. Lo malo fue que no pude evitar soltar una pseudopalabra (en mi mente era algo así como «mierda», pero en la realidad sonó a «*akhdfah*»), lo que, junto con el ruido del golpe, despertó a Peter.

Lo supe porque pude ver cómo se movía, se llevaba la mano a la frente y emitía un gruñido. La implacable resaca también le atacaba a él. Entonces suspiró, apartó un poco las mantas y finalmente abrió los ojos para encontrarse con Eryn El Mandril de la Sabana.

Hay que reconocérselo: ni siquiera hizo ademán de asustarse de mi aspecto. A lo mejor todavía estaba borracho.

—Hola —saludé con voz ronca.

—Hola —replicó él, con el mismo tono—. ¿Qué hora es?

Con un gran esfuerzo, me acerqué el reloj a los ojos para comprobar que solo eran las nueve de la mañana.

—Es muy temprano aún, puedes volver a dormirte si quieres.

—No creo que pudiera. —Se peleó con las mantas hasta lograr librarse de ellas y se sentó el sofá con un quejido dejando caer la cabeza sobre el respaldo—. Me duele todo el cuerpo.

—¿Por el sofá?

—Por la resaca —resopló él, con aspecto moribundo. Estaba pálido y tenía el pelo hecho un lío que le caía por la cara. Cualquiera que nos hubiera visto pensaría que proveníamos de la misma jungla tropical—. Y, después de lo del spagat de ayer, no estoy seguro de poder separar las piernas.

—¿Tú también te mueres de sed? —pregunté, arrastrándome hacia la cocina.

—Sí —gimoteó—, y me va a estallar la cabeza.

—Espera.

Empecé a cacharrear por todos los cajones hasta encontrar una tableta de aspirinas efervescentes. Saqué dos vasos, una botella de agua fría y una caja de muffins de chocolate, y los puse en la mesilla de té.

Me senté junto a él, rellené los vasos y, después de darme las gracias, Peter tomó el suyo. Ni siquiera los miramos; vaciamos nuestros respectivos vasos de un solo trago y los posamos sobre la mesa con aire estoico, como dos curtidos vaqueros del oeste que se hubieran bebido una botella de whisky sin parpadear.

—Ahora viene la parte más dura —anuncié, y rellené los vasos hasta la mitad. Luego saqué dos aspirinas y las arrojé dentro. Hasta el sonido que producía la efervescencia aumentaba mi dolor de cabeza.

—¿Tenemos que hacerlo? —suspiró Peter, contemplando la espiral de burbujitas.

—Sé que no es fácil, pero después nos sentiremos mejor —repliqué, fingiendo un valor que no sentía.

Cuando ya no quedaba nada reconocible de las pastillas, Peter y yo nos miramos con resignación y nos bebimos el contenido

de los vasos. Esta vez no fuimos capaces de hacerlo de un solo trago, sino que dábamos pequeños sorbos, poníamos cara de asco y volvíamos a beber. Fue un proceso largo y tortuoso, pero logramos vaciarlos.

—Y como recompensa... —Cogí los muffins y se los arrojé a Peter.

Él los sacó de su bolsita de plástico y me ofreció uno. Para ser sincera, no tenía mucha hambre, pero había oído que tomar algo dulce ayudaba a superar la resaca, y en ese momento sería capaz de tragarme un bote entero de nata montada con tal de deshacerme de ese dolor de cabeza. Así que me lo comí, mientras Peter se zampaba tres prácticamente de un bocado.

—¿Te sientes ya mejor? —me preguntó cuando hubo tragado.

—No —sollocé.

—Yo tampoco.

—La culpa es de Katie y Karl y sus chupitos.

—Nos obligaron a beber. Estábamos bien antes de eso —dijo con indignación.

—¡Lo sé! Los odio.

—Yo también.

Nos quedamos callados, pero no incómodos. Era un silencio tranquilo, lleno de camaradería y resaca. Sin darme cuenta, acabamos apoyados el uno contra el otro, con los ojos semicerrados y los labios entreabiertos. No estábamos durmiendo, pero tampoco estábamos despiertos. Lo más correcto habría sido decir que estábamos vegetando, y mi maldito dolor de cabeza no me daba tregua. Ya habían pasado ¿diez minutos? desde que me había

tomado la aspirina, ¿cuándo pensaba hacer efecto? Si no se me pasaba enseguida, denunciaría a la farmacéutica, lo tenía muy claro.

Eso si era capaz de soportar esa jaqueca el tiempo suficiente para llegar a poner la demanda. Sería más rápido que me cortaran la cabeza.

—Te lo suplico, mátame —lloriqueé con voz quejumbrosa.

—Solo si me matas tú primero.

—No funcionaría, no quiero morir a manos de un zombi.

—¿Suicidio colectivo? —propuso.

—¿En qué piensas? —pregunté interesada.

—Podríamos saltar por tu ventana.

—Hmmm, es un cuarto piso. No garantiza una muerte segura, aunque si nos rompemos las piernas, probablemente la resaca deje de importarnos.

—También podríamos tomarnos una sobredosis de esto. — Peter señaló las pastillas.

—Muerte por efervescencia —recité con dramatismo. Lo visualizaba a la perfección.

—O podríamos ir a la zona peligrosa de Dublín y gritar que Irlanda es británica.

—No sé, que nos maten a golpes puede ser algo lento y doloroso, ¿no crees?

—Entonces podríamos inventar un remedio para la resaca — dijo él, emocionado.

—Nos forraríamos y no tendríamos resaca nunca más —le apoyé. Era el plan perfecto.

—Y actuaría muy rápido.

—Es más, actuaría antes incluso de tener resaca.

—Somos héroes —resolvió, llevándose una mano al pecho.

—Lo sé.

Volvimos a quedarnos callados durante unos minutos, apoyados el uno contra el otro, en una especie de trance resacoso. Yo contaba los segundos mentalmente, calculando cuánto tardaría en hacer su magia la dichosa pastilla. Ya habían pasado casi veinte minutos y el dolor no remitía.

—¿Te ha hecho efecto ya la aspirina? —murmuré con voz pastosa.

—No —suspiró Peter—. A lo mejor es que no lo hemos hecho bien.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, nos hemos saltado toda la parte de prometer no volver a beber nunca más.

—Ah, eso. Está bien. —Levanté la mano derecha, como si fuera a jurar sobre la Biblia decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad—. Yo, Eryn Donovan, juro no volver a beber nunca más.

—Yo, Peter Sheenan, puedo prometer y prometo que no voy a volver a probar nada que lleve alcohol en lo que me queda de vida.

—Bien dicho.

—Gracias.

Los parpados me pesaban, así que cerré los ojos y me concentré en imaginar cómo era no sentir dolor de cabeza. En algún momento del proceso debí quedarme dormida, porque lo siguiente que recordaba era despertarme sobresaltada por un timbrado. Me

incorporé con rapidez, desconcertada, sin saber de dónde procedía el sonido. Vi a Peter a mi lado con la misma cara que yo y entonces el timbre sonó de nuevo, con el correspondiente eco dentro de mi cabeza.

—¡Ya va! —grité, apresurada.

Me levanté del sofá como pude y me di un rodillazo contra la mesilla, pero logré llegar hasta la puerta, preguntándome quién demonios se presentaría en mi casa a esas horas.

—Katie —mascullé al verla allí cuando abrí. Estaba despeinada y tenía la raya de los ojos emborronada, pero parecía contenta—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—¿Temprano? Son las dos del mediodía, Eryn —replicó con condescendencia.

Me besó en la mejilla y entró en mi casa sin esperar invitación. Enseguida vio a Peter en el sofá y se detuvo en seco. Puso una sonrisa pícaro y giró el rostro hacia a mí para poder lanzarme una mirada llena de insinuación. No le hizo falta ni subir y bajar las cejas, sus ojos azules eran más que obvios.

Sabía exactamente lo que estaba pensando... y se equivocaba.

—Perdonad —dijo—. Pensé que Eryn estaría sola, pero ya me marchó.

—No, no. —Peter se levantó del sofá, echándose el flequillo hacia atrás con una mano—. Soy yo quién se va. No me había dado cuenta de que era tan tarde.

—No hace falta que te vayas —le aseguré, y le di un torpe pisotón a Katie para asegurarme de que no hiciera ningún comentario indebido.

—No te preocupes, ya he abusado bastante de tu hospitalidad.

Peter me lanzó una sonrisa cansada mientras recogía su cazadora y se la ponía con torpeza. Le llevó varios intentos meter cada brazo en su correspondiente manga y, cuando lo logró, se tambaleó un poco y se dio un pequeño golpe contra mi mesa de té. Me lanzó una mirada de disculpa a la que correspondí encogiéndome de hombros. Todo el mundo se daba golpes contra la mesa de té. Era normal, teniendo en cuenta que había unos diez centímetros de espacio entre ella y el sofá.

—Pareces cansado, ¿has dormido bien, Peter? —preguntó Katie, haciendo aún más amplia su blanca sonrisa.

Tomé nota mental de asesinarla en cuanto no hubiera testigos.

—Mejor que en el sofá de Karl, te lo aseguro —repuso él, mientras se acercaba a mí.

Nos quedamos parados frente a la puerta bajo la atenta y poco disimulada mirada de mi mejor amiga.

No me atrevía a despedirme de Peter dándole un beso en la mejilla; temía que de intentarlo Katie nos agarrara por la nuca, juntara nuestras cabezas y nos obligara a besarnos en la boca. Era capaz de hacerlo. Pero un apretón de manos me parecía demasiado impersonal, **teniendo en cuenta** que nos habíamos quedado dormidos en el sofá el uno apoyado en el otro. Por suerte, Peter tomó la decisión por mí: ni beso en la mejilla ni apretón de manos, un abrazo.

Un abrazo un poco accidentado, **considerando que** apoyó demasiado peso en mí, con lo que yo me tambaleé y casi nos

caímos. Sin embargo, Peter no me soltó, ni yo a él tampoco, y de hecho empezamos a reírnos como idiotas, con esa risa que no sabes bien de dónde viene pero que no tiene ganas de irse.

Puede que aún estuviéramos algo borrachos.

No obstante, logramos calmarnos después de unos instantes y nos soltamos.

—Muchas gracias por todo —me dijo.

—No hay de qué —respondí yo.

Nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos. Había olvidado que Katie estaba allí, hasta que ella carraspeó y fui consciente de que estábamos parados como bobos junto a la puerta. Entonces la abrí atropelladamente y Peter salió al rellano. Se metió las manos en los bolsillos de la cazadora y nos sonrió.

—Ha sido un placer conoceros, chicas.

—Igualmente, Peter, ¡vuelve cuando quieras! —ofreció Katie, materializándose a mi lado como por arte de magia.

Decidí pasar por alto que estaba invitándole a *mi* casa y arrimé un poco la puerta para dejar a mi amiga fuera de la conversación.

—Ya nos veremos, ¿no? —Había un tinte de desesperación en mi voz o me lo parecía a mí?

—Claro. Ahora sé dónde vives, no tienes escapatoria —bromeó él.

—Si alguna vez necesitas sal, Eryn estará dispuesta a prestártela —gritó Katie, que se había puesto de puntillas para asomarse por encima de mí.

—¡Katie! —mascullé, y le di un suave codazo para que se apartara. Era como volver a tener quince años.

Peter sonrió afablemente, pero yo estaba empezando a sentirme un poco violenta con toda la situación, así que decidí cortar cuanto antes.

—Adiós, Peter.

—Adiós, Eryn.

Y cerré la puerta, quizás con más brusquedad de la debida. Entonces me volví hacia Katie con toda la fuerza de la Mirada Asesina del Mapache y la pellizqué en un brazo.

—Podrías haber sido un poco más disimulada, ¿no crees?

—Y tú podrías haberte acostado con él. ¡Lo invitas a tu casa y lo dejas durmiendo en el sofá! De verdad, Eryn, ¡me desesperas!
—replicó, en un tono que parecía indicar que era yo la que debía avergonzarse y no ella.

—Oh, déjalo ya. Me voy a dormir —anuncié malhumorada, al tiempo que me dirigía a mi habitación.

Solo quería echarme en la cama y dormir hasta que todas las secuelas de la resaca hubiesen desaparecido. Por desgracia, Katie me siguió y se quitó los tacones.

—En serio, Eryn —insistió, tumbándose a mi lado. Estaba claro que había decidido quedarse a echar una siesta conmigo. Yo me giré para darle la espalda y tiré del nórdico a modo de protesta —. La próxima vez os meteré en la cama y os arroparé.

Yo solté un gruñido y cerré los ojos con fuerza.

Capítulo 7: Un jarro de agua fría

Peter bajó las escaleras hasta el piso de Karl, sintiéndose un poco mareado. El dolor de cabeza había remitido, para dejarle el protagonismo a las Irish Dancers que estaban dando patadas al aire en el interior de su estómago. Le dolía todo el cuerpo, aunque casi estaba acostumbrándose a esa sensación; cuando no era por la resaca, era por el horrible sofá de Karl. Al menos el de Eryn era bastante más cómodo y grande que el de su amigo. No tenía lamparones ni restos de pizza tiesos como la suela de un zapato, y además olía bien, como todo su piso.

Pensó en Eryn y sonrió. Tenía que reconocer que por una vez Karl le había presentado a alguien realmente agradable. No se trataba de que el resto de chicas que había conocido desde que Aileen le dejó no lo fueran, pero sencillamente no había podido mantener con ellas más que forzadas conversaciones de flirteo. Y Peter no se encontraba en un momento de su vida en que le apeteciera dedicarse a eso. Además, había perdido la práctica. Aunque Karl decía que era como montar en bicicleta, es decir, algo que nunca se olvidaba, Peter no estaba seguro de haber sabido hacer tal cosa jamás. Es más, ni siquiera sabía montar en bicicleta.

Su madre trató de enseñarle cuando era pequeño, pero después de caerse por enésima vez y romperse un brazo, decidió dejar de intentarlo. Karl solía llevarlo en la parte de atrás de su bici cuando eran unos críos, aunque cuando creció y le regalaron una bici de montaña a Peter le resultaba demasiado humillante montarse en la barra. De modo que cuando por fin tuvieron edad para sacarse el carnet de conducir, se sintió aliviado.

Bien pensado, parecía una metáfora de su vida amorosa; solo que en ella su coche lo abandonaba y Peter se sentía como si tuviera que volver a sacarse el carnet.

La cuestión era que con Eryn se había sentido a gusto. Todo había fluido, hasta el punto de haberle invitado a su casa sin segundas intenciones. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien, disfrutando únicamente de la compañía, la cerveza y una buena conversación. Había sido liberador. Sobre todo después de lo sucedido en las últimas semanas.

Desde la ruptura con Aideen, solo se sentía cómodo con Karl (cuando no estaba presentándole a cualquier chica que se encontrara en un radio de cinco metros). Los amigos que tenía en común con ella habían adoptado dos posturas: unos no paraban de preguntarle qué había sucedido y asegurar que no comprendían nada (decían cosas como «Se os veía tan bien» o «Parecáis tan felices», lo que hacía que Peter se sintiera aún más desgraciado), mientras que otros se empeñaban en fingir que nada había sucedido y para ello obviaban cualquier tema de conversación que pudiera recordarle remotamente a Aideen, provocando que surgieran silencios enrarecidos en los que todos se devanaban los sesos por encontrar algo que decir. Sin olvidar que su familia le trataba como si estuviera terminal y sus compañeros de trabajo lo miraban con compasión y le ofrecían revistas porno (en serio, ¿quién seguía comprando revistas en pleno siglo XXI?).

Sin embargo, la noche anterior no había pensado en ello. Bueno, al menos después de que Karl le presentara como al soso al que su novia había abandonado. Eryn había hecho que se olvidara de su reciente ruptura y que lo pasara bien, sin preocuparse de

nada más. Hasta había bailado por primera vez en mucho tiempo. Y, por si esto fuera poco, lo había salvado de dormir con la banda sonora orquestada por Karl y Katie.

Lo menos que podía hacer era invitarla a un café, pero ni siquiera le había pedido su número de teléfono. Se maldijo para sus adentros, pues después de todo Karl tenía razón: estaba atontado.

Por suerte, sabía dónde vivía. Lo cual le recordaba que él no podía seguir dependiendo de la caridad de su mejor amigo (o de una chica a la que acababa de conocer) toda la vida.

Con ese pensamiento, abrió la puerta del piso de Karl con el juego de llaves que le había prestado y lo encontró tirado en el sofá, en calzoncillos y con el pelo húmedo, como si acabara de darse una ducha. Miraba la televisión ensimismado, con una expresión de satisfacción petulante. Peter conocía bien esa expresión; era su cara de «trionfador».

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí con aspecto de no haber pegado ojo en toda la noche —saludó Karl, sonriendo con picardía. **Al menos** tuvo la decencia de incorporarse para dejarle a su amigo un poco de sitio.

—No ha pasado nada —respondió Peter con voz lacónica, dejándose caer a su lado.

Se esforzó por prestar atención a la televisión, como si el programa sobre subastas que estaban emitiendo le resultara de lo más interesante, con la esperanza de que Karl lo dejara pasar.

—Estarás de coña.

Evidentemente, no iba a hacerlo.

—No —replicó, con un suspiro resignado. Presentía la conversación que se avecinaba y no le apetecía tenerla. Solo tenía

ganas de darse una ducha y comer algo que le ayudara a asentar el estómago.

—¿En serio, tío? —Karl agitó las manos en el aire, como si no pudiera dar crédito—. ¡Pero si te invitó a pasar la noche!

—Me prestó su sofá —puntualizó.

Sabía que sonaba poco verosímil, pero era la verdad. Eryn en ningún momento lo había invitado para acostarse con él y Peter nunca se lo había tomado de esa manera.

Karl guardó silencio unos segundos, con el ceño tan fruncido que sus oscuras cejas se tocaron. Después miró a Peter con ojos acusadores y le señaló con el dedo índice.

—¿Acaso cree que eres gay?

—Lo dudo —desechó Peter—. Le dejaste muy claro que mi novia acababa de abandonarme.

—¿Entonces cuál es el problema? Vale, sé que no es Katie, pero Eryn no está nada mal.

Peter resopló. Katie, el ligue de Karl, era el tipo de mujer que llamaba la atención de todo el mundo al entrar en una habitación. Rubia, preciosa y con unas piernas eternas. Sin embargo, había algo en ella que no le atrajo. Quizás fue que le recordó lejanamente a Aideen o tal vez fue ese aire de picardía tan directo. Eryn, a su lado, pasaba más desapercibida. Resultaba bastante menos llamativa: era una chica normal, con ojos grises y rostro dulce. Tampoco se sintió atraído a primera vista, pero después de hablar con ella empezó a parecerle bonita.

—No es eso. Eryn me prestó su sofá porque tiene un gran corazón y se apiadó de mí. No estábamos ligando, Karl —aclaró, aun sabiendo que tratar de convencer a su mejor amigo era inútil.

—Al menos tendrás su número —insistió este, ignorando todo lo que acababa de decirle.

Peter se frotó la frente con una mano. El dolor de cabeza parecía haber regresado con su antiguo brillo y además se sentía un poco idiota.

—No.

—Lo que yo te diga, tío, estás atontado. —Karl se apretó el puente de la nariz con los dedos, como si Peter le hubiera contagiado su jaqueca—. Te presento a una chica guapa y simpática, te pasas la noche hablando con ella, te invita a dormir a su casa... ¿y ni siquiera le pides su número de teléfono? ¿Es que no te he enseñado nada?

Estaba usando el tono de un padre que se pregunta qué ha hecho mal para que su hijo le salga cocainómano y con un fetiche por los pies. Peter no estaba para ese tipo de charlas. Si se exceptuaba la resaca, se había levantado de muy buen humor y no iba a permitir que Karl se lo arruinara.

—Voy a darme una ducha.

Se levantó y se dirigió al baño, pero antes de cerrar la puerta escuchó a su amigo mascullar algo que sonó como «ducha fría».

φ φ φ

El día fue duro, no solo por la resaca, sino porque a media tarde Emmet se presentó en mi casa para realizarme un interrogatorio exhaustivo sobre lo sucedido la noche anterior después de que nos separáramos. De hecho, intentó cegarme con la luz del flexo para que confesara haberme acostado con Peter, aunque le aseguré que ni bajo tortura lo admitiría. Se mostró tan decepcionado como Katie

cuando le juré y perjuré que no había sucedido nada, pero fue bastante más comprensivo que esta.

—Quizás aún es pronto —dijo en tono conciliador, y Katie soltó un suspiro desdeñoso—. Peter aún tiene el corazón roto.

Si realmente hubiera estado interesada en Peter, habría pensado mucho en él y su corazón roto durante los días siguientes, cosa que está claro que no hice. Como tampoco me pregunté si volvería a verle ni lamenté en absoluto no tener su número de teléfono.

Como ya digo, hice muchas cosas esos días, pero ninguna de ellas fue pensar en Peter. Algo que sí hice, por ejemplo, fue un viaje al contenedor de mi calle cuando las bolsas de basura empezaron a devorar mi piso. Por suerte o por desgracia, ya no tenía extrañas replanteándose el sentido de sus vidas en mi baño ni Erasmus desconocidos en el salón a los que poder empaquetarles la tarea.

Mi día había sido muy largo y, para variar, la lluvia me había alcanzado de pleno al salir del trabajo, así que al llegar a casa me cambié de ropa y me puse un chándal. Y, como el pelo se me había enredado después del «chapuzón», me había hecho un moño cutre y torcido.

De esa guisa estaba bajando los peldaños, cargando unas tres bolsas de basura en cada mano, cuando volví a ver a Peter Sheenan. Él subía las escaleras, probablemente rumbo al piso de Karl. Aún no me había visto, y por un momento sentí la tentación de dar media vuelta y esconderme en el tercero hasta que hubiera entrado en su casa. No se trataba de que no tuviera ganas de verle, sino más bien de que no quería que él me viera a mí con mi aspecto

de ser una vagabunda con el síndrome de Diógenes. Sin embargo, retroceder por las empinadas y estrechas escaleras con semejante carga sin que Peter me descubriera era del todo imposible.

Estaba paralizada, reflexionando sobre mis opciones, cuando Peter levantó la mirada y me vio. Resolví que era toda una suerte que él no me interesara de esa manera y por lo tanto no me preocupara que me encontrara con un chándal viejo y bolsas de basura colgándome de los brazos. De lo contrario, era probable que hubiera deseado que la tierra me tragara.

—Eryn —me saludó con una sonrisa. Debía seguir lloviendo, porque él también tenía el pelo mojado y el flequillo le caía sobre los ojos, goteando en los escalones, al igual que su gabardina negra.

—Hola, Peter —murmuré, y me planteé la posibilidad de meterme dentro de una de las bolsas de basura y arrojarme a mí misma al contenedor.

Lo cual era muy diferente a desear que las entrañas de la tierra se abriesen en canal y caer tres mil kilómetros hasta su núcleo exterior, donde moriría carbonizada (aunque estaba segura de que mi chándal podría sobrevivir a eso, había superado cosas peores).

—¿Cómo estás? —Parecía que se alegraba de verme sinceramente.

—Bien, en plena expedición al contenedor más cercano. —Sacudí las bolsas de basura y las señalé con la barbilla—. Han dejado de pagar el alquiler, así que me he visto obligada a desalojarlas.

Ahí estaba, mi vieja táctica de decir estupideces cuando me sentía incómoda.

—Veo que eres una casera implacable. Lo cual me recuerda que yo también te debo el alquiler. ¿Aún puedo pagarte o también debo trasladarme al contenedor?

A menudo, cuando decía alguna de mis tonterías, mi interlocutor se quedaba mirándome como si fuera idiota o hablara otro idioma. Pero Peter no; él me sonreía y me seguía el juego, y eso lograba que me sintiera cómoda estando con él, a pesar del contexto.

—Eso depende, ¿en qué piensas?

—Te invito a tomar algo. Un café por una noche, parece un trato justo.

Sentí un cosquilleo de expectación en el estómago y le devolví la sonrisa.

—¿Es tarde para decir que no soy de las que invitan hombres a su casa en la primera cita? —bromeé.

Peter se echó a reír y se apartó el flequillo mojado de los ojos con una mano. Después se irguió y adoptó una expresión de seriedad sobreactuada.

—Suerte que soy un chico tradicional que no acepta ese tipo de invitaciones.

—En ese caso me parece bien. ¿Cuándo?

—¿Mañana? —sugirió él—. Puedes venir a buscarme a casa de Karl; como ya digo, estoy chapado a la antigua. Me gusta que me recojan en la puerta.

—Genial, así podré conocer a tus padres y pedirles permiso para cortejarte.

—Eso sería perfecto. ¿A las seis te parece bien?

—Claro.

Lo cierto era que me apetecía tomar ese café con Peter, incluso aunque no me gustara el café. Resultaba evidente que eso no significaba nada; solo estaba socializando con un vecino, integrándome en la vida del edificio. Era como una especie de reunión de la comunidad, solo que de dos personas, de las que una no era en realidad un inquilino de ese bloque de pisos. Pero todo eso eran meros tecnicismos.

—Bien, ¿necesitas ayuda con el desalojo? —preguntó él, señalando las bolsas.

—Oh, no te preocupes. Esto es algo que debo hacer sola.

—Entonces hasta mañana.

Sonrió, y sus labios se torcieron hacia un lado. Cada vez me gustaba más su sonrisa asimétrica. En un sentido amistoso, claro.

—Hasta mañana —murmuré, y sonreí yo también.

Todo habría quedado muy bonito de esa manera, pero el hecho era que yo estaba atrancando las escaleras con mi cantidad ingente de basura, así que Peter no podía subir ni yo podía bajar mientras él estuviera en medio. Intenté retroceder hasta el último descansillo para dejarle sitio, pero Peter hizo lo mismo, y al ver que el otro se apartaba, ambos dimos un paso hacia delante y acabamos todavía peor.

—Ya lo hago yo —se ofreció él—. Tú vas cargada.

Peter deshizo lo andado hasta llegar al portal y yo bajé tras él. Una vez allí, me abrió la puerta y la sujetó para que pudiera salir. Fuera estaba cayendo el diluvio universal, de modo que me detuve bajo el dintel para despedirme de él otra vez.

De pronto se me ocurrió que todo parecía muy romántico: la lluvia como una cortina de fondo, su brazo firme sujetando el portón,

su mirada brillante fija en mí.

—Adiós, Peter —dije en voz baja, porque parecía que a la escena le correspondía hablar en susurros.

Sí, leí muchas novelas románticas en mi adolescencia.

—Adiós, Eryn.

Nos sonreímos de nuevo y después me fui, dejándole obnubilado por el olor a basura que despedían mis bolsas.

Como decía, muy romántico.

φ φ φ

Por fin, Peter iba a verme sin estar borracha, de resaca o llevando chándal. Íbamos a tomar un café, como dos personas adultas que están conociéndose.

No era una cita. Prueba de ello era que no iba a cambiarme de ropa al llegar del trabajo. Y, por si más pruebas fueran necesarias, Katie y Emmet ni siquiera estaban al tanto. No los quería revoloteando por mi casa para meterme preservativos en el bolso o seguirnos hasta la cafetería y espiarnos.

Así que, a la hora fijada, llamé a la puerta del piso de Karl. Fue él quien abrió. Esta vez llevaba una camiseta roja que rezaba «*Oh, no, but I like Englishmen (Deep Fried)*» y se había afeitado la barba. Me sonrió al verme y me saludó con unas palmaditas en el hombro, como si fuésemos viejos amigos. Comprendí que después de compartir unas cervezas en el Temple Bar nuestras vidas habían quedado ligadas para siempre por el sagrado vínculo de la Guinness.

—Vecina, ¿cómo estamos? —preguntó jovialmente.

—Bien, ¿y tú?

—Bien, bien. Así que has venido a recoger a Peter, ¿eh? — replicó con cierto tono guasón, y se volvió hacia el interior del piso —. Peeeeeeeeete, una tía buena ha venido a buscarte. Si no te das prisa, no podré evitar usar mis encantos y quitártela.

—¿Tía buena? ¿Te he dicho lo bien que me caes? —bromeé, y le di un golpe juguetón en el hombro.

Karl se echó a reír, me guiñó un ojo y se colocó las manos a modo de bocina alrededor de la boca para volver a gritarle a Peter.

—Peter, olvídalo. ¡Ya es tarde! ¡Mis encantos han hecho efecto!

Estaba riéndome cuando Peter apareció bajo el marco de la puerta, al lado de Karl. Sonreía, pero noté que al mismo tiempo empujaba a su amigo para hacerle a un lado.

—Ya te gustaría, Eryn y yo tenemos cuentas pendientes. ¿Nos vamos? —me preguntó, saliendo hasta el rellano. Me dio un beso en la mejilla para saludarme y después me puso una mano en la espalda para guiarme hacia las escaleras.

—Claro.

Tuve la impresión de que quería que nos marcháramos cuanto antes, seguramente para evitar que Karl hiciera algún comentario inapropiado. Esa fue otra de las ocasiones en las que me alegré de que Peter fuera solo alguien que me caía bien; de lo contrario, podría haber caminado despacio de manera deliberada para prolongar el contacto todo lo posible. Cosa que por supuesto no hice.

—Adiós, Karl —se despidió Peter a toda prisa, y comenzamos a bajar las escaleras sin que me diera tiempo a abrir la boca.

Eran demasiado estrechas para que los dos pasáramos a la vez, así que retiró la mano de mi espalda y me cedió el paso, siguiéndome a continuación.

—Adiós. —Karl no se había rendido: nos siguió hasta el descansillo y se aferró a la barandilla para vernos marchar a través del hueco de las escaleras—. Llegad tarde. —Y, como si se le hubiera ocurrido en el último momento, añadió—: ¡Y no hagáis nada que yo no haría!

Su voz nos llegó con eco. Miré hacia arriba y pude verle guiñándonos un ojo. Contuve una sonrisa renuente; estaba segura de que no había demasiadas cosas que Karl *no haría*.

—Maldita sea —se lamentó Peter—. Eso nos deja con muy pocas opciones.

—Tendremos que tirar toda nuestra ropa y comprarnos camisetas con frases graciosas —dramaticé yo. Desde que conocía a Karl, nunca le había visto con una camiseta sin mensaje.

—Y viviremos a base de pizza y cerveza. Nunca podremos comer verdura ni probar comida china.

—¡Oh, no, la verdura no!

Seguimos bromeando sobre las cosas que no podríamos hacer, hasta que llegamos a una pequeña cafetería a tres calles de mi piso. Pese a que la temperatura era agradable y tenía una pequeña terraza fuera, las mesas aún estaban mojadas por la lluvia de ese mediodía, de manera que decidimos entrar.

El lugar me resultaba familiar, aunque no sabía por qué. Había estado ahí alguna vez, hacía tiempo. Nos sentamos en una mesa y yo consulté la carta de té, mientras Peter escogía su café.

Empezamos a hablar en cuanto la camarera tomó nota de nuestros pedidos. Primero me preguntó a qué me dedicaba. Habíamos hablado de muchas cosas la noche que nos conocimos, pero ninguna fue el trabajo. Así me enteré de que era diseñador gráfico en una empresa de publicidad.

Resultó que los dos habíamos estudiado en Dublín, aunque Peter, al ser mayor, había acabado su carrera un par de años antes que yo. Eso nos dio pie a charlar sobre nuestra época universitaria y los lugares que frecuentábamos. Le hablé de que Katie siempre había estado en mi vida y de cómo conocí a Emmet. Él me explicó que Karl era su amigo desde la infancia. De ahí llegamos al tema de cómo había acabado en su piso. Entonces me habló de su ex novia. Habían salido tres años y vivido juntos durante uno, hasta que ella lo dejó. Sin más.

Sentía una curiosidad natural por el tema, pero al mismo tiempo también experimentaba cierta renuencia que hizo que me tensara. Aquella situación me recordaba demasiado a Henry, y yo no tenía ganas de ser el paño de lágrimas de Peter.

Ignoro si percibió mi incomodidad o si tampoco le apetecía hablar demasiado del tema, pero no se explayó en ello. Era evidente que le ponía triste: había dejado de sonreír y tenía una mirada cargada de melancolía. Para animarle un poco, le hablé de mi penosa vida amorosa. Le dije que hasta mi madre me buscaba novio y, sin saber cómo, acabamos enfrascados en la segunda edición de *La vida más patética*.

—Un compañero de trabajo me ha ofrecido su colección de revistas porno. Usada —puntualizó, y yo hice una mueca de asco.

—Mi hermana está por prestarme a uno de sus ex novios.

—Mi abuela se echa a llorar cada vez que me ve. Cree que nunca más me echaré novia.

—Mi madre intenta emparejarme con los hijos de sus compañeras de Tai Chi.

—Karl —dijo. No necesitaba añadir nada más.

—Katie —contraataqué yo.

Asintió, como diciendo «Eres buena», y decidimos dejarlo en tablas. Los dos teníamos vidas amorosas patéticas, amigos terribles y casas lamentables. Seríamos candidatos ideales para uno de esos *realities* americanos en que cogen a personas con vidas desdichadas y se las arreglan.

Estábamos compadeciéndonos mutuamente cuando vi a un joven entrar en el bar. Era un hombre moreno, alto y atractivo. El estómago se me puso del revés al reconocerlo y el corazón se me subió a la garganta.

Henry.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo había visto, de la mano de Tara, pero estaba igual que siempre, con sus luminosos ojos azules y su hoyuelo en el mentón.

De pronto caí en la cuenta de que esa era la razón de que la cafetería me resultara familiar. Henry me había llevado a ella varias veces cuando éramos... *amigos*. Era uno de sus sitios favoritos en Dublín, y yo no había regresado por allí desde entonces por eso mismo. Me había esforzado tanto en olvidar todo lo que tenía que ver con él que no la había reconocido en un primer momento, o tal vez había estado demasiado pendiente de Peter para notarlo.

Que no me vea, que pase de largo, por favor, por favor.

Por favor.

Noté que Peter me miraba. Me había quedado callada a mitad de una frase y debía tener la misma expresión que Luke Skywalker cuando Darth Vader le confesó que era su padre: una mezcla de estupefacción, horror y negación. Traté de retomar el hilo de la conversación e ignorar a Henry, confiando en la posibilidad de que no me viera. Pero no era capaz de recordar de qué habíamos estado hablando, así que boqueé un par de veces, intentando decir algo.

—Eryn, ¿estás bien? —preguntó Peter, y me rozó la mano que sostenía la taza de té.

Aunque fue una sensación agradable, yo estaba demasiado turbada para procesarla. Solo logró ponerme más nerviosa.

—Sí, sí, tan solo...

Entonces lo oí.

—¿Eryn? ¿Eres tú? —dijo una voz a mi izquierda. Una voz que conocía de sobra.

Sentí náuseas y mis dedos apretaron con tanta fuerza la taza de té que se me pusieron blancos hasta los nudillos. Pero no podía desaparecer ni combustionar espontáneamente por mucho que lo deseara. No me quedaba más remedio que afrontar la situación.

Respiré hondo, evité la mirada de Peter y me giré hacia Henry.

—Hola —respondí con un hilo de voz.

Capítulo 8: Bufanda Marrón

Karl se sentía en paz con el mundo. Tenía el sofá para él solo, un montón de latas de Guinness, *snacks* y una película de Vin Diesel en la televisión por cable. Además, Peter estaba con Eryn y esperaba que por fin se enrollaran. Y por si fuera poco era viernes, lo que significaba que le quedaba un largo fin de semana por delante para vagar y salir por ahí.

Sin embargo, su paz se vio interrumpida por un timbrado potente, como si alguien hubiera hundido el dedo en el botón con saña. Karl se levantó del sofá perezosamente, preguntándose quién demonios podía ser.

La respuesta llevaba tacones, un abrigo ceñido al cuerpo y tinte rubio platino.

Anna.

—Peter no está —dijo Karl.

Ni un «hola» ni un «¿qué quieres?». No quería permitir que le chafara su tarde de tranquilidad, así que, sin esperar respuesta, empujó la puerta para cerrarla. Pero Anna metió un pie antes de que lo consiguiera y asomó la cabeza por la abertura, asesinándole con la mirada. Parecía Medusa, o como se llamara esa tía con culebras en la cabeza que te convertía en piedra si te miraba a los ojos.

—¿A dónde ha ido? —exigió saber.

—¿Tengo pinta de ser su niñera? —Karl ejerció presión sobre la puerta para dejar a Anna fuera. No quería hacerle daño, pero estaba dispuesto a ello si no le dejaba en paz de una puñetera vez.

—¡Sé que lo sabes! —insistió ella, sin rendirse.

Forcejeaba como una condenada para no quedarse fuera. Aquello era ridículo. De modo que Karl decidió cambiar de

estrategia. Abrió la puerta tan bruscamente que Anna casi se cayó, desequilibrada.

—Si tanto te interesa, está con Eryn —le espetó a bocajarro—. No sé dónde, pero yo apostaría a que en su cama. Puedes subir al cuarto piso y pegar la oreja a la pared, a ver si los oyes.

Y, mientras Anna recibía la noticia como un jarro de agua fría, Karl aprovechó para cerrarle la puerta en las narices. Después regresó a su sofá, subió el volumen del televisor y dio un trago a su lata de cerveza, dispuesto a disfrutar de su fin de semana.

φ φ φ

Eryn se había quedado callada al ver al hombre que acababa de entrar en la cafetería. Estaba pálida y le observaba con una mezcla entre pánico y nervios. ¿Quién era ese tipo para provocarle una reacción así? ¿Tal vez algún ex novio?

Peter lo midió mentalmente. Parecía ser unos centímetros más alto que él, y eso le fastidió. Suponía que era la clase de hombre que las mujeres encontraban guapo: tenía ojos azules, unos rasgos armoniosos y un estúpido hoyuelo en el mentón. Además, llevaba una bufanda marrón, ¡en mayo! ¿Quién demonios llevaba bufanda en mayo?

Nadie de fiar, le diría Karl.

Peter sentía mucha curiosidad por saber quién era ese desconocido, pero Eryn no parecía en posición de decírselo. Y en cuanto al tipo... bueno, ni siquiera se había percatado de su presencia. Solo tenía ojos para ella.

—Eryn —murmuró el extraño—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez. Demasiado. ¿Cómo estás?

Peter observó que cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, indeciso. Le dio la impresión de que le hubiera gustado saludar a Eryn de otra manera, tal vez con un beso en la mejilla, pero no parecía atreverse. Ella, por su parte, tampoco hizo ademán de levantarse y acercarse a él. Se había quedado lívida y su boca formaba una mueca que intentaba ser una sonrisa.

—Sí, la verdad es que sí —respondió ella con voz trémula.

Peter no la conocía a fondo, pero resultaba evidente que se sentía incómoda y triste. Sintió el impulso de socorrerla, porque todo el mundo sabía que los tipos que llevaban bufanda en mayo escondían algo, pero no supo qué hacer.

—¿Cómo estás? —insistió él, aunque era obvio que Eryn no sentía muchas ganas de hablar—. Estás muy... Tienes muy buen aspecto.

—Tú también. ¿Cómo está tu hermana?

A Peter no le pasó inadvertido el hecho de que había ignorado sutilmente su pregunta.

—Bien, bien. Lauren está bien. ¿Recuerdas a John? Van a casarse el próximo verano.

—Qué gran noticia. Felicítala de mi parte. —Su tono era demasiado monótono, casi mecánico.

El silencio cayó sobre ellos como una sábana húmeda. Peter empezaba a desarrollar la teoría de que había logrado mimetizarse con la silla y volverse invisible, porque el recién llegado ni le había visto y Eryn parecía haberse olvidado de él.

Casi como si le hubiese leído el pensamiento, ella le lanzó una mirada de disculpa.

—Dejad que os presente. Henry, este es Peter. Peter, él es Henry.

Henry asintió y observó a Peter, reconociendo por primera vez su presencia. Su mirada era inquisitiva, como si intentara averiguar qué clase de relación tenía con Eryn. Peter siempre había sido como un libro abierto, pero se esforzó por adoptar una expresión de elegante hermetismo. No estaba seguro de si Eryn quería a ese tipo muy lejos o muy cerca, así que decidió dejar todas las vías abiertas. Quizás ella prefería fingir que era su novio para que el tal Henry se marchara.

A lo mejor era Peter el que quería que se fuera.

Como su escrutinio no pareció aportarle información relevante, Henry Bufanda Marrón se volvió hacia a Eryn, como esperando que añadiera algo más, pero ella se mantuvo en silencio.

—¿Es tu novio? —preguntó al fin.

El modo en que Eryn tomó aire hizo que sospechara que había estado temiendo ese momento. Intercambió una rápida mirada con Peter, y él trató de transmitirle que estaba dispuesto a respaldarla si decidía mentir.

—Es un amigo —repuso, tras una larga pausa.

—Ya veo. —Bufanda Marrón no se molestó en disimular su alivio. De repente parecía hasta más alto y saludó a Peter con la cabeza, todo cordialidad. Ahora que lo había descartado como competencia, ya no necesitaba ignorarlo.

A continuación puso una mano en el respaldo de la silla libre que había junto a la mesa, y Peter se preguntó con horror si iba a sentarse con ellos. Eryn pareció pensar lo mismo, porque apretó los labios con los ojos clavados la silla.

En serio, ¿quién era ese tipo? ¿Un acosador? ¿Acaso no notaba que Eryn no estaba receptiva?

—¿Qué tal está Ashley? ¿Sigue tan enamoradiza como siempre? —continuó Bufanda Marrón.

Peter no sabía quién era Ashley. ¿A lo mejor era una amiga de Eryn? ¿Quizás el tal Henry era el ex novio malvado de una de sus amigas y por eso estaba tan tensa?

—Me sorprende que aún la recuerdes —repuso ella sin acritud, y realmente parecía asombrada.

—No he olvidado nada que tenga que ver contigo —fue la respuesta Bufanda Marrón, acompañada de una mirada fija y penetrante, la mirada de «quiero llevarte a la cama» que Karl usaba tan a menudo.

Pero en ese tipo quedaba mucho peor; parecía ridículo, más bien como si fuera uno de los galanes de las telenovelas que veía su abuela Coleen. Y no era que Peter viera ese tipo de cosas con su abuela de vez en cuando. Tan solo lo sabía.

Sin embargo, Eryn no se sonrojó, como solía pasar en esos culebrones, sino que se encogió como si Henry la hubiera golpeado. Peter sintió de nuevo el impulso de hacer o decir algo para que Bufanda Marrón se fuera de una vez, pero ella ya estaba recogiendo su cazadora del respaldo de la silla para ponérsela.

—Entonces la saludaré de tu parte —dijo ella, evitando los ojos de Henry—. Lo siento, pero Peter y yo ya nos íbamos.

Peter recibió su mirada de auxilio y asintió. Estaba más que feliz de alejarse de Bufanda Marrón (y tenía en mente deshacerse de todas sus bufandas, al menos de las marrones; de ahora en

adelante llevaría cazadoras con el cuello alto), así que la imitó con rapidez.

—Entiendo —murmuró Henry.

Parecía haber captado por fin que Eryn no quería saber nada de él, porque su mirada de galán había desaparecido, reemplazada por una expresión de tristeza que lo hacía parecer un héroe atormentado. Peter sintió lástima por un instante, pero se le pasó muy rápido.

Se levantó después de Eryn y dejó un billete en la mesa, atrapado bajo el plato de su taza de café. Era más dinero del que correspondía, pero no tenía ninguna intención de quedarse a esperar a que le trajeran las vueltas. De hecho, se despidió de Henry con un seco ademán y se dirigió hacia la puerta. Eryn murmuró un «hasta luego» y le siguió, pero Bufanda Marrón le puso una mano en la muñeca, haciendo que se detuviera y se quedara completamente rígida, mirándolo con cara de susto.

—Cuídate, Eryn. Me ha alegrado volver a verte —dijo, tan cerca de ella y en voz tan baja que Peter tuvo problemas para escucharlo.

Ella asintió, con una mezcla de tristeza y angustia pintada en los ojos grises. Peter sintió unas ganas irrefrenables de acercarse a Bufanda Marrón y darle un puñetazo en toda la cara. Pero mientras se preguntaba por qué sentía tanta animosidad contra ese tipo, Eryn se soltó de su agarre y caminó a toda prisa hasta él. Los dos salieron de la cafetería sin mirar atrás.

Caminaron por la acera de vuelta al edificio donde vivían sin decir nada. Peter sabía que Eryn no tenía ganas de tomar otro café. Tenía las manos en los bolsillos y la mirada perdida. Nunca la había

visto tan callada, aunque, para ser honesto, hacía solo cuatro días que la conocía.

Era obvio que el Bufanda Marrón no era su persona favorita o cuando menos le traía recuerdos dolorosos. A Peter no le importaba pasear en silencio, pero estaba preocupado por ella. Siempre había visto a Eryn haciendo bromas y comentarios divertidos. Era una persona risueña y le contagiaba su buen humor. Esa era una de las razones por las que le había gustado tanto (es decir, como persona), pero ahora estaba apagada y hundida en sus pensamientos. Peter la miraba de reojo cada tres segundos, pensando en qué hacer o decir, pero fue Eryn quien habló finalmente.

—Lo siento.

—¿Qué? —Peter no había esperado que dijera eso—. ¿Por qué?

—Estábamos pasándolo tan bien hasta que llegó Henry... y luego te he obligado a salir de la cafetería y a volver a casa.

—No me has obligado y no tiene importancia —se apresuró a añadir él.

Eryn sonrió y pareció volver a ser ella misma. Pero aunque sabía que sacar el tema podría entristecerla de nuevo, la curiosidad era tanta que Peter no pudo contenerse.

—¿Puedo preguntarte quién era ese tal Henry?

Se las apañó para sonar casi indiferente, como si no se sintiera un poco... Bueno, ¿cómo se sentía? Quería que enviaran a Bufanda Marrón a un sitio donde llevar una bufanda en mayo tuviera sentido, nada más.

Eryn pareció meditar su respuesta unos instantes.

—Supongo que podríamos llamarle ex... «algo». No sé qué fuimos exactamente, pero terminó hace un tiempo y no muy bien. — Se encogió de hombros con sencillez—. Me temo que no esperaba volver a verle.

Así que un ex novio. Lo suponía. Pero había otra cosa que Peter necesitaba preguntarle. Algo a lo que llevaba dándole vueltas desde que Henry había irrumpido en su apacible café, cambiándolo todo.

—Dime una cosa, ese tipo... ¿lleva bufanda todo el año?

Eryn pareció desconcertada unos instantes, luego rompió a reír.

φ φ φ

—Eryn ha conocido a un hombre.

Se me atragantó el bocado de pollo que estaba masticando. Tosí y tuve que beber agua para poder tragarlo. Cuando al fin recuperé la respiración, toda la mesa me miraba fijamente.

No entendía cómo había podido pasar. Estaba burlándome de mi padre después de haberle pillado viendo *Los magos de Waverly Place* por tercera vez en un mes, y de pronto todo el mundo me observaba con sorpresa. Él parecía dolido; en cambio, mi madre y Ashley lucían una sonrisa radiante y algo semejante a lágrimas en los ojos. Emmet y Katie, ese par de traidores, también sonreían con fingida inocencia.

Sabía que no debería haberles contado lo de mi café con Peter, sobre todo teniendo en cuenta su accidentado final.

—¿Ah, sí? ¿Un hombre? —Mi madre trataba de sonar tranquila, pero yo sabía que bajo la superficie apacible latía de euforia al ver a su hija salvada de la soltería eterna.

—¿Cómo se llama? ¿Cómo le conociste? ¿Cómo es? — Ashley disparó una pregunta tras otra como una ametralladora bien engrasada. En sus ojos brillaba una luz romántica de lo más atemorizante—. ¿Cuándo vas a traerlo a casa? ¡Quiero conocerlo!

—Oh, por favor, dejadlo ya —mascullé. ¿Cómo iba a salir de esa? Sabía que no me permitirían cambiar de tema hasta que tuvieran hasta el último detalle.

Jamás debería haber llevado a Emmet y Katie a esa comida familiar. Quizás Emmet hubiera sido capaz de guardar el «secreto» (cosa complicada, pero al menos él lo intentaría por deferencia a mí), pero a mi mejor amiga le importaban un pimiento mis súplicas y mis miradas amenazantes, y había soltado la bomba en plena comida sin sentir ni un ápice de culpabilidad por su flagrante traición.

—Eryn —intervino mi padre. No era de ese tipo de padres que necesitaban gritar para regañar a sus hijas, su voz ya era fuerte de por sí y bastante imponente—. ¿Es eso cierto?

—Conozco a gente casi todos los días...

—Se llama Peter —terció Katie.

—Peter —repitió mi madre en un susurro.

Por un momento me recordó a la señora Bennet de *Orgullo y prejuicio*, cuando el señor Bingley sacó a Jane a bailar más de dos veces. Tenía la mirada ambiciosa y esperanzada de quien esperaba casar a su hija con el hombre en cuestión.

—Peter —se hizo eco mi padre, pero en sus ojos no había ninguna esperanza. Katie había echado por tierra todas sus ilusiones en cuestión de segundos.

—¿Peter? —Esa era Ash—. Necesito más información. ¿Cómo le conociste? ¿Cómo se te declaró? ¡Quiero todos los detalles!

—Pues verás —comenzó Emmet—, fue hace unas semanas en el Tem...

—Peter es solo un amigo. No hay nada entre nosotros. —Tuve que cortar por lo sano antes de que la cosa se desbocara más. Si les daba cinco minutos, mi madre acabaría organizándome una boda y Ashley se pondría a fantasear con su vestido de dama de honor—. No nos gustamos. —Y, ante la mirada incrédula de mis amigos, decidí repetirlo para que les quedara claro a todos—. *No nos gustamos.*

Katie resopló sonoramente, desestimando mis palabras, pero Emmet tuvo la decencia de quedarse callado. Sin embargo, ni mi madre ni mi hermana pensaban soltar la presa, aunque al menos mi padre parecía haberme creído y estaba de nuevo de buen humor.

—Si Eryn dice que no se gustan, no se gustan —sentenció, y se llevó a la boca un tenedor cargado de pollo, como dando por zanjada la discusión.

—Cariño, no seas tan crédulo —dijo mi madre, dándole una palmadita cariñosa en una mano. Después se volvió hacia mí en actitud profesional—. ¿Cuántos años tiene? ¿A qué se dedica? ¿Lleva el pelo largo?

Decidí guardar un silencio obstinado. Cuanta menos información tuvieran sobre Peter, antes lo olvidarían, si es que eso era posible.

—Tiene treinta años —respondió Katie, al ver que yo no lo hacía. Le lancé una mirada asesina, pero ella continuó. Mi madre y

mi hermana escuchaban embelesadas. Mi padre había dejado de comer otra vez—. Es diseñador gráfico y no, no tiene el pelo largo.

—¿Es guapo? —se interesó Ashley.

—¿Sabes esa clase de hombres que a primera vista no llaman del todo la atención, pero que cada vez que lo ves te parecen más y más guapos? Peter es de esos —metió baza Emmet.

Me debatí entre enfadarme con él también o echarme a reír. Que yo supiera, solo había visto a Peter una vez. A no ser que él y Katie hubieran estado espiándole. Oh, Dios mío, ¿le habrían espiado?

Vale, estaba decidido. Cuando saliéramos de casa de mis padres, mataría a Katie y a Emmet y después los interrogaría. En ese orden.

Mientras tanto, mi padre estaba empezando a ponerse azulado. Por si no fuera bastante que su pequeña Eryn, la única de sus dos hijas que no le producía amagos de infarto con su desfile de pretendientes, hubiera encontrado a un chico, Emmet había dicho que otro hombre era guapo. Ese tipo de comentarios siempre le incomodaban y ponían nervioso.

Estaba claro que necesitaría una sesión intensiva de episodios de *Los magos de Waverly Place* para recuperar el humor.

Sin embargo, solo yo me había dado cuenta, porque mis amigos y la otra mitad de mi familia estaban demasiado absortos hablando de Peter como para prestarnos atención.

—... aún no —decía Katie—, pero es cuestión de tiempo. Solo hay que ver cómo se miran, parecen dos tórtolos...

—Oooh —suspiró Ashley, con la misma cara de dulzura que ponía cuando veía vídeos de gatitos en YouTube.

—Cuando se conocieron estaban tan absortos el uno con el otro que sentí que sobraba y me fui —declaró Emmet—. Creo que ni siquiera se dieron cuenta.

—¡Eso no es cierto! —intervine yo, pero todos me ignoraron.

Emmet sabía de sobra que habíamos intentado incluirlo en nuestra conversación, pero él se moría de ganas por dejarnos a solas. Estaba claro que la versión real no le parecía tan jugosa y había decidido adornarla un tanto. Solo le había faltado decir que todo se movía a cámara lenta a nuestro alrededor mientras nos contemplábamos con embeleso.

—... y Peter la invitó a tomar algo hace un par de días —continuó Katie—. Estoy segura de que en su próxima cita...

—¡No era una cita! —exclamé al vacío, aunque tampoco podía desmentirlo con argumentos, porque eso implicaría contarles a mis padres que le había invitado a pasar la noche en mi piso.

—... lo suyo ya será oficial.

Llegados a ese punto, mi madre ya casi estaba lagrimeando, Ashley estrujaba la servilleta emocionada y mi padre estaba de color azul oscuro. A mí me entraron ganas de salir de la casa, robarle a Emmet su trasto con cuatro ruedas y largarme para que ninguno de los presentes volviera a verme jamás.

Por desgracia, no tenía otro remedio que quedarme. Así que, si mi familia quería circo, yo se lo daría.

—Lo mejor de todo es que Peter es amigo de Karl —comenté inocentemente.

Katie me lanzó una mirada que podría calificarse como «*blue steel killer*», presagiando lo que se avecinaba. Gesticuló con los

labios un «no te atrevas» que ignoré estoicamente; la semilla del mal ya estaba sembrada.

—¿Quién es Karl? —se interesó mi madre.

—Oh, Karl es el novio de Katie.

La afición favorita de mi madre, solo por detrás de emparejar a sus hijas, era emparejar a Katie, dado que esta era algo así como su hija adoptiva. En consecuencia, Karl pasó a ser el centro de atención y por lo tanto también mi mejor amiga. Ella me dijo entre dientes que me lo haría pagar caro, mientras soportaba como podía la tanda de preguntas de mi madre y mi hermana; y Emmet, que sabía bien cuándo abandonar el barco, se animó a contestar aquellas cuestiones que Katie dejaba en blanco.

Suspiré con alivio al ver que por el momento me habían dejado en paz y me volví hacia mi padre. Ya casi no estaba azul.

—Así que *Los Magos de Waverly Place*, ¿eh?

—No es verdad, no estaba viéndolo, encendí la tele y estaba en ese canal. Cosas de tu hermana, ya sabes —farfulló él, rehuyendo mi mirada.

—Y entonces, ¿por qué no cambiaste de canal?

Malhumorado, pero más tranquilo, Jim tomó otro bocado de pollo sin molestarse en responder.

φ φ φ

Me arrepentía mucho de haberles hablado a Katie y Emmet del té que tomé con Peter, pero al menos había logrado callarme lo relativo a Henry. Era mejor que no lo supieran: ambos le odiaban. Mejor dicho, Katie lo odiaba por los dos, ya que Emmet era incapaz de guardarle un ápice de rencor a nadie.

El nivel de odio que mi mejor amiga sentía por él era tal que lo usó de inspiración para una audición en que tenía que interpretar a una asesina en serie. Y de hecho consiguió el papel, aunque en el último momento el principal productor del proyecto lo dejó y todo quedó en agua de borrajas.

No me sorprendía demasiado. Katie era implacable: podía perdonar cualquier cosa excepto que hicieran daño a sus seres queridos. Bueno, en realidad, había muchas cosas que no perdonaría nunca, pero yo diría que hacerme sufrir estaba en su top 5. Y lo cierto era que Henry le había dado mucho material en ese sentido. Tanto ella como Emmet habían vivido dos años de desesperación y preocupación perpetua, debidos a mi incapacidad para salir de una relación destructiva. Hasta el punto de que, cuando logré dar carpetazo a todo aquello, se empeñaron en organizarme una «bienvenida de soltera», a pesar de que les dije que tal cosa no existía.

Durante un tiempo, me vigilaron como si acabase de salir de una clínica de desintoxicación y fuera a recaer en las drogas en cuanto ellos se descuidaran un instante. Pero con el paso de los meses, y viendo que Henry no daba señales de vida, se relajaron. Yo también.

Cuando lo encontré junto a Tara me dolió, pero fue como arrancarme una tirita de golpe: un dolor intenso aunque breve. De algún modo, verlo con ella me confirmó que había tomado la decisión adecuada y que, por mucho que lo echara de menos, estar alejada de él seguía siendo lo mejor para mí. Así que me recuperé con relativa facilidad.

Pero el encuentro en la cafetería del otro día había sido diferente. Aunque no había hecho nada flagrante, se había comportado de manera muy distinta a la de la última vez que nos habíamos visto. Más cercano y también más inquieto. Estaba nervioso. Lo había notado en su forma de mirarme, en sus gestos, como el aferrarse al respaldo de la silla por hacer algo con las manos o en el modo en que me sujetó la muñeca para despedirse.

Estaba convencida de que eso significaba que él y Tara habían vuelto a romper. No creo que Henry pensara en mí muy a menudo, al menos no cuando las cosas le iban bien con su novia, pero imagino que cada vez que lo dejaban echaba de menos a su paño de lágrimas. Con el tiempo, había desarrollado la teoría de que, de algún modo, estar conmigo, el hecho de que le consolara y le ayudara a superar cada ruptura, era precisamente lo que lo preparaba y daba fuerzas para su siguiente reconciliación. Era una dinámica insana y un triángulo amoroso demencial, al menos para mí.

Supongo que para Henry no era tan malo. Nada malo, de hecho. Así que al volver a verme había recordado cómo eran las cosas cuando yo estaba en su vida. Cómo siempre tenía alguien dispuesta a escucharle y a recomponerle pedazo a pedazo. Seguir adelante solo era el doble de difícil, yo lo sabía muy bien.

Eso explicaba su actitud en la cafetería. Y mi reacción había sido huir como si el Señor Oscuro me persiguiera con un látigo, todo ello con Peter como testigo. No fue muy elegante por mi parte, pero sí práctico.

Peter había sido bastante comprensivo, pero lo cierto era que el encuentro con Henry lo había arruinado todo. No fui capaz de

pensar en otra cosa ni de mantener una conversación decente después de todo aquello, así que cuando nos despedimos en la puerta del piso de Karl estaba convencida de que no le quedarían muchas ganas de tomar otro café conmigo.

De todos modos, pese a la imaginación desatada de mis amigos, Peter y yo no éramos nada. Me había invitado a tomar algo como agradecimiento por mi hospitalidad, eso era todo. Quizás volviéramos a encontrarnos alguna que otra vez en el rellano, pero nuestra relación no pasaría de ahí.

Sentí una punzada de tristeza al pensarlo, pero la despaché pronto. Con Henry ya tenía suficiente para ponerme melancólica.

φ φ φ

Según un estudio realizado por una universidad inventada por mí, el 99% de la población mundial odiaba los lunes. El 1% restante no trabajaba ese día, así que odiaba los martes, o los miércoles, o cualquiera que fuera el día en que empezaba su semana laboral.

Los lunes me costaba más despertarme, masticar el desayuno, peinarme, arrastrarme hasta el autobús... De hecho, solía ser el único día en que no era capaz de reunir las fuerzas necesarias para subirme al segundo piso del transporte público y me dejaba caer en el asiento más cercano a la puerta que pudiera encontrar.

Ese lunes estaba particularmente cansada, porque Ashley y yo habíamos estado hablando por teléfono hasta tarde sobre el nuevo amor de su vida, que al parecer había conocido en la sección de congelados del supermercado de nuestro barrio. Nunca dejaba de asombrarme la capacidad de mi hermana para toparse con novios potenciales en los lugares más peregrinos. A uno de sus ex

lo había conocido en la sala de espera del ginecólogo. Estaba allí porque había ido a acompañar a su no-por-mucho-tiempo-novia. Ashley era la clase de chica por la que otros chicos dejaban a sus parejas. En cambio, yo era la clase de chica que se colgaba por hombres que jamás dejarían o, en su defecto, olvidarían a sus novias.

A veces me preguntaba si realmente éramos hermanas. Tenía varias teorías: adopción, intercambio por accidente en el hospital cuando éramos bebés, o bien que Ashley era la hija secreta de mi madre y George Clooney.

La cuestión era que, por sorprendente que pudiera resultar, se podían mantener largas conversaciones en el pasillo de los congelados y, como Ashley quiso contármelo todo con pelos y señales, apenas había dormido unas pocas horas.

Total, que ahí estaba yo, apoyada contra la ventanilla del autobús, dejándome arrullar por el ronroneo del motor e intentando sin mucho éxito no quedarme dormida, cuando escuché que alguien me llamaba. Abrí los ojos (no se me estaba dando muy bien lo de no dormirme) y miré alrededor, aturdida. Para mi sorpresa, me encontré con Peter aferrado al respaldo de mi asiento para no caerse con cada acelerón o frenazo del conductor.

—¿Peter? ¿Qué haces aquí? Nunca te había visto en este autobús. —De lo contrario, no me dormiría en un lugar público como una señora de noventa y dos años, omití.

—Perdí el que suelo coger todos los días —dijo, dejándose caer en el asiento contiguo al mío con aspecto de estar agotado—. Creo que los muelles del sofá de Karl me han desplazado alguna

vertebra, porque inexplicablemente he dejado de sentirlos y me he quedado dormido.

Otra razón para odiar los lunes: eran el día de la semana en que resultaba más probable que se te pegaran las sábanas.

—¿Llegarás tarde a trabajar? —me interesé.

—Eso depende de lo rápido que corra. Aunque he perdido mi habilidad para hacer el spagat, espero conservar algo de fondo de mis años de atletismo en el instituto.

Eso hizo que rememorara la noche en que nos conocimos y decidió poner a prueba su flexibilidad mientras bailábamos *Staying alive*. Peter me miró y estoy segura de que adivinó en qué estaba pensando, porque compuso una expresión mortificada. Decidí no hacer ningún comentario jocoso, pero solo porque era lunes y estaba un poco dormida.

—¿Y cómo es que Karl no te despertó?

Peter se mostró aliviado por mi clemencia y apoyó la nuca en el respaldo del asiento. Tenía los parpados hinchados por el sueño y era evidente que no se había peinado.

¿Sería muy raro si le peinaba un poco con los dedos...?

—Supongo que lo habría hecho, de no estar dormido él también —respondió Peter, ignorando mi dilema interno.

—¿Trasnochasteis?

—Yo sí. Me acosté tarde por buscar casas de alquiler por internet. Tengo que hacerlo a escondidas de Karl, porque no quiero herir sus sentimientos.

—Vaya, ¿estás pensando en independizarte?

Intenté que mi tono sonara divertido, aunque no me sentía nada divertida. Por muy absurdo que fuera, la idea de que se

mudara lejos me ponía triste. Y eso que era evidente que Peter no iba a pasarse el resto de su vida durmiendo en el sofá de Karl.

—La hernia discal que se me está formando en la columna lo agradecería. Además, echo de menos dormir en una cama y comer en una mesa de verdad. Karl es muy generoso, pero necesito mi espacio.

Lo entendía perfectamente. Aunque mi experiencia compartiendo piso había sido bastante diferente, sabía lo que era desear tener un lugar propio. Peter quería una cama y un comedor; yo, poder salir de mi habitación sin encontrarme a cincuenta desconocidos/as.

—¿Y has visto algo que te guste?

—Todavía no —suspiró, y se frotó los ojos, somnoliento—. ¿Algún consejo?

—Teniendo en cuenta que vivo en un cuarto piso sin ascensor tan pequeño que mis amigos lo llaman Bolsín Cerrado, no creo estar en posición de aconsejarte.

Peter rio al escuchar mi enésima tontería. Me pareció encontrar algo cálido en su risa, como una especie de familiaridad cómplice. Había algo en él que hacía que me sintiera cómoda y aceptada. Algo a lo que podría volverme adicta.

Charlamos sobre su nueva y, por el momento, hipotética casa, hasta que el autobús se detuvo en la parada de Peter. Él se levantó, bostezó y se despidió de mí con una sonrisa torcida y ojos brillantes de sueño. Bajó del autobús con parsimonia. Sin embargo, en cuanto sus pies tocaron la acera, echó a correr esquivando a un par de repartidores de periódicos gratuitos, como si estuviera haciendo una audición para el papel de The Flash.

Mientras lo observaba desaparecer (sin dejar ningún rastro de luz roja tras de sí), pensé que después de todo los lunes no eran tan horribles.

φ φ φ

Karl tenía los mismos años que Peter, pero un currículum profesional (y amoroso) el doble de largo. Había trabajado en casi todos los sectores, desde dependiente en una ferretería a camarero en un pub de mala muerte, e incluso tuvo durante un par de meses la fantasía de entrar en una escuela de bomberos, porque «todo el mundo sabe lo que ligan los bomberos». Su último trabajo estable había sido como teleoperador, pero apenas duró dos meses una vez pasado el curso de formación, hasta que sus superiores se dieron cuenta de que, cada vez que llamaba un cliente enfadado, acababa despotricando con ellos sobre la compañía para la que trabajaba.

A raíz de ese incidente, decidió apuntarse a una agencia de trabajos temporales, cubriendo vacaciones y cosas por el estilo. Los trabajos eran tan cortos que no les daba tiempo a despedirle. El hecho era que, con esa trayectoria laboral, Karl llegaba justo a fin de mes y no dejaba que Peter compartiera gastos con él, por mucho que llevara casi tres meses parasitando su piso.

Esa era una de las razones por las que Peter había decidido buscarse una nueva casa. Como le había contado a Eryn, no podía pasarse la vida vegetando en el sofá de Karl y, para ser franco, echaba de menos dormir en una cama y comer sobre platos que no fueran de plástico. Había ahorrado lo suficiente en su período en el piso de su mejor amigo como para adelantar la entrada y, tras un par de infructuosas semanas buscando por su cuenta, decidió contratar los servicios de una inmobiliaria.

Resolvió no decírselo a Karl hasta que todo estuviera ya zanjado; de lo contrario, insistiría en que se quedara. Como en los viejos tiempos, diría, cuando los dos habían vivido juntos con un par de amigos más, recién acabados los estudios.

Sin embargo, cuando se lo contó a Anna, ella pareció tomar como su misión en la vida ayudarlo en la búsqueda y darle consejos (lo que en realidad se traducía en ponerle pegas a todas las casas y pisos que a Peter le gustaban, diciendo cosas como «No me gusta esta distribución» o «Nada de parqué, se raya fácilmente»). Peter sabía que tenía buena intención, pero le recordaba peligrosamente a la vez que Aideen y él habían buscado piso. A veces tenía la extraña sensación de que Anna estaba buscando una casa para los dos, como si fueran a mudarse juntos.

Lo más probable era que solo fuesen imaginaciones suyas, pero Peter decidió escoger por sí mismo sin tener en cuenta las sugerencias de Anna. Al final encontró una pequeña casita de ladrillo con la puerta pintada de azul en las afueras de la ciudad, cerca del parque Phoenix. La entrada era asequible y tenía la posibilidad de comprarla después de un año de alquiler.

Antes de firmar el contrato, llevó a su madre y a la abuela Coleen a verla. Las dos observaron con ojo experto los acabados de cada habitación, dieron golpecitos en las paredes y taconazos en el suelo en distintos puntos de la vivienda, abrieron y cerraron veinte veces cada una de las ventanas y examinaron al detalle cada parte del escaso mobiliario. Peter se sentía como si hubiese invitado al jurado de uno de esos *realities* de reforma y compraventa de casas, pero por fortuna le dieron su aprobación.

La casa les gustaba; sin embargo, Peter notó que la idea de que se mudara las entristecía. Sabía bien por qué, dado que él sentía lo mismo. Irse a vivir solo era como cerrar el ciclo de su ruptura con Aideen.

Por fin, su madre y su abuela empezaban a asimilar que no había marcha atrás para ellos dos. Peter ya había aceptado esa dolorosa certeza hacía un tiempo, pero de todos modos seguía siendo duro. Vivir con Karl había sido en cierto modo un período de «rehabilitación». Ahora tenía que volver a la vida real él solo.

Así que, el día que se reunió con el casero (en secreto) y firmó el contrato, Peter se sintió un poco melancólico. Cerró la puerta de su nueva casa, suspiró y se preguntó qué iba a hacer a continuación.

φ φ φ

El tono de mi móvil me hizo dar un respingo. Aparté la vista del libro que estaba leyendo y contemplé mi teléfono con desconfianza.

Normalmente la pesadilla de cualquier persona cuando recibe una llamada de un número que no conoce es que se trate de algún comercial. En cambio, yo tenía miedo de que fuera Henry.

Quizás estaba siendo exagerada. Ya habían pasado unas semanas desde nuestro encuentro en la cafetería y no había vuelto a saber nada de él. A lo mejor había malinterpretado su comportamiento. Tal vez tan solo se sentía culpable y por eso estaba nervioso. Lo más probable era que estuviera exagerando la importancia que yo tenía para él.

Por fortuna, el número que aparecía en la pantalla no era de un comercial, ni tampoco de Henry. Se trataba de Peter.

Habíamos intercambiado nuestros teléfonos uno de los días que compartimos autobús. Aunque le dejaba más lejos del trabajo que la línea que solía coger hasta entonces y se veía obligado a marcarse un buen *sprint* mañanero para no llegar tarde, desde el día que se había quedado dormido, Peter cogía el mismo autobús que yo. No me atreví a preguntarle la razón de ese súbito cambio, pese a que la única explicación que se me ocurría era que le gustaba compartir el trayecto conmigo. Tan solo me limité a disfrutar de su compañía. Y el hecho era que la disfrutaba *mucho*.

Tanto que, cuando Peter se pidió un par de días libres en el trabajo para encargarse de su mudanza, el trayecto se me hizo más largo que nunca.

De modo que, tras mirar fijamente la pantalla durante unos instantes, me aclaré la garganta y descolgué.

—Hola, Peter. —Me di cuenta de que mi voz había sonado sugerente. ¿Qué demonios me había pasado?

—Hola, Eryn. —Peter sonaba alegre, pero no como un operador de una línea erótica. Fue ese momento en el que me di cuenta de que Katie y Emmet tenían razón: necesitaba sexo. La sequía comenzaba a afectarme—. ¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien. Por fin he acabado la mudanza y firmado el contrato. Ya puedo decir de manera oficial que tengo casa.

—¡Eso es genial! —Quizás soné exageradamente alegre, pero me sentía culpable por no alegrarme tanto como debería. Se iba de casa de Karl, lo cual significaba que dejaba de ser mi vecino y compañero de autobús—. Pero me temo que eso te hace perder de manera definitiva el concurso de *La vida más patética*. Ahora

tienes una casa y seguro que el *hall* ya es más grande que mi piso, así que he ganado. Se veía venir, pero reconozco que has sido un duro contrincante.

—Disfruta de tu victoria, pero esto solo ha sido la primera edición. Encontraré nuevas formas de ser patético, tenlo por seguro.

—¿Es eso una amenaza?

—Es una advertencia. Pero mientras, hemos de celebrar tu victoria. Te invito a cenar a mi nueva casa. ¿El viernes te viene bien?

¿Era eso una cita? ¿Lo era? Una cosa era invitarme a un café en agradecimiento por haberle dejado pasar la noche en mi sofá y otra invitarme a cenar a su nueva casa. Mantuve una conversación mental con Emmet y Katie (los conocía tanto que podía tener conversaciones con ellos sin que estuvieran presentes) y ellos confirmaron mi sospecha.

Era una cita.

Y yo quería que lo fuera.

—Me viene bien —contesté, tratando de sonar tranquila y sofisticada. Como si tuviera citas con chicos monos y encantadores todos los días.

—Estupendo. Dile a Katie que se apunte también, si puede.

¿Katie? Un momento... ¿estaba insinuando lo que yo creía? Sabía que tenía que haber trampa por alguna parte. Al lado de Katie, a mí no me miraba ni un bizco, así que o bien quería un trío o bien quería llegar a ella a través de mí.

—Podéis venir con Karl, él sabe dónde está la casa —continuó Peter, ajeno a mi turbación interna.

¿Karl? Pero bueno, eso ya era pasarse de...

—También vendrán Anna y algunos amigos más. Cocinaré yo; probablemente Karl preferiría encargarse de unas pizzas, pero te prometo que no se me da mal. Si menciona algo sobre jamón asado calcinado, no le creas.

El corazón dejó de latirme a mil por hora y se tranquilizó, al darme cuenta de que había sido una estúpida. O bien Peter estaba planeando una orgía para inaugurar su casa o iba a hacer una cena para sus amigos.

No pude evitar sentirme decepcionada. No por lo de la orgía, claro, sino porque durante unos segundos había pensado que estaba proponiéndome una cita. Me recordé a mí misma unas semanas atrás, repitiéndoles a mis padres y a mi hermana, envuelta en gran dignidad, que Peter y yo no nos gustábamos.

Estaba claro que, se hicieran las ediciones que se hicieran de *La vida más patética*, yo sería la ganadora consecutiva.

—¿Eryn? ¿Sigues ahí? Lo del jamón asado no fue culpa mía, ¿vale? Lo juro.

—Estoy aquí —me obligué a responder. No era fácil seguir el hilo de una conversación cuando estabas sumida en un momento de autocompasión pura y dura—. Me arriesgaré a ir y probar por mí misma cómo cocinas. Hablaré con Katie, seguro que se apunta. ¿Quieres que lleve algo? ¿Bebida? ¿Postre?

—Trae algo de beber, sería genial que pudiéramos emborrachar a Katie y a Karl para devolverles la resaca de hace unas semanas.

—Entonces llevaré grandes cantidades, Katie tolera demasiado bien el alcohol.

—Karl también. Lo más probable es que los que acabemos beodos seamos nosotros, pero merece la pena intentarlo.

—Estoy de acuerdo: caeremos peleando, lucharemos hasta nuestro último hipo.

Peter rio ante mi comentario, pero eso no me hizo feliz. Empezaba a sospechar que me invitaba porque le hacían gracia mis payasadas. A lo mejor esperaba que hiciera un número cómico para los presentes.

—Se van a enterar. Nos vemos en mi casa a las nueve, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Hasta entonces, Peter —dije con tono apagado.

—Hasta entonces. —Él sonaba tan jovial como siempre.

Ya iba a colgar, cuando escuché que añadía algo más, como si acabara de recordarlo

—Y por cierto, Eryn, me alegra que vengas.

Cuando fui consciente del modo en que ese simple comentario hizo que me sintiera mejor, comprendí que había mentido a mis padres, a mis amigos e incluso a mí misma.

Era oficial: estaba colgada por Peter.

Capítulo 9: Duelo de divas

—¿Qué vas a ponerte para la cena en casa de Peter?

Sabía que la pregunta llegaría tarde o temprano, aunque había tratado de posponerla con la ayuda de *Love Actually* y un bol de palomitas. Sin embargo, en cuanto saltaron los créditos finales, Emmet y Katie ya estaban en posición para iniciar su deporte favorito: Meterse En La Vida De Eryn (estaban luchando con los del Comité para que lo incluyeran como deporte Olímpico).

—No lo sé, cualquier cosa —mascullé, esquiva.

Le quité el bol de palomitas a Emmet como castigo por haber sacado el tema y me levanté del sofá. En una casa grande habría sido efectivo llevarse las sobras del tentempié para cortar por lo sano una conversación; pero como desde el sofá a mi cocina había exactamente una baldosa, no tuvo el efecto deseado.

—¿Cómo que cualquier cosa? Te comprarás algo, ¿no? —El tono de Katie dejaba bien claro que no aceptaría un *no* por respuesta.

—No —declaré, categórica. No pensaba gastarme mis escasos ahorros en algo de ropa nueva para ir a hacer de bufón a casa de Peter, por muy (secretamente) colada que estuviera por él.

Por supuesto, mis amigos no lo veían así. Katie no podía estar más feliz con la noticia, porque estaba convencida de que Peter sería «mi postre». En cuanto a Emmet, él también estaba emocionado, pero no podía evitar sentirse excluido («¿Es que no sabe que nosotros tres vamos en pack?»). De hecho, me aterrizzaba la idea de que decidiera rondar por el barrio de Peter con su tropa de amigos cotillas para espiarnos tras las cortinas.

Además, Ashley había sido avisada del «célebre» acontecimiento por los traidores de mis amigos y, en consecuencia, mi madre también. Sin embargo, aunque todos intentaron convencerme de que me comprara un vestido bonito, aguanté estoicamente en mis trece.

El día C (el día de la cena, bautizado así por mis amigos), me levanté tranquila, decidida a ponerme algo de mi fondo de armario, ir a casa de Peter con pose digna y ser nada graciosa. Fui a trabajar como cualquier otro día y regresé a casa un poco reconfortada por la idea de haber logrado escabullirme de los placajes dialécticos y las presiones telefónicas de unos y otros. Pero no llevaba ni diez minutos en mi diminuto hogar cuando llamaron al timbre. Generalmente, en las casas de la gente normal, cuando alguien llama a su timbre y no esperan ninguna visita, temen que se trate de vendedores ambulantes, mormones o cosas por el estilo. En mi caso, yo temía más a mis amigos que a una secta.

No obstante, mis temores se mostraron infundados, porque la visita inesperada no era Katie, y tampoco Emmet.

Se trataba de mi hermana, acompañada por madre, para más inri y humillación. Sus pupilas habían adquirido la forma de un montón de bolsas repletas de ropa y complementos. Era la crónica de una muerte anunciada: la de mi resistencia.

Había sido sitiada durante días, pero al final el enemigo había logrado colarse por una rendija en la muralla y me amenazaba con una tarjeta de crédito. Mi madre era una «versión reimaginada» de la Señora Bennet y Ashley era como Kitty, Lydia y Jane, todo en uno. Yo sola no tenía nada que hacer contra ellas.

—¿Qué haces con el pantalón del pijama puesto? —soltó mi madre, tras echarme una mirada censuradora—. Vamos, vamos, vístete, que no hay tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—¡Para irnos de compras! —exclamó Ashley, como si nos hubiera tocado la lotería—. ¡Mamá invita!

—Mamá, no pienso dejar que pagues tú —me planté, pero ella ya estaba rebuscando en mi armario y ni siquiera me escuchaba.

A continuación, me obligó a ponerme unos pantalones vaqueros, como si tuviera cinco años y hubiera decidido ir al colegio en bragas. Y, ayudada por mi hermana, me arrastró fuera de casa.

Por supuesto, el momento que me haría ganar *La vida más patética* de manera vitalicia no podía transcurrir en el anonimato, así que, cuando bajaba por las estrechas escaleras discutiendo con mi familia sobre el asunto (era ridículo que, a mi edad, mi madre me obligara a comprarme algo para una cena que ni siquiera era una estúpida cita), nos encontramos con Karl. Traía un periódico enrollado bajo el brazo y una cazadora que tapaba el lema del día. Lo agradecí para mis adentros, porque no me gustaría que mi madre se encontrara con una frase del estilo «Se donan orgasmos, pide tu muestra» en su camiseta. Nos observó con curiosidad y, como todo hombre heterosexual, se detuvo especialmente en Ashley. Cuando sus ojos se deslizaron hacia mí, se encontró mi mirada de advertencia y sonrió con aire inocente.

—Hola, vecina, a ti quería verte yo —me saludó, zalamero—. ¿Quiénes son estas mujeres tan guapas? ¿Tus amigas?

Se escucharon dos risitas como de adolescentes sonrojadas por parte de mi hermana y, lo que es peor, mi madre. Ashley se sentía halagada, pero Deirdre parecía estar a punto de dejar a mi padre por Karl, a juzgar por su expresión radiante. No podía culparla; lo más romántico que había hecho por ella había sido comprarle una maceta, y mi vecino era un tipo bastante atractivo. Sin embargo, eso no impedía que mi bochorno aumentara por segundos.

—Karl, ellas son mi madre, Deirdre, y mi hermana, Ashley. — Recalqué el grado de parentesco que nos unía mientras lo observaba de forma amenazadora—. Mamá, Ash, él es Karl.

—¿Karl? —repitió mi madre, pensativa—. ¿Karl el novio...?

—Mi vecino —la interrumpí rápidamente. Una cosa era hacer rabiar un poco a Katie en una comida familiar y otra dejar que mi madre interrogara a Karl acerca de sus intenciones con mi mejor amiga—. Nosotras ya nos íbamos.

—Vale, ¿compartimos taxi esta noche?

—Sí, Katie estará aquí. Bajamos a tu casa cuando estemos listas, ¿de acuerdo?

—A sus órdenes. —Karl se llevó la mano a la frente, en un saludo militar.

Sonreí y negué con la cabeza, mientras pinchaba a mi madre y mi hermana para que avanzaran y dejaran de taladrarlo con la mirada. Me costó lograrlo, porque se habían atrincherado en su peldaño y todavía no habían acabado de analizar al detalle al supuesto novio de Katie, pero empujando un poco logré deshacer el tapón y ponerlas en movimiento.

Apenas habíamos bajado cinco escalones cuando mi madre, la persona que había hecho de la discreción su bandera, murmuró:

—Es guapo.

Su susurro, demasiado alto para ser un susurro en realidad, reverberó en las estrechas paredes del bloque y llegó directo a Karl, que aún no había alcanzado el descansillo del segundo piso. Antes de desaparecer de mi vista, pude verle sonreír vanidosamente y guiñarme un ojo.

φ φ φ

La tarde fue aún peor. Mi madre y Ashley se dedicaron a arrastrarme por todo Grafton Street, empujándome dentro de cada probador que se cruzó en nuestro camino con un montón de ropa que yo no había elegido. Tuve que probarme cosas auténticamente horribles solo porque «es distinto verlo colgado que puesto» y aguantar a dependientas estiradas, con uñas de manicura francesa y acento pijo, valorando mis pintas y prometiéndome que estaba «ideaaaal». No importaba que pareciera un cruce de Lady Gaga y una mendiga, que todo me quedaba «ideaaaal».

Al final me harté y tuve que recurrir a la digna y sofisticada estratagema de salir reptando de un probador para que mi madre y mi hermana no me vieran, y ocultarme detrás de maniquís y compradoras compulsivas hasta llegar a la puerta, mientras en mi mente se reproducía la banda sonora de *Tiburón*. Una vez fuera, respiré el aire puro de la libertad, le di una moneda a Jerry, el Dumbledore reggae que tocaba su peculiar guitarra de latón, y me dirigí a la siguiente tienda sin supervisión familiar.

Tuve que darme prisa, pero logré encontrar un par de vestidos negros que no estaban del todo mal, me los probé y me

decidí por uno que, si bien no me quedaba *ideaaaaaal*, tampoco me quedaba *fataaaaaal*. Lo pagué a toda velocidad, mirando con cautela por encima de mi hombro, como si estuviera utilizando una tarjeta robada.

Salí de la tienda, bolsa en mano y con expresión de triunfo, después de vencer a la adversidad. Mi sensación de autosuficiencia se esfumó con rapidez, porque al final habían logrado que me comprara algo para la cena de Peter; pero volvió con fuerza cuando me encontré con los rostros desconcertados de mi madre y mi hermana en plena calle.

—Eryn, ¿dónde te habías metido? —preguntó mi madre.

—Ya me he comprado un vestido. ¿Podemos irnos ya a casa? —supliqué.

Las dos me miraron como si las hubiera ofendido terriblemente por no haber pedido su aprobación (y sospechaban que tampoco la de la dependiente de la tienda en cuestión), pero no tuvieron más remedio que aguantarse. Disgustadas las tres, aunque por distintas razones, nos marchamos de allí.

φ φ φ

De todos modos, no por tener un vestido se habían terminado mis tribulaciones. Acababa de salir de la ducha cuando sonó de nuevo el timbre, y esta vez sí que eran Katie y Emmet, acompañados de Brady.

Katie estaba radiante, con un vestido azul que se ceñía a su cuerpo sin un gramo de grasa y el pelo sujeto en un bonito recogido que dejaba despejado su rostro. La había peinado Brady, que era peluquero y maquillador, como si Katie no fuera ya lo suficiente guapa. Este portaba un enorme maletín, parecido a la caja de

herramientas de un fontanero, y tenía una expresión de concentración máxima, como si estuviera preparado para alicatarme el rostro y dejarme irreconocible.

Intenté negarme. Primero, porque nunca me había gustado que otras personas me peinaran y maquillaran; y segundo, porque parecía que estábamos preparándonos para ir a la boda de Guillermo de Inglaterra, en lugar de a una simple cena para inaugurar una casa que en absoluto era un castillo medieval. Sin embargo, el maletín de herramientas del pequeño y esmirriado Brady era casi más grande que él, así que me sentiría muy culpable si me negaba a dejarle hacer, después de haberlo cargado cuatro pisos de escaleras (cosa con la que sin duda contaban mis diabólicos amigos). A nadie le sorprenderá saber que al final accedí.

Primero me hicieron probarme el vestido que me había comprado (información que no sabía cómo habían conseguido), para decidir qué tipo de peinado me convenía más y qué tonos de maquillaje usar. A Brady le pareció «acertado», pero Emmet opinó que era «muy sencillo» y Katie que «tenía poco escote y no era lo suficiente corto».

La ropa de una prostituta del Bronx tendría poco escote y no sería lo bastante corta para la ocasión, en opinión de mi mejor amiga, de modo que no le presté atención. Le rogué a Brady que me hiciera algo sencillo y, tras una hora y media con el cuello estirado y el cuerpo tieso, me dejaron mirarme a un espejo.

Me gustaría decir que me sorprendí de mi propio reflejo, como una de esas personas que se somete a un cambio radical de imagen en un programa de televisión y de pronto aparece transformada en una belleza ante los aplausos enloquecidos del

público. Pero lo cierto es que solo era yo, un poco más favorecida de lo normal, con un maquillaje discreto y unas bonitas ondas en el pelo.

Por fin todos los escollos habían sido salvados y, después de que Emmet introdujera subrepticamente en mi bolso algo que, sospechaba, eran preservativos, él y Brady se fueron con lágrimas en los ojos, como si me dejaran en el altar. Katie prometió escribirles cuando «al fin me enrollara con Peter» y los dos se marcharon, deseándome mucha suerte y haciéndome sentir cada vez más patética y con menos ganas de ir a la cena.

Pero ya eran casi las nueve, hora a la que teníamos que estar en su casa, así que saqué un par de botellas de champán de la nevera (que tuve serias tentaciones de vaciar antes de salir por la puerta) y bajamos a buscar a Karl. Para la ocasión, mi vecino llevaba una camisa blanca y unos vaqueros que no tenían ningún roto. Incluso se había peinado y afeitado, y olía a *aftershave*. Nos dijo que estábamos preciosas y nos invitó cortésmente a salir primero.

Por más sorprendente que resulte, no hubo ningún tipo de flirteo entre él y Katie de camino a casa de Peter, ni tampoco la típica incomodidad post-coito. Los dos charlaban con tranquilidad, como si nunca se hubieran visto desnudos. Comprendí que Katie y Karl eran demasiado parecidos para funcionar juntos. Un rollo de una noche era un rollo de una noche y después no había ninguna razón para no tener una buena amistad, pero tenían como norma no repetir el *affaire*, no fuera a ser que de alguna manera desconocida acabaran, Dios no lo quiera, manteniendo una especie de relación. Además, tenían cosas más importantes en qué pensar; como, por

ejemplo, maquinando la mejor manera de dejarnos a Peter y a mí en ridículo para que nos enrolláramos por pura desesperación.

En ese ambiente distendido, el taxi se detuvo delante de la nueva y flamante casa de Peter. Era de ladrillo, con la puerta pintada de azul y una adorable valla blanca en la entrada.

Al salir del vehículo, Karl nos tendió sus brazos con galanteo para que los tomáramos y subiéramos los escalones agarradas a él. Yo lo agradecí, porque me temblaban un poco las rodillas. No eran nervios por ver a Peter: era mi dignidad quejándose porque ya no podía sostenerme, y eso que la noche no había hecho más que empezar.

Ahí estaba yo, con un vestido que me habían obligado a comprarme, vestida y peinada por un profesional, para una simple cena de inauguración con un aceptable porcentaje de posibilidades de convertirse en una orgía. Todo el mundo estaba tan ilusionado con la idea de que podría pasar algo con Peter que parecía que temieran que fuera mi última oportunidad de ligar en esta vida, como si a las doce de la noche el hechizo mágico de todo lo que podía ofrecer como pareja se fuera a romper y yo pasara a ser una soltera decrepita y famélica de amor. Lo cual no resultaba muy halagador ni ayudaba a fortalecer mi autoestima.

Tenía ganas de huir de casa de Peter sin haber entrado.

Karl pareció notar mi estado de ánimo, porque se acercó a mi oído y murmuró:

—Así que... a tu madre le parezco guapo, ¿eh?

Le lancé una mirada asesina y él me correspondió con una sonrisa bribona.

—Aléjate de mi madre —le amenacé, pero en el fondo sabía que solo había bromeado para que me relajara un poco.

En ese momento, la puerta se abrió y preparé mi mejor sonrisa de situación para... nada, porque quien estaba bajo el dintel no era el propietario de la casa, sino Anna, la simpática amiga de Peter. Al vernos, forzó una sonrisa falsa. Llevaba un bonito vestido blanco ceñido a la cintura e iba subida en unas sandalias con tanto tacón que podría ver por encima de mí toda la noche.

—Veo que habéis llegado —fue su saludo. Ni siquiera se molestó en parecer amable; era evidente que le hubiera gustado que el taxi se hubiera extraviado y nos hubiera llevado hasta Limerick.

—Hola, Anna, gracias por invitarnos a la fiesta. Ah, no, que tú no vives aquí —replicó Karl con su mismo retintín; y, sin más, se adentró en la casa llevándonos a Katie y a mí con él, y obligando a Anna a quitarse de en medio para no ser arrollada.

Así que ahí estábamos, en el *hall* de la casa de Peter, sin Peter. No había ningún mueble en la entrada, pero se veía una parte de la sala de estar al fondo. Observé con aprobación que el suelo era de parqué. Suficiente para que Peter contara con las bendiciones de mi madre.

—¿Y Peter? —preguntó Karl.

—Está ocupado —respondió Anna, con una sonrisilla antipática—. Podéis esperar en el...

—Estoy aquí.

Peter apareció de pronto por una puerta a la derecha, secándose las manos con el delantal que tenía atado a la cintura. Llevaba recogidas las mangas de su camisa negra a la altura del

codo. Sin duda estaba dándole los últimos retoques a la cena. El pelo oscuro le caía sobre la cara, y se lo apartó de un soplo mientras se acercaba para saludarnos, sonriente.

Estoy segura de que puse la misma expresión bobalicona y feliz al verle que Dug, el perro protagonista de *Up*. Tuve que ordenarle severamente a mis músculos faciales que se contrajeran y adoptaran una expresión de dignidad y elegancia. Ellos me respondieron que no sabían lo que era eso, de manera que me conformé con intentar poner cara de no ser idiota.

Primero saludó a Katie; le dio las gracias por venir y por la bandeja de pastelitos de la confitería de su madre que había traído como postre. Luego le dio una palmada en el hombro a Karl con su mano libre (en la otra llevaba la bandeja de dulces) y, por último, se acercó a mí y me besó en la mejilla. Fue un beso corto y, cuando se apartó, en absoluto continué un par de segundos más de lo debido con el rostro alzado hacia él.

—Veo que has traído provisiones. —Me guiñó un ojo al ver las botellas de champán que estaba sosteniendo.

—No he olvidado nuestra conspiración.

—Peter, se te va a quemar la comida —intervino Anna, con tono seco.

—Es verdad. Eryn, ¿me acompañas a la cocina? Será mejor que pongamos en hielo esas botellas.

De algún modo, me las apañé para sonar natural cuando murmuré un «claro» y le seguí, ante la mirada asesina de Anna.

La cocina era pequeña pero acogedora, y el horno despedía un agradable aroma a carne asada. Sobre la encimera barnizada

había una fuente de cristal llena de bombas de patata y al lado una bandeja con ensalada.

—Tiene muy buena pinta —comenté, mientras Peter sacaba una cubitera llena de hielos de la nevera—. Pero espero que no sea jamón asado calcinado, porque debo decirte que Karl me contó esa historia en el taxi...

Peter me obsequió con su sensual sonrisa asimétrica, al tiempo que me quitaba con suavidad las botellas de champán de las manos.

—Es estofado de ternera con cerveza y no está calcinado, al menos de momento. Me pareció buena idea introducir alcohol literalmente en la comida, Karl siempre se come tres platos. Incluso se comió tres platos del jamón quemado, así que...

—Oh, en ese caso rellenaré el plato de Katie cuando no mire. Y su copa, claro.

En ese momento, Anna irrumpió en la cocina, andando como un velociraptor debido a la altura de sus tacones.

—Peter, querido, Art y Brianna acaban de llegar. Karl y Kathryn están en el comedor con Tim y Eric. Ya estamos todos.

—Es Katie —la corregí. Yo no solía ser tan repelente, pero tenía la sensación de que Anna había cambiado el nombre de Katie de manera intencionada.

Ella ni se dignó a mirarme y fingió que yo nunca había hablado.

—¿Te ayudamos a llevar algo? —prosiguió, en tono servicial. Me había incluido en la invitación, sin duda para sacarme de la cocina.

—Sí, por favor; id llevando la comida.

Anna se adelantó para coger la bandeja de ensalada que había al lado de Peter y le sonrió antes de dirigirse a la puerta, junto a la cual me esperó para asegurarse de que no me quedara a solas con él. La situación me parecía muy ridícula, pero reconozco que la actitud de Anna comenzaba a resultarme bastante molesta.

Las dos salimos de la cocina con una fuente cargada de comida. Ella me miró por encima del hombro desde sus andamios y yo, con la ventaja que me daba llevar unos tacones siete centímetros más bajos, apreté el paso y la dejé atrás. Eso habría sido un buen desplante por mi parte si de hecho conociera la casa; pero afortunadamente el comedor estaba al fondo del pasillo, junto a las escaleras que daban a la planta de arriba, así que no había mucha pérdida. Giré a la derecha y me encontré en el salón-comedor lleno de gente.

Había una joven pareja sentada en un sofá, charlando con Karl. El hombre tenía el pelo castaño y cara de bonachón, y ella era pelirroja, pecosa y delgada como un espagueti. Katie estaba sentada en el sofá de enfrente con una sonrisa impaciente, franqueada por dos tipos con pinta de *raritos*. No era algo físico (uno era canoso, el otro calvo, y en sus rasgos no había nada reseñable), sino más bien algo relacionado con su postura o su expresión ansiosa. Me recordaron al Doctor Doofenshmirtz de *Phineas y Ferb*, como si pasaran mucho tiempo en un laboratorio diseñando artefactos malvados. Miraban a Katie como si fuera su musa y ella parecía estar a dos frases de mandarlos a paseo. Mi amiga ignoraba las normas sociales que no le interesaban, como la de ser políticamente correcta con tu interlocutor a pesar de que te estuviera aburriendo.

Por suerte, Peter apareció treinta segundos después e hizo las correspondientes presentaciones. Por lo visto, Art era un viejo amigo de Karl y Peter, y Brianna era su esposa. Los dos tipos que acosaban a Katie eran Tim y Joe, compañeros del trabajo. Joe parecía apellidarse El De La Fotocopiadora, y Tim era diseñador como Peter. Estaba segura de que uno de los dos era el que le había ofrecido su colección de revistas porno, pero no recordaba cuál. Ambos tenían aspecto de ser capaces de hacer algo así.

Después de eso, nos sentamos a la mesa del comedor, cubierta por un hermoso mantel con motivos celtas que, según Peter, había cosido su abuela Coleen. Él se ubicó en una cabecera y Anna en la otra, tras una breve lucha con Karl por el disputado sitio que esta ganó con la ayuda de un culazo. Yo estaba junto a Katie y tenía a mi izquierda a Joe El De La Fotocopiadora. Cada vez estaba más segura de que era el del arsenal de revistas porno.

Karl dio el pistoletazo de salida tras probar el estofado y asegurar que no estaba nada quemado, y después mantuvimos la típica conversación de presentación. Brianna nos preguntó a Katie y a mí a qué nos dedicábamos. Yo dije que era formadora en una empresa de telecomunicaciones y Katie, que era actriz.

—Y están solteras —añadió Anna, sin venir a cuento.

En un primer momento, no comprendí por qué había aportado esa información, pero luego vi que sonreía con complicidad a Tim y a Joe. Katie también se dio cuenta y pinchó un pedacito de carne con demasiada fuerza.

—Eso es, solteras y sin compromiso, como tú —replicó. Su sueño era ser actriz, pero disimulaba sus sentimientos aún peor que yo. Su sonrisa era casi tan afilada como la mirada asesina que le

dedicó a Anna, por no hablar del tono envenenado de su contestación.

Karl se cuidó bien de que todos oyéramos su risilla burlona y la pobre Brianna puso cara de confusión. Peter parecía desconcertado y Tim y Joe sencillamente felices por el número de féminas solteras presentes. Tocaban a mujer y media.

Por su parte, Art estaba tan ocupado dando buena cuenta de las bombas de patata que no parecía ni haber escuchado la conversación.

—Peter, tío, esto está buenísimo —dijo, con los carillos llenos de estofado.

Nunca hubiera imaginado que Art fuese todo un cocinero, pero el hecho fue que le pidió a Peter la receta para probar a hacerlo él también. Eso relajó un poco el ambiente, y la conversación se dirigió sobre todo al tema de la mudanza, cómo había encontrado esa casa, si tenía vecinas guapas (Karl) y cosas por el estilo. Anna respondía por Peter a algunas preguntas, como si hubiesen comprado la casa juntos. Todo en ella, desde el lugar de la mesa en que se había sentado a su manera de invitarnos a repetir plato (bueno, de invitar al resto, porque fingía que Katie y yo no existíamos), dejaba a las claras que se creía tan dueña de esa casa como Peter. Era como si estuviera convencida de que pronto se iría a vivir con él.

Peter, demostrando su perspicacia, no se enteraba de nada, o si lo hacía, le daba igual. A lo mejor Anna se estaba comportando como si fuera su pareja porque de hecho lo era. Pero ¿no me lo habría contado Peter? Bueno, no tenía por qué. Quien sí me lo hubiera dicho habría sido Karl, y lo más probable era que hubiera

llorado con amargura en mi hombro mientras lo hacía. Así que, si mi vecino no había comentado nada al respecto, significaba que no estaban juntos. Solo que Anna no parecía saberlo.

Un rato después, Karl, Peter y Art empezaron a recordar anécdotas de sus años locos, como aquella vez que se encontraron un carrito de la compra cerca del Temple Bar y empujaron a Art dentro por la acera, haciendo que la gente se apartara a su paso hasta que, accidentalmente, atropellaron a un policía. Pasaron la noche en el calabozo, hasta que la pobre Maureen pagó la fianza, porque los padres de Art y Karl se enfadaron tanto que se negaron a hacerlo.

Cuando me di cuenta, la comida se había acabado y había unas cuantas botellas vacías repartidas por la mesa. Me lo estaba pasando bien: no se habían requerido mis servicios de bufón y nadie había empezado a quitarse la ropa, así que después de todo quizás se tratara de una simple cena de inauguración.

Una vez hubimos dado buena cuenta de los pastelitos de Maud, la madre de Katie, Peter se puso en pie con una de mis botellas de champán descorchada en la mano y anunció el plato fuerte.

—Y ahora, después de haberos cebado y emborrachado, ha llegado el momento que habíais estado esperando. ¡El *SingStar*... de ABBA!

Brianna aplaudió contenta, y la mayoría nos echamos a reír ante su trampa.

—No es Tom Jones, pero supongo que servirá, ¿verdad, Anna? —Karl le guiñó un ojo y ella puso una mueca de desagrado.

Todos nos movimos a los sofás blancos. Como no cabíamos los nueve, Peter y Art trajeron algunas sillas de la mesa del comedor y nos arracimamos en torno al televisor. De nuevo acabé sentada al lado de Joe El De La Fotocopiadora y su escalofriante sonrisa. Apenas había hablado durante la cena, pero cada vez que lo miraba de reojo, lo encontraba observándome con esa expresión entre risueña y ansiosa. Quizás pecara de prejuiciosa, pero cuando nuestros ojos se encontraban, pensaba en su colección de revistas porno y me daban escalofríos.

Katie, por su parte, sufría la misma suerte con Tim El Raro, que se había colocado a su lado y le estaba diciendo algo que, a juzgar por la cara de mi amiga, le importaba un rábano. Al menos Tim El Raro hablaba; Joe El De La Fotocopiadora solo sonreía.

Anna se hizo sitio a presión entre Peter y Karl, con la táctica de meter el culo a la fuerza entre ellos. Como Karl no se lo puso fácil, Anna tuvo que empujar tanto que casi tira a Peter del sofá. Le sonrió a modo de disculpa, pero él se levantó para enchufar los micrófonos a la videoconsola y, cuando volvió a sentarse, lo hizo en el reposabrazos que había a mi lado. Extendió el brazo por la parte alta del sofá, de tal manera que si echaba la cabeza un poco hacia atrás podía apoyarme en él. Cuando me giré para mirarlo, escapando de La Sonrisa de Joe, mi pelo maravillosamente moldeado por Brady le rozó el antebrazo. Peter me sonrió, no de una manera espeluznante como su amigo, sino cálida.

—Hoy no te libras del dueto. Quise alquilar algún *SingStar* de Michael Jackson para hacer nuestra versión de *Billie Jean*, pero solo encontré el de ABBA.

Me sorprendió que recordara cómo habíamos hecho el ridículo aquel día en la discoteca-karaoke imitando a Michael Jackson. Yo solo tenía recuerdos etílicos de esa parte de la noche.

—No te preocupes, siempre podemos cantar *Dancing Queen*, pero no creo estar lo suficiente borracha para bailarla también.

—Eso tiene arreglo.

Peter me tendió su copa de champán, que aún no había probado, y yo la tomé, aunque ni siquiera me gustaba el champán (a pesar de haberlo traído yo misma). Nuestros dedos se rozaron sobre el fino cuello de la copa, y no sentí un chispazo ni un calambre, pero sí muchas ganas de besarle.

—Bueno, ¿empezamos? —Esa era Anna, rompiendo el momento.

—Ya que estás tan impaciente, ¿qué te parece si empiezas tú? Con Tim —dijo Katie, y empujó al susodicho hacia la «pista de baile» que había quedado entre los sofás, las sillas y el televisor de tamaño modesto.

Anna se puso en pie con expresión ofendida, cogió un micrófono, le arrojó a Tim el otro con fuerza suficiente para noquearlo si él no lo hubiera atrapado en el último momento. Luego le dijo a Peter, que tenía el mando que controlaba el menú en la mano, la canción que quería.

—*Mamma mia* —declaró, y me lanzó una mirada que decía: «Prepárate».

Estaba marcando su territorio, y algo en su actitud prepotente me molestó tanto que me llevé una mano al pecho con fingida emoción y gesticulé un «oh» irónico para ella. Oí a Karl reírse, pero no le presté atención, concentrada como estaba en el duelo de

miradas. Tim estaba en medio, pero ninguna de las dos le hacíamos caso.

En ese momento, los primeros acordes de la canción empezaron a sonar. Tim demostró no tener ni idea de la letra, así que trataba de compensarlo balanceándose de un lado a otro con la música. A él le tocaba cantar el verso *«I've been angry and sad about things that you do»*, pero Anna se lo saltó a la torera y lo cantó ella también, mirándome fijamente. Su voz aguda y chirriante se elevó sobre la grave y torpe de Tim, torturando los tímpanos de los presentes.

Lo peor era que Anna estaba tan metida en el papel que no solo movía las caderas al ritmo de la música, sino que nos señalaba a Peter y a mí, dedicándonos la canción como si fuera una mujer desechada en lo alto de un escenario.

Yes, I've been a broken hearted, blue since the day you parted

(«Sí, he tenido el corazón roto, triste desde el día en que partiste»)

Anna entonó ese verso con gesto dramático, extendió una mano hacia Peter, después la cerró en puño y se la llevó al pecho, como si él le hubiera roto el corazón. Fue en ese punto en el que empecé a pensar que Anna estaba bastante borracha, porque no había otra explicación a que **estuviera dando** tal espectáculo. Esta vez hasta Peter **lo estaba notando**, y su cara de incompreensión disipó cualquier duda que pudiera quedarme de que tuviera algo con ella.

Las risillas de Karl de fondo y el hecho de que me guiñara el ojo descaradamente me hicieron pensar que había estado

rellenándole el vaso a Anna durante la cena, o bien que le había puesto droga en la bebida. Ambas opciones me parecían igual de probables.

Por suerte para todos, la canción llegó a su fin. Tim ganó el duelo a pesar de no tener ni puñetera idea de la letra. Había terminado por cantar un «oooooooooooooh» con el micrófono pegado a los labios, lo que resultó ser la técnica más efectiva para ganar puntos. Anna, como no le había hecho ni caso a las reglas del juego, no se había molestado en respetar el tono de la canción y su voz era bastante más aguda que la de Agnetha Fältskog, apenas había puntuado.

Brianna se levantó con prisas y le arrancó el micrófono de las manos a Anna, invitándola con delicadeza a tomar asiento. La pobre tenía cara de haberse sentido un poco incómoda con el numerito. Tal vez fuera amiga de Anna y se compadeciera de ella. Fuese como fuese, mi archienemiga se sentó en su sitio y Karl se tapó un poco la boca para reírse de ella, lo que fue correspondido con una mirada venenosa.

Art acompañó a su esposa y cantaron *Money, Money* con bastante acierto (por lo menos se sabían la letra y no desafinaban demasiado). Después Karl cantó con Joe El De La Fotocopiadora *Does your mother know?* y se dedicó a imitar los movimientos de los componentes de ABBA en el videoclip que aparecía bajo la letra, así que todos pasamos un rato gracioso riéndonos y meneándonos en nuestros asientos.

Luego, Katie se puso en pie, me cogió de la mano y pidió los micrófonos. Por supuesto, no podía escoger otra canción que *Gimme! Gimme! Gimme! (A man after midnight)*, que siempre

sonaba en el coche de Emmet y que nos encantaba cantar a gritos cuando íbamos a cualquier parte. Yo no estaba borracha, pero sí lo bastante alegre para sentirme desinhibida y, bueno, teniendo en cuenta los amigos y familia que me habían tocado, de haber tenido mucho sentido del ridículo habría acabado internada en un psiquiátrico a esas alturas de mi vida. Así que nos dedicamos a hacer el ganso como si estuviéramos solas en el salón de nuestra casa.

—*¡Gimme, gimme, gimme a man after midnight!* —
entonábamos.

Yo no cantaba del todo mal, pero era incapaz de emular el tono de voz de las cantantes, y Katie ni siquiera lo intentaba. Nos limitamos a imitar el baile de Madonna, dando saltos y chillando el estribillo abrazadas. Entre el revoltijo de pies, patas de sillas y la alfombra, tropezamos varias veces y estuvimos a punto de caernos, pero nosotras seguimos dándolo todo con tantas ganas que nuestro público comenzó a corearnos con palmas.

Para la parte final de la canción, Katie había sacado a Brianna con nosotras y las tres nos arracimamos en torno a los dos micrófonos para gritar que queríamos un hombre a medianoche, ante la mirada censuradora de Art. Por desgracia, la canción terminó y volvimos a nuestros sitios entre aplausos.

Joe me sonrió aún más, como si se ofreciera a ser mi hombre a medianoche, y yo me alejé con disimulo de él, de tal manera que acabé con la cabeza apoyada en el hombro de Peter. Le miré y probablemente había tal súplica de auxilio en mi rostro que Peter bajó el brazo de la espalda del sofá y me rodeó con él, deslizando su mano arriba y abajo por la piel desnuda de mi antebrazo.

Anna se levantó en ese momento como si tuviera un resorte en el trasero y le tendió las manos a Peter.

—Eres el anfitrión y aún no has cantado, no puede ser. Vamos, vamos, no te escaquees.

Y, sin más, lo arrancó de mi lado, dejándome sola. Fue como subir a lo más alto de una montaña rusa, lanzarme y darme un golpe contra el suelo al final del trayecto. Igual de rápido y excitante, y con un final igual de doloroso.

Anna me lanzó una mirada de triunfo, tomando el mando que Peter había dejado libre y escogiendo la canción. *Voulez-vous*.

Sus insinuaciones hacia Peter eran tan sutiles como arrancarse la ropa y tirarse encima de él. Podría haberla mirado por encima del hombro, digna y orgullosa, pero lo cierto era que me estaba hartando. Llevaba toda la noche lanzándome pullas e indirectas, y además había arruinado El Momento.

Katie y yo intercambiamos una mirada de indignación, mientras la canción comenzaba a sonar. Por suerte, la interpretación no fue muy lucida, porque Peter solo se sabía el «*Voulez-vous, ah-ha*» y su sentido del ritmo era aún peor que el mío, así que cantaba cinco segundos después de que hubiera aparecido la letra. Anna, metida en su papel, le daba un caderazo con cada ‘ah-ha’ y lo miraba cuando cantaba los versos más insinuadores. Pero Peter estaba tan concentrado en leer su parte de la letra que las tentativas de la rubia no tuvieron demasiado éxito.

Cuando acabó la canción, Peter volvió a sentarse en el reposabrazos de mi sofá y me miró con expresión de disculpa.

—Dios mío, he estado horrible —declaró.

—No... —Intenté mentir, pero Peter arqueó una ceja y un mechón de pelo le cayó sobre el rostro, desconcentrándome; y yo necesitaba concentración para poder mentir de manera convincente —. Bueno, sí, vale, has estado horrible. Por suerte para mí, no hay concurso de *Cantante más patético*.

—Deberíamos inventarlo —me propuso él, divertido—. Ahí te daría una paliza.

Nos sonreímos, quizás un instante más de lo debido, pero entonces Joe y Tim salieron a cantar *Super trouper* y les prestamos atención. Cantaban y se movían con la misma gracia que mi padre. Anna se ausentó unos diez minutos y cuando regresó parecía satisfecha y maliciosa, a juzgar por la mirada que me lanzó, como de gato que ha atrapado un ratón.

Me pregunté qué tramaba, pero Peter me cogió de la mano de improviso y se me olvidó todo.

—Ha llegado el momento del duelo definitivo. Tú y yo, *Dancing Queen*.

Asentí, aceptando el duelo, y nos levantamos del sofá para coger los micrófonos.

—Prepárate para morder el polvo, Sheenan.

—Tú primero, Donovan.

No teníamos futuro como dúo artístico, porque entre que nos inventábamos la letra cada poco y que centrábamos nuestras energías en bailar como idiotas ante nuestro público, lo más probable es que fuésemos el dueto que menos puntos consiguió. Fue como si estuviésemos de nuevo en aquel antro al que Karl nos llevó, solos entre la multitud. Peter bailaba al estilo de John Travolta en *Fiebre de sábado noche* al son de *Night Fever*, y yo era la viva

imagen de Mónica y Rachel de *Friends* bailando *Funky Town*. La mitad del tiempo nos reíamos de nuestra propia ridiculez, así que no fuimos capaces de cantar más que algún verso a destiempo.

Sin embargo, cuando la canción acabó, todos nos aplaudieron con ganas y Peter y yo nos sentamos, lanzando besos y dando las gracias como grandes divos de la música.

A continuación cantaron Karl y Art (*Waterloo*), y Katie y Brianna nos deleitaron con *Chiquitita*. Se estaban acabando las canciones y la gente ya empezaba a sugerir cambiar de actividad y jugar a las películas o algo por el estilo, cuando Anna se puso en pie, cogió los micros y se plantó delante de mí.

—Una última canción. *The winner takes it all*. ¿Te atreves, Eryn?

Lo dijo con el mismo tono con el que el secundario de turno llamaba gallina a Marty McFly en *Regreso al Futuro*. A mí me correspondía ponerme en pie ofendida y decir: «¿Gallina? ¿Me has llamado gallina?»; pero en su lugar tomé el micrófono que me ofrecía y me levanté sin decir nada, preparada para un duelo mortal.

Por fin nos veíamos las caras, Anna y yo. Casi me sentía en el Oeste, cuando los duelistas se encuentran en un punto intermedio antes de dar veinte pasos en direcciones opuestas. Me extrañó que no pasaran plantas rodadoras al nuestro alrededor mientras alguna mujer con sombrero comenzaba a sollozar.

The winner takes it all empezó a sonar y Agnetha apareció en la pantalla con su traje rojo y su aire melancólico. Anna comenzó a cantar:

*I've played all my cards and that's what you've done too.
Nothing more to say, no more ace to play*

(«He jugado todas mis cartas y tú también lo has hecho. No queda más que hacer, no hay más ases que jugar»)

Cuando me llegó el turno, yo contraataqué.

The winner takes it all, the loser standing small besides the victory, that's her destiny

(«La ganadora se lo lleva todo, la perdedora empequeñece junto a la victoria. Ese es su destino»)

Cantábamos cara a cara, sin mirar ni de reojo el televisor, porque las dos nos sabíamos la letra. A ninguna nos importaba conseguir puntos, el duelo real no estaba en recibir una calificación de «promesa» o «artista» en un juego de karaoke alquilado, sino en derrotar a la otra. Para ello me esforcé en cantar lo mejor que pude, lo cual por el simple contraste con Anna no fue demasiado difícil.

Karl y Katie me lanzaban vítores poco disimulados: «Vamos, Eryn, demuéstrole quién manda» (Karl) o «Machácala» (Katie). Por su parte, Tim y Joe tenían cara de felicidad extrema, como si estuvieran viendo una pelea en barro en directo, pero nosotras no les prestamos ninguna atención. Nos sostuvimos la mirada durante toda la canción, incluso después de cantar juntas el último «*The winner takes it aaaall*». Dimos tal espectáculo que se hizo el silencio durante unos segundos. Gracias a eso oímos el sonido del timbre.

Peter se levantó extrañado, rompiendo el momento de tensión. No esperaba a nadie más.

Se dirigió hacia la puerta acompañado de Karl, dejándonos al resto en el salón.

Anna se sentó en su sitio con una expresión de satisfacción perversa que no era por haber ganado el duelo (cosa que por supuesto no había hecho), sino por alguna otra cosa que me

produjo un muy mal presentimiento. Todos nos quedamos callados, como si percibiéramos que algo malo se avecinaba. Pasados unos veinte segundos, Karl reapareció con pinta de estar bastante enfadado.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —le preguntó Brianna, poniéndonos voz a todos.

—Aideen —escupió él.

Aideen, la ex novia de Peter.

Todos miramos automáticamente a Anna.

Ella se limitó a sonreír.

Capítulo 10: El segundo plato

Nadie habló durante unos largos y tensos segundos. Yo me sentía repentinamente agotada, como si la efervescencia del champán que había bebido se hubiera apagado en mis venas.

Aideen, la famosa ex novia de Peter que le partió el corazón, estaba en la casa.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Brianna, preocupada, y Art le pasó un brazo por los hombros en un intento de confortarla.

—Pregúntaselo a Anna —acusó Karl, señalándola con un dedo.

—No sé de qué estás hablando.

La aludida cruzó las piernas y se recostó en el sofá con tranquilidad, como si la cosa no fuera con ella.

Pero todos sabíamos que iba con ella.

—¿Me estás diciendo que Aideen averiguó por sí sola la nueva dirección de Peter y decidió visitarle, casualmente, la misma noche de la cena de inauguración? —replicó Karl con aspereza. Tenía el ceño tan fruncido que sus espesas cejas parecían puñales clavándosele en los párpados—. Ni tú serías tan idiota como para pensar que nos lo creeríamos.

En respuesta, Anna se puso en pie como impulsada por un resorte, masculló algo sobre salir a tomar el aire y desapareció por la puerta acristalada que había al fondo del salón, junto a las escaleras de caracol. Después de eso, el silencio cayó sobre nosotros como una sábana húmeda. La tensión podía cortarse con cada respiración y la incomodidad era evidente en todos los rostros. Nos mirábamos los unos a los otros, sin saber qué hacer.

Entonces Katie se sentó junto a mí y me rodeó con un brazo, dándome suaves palmaditas en el hombro, confortándome como si mi cita para el baile de graduación me hubiera dado plantón para irse con la reina del instituto. Aquello era ridículo. Yo también quería salir de allí.

—¿Dónde está el baño? —pregunté, poniéndome en pie.

—En el pasillo, frente a la cocina —me respondió Karl.

Su voz sonó mucho más dulce que cuando se había dirigido a Anna. Por lo visto él también sentía compasión por mí. O tal vez ese fuera su tono para dar malas noticias, ya que el aseo estaba junto a la entrada, donde se encontraban Peter y Aideen. De pronto, lo de irme al servicio me pareció una idea horrible, pero no podía volver a sentarme, porque resultaría demasiado evidente que no quería ver a la pareja.

En realidad, lo que deseaba era marcharme de allí, pero Peter estaba taponando la única salida que conocía, de modo que no me quedaba más remedio que resignarme a pasar los próximos cinco meses de mi vida encerrada en el baño. Respiré hondo y, evitando las miradas de todos, me encaminé hacia el servicio lo más sigilosamente que pude. No tuve mucho éxito, porque mis tacones retumbaban sobre el suelo de parqué con más fuerza que los tambores orcos en las Minas de Moria.

En cuanto me asomé al pasillo, no pude impedir que mi mirada se deslizara hacia la puerta de entrada. Peter estaba allí, junto a una joven rubia y bajita. Él tenía los brazos cruzados y el cuerpo rígido, y ella se inclinaba hacia él, aferrándose a su muñeca. Todavía no se habían percatado de mi presencia, así que intenté en

vano fusionarme con las blancas paredes del corredor o descubrir los misterios de la combustión espontánea.

No quería observarlos, en parte por darles intimidad, en parte porque prefería no ponerle cara a la famosa Aideen; pero al mismo tiempo era incapaz de evitar que mis ojos se volvieran hacia ellos con una curiosidad morbosa y autodestructiva. Como sospechaba, Aideen era preciosa. Parecía una muñequita. Pequeña, con las curvas indicadas y un rostro angelical, de ojos azules y boca dulce, enmarcado por una bonita melena rubia a la altura de los hombros. Tenía esa pinta de niña a la que cuando hace un puchero nadie puede negarle nada. A su lado, me sentí enorme, torpe y absurda, con mi vestido comprado a escondidas de mi madre y mi hermana y mi pelo moldeado por un profesional.

Estaba en el punto álgido de las comparaciones odiosas, cuando escucharon mis pasos y se giraron hacia mí.

Sentí cómo el corazón se me subía a la garganta cuando vi la mirada de Peter y me pareció encontrar una muda disculpa en sus ojos, pero no me permití recrearme en ello. De hecho, me lancé dentro del baño, cerré y corrí el pestillo a toda prisa, como si me persiguiera un asesino en serie.

Me sentía tan violenta, tan estúpida, que se me llenaron los ojos de lágrimas, lo que me frustró todavía más. Intenté pensar en otra cosa y me dediqué a observar la cenefa azul de los azulejos del baño y la alfombra del mismo color que había a los pies del lavabo. La decoración era bonita y de buen gusto, pero no lo suficiente para distraerme. Creo que ni un martillazo en la cabeza hubiera logrado hacerlo. Todo lo que la aceptable cantidad de alcohol que había

bebido me había animado estaba haciéndome el efecto bumerán. De la alegría más intensa al bajón más profundo.

Ahí estaba, encerrada en el baño de la nueva casa del chico que me gustaba y que todos mis amigos y familia pensaban que me ligaría, mientras él hablaba con la ex novia que le había dejado y de la que sin duda todavía seguía enamorado. Por un momento, fue como volver a ser la Eryn universitaria, escondida en el baño de un pub después de ver a Henry y Tara juntos de nuevo. Era algo demasiado familiar, una situación que me había jurado a mí misma no permitir que se repitiera; y, sin embargo, volvía a encontrarme en las mismas.

Era evidente que no había aprendido nada.

Traté de convencerme de que la situación no era exactamente igual, pero no sirvió de mucho. Si Aideen se había presentado en casa de Peter, era obvio que quería volver con él. Eso era algo que encontraba muy razonable. Habría comprendido que fue una auténtica descerebrada al dejar escapar a alguien como Peter, porque no era fácil encontrar a un hombre que, además de bueno, guapo y divertido, no fuera gay, con un miedo patológico al compromiso o la edad mental de un niño de siete años. Había vuelto a por él.

Y yo ahí, a metro y medio de una inminente reconciliación. ¿Se podía ser más triste? Había ganado en una sola noche las cinco ediciones venideras del concurso de *La vida más patética*.

Miré mi reloj. Debía de llevar al menos diez minutos en el baño. Katie estaría preguntándose si me habría arrojado por el retrete y tirado de la cadena. Y, de todos modos, permanecer más tiempo allí por pocas ganas que tuviera de salir y enfrentarme a las

miradas compasivas de todos, sería sospechoso. Así que, haciendo de tripas corazón, me arreglé un poco el pelo, me alisé el vestido y abrí la puerta del baño lo más silenciosamente que pude.

Para mi sorpresa, Peter y Aideen ya no estaban en el *hall* y la puerta de la casa estaba cerrada. Sin duda, eso significaba que los dos estarían en el salón con los demás. O quizás hubiesen subido a la habitación de Peter a celebrar su reconciliación.

Necesitaba irme a mi casa. Solo podía pensar en largarme y lamirme las heridas en la soledad de mi cama, arropada por mi edredón nórdico y *Someone like you* de Adele de fondo. Mi abrigo y mi bolso estaban en el perchero de madera que había junto a la puerta. Podría cogerlos y desaparecer sin que nadie lo notara. Pero había ido con Katie y Karl, y no podía marcharme sin avisar. Brianna y Art me habían caído muy bien y quería despedirme de ellos. Y Tim el Raro y Joe El De La Fotocopiadora... bueno, pensándolo bien, a ellos sí que podría dejarlos sin decir adiós.

Como persona adulta y madura que era, hasta que se demostrara lo contrario, regresé al salón, preparando mi mejor cara de indiferencia por si Peter y Aideen estaban allí dándose el lote sobre un sofá.

Pero, cuando llegué a la estancia, no había rastro de la recién llegada. En cambio, Peter había vuelto. Tenía una botella de champán abierta en una mano, mientras que con la otra manipulaba los controles de su minicadena para poner música. Quizás fueran imaginaciones mías, pero me daba la impresión de que pulsaba los botones con rabia, como si quisiera hundirlos hasta lo más hondo del aparato.

Anna había regresado al salón y estaba sentada en una silla, sola, un poco apartada de los demás. El resto parecían sentirse muy incómodos, a juzgar por sus posturas y sus expresiones. Excepto Joe El De La Fotocopiadora. Él seguía sonriendo, sobre todo ahora que yo había vuelto.

Katie, Karl y yo intercambiamos una mirada tensa.

Iba a ser una noche muy larga.

φ φ φ

Peter cerró la puerta acristalada del jardín con más ímpetu del necesario. No había sido su intención dar un portazo, pero no había controlado bien su fuerza.

Había bebido bastante champán, aunque no demasiado; aún no había caído en la inconsciencia. Respirando el fresco aire de la noche primaveral dublinesa, se sentó en una de las sillas de plástico que había puesto en el jardín.

No había escogido esa casa por el precio, ni por la situación, ni siquiera por la distribución interior. La escogió por el jardín. Era corto pero ancho, delimitado por vallas de madera blanca cuyas tablillas formaban docenas de pequeños rombos. No le daba la intimidad suficiente para tomar el sol desnudo, pero Irlanda no era un país donde uno pudiera broncearse, así que le parecían perfectas. El suelo estaba cubierto de césped y al fondo había unos parterres de flores vacíos, que su madre había prometido llenar con esquejes de algunas de las plantas que la abuela Coleen cultivaba en su jardín.

La única aportación de Peter hasta la fecha había consistido en una mesa y unas sillas de plástico, que le habían parecido

idóneas para sentarse a tomar unas cervezas con Karl en las noches de verano.

Sin embargo, su primer acto social en esa casa se había tornado en un desastre. Aideen se había presentado allí después de meses sin verla y sin hablar con ella. Peter no había necesitado presenciar las miradas furiosas que Karl y Anna intercambiaron en el salón para imaginar lo que había sucedido. Tampoco había necesitado que Aideen se lo confirmara, porque, si no conocía su nueva dirección, la única explicación posible era que Anna se la hubiera dado.

Encontrarse de nuevo con ella había sido extraño. Dado que no habían hablado desde que Aideen le dijo que quería dejarlo, Peter se había hecho a la absurda idea de que nunca volvería a verla. En cierto modo, eso le ofrecía consuelo: olvidarla sería más fácil de esa manera.

Por supuesto que seguía sabiendo de ella a través de Anna o de sus amigos en común, pero cada vez menos. Ahora que Aideen estaba saliendo con otra persona, todos evitaban el tema, porque era incómodo para ambas partes. Ella se estaba convirtiendo en un tabú, lo que reforzaba la sensación de que los años que habían pasado juntos habían sido solo un sueño demasiado largo y real.

De cualquier modo, lo cierto era que había descubierto que aún no estaba preparado para verla. Lo averiguó cuando abrió la puerta y la encontró allí, en la entrada de su casa, como si el tiempo no hubiera cambiado nada, solo el escenario. Además de sorpresa, sintió dolor. Fue casi como si le hubieran arrancado la piel, dejándolo en carne viva (otra vez). Y una parte de él no pudo evitar

preguntarse si la aparición de Aideen significaba que quería retomar su relación.

Había fantaseado mucho con la idea durante las primeras semanas que siguieron a la ruptura; pero, desde que Anna le contó que tenía una nueva pareja, todas sus esperanzas habían muerto. Aceptó el hecho de que nunca volverían a estar juntos y tuvo que aprender a vivir con ello. De modo que, si efectivamente Aideen pretendiera retomar su relación, Peter no tenía ni idea de qué le respondería.

—¿Qué haces aquí? —le había preguntado, con una brusquedad que no fue intencionada.

Aideen le había contemplado durante unos segundos, sin contestar. Luego había mirado a Karl, pidiéndole sin palabras que los dejara a solas. Refunfuñando por lo bajo, y solo después de que Peter asintiera con la cabeza, su mejor amigo se fue.

—¿No vas a invitarme a entrar? —inquirió ella con suavidad.

Peter se hizo a un lado y la dejó pasar al *hall*, pero no se movió de allí. Ni siquiera cerró la puerta. Todavía estaba demasiado impactado por su aparición, pero tenía claro que no quería que Aideen se quedara en la fiesta. No estaba seguro de estar preparado para soportar una sobreexposición a ella (y por sobreexposición se refería a todo contacto que durara más de cinco minutos).

—Quizás venir no ha sido una buena idea, después de todo —murmuró ella, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

Peter no contestó. Aún no sabía cómo reaccionar. Era como si lo hubieran sacado de su elemento: un pez fuera del agua que no

sabía si colear con todas sus fuerzas hasta volver a su hogar o tan solo quedarse quieto y dejarse morir ahí fuera.

—Anna pensó que te alegrarías de verme —continuó Aideen, con la vista fija en el suelo y las manos guardadas en los bolsillos, como hacía siempre que se ponía nerviosa—. Creí que podría estar bien.

—Así que fue Anna quien te invitó —acertó a decir él.

Aideen separó los labios, ansiosa, y lo miró a la cara por primera vez.

—No la culpes. Ella tenía buena intención. Yo... bueno, yo le dije hace unos días que me apetecía verte. Pensé que a lo mejor era demasiado pronto, pero Anna estaba convencida de que ya había pasado suficiente tiempo.

Una vez más, Peter no supo qué contestar a eso. ¿Le apetecía verle? ¿Eso significaba lo que él creía que significaba?

—Escucha, Peter. —Aideen sacó las manos de los bolsillos y se aferró a los brazos que Peter había cruzado en algún momento, sin ser consciente de ello—. Me siento mal por cómo terminaron las cosas entre nosotros. Que lo hayamos dejado no significa que ya no me importes. Te echo de menos y me gustaría que, si tú quieres, fuésemos amigos.

Peter contuvo la respiración, permitiéndose bajar la guardia lo suficiente como para que todos los sentimientos enterrados y todos los recuerdos sobre Aideen flotaran lentamente hasta la superficie. Ella no quería volver con él. Seguía con ese otro por el que lo había dejado. Lo único que deseaba era ser su amiga, que siguieran viéndose, que charlaran de vez en cuando. Tal vez buscaba aliviar

una conciencia culpable por la manera en que había puesto fin a las cosas.

Peter abrió la boca para decir algo, todavía no tenía claro qué, pero en ese momento escuchó unos pasos a sus espaldas y desvió la vista hacia el sonido de manera automática. Era Eryn, que se dirigía al servicio. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de verla antes de que ella entrara y cerrara con fuerza.

Eso logró despertarle del todo.

—Aideen —dijo, decidido, volviendo de nuevo su atención a ella—, Anna se equivocaba: es demasiado pronto. Creo que lo mejor sería que te fueras.

Su ex novia acogió sus palabras con una expresión de pena tan intensa que, por un instante, Peter flaqueó en su resolución. Seguramente, si Aideen hubiera insistido un poco más, habría conseguido lo que quisiera de él, porque sabía (y ella también) que aún no la había olvidado. Pero no trató de convencerlo. Apartó las manos, se subió la cremallera de la cazadora hasta el cuello y, con una sonrisa triste, le dijo: «Adiós, Peter». Y se marchó.

Él ni siquiera contestó y cerró la puerta sin fuerza. Se quedó apoyado en ella durante unos segundos, resistiendo el impulso de correr a la ventana de la cocina para verla marchar. Al cabo de un par de minutos, decidió regresar al salón, donde se apoderó de una botella de champán y puso música, tratando de fingir que la fiesta continuaba sin más incidencias.

Pero ya no tenía fuerzas para hacer de anfitrión, ni sus invitados parecían muy animados después de la interrupción. Eryn no le había mirado a la cara ni una vez desde que había vuelto del

servicio y, aunque no tenía muy claro por qué, Peter se sentía como si se hubiese comportado como un capullo con ella.

No obstante, era la única que no estaba observándole. Karl apretaba tanto las mandíbulas que le rechinaban los dientes. Anna, sentada muy rígida en una silla detrás del sofá, lo contemplaba con cierto temor desde su parapeto. Brianna tenía la misma mirada compasiva que puso cuando se enteró de su ruptura con Aideen, y Art la cara de situación de entonces, como si no supiera si darle una palmadita en el hombro o invitarlo a un local de *striptease* (invitarlo, pero no ir con él, claro, o su esposa le mataría). En cuanto a Tim y Joe, le lanzaban los mismos vistazos inquietos que los primeros Días Después de Aideen (d. d. A.). Tim sin duda estaba dispuesto a llamar a esa prima suya soltera del pueblo, y Joe le ofrecería su colección de porno en cuanto lo pillara a solas.

En cuanto a Katie, su expresión dejaba a las claras que era incapaz de comprender qué pasaba por su mente y que lo consideraba idiota.

En definitiva, el ambiente era tan tenso que Peter acabó retirándose con un «ahora vuelvo» a su pequeño jardín. Sabía que se estaba comportando como un anfitrión terrible, pero era incapaz de afrontar la situación.

Estuvo allí solo, pensando en Aideen y en cómo se había torcido la noche, durante cerca de media hora. Le dio tiempo a vaciar lo que quedaba de la botella de champán, mientras intentaba no analizar sus sentimientos. Podía imaginarse al resto dentro, todos planteándose la posibilidad de salir a hablar con él pero sin atreverse. Tarde o temprano, alguien lo haría. Confiaba en estar lo bastante borracho para entonces.

Por desgracia, la elegida resultó ser la persona a la que se sentía con menos fuerzas de enfrentar: Eryn.

φ φ φ

Podría haberme marchado sin despedirme de él. Podría haberle pedido a Karl que le dijera adiós de mi parte y nadie me habría juzgado. A fin de cuentas, ninguno se atrevía a salir al jardín con Peter y, siendo yo la persona que menos le conocía junto con Katie, no habría resultado extraño que me marchara sin decírselo a la cara.

En realidad, todos querían irse, o al menos la mayoría. Desde que Peter había salido al jardín, el silencio lo había llenado el CD de Coldplay que había dejado puesto, con un volumen demasiado alto. Nadie se atrevió a bajarlo.

Casi no hubo conversaciones y sí muchos tragos apresurados a las copas rellenas de bebida. Art propuso jugar a las películas, y Tim y Joe aceptaron entusiasmados; pero, como nadie más se apuntó, la idea quedó olvidada. Todo el mundo fue al baño, de uno en uno, para salir aunque fuera unos instantes de la atmosfera viciada. Karl se sentó de nuevo en la mesa y se sirvió un trozo más de ternera, que masticó con desgana y gesto cabreado.

Por su parte, Anna seguía parapetada tras el sofá donde estaban Art y Brianna, sin moverse, como si temiera que, de llamar mucho la atención, alguno de los presentes la placase o se liara a gritos con ella. Era lógico, porque al menos yo quería pegarle. Resultaba más que evidente que, mientras los demás seguíamos jugando al *SingStar*, ella se había marchado a llamar a Aideen para invitarla a la fiesta sin contar con el beneplácito de Peter. Solo había

que ver cómo le había afectado a él el reencuentro con su ex novia para saberlo. Era evidente que aún la quería.

No la había olvidado y no iba a hacerlo, al menos no próximamente, y desde luego no por mí. Ya había leído ese libro antes y me sabía de memoria el final.

Estaba tan enfadada conmigo misma por dejar que la historia se repitiera que barajé la posibilidad de romper la copa semivacía de champán que tenía en la mano... contra mi frente. Bajaré la posibilidad de volver a casa y crear un grupo llamado «Señoras que se enamoran de hombres que están enamorados de otras». Sería una gran administradora. Lástima que no tuviera cuenta de Facebook.

El caso era que, pese a tener muy claro que quería irme, me sentiría culpable si me marchaba sin despedirme de Peter. Él no era el responsable de mi necesidad patológica de fijarme en hombres que no podían corresponderme. Y quería darle las gracias por invitarnos a Katie y a mí, cuando no tenía por qué haberlo hecho.

Así que le eché valor y salí al jardín.

Peter estaba sentado en una silla blanca, en el centro del pequeño rectángulo de césped que componía su jardín. Sobre la mesa que había a su lado reposaba la botella de champán que se había llevado. Estaba vacía y le había quitado la etiqueta, que estaba desmenuzando en pedazos minúsculos con los dedos. El flequillo le caía sobre los ojos, ocultando su rostro en las sombras que arrojaba la bombilla de la pared.

—Eryn —me saludó al verme, y torció los labios en una sonrisa triste.

Y, pese a mis ganas de marcharme y el hecho de que él estuviera colado por otra, sentí un impulso casi irresistible de abrazarle. Parecía tan desolado cuando se puso en pie y trató de fingir que todo era normal...

—Estaba a punto de entrar —mintió.

—No te preocupes —murmuré, sin saber muy bien qué decir. En verdad quería consolarle, pero no me consideraba la persona más adecuada para hacerlo, principalmente porque yo también necesitaba que me consolaran un poco—. Escucha, Katie y yo ya nos íbamos, así que... bueno, quería darte las gracias por invitarnos. La cena ha sido...

—Un desastre —atajó él. De nuevo esa sonrisa triste, la mirada baja y derrotada, las manos caídas, como si no supiera qué hacer con ellas.

—No, no es verdad. La comida estaba deliciosa y todos lo hemos pasado muy bien con el karaoke. Todavía no entiendo cómo ha ganado Tim. —Estuve a punto de llamarlo Tim el Raro en voz alta, pero logré evitarlo—. Lo cual es irónico, si tenemos en cuenta que creía que ABBA era un grupo de country. Pero nos hemos divertido.

—Hasta que llegó Aideen.

Guardé silencio, incómoda. No sabía cómo darle la vuelta a eso, sobre todo teniendo en cuenta que me sentía el ser más ridículo sobre la tierra desde que la había visto.

—Me parece que acabo de ganar la siguiente edición de *La vida más patética* —continuó.

—Peter...

—Olvídalo, te estoy aburriendo.

Me dio la espalda y se acercó a la valla de madera que cercaba su patio, separándolo de los de sus vecinos.

Yo me quedé parada un momento, sin saber qué hacer. Podía contarle que había estado a punto de llorar en su baño, pero dudaba que eso lo ayudara a sentirse mejor. Tal vez lo mejor que podía hacer por él era dejarlo solo.

—¿Quieres... quieres que me vaya? —pregunté en voz baja. Quería darle a entender que si la respuesta era afirmativa, yo me marcharía sin ningún problema.

Peter giró el rostro, lo justo para poder mirarme a la cara unos instantes. Después bajó los ojos y agachó la cabeza, metiéndose las manos en los bolsillos.

—En realidad... no —murmuró, tan bajito que casi no le escuché.

A pesar de que una parte de mí estaba ansiosa por marcharse, otra se sintió un poco emocionada ante la perspectiva de que quisiera mi compañía. Eso me sorprendió, porque en el fondo no quería que me contara lo que había pasado con Aideen. Sentía curiosidad, pero también miedo. Aquello no era demasiado diferente de todas las ocasiones en que Henry me pidió que le hiciera compañía después de romper con Tara. Así que, ¿por qué me quedaba?

Pues porque quería ayudarle. Y tal vez porque, a falta de sentirme amada, me consolaba sentir que me necesitaba.

De modo que me acerqué unos pasos y me detuve a su lado, mirando a través de las rendijas de la valla como lo hacía él. La noche era agradable, fresca pero no fría, con un cielo oscuro cuajado de estrellas. Desde el centro de Dublín no se veían tantas.

Nos mantuvimos en silencio unos minutos. No todo el mundo era como Ashley, que se aparecía en mi piso sin previo aviso a contarme sus penas, ni como Katie o Emmet, que consideraban esencial comunicarme todo lo que pasaba (e incluso lo que no pasaba) en sus vidas. Peter parecía más el tipo de persona que no estaba acostumbrada a hablar de cosas muy personales, y dudaba que con Karl pudiera mantener largas conversaciones de ese tipo, así que decidí darle su tiempo.

A veces, la simple compañía hacía que uno se sintiera mejor, o quizás, si aguardaba lo suficiente, él me contaría lo que estaba pensando sin necesidad de preguntar.

—Quiere que seamos amigos —dijo Peter, al cabo de un rato—. Pero yo no puedo ser su amigo.

Entonces buscó mi mirada. Vi que tenía los ojos brillantes, y por un segundo pensé que quizás iba a llorar, pero luego comprendí que los destellos en sus pupilas se debían al alcohol que había ingerido. Sus labios se curvaban hacia abajo, torcidos hacia la derecha. Parecía perdido y tan vulnerable que despertó todos mis instintos protectores.

Y de pronto estaba abrazándole. No era el primer abrazo que nos dábamos, pero esta vez al menos yo estaba sobria. Peter no, a juzgar por la fuerza con que me rodeó con sus brazos. Acabé aplastada contra su pecho, con la cabeza encajada sobre su hombro y la boca apretada contra el interior de mi codo; pero aun así, no protesté.

Él apoyó los labios sobre mi hombro desnudo, como si intentara contener así un torrente de palabras o quizás un grito, y hundió los dedos en mi espalda. Me llegaba el aroma de su colonia,

el de la hierba fresca y las flores de los jardines vecinos. Su pelo me acariciaba una oreja, provocándome una absurda excitación, y el calor de su cuerpo me envolvía.

De no ser porque las costillas amenazaban con clavárseme en los pulmones y eso solía causar la muerte, podría haber seguido así eternamente. Sin embargo, al cabo de lo que pudieron ser tres minutos o veinte, Peter aflojó el apretón. Deslizó las manos por mi espalda, del centro hacia la curva de la cintura, levantó la cabeza y se retiró poco a poco.

Yo pude desencajar la cara del interior de mi codo y tomé aire con cierto alivio, notando cómo mis pulmones se expandían y mis costillas volvían a su sitio. Al apartarme, nuestras mejillas se rozaron y sentí el leve toque de su barba incipiente, enviándome un escalofrío por toda la columna vertebral.

Si mi vida fuera una comedia romántica, en el momento en que nuestras caras quedaran de nuevo frente a frente, nos miraríamos a los ojos, separaríamos los labios, nos acercaríamos lentamente y entonces... alguien nos interrumpiría.

No obstante, mi vida siempre se había parecido más a una tragicomedia.

De modo que cuando miré a Peter, comprendí que iba a besarme. Lo noté en cuanto sus ojos se detuvieron en mi boca y comenzó a acortar la pequeña distancia que habíamos recuperado.

Para ser sincera, tuve unos tres segundos para apartarme. Podría haber dado un paso atrás y fingir que no habíamos estado a punto de besarnos. Habría sido lo mejor para Peter, para mí y para nuestra amistad. Pero no lo hice. Me quedé parada, expectante, a

pesar de saber que estábamos cometiendo un error. Y, sin más preámbulos, sin interrupciones de actores secundarios, me besó.

Noté el tacto suave de sus labios sobre los míos, en una caricia tan frágil como el roce de una pluma. Fue más un tanteo que un beso, y después se detuvo, aguardando mi reacción.

Respondí en el acto, sacudida por una sensación de vértigo en mi estómago que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Al comprobar que correspondía a su caricia, Peter atrapó mi labio inferior entre los suyos, en una sucesión de besos cortos e intensos. Cuando puso una mano en mi nuca, acercándome más a él, ladeé el rostro y me hundí en su boca.

Nuestras lenguas se encontraron y el contacto hizo que me aferrara a su camisa de manera inconsciente, buscando un punto de apoyo. Sus dedos comenzaron a trazar dibujos en mi cuello, provocándome escalofríos, y entonces yo...

Entonces me aparté.

Había tomado un par de difíciles decisiones en mi vida amorosa. Alejarme de Henry me había destrozado casi tanto como estar con él. Pero ahora era ya un dolor lejano, casi más el recuerdo de una antigua herida que una lesión real. En cambio, separarme de Peter me supuso un esfuerzo titánico. Fue como apartar una manta suave y cálida para salir al frío invernal. Y, sin embargo, sabía que era lo correcto. Él quería a Aideen y solo me había besado porque estaba triste, despechado y probablemente borracho.

De ser Joe quien lo hubiera abrazado, era bastante posible que hubiera acabado besándolo a él también, a pesar de su inquietante sonrisa.

Casi podía oír a Katie y a Emmet en mi mente diciéndome que Peter no era Henry, que no tenía por qué repetirse la misma historia... o que él podría ser simplemente esa canita al aire de la que tanto me habían hablado. No tenía por qué ser nada serio, no tenía por qué implicarme. Nadie había hablado de amor. Pero ya era tarde para eso. Tal vez si hubiera sucedido el día en que nos conocimos, la noche de alcohol y karaoke, la cosa no hubiera pasado de un revolcón para mí, pero ahora... ahora no.

No quería ser el segundo plato. No otra vez. Ya había pasado por eso con Henry y no tenía ganas de repetir la experiencia después de haber logrado cultivar un poco amor propio con tanto esfuerzo. Sencillamente no podía volver a vivir lo mismo sin destruirme por completo en el proceso.

—Eryn... —me llamó, pero no me atreví a mirarle.

—Yo... tengo que irme —balbuceé.

Me di media vuelta y corrí, más que anduve, hacia la puerta acristalada. Irrumpí en el salón como si el tío Phil de *El príncipe de Bel-Air* me hubiera arrojado dentro. Todos se quedaron mirándome, sorprendidos.

—Bueno, yo me voy, chicos. Encantada de conocerlos. Ya nos veremos. Pasadlo bien. Adiós, adiós.

Me despedí en movimiento, como el Conejo Blanco de *Alicia en el País de las Maravillas*. A los demás no les dio tiempo ni de contestarme antes de que llegara hasta el perchero y arrancara de cuajo mi abrigo y mi bolso. Abrí la puerta de la casa y bajé los dos escalones de un salto, sintiéndome una ninja por no caerme a pesar de llevar tacones. Cuando llegué a la acera, ya tenía el móvil en la mano y estaba llamando a un taxi. Indiqué la dirección con un tono

tan urgente que la mujer de la centralita me aseguró que se darían prisa. Probablemente me imaginó en una calle solitaria, perseguida por un violador o un asesino en serie.

—Oye, Eryn, ¡espérame!

Di un respingo al oír mi nombre, pero me tranquilicé cuando reconocí la voz de Katie. Salía de la casa de Peter poniéndose su cazadora y con el bolso colgando de un brazo. Se acercó a mí a toda prisa, dando saltitos por culpa de sus altos tacones de aguja.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué has salido corriendo?

No me apetecía hablar del tema, pero Katie no iba a dejarme en paz hasta que se lo contara todo con pelos y señales, así que decidí pasar el mal trago cuanto antes. Esperaba que me recriminara el haber salido corriendo de los brazos de Peter. Que me dijera que había sido una tonta, que me lo pasara bien y me preocupara de las consecuencias al día siguiente. Pero no dijo nada de eso.

—Oh, Eryn —suspiró, y me dio un abrazo.

Aunque agradecí el gesto, eso me hizo sentir aún peor.

Por suerte, el taxi apareció en ese momento y yo me senté en la parte delantera, para asegurarme de que no habría más achuchones que amenazaran con deshacer la compostura que trataba de mantener. Hicimos el trayecto en silencio, con el taxista, un hombre africano que llevaba una túnica de color aguamarina, lanzándome airadas miradas de reojo. Seguramente había acudido corriendo por petición expresa de la operadora de la centralita, pensando que iba a salvarme de la muerte a manos de un loco peligroso. A juzgar por los resoplidos que soltó, era hasta posible que se hubiera saltado un par de semáforos para llegar a tiempo.

Todo para nada, debía de estar pensando. Sin embargo, cuando se detuvo delante de mi edificio, me dieron ganas de besarlo.

—¿Quieres que me quede a dormir contigo? —me preguntó Katie con seriedad. Verla tan grave, sin su sonrisa traviesa y el brillo burlón en sus ojos de gato, resultaba de lo más extraño.

—No seas tonta, estoy bien. Solo necesito quitarme estos zapatos y dormir doce horas. Mañana estaré como nueva.

Katie no parecía muy convencida, pero lo cierto era que no le di muchas opciones, porque pagué al ofendido taxista y corrí hacia mi portal. Cuando cerré el portón detrás de mí, me sentí liberada pero también tremendamente triste, ahora que podía darle rienda suelta a mis sentimientos. Eryn Donovan, me dije, no puedes caer más bajo.

Lo que pareció una cita, luego una orgía y más tarde una sencilla fiesta, acabó convirtiéndose, por lo visto, en mi última oportunidad para abandonar la soltería. Me compré un vestido y dejé que me peinaran y maquillaran (aunque fuera bajo coacción), todo para llevarme al chico. Y, cuando por fin me besó, resulto ser porque había bebido suficiente champán para tumbar a un elefante y estaba deprimido por el reencuentro con su ex.

¿Se podía ser más penosa? Era difícil de imaginar, pero yo era muy buena autocompadeciéndome en secreto.

Estaba subiendo las escaleras con los zapatos de tacón en una mano cuando escuché mi móvil sonando en las profundidades de mi bolso. Por un segundo, temí que fuera Peter y estuve tentada de no consultarlo siquiera. Pero me dije que estaba comportándome con una adolescente y me obligué a sacar el teléfono.

No era él, sino Henry.

Contemplé la pantalla durante unos segundos, paralizada.
Después, pulsé el botón de descolgar.

Capítulo 11: Recuento de daños

—¿Qué demonios quieres, Henry? Son las dos de la madrugada — le bramé a través del teléfono.

Soné tan desagradable que hasta me sorprendí a mí misma, pero ver su llamada justo en ese momento me había dado ganas de gritarle. Gritarse a una misma estaba peor visto.

—Eryn. —Su tono era aterciopelado, con un toque un poco torpe, como si la lengua se le trabara—. Echaba de menos oír tu voz, ¿dónde estás?

—En mi casa —respondí secamente.

—¿Puedo ir a verte? —me pidió, ni corto ni perezoso.

No solo estaba saltándose a la torera la «orden de alejamiento» que le había puesto cuando «rompimos», sino que además pretendía invitarse a mi casa un sábado a las dos de la madrugada. Y dudaba que su única intención fuese charlar hasta el amanecer para ponernos al día.

No podía dar crédito.

—Henry, ¿estás borracho?

No había otra explicación. Me conocía lo suficiente como para saber que yo... Bueno, ese era el problema. La Eryn que él había conocido no era capaz de decirle que no a nada, ni siquiera después de que saltara de mis brazos a los de Tara por enésima vez. Henry sabía bien lo que había sentido por él, cuánto había sufrido y por qué me había alejado. Y por eso había respetado mi decisión, porque a pesar de todo había sido mi amigo y, a su manera, me quería y no deseaba hacerme daño, aunque no pareciera capaz de evitarlo. Creía que había comprendido que el único modo de impedirlo era mantenerse alejado de mí. Por eso no

había insistido, no había intentado verme, no había regresado a mí tras discutir con Tara.

Hasta ahora. ¿Por qué ahora? ¿Por qué tenía que haber reaparecido justo en ese momento de mi vida? Y lo que estaba claro era que ya no me respetaba lo suficiente como para poner mis deseos por delante de los suyos, que parecían consistir en volver a la misma dinámica de siempre.

—He estado pensando mucho en ti —dijo trémulamente, como si estuviera ronco o a punto de echarse a llorar. Sonaba sincero y triste—. Creo que... creo que cometí un gran error al dejarte marchar. Quisiera... quiero verte, Eryn.

Guardé silencio, incapaz de asimilar lo que me estaba diciendo. ¿Que se había equivocado al dejar que me fuera? ¿Significaba eso que...?

Por un segundo, sentí a la antigua Eryn trepando hacia la superficie, como una erupción de lava en un volcán largo tiempo dormido. La Eryn que soñaba con escuchar esas palabras, la que anhelaba que Henry se diera cuenta de que era la persona con la que debería estar, la ilusa que quería correr a sus brazos una vez más.

—¿Dónde vives? —continuó él, tomando mi silencio como una muda concesión.

Podría decírselo, podría subir los cuatro pisos de escaleras y esperarlo sentada en el sofá. Podría recibirlo con los brazos abiertos, podría dejar que me besara, podría pasar la noche en vela con él, recuperando el tiempo perdido. Sería casi como retomar las cosas donde las habíamos dejado, como si todo ese tiempo sin vernos nunca hubiese existido.

Y entonces llegaría la mañana siguiente y regresaría el miedo. El pánico a que se reconciliara con Tara, a que volviera a dejarme tirada, a ser de nuevo la persona insegura y vulnerable que era cuando estaba cerca de él, a perder la paz mental y emocional que había conseguido por mi cuenta.

Siempre había elegido a Tara antes que a mí. Ahora había cambiado la letra de la canción, pero la melodía era la misma, y adivinaba por qué había decidido llamarme de repente.

Habría roto de nuevo con su novia y se sentiría triste y solo. Al verme hacía unas semanas en aquella cafetería, habría recordado qué era lo que hacía para sentirse mejor cada vez que lo dejaba con Tara: recurrir a mí. Habría empezado a pensar en los viejos tiempos con nostalgia, en la manera en que yo siempre lograba hacer que se animara, en lo útil que le resultaba como «parche de nicotina». Pero se habría propuesto no hacer nada, no en un primer momento, porque sabía que no sería justo para mí, que no me lo merecía. Seguramente se habría prometido que no me llamaría, que me dejaría seguir con mi vida e intentar ser feliz, lejos de él.

Pero la resolución le había durado unos días, hasta que salió con sus amigos y bebió más de la cuenta. Entonces se había sentido más triste y todavía más solo, lo suficiente para ser egoísta, y decidió llamarme. Lo más probable era que hubiera pensando que no tenía nada que perder.

Quizás incluso creyera de manera sincera que las cosas podrían ser diferentes entre nosotros esta vez. Que él había cambiado, que yo también, que a lo mejor había acabado para siempre con Tara.

Todo eran simples suposiciones, pero conocía a Henry lo suficiente para saber que estaba muy cerca de la verdad. Por eso estaba segura de que, si le daba otra oportunidad (e íbamos por cincuenta y ocho millones de ellas ya), volvería a suceder lo mismo.

—Henry, no —le espeté, y solo al oír mi tono furioso comprendí lo enfadada que estaba con él por hacerme aquello, por ser tan egoísta—. Sigo pensando lo mismo que entonces. Tomaste tu decisión y yo tomé la mía. Vive con ello.

Y le colgué, sin darle derecho a réplica. Silencié el móvil y lo arrojé a las profundidades de mi bolso, aunque sentía ganas de dejarlo caer por el hueco de la escalera.

Sabía que había hecho lo mejor para mí, pero eso no me reconfortaba. Estaba cansada de tomar decisiones correctas pero dolorosas por esa noche. Solo tenía ganas de meterme en la cama y no hablar con nadie en los próximos quince días.

El trayecto hasta mi piso se me hizo bastante más pesado y largo de lo normal. Lo único que quería era desmaquillarme, quitarme el vestido y arrojarme en el sofá para no levantarme hasta el lunes, cuando tuviera que ir a trabajar.

Tras lo que parecieron varios siglos (estaba segura de que me había salido alguna cana por el camino), llegué hasta mi hogar. Al buscar las llaves, vi la pantalla de mi móvil iluminada: Henry estaba llamándome. Lo ignoré, cogí las llaves y abrí la puerta.

Entonces pegué un grito que me habría conseguido el papel protagonista en *Scream 4*. La luz de mi salón-cocina estaba encendida y había una persona acurrucada en mi sofá.

—Eryn, ¿qué haces? —exclamó la intrusa.

No era otra que mi adorable hermana Ashley, experta en darme sustos de muerte y comportarse como si yo fuera una histérica por asustarme.

—¿Ashley? —balbuceé—. Vale, ya está bien, ¡dime de una vez cómo demonios entras en mi piso!

Ella se incorporó y se sentó como una niña buena, proyectando su labio inferior hacia fuera. Llevaba un bonito vestido palabra de honor blanco y sandalias, pero su peinado estaba medio desecho y su maquillaje era un borrón oscuro en torno a los ojos. Había estado llorando.

—Ah, eso —murmuró, adoptando una expresión de sentirse muy culpable que por supuesto no me creí—. Hice una copia de las llaves que dejaste en casa de mamá y papá para emergencias.

No sabía si molestarme en sorprenderme.

—¿Comprendes el concepto de «emergencia»? —pregunté, exasperada.

—Pero Eryn, ¡lo es! —sollozó ella, y un par de lágrimas tintadas por su rímel negro le cayeron por la cara—. Lance y yo hemos tenido una pelea horrible.

Mi plan de quedarme sola con mi dolor, ponerme *Someone like you* y beber zumo de piña (a falta de vino) mientras veía anuncios de pelapatatas eléctricos o alargadores de pene en la teletienda tendría que quedar para otro día. Así que, resignada, cerré la puerta de mi piso y dejé caer el bolso al suelo, preparada para una larga noche de terapia. Me senté en el sofá junto a mi hermana y la rodeé con un brazo. Ashley se acurrucó contra mí como un gatito mimoso.

—Cuéntame —cedí con cansancio.

—Lance tiene celos de Ryan. ¿No te parece absurdo? Lo mío con Ryan pasó hace siglos.

Siglos en el calendario de Ashley equivalían a un período comprendido entre las dos y las tres semanas. Yo ni siquiera sabía que Ryan (el chico que conocí en la sección de congelados del supermercado) era historia, ni que había sido reemplazado por el tal Lance, pero Ash me obsequió con un relato pormenorizado de todo. Cuando se hubo desahogado y llorado todo lo que necesitó, estábamos tan cansadas que casi nos quedamos dormidas en el sofá. Lo bueno de todo aquello era que me había olvidado por completo de mi propio drama amoroso, si se le podía llamar así.

Finalmente, a eso de las cinco de la madrugada, nos fuimos a la cama, después de que yo desmaquillara a Ashley, redescubriendo sus bonitos ojos grisáceos. Le presté uno de mis pijamas y las dos nos metimos bajo mi fabuloso nórdico.

Ya casi me había quedado dormida cuando Ashley habló.

—Por cierto —dijo con voz somnolienta—. ¿Cómo fue todo con Peter? Has llegado pronto.

Tardé unos segundos en contestar, con los párpados fuertemente apretados.

—No pasó nada —mentí. No quería hablar sobre ello, con nadie. Quería olvidar esa noche.

Ashley se acomodó contra mí y me pasó un brazo por la cintura.

—Estoy segura de que pronto pasará algo. Peter está colado por ti.

—Si ni siquiera le conoces —alegué.

—Pero te conozco a ti. Tendría que ser idiota para no estar loco por mi hermana —me aseguró, y apoyó su frente en mi espalda, lanzando un largo suspiro.

Yo no respondí, pero sentí más ganas de llorar que en toda la noche.

φ φ φ

Estaba meter la pata y luego estaba lo que había hecho Peter. Cuando vio a Eryn salir corriendo de su jardín, se dio cuenta de lo mucho que la había cagado. Era un idiota: primero se ponía a hablarle de Aideen y después la besaba. Ni siquiera Karl hubiera tenido tal falta de tacto.

Su única excusa era que no lo había planeado. Eryn estuvo ahí en su peor momento, sin presionarle, sin hacerle preguntas, simplemente ofreciéndole su compañía, dispuesta a escuchar. Y le había dado un abrazo cuando más lo necesitaba, consiguiendo que todo el mundo que Peter había reconstruido tras su ruptura con Aideen dejara de temblar desde que había vuelto a verla.

Besarla fue un impulso tan repentino como natural. Después del abrazo, cuando se apartaron y quedaron tan cerca el uno del otro, le pareció lógico, como si hubieran estado bailando al borde de ese momento desde el día en que se conocieron. No fue fruto de un deseo súbito, ni de la necesidad de sacarse de la cabeza a su ex novia. Simplemente sucedió y, mientras duró, fue glorioso.

Suponía que era una fase típica, tras romper una relación de tantos años con una persona a la que había querido tanto; pero, cuando Aideen le dejó, Peter guardó en su interior la certeza de que nunca iba a ser capaz de volver interesarse por nadie.

Y entonces Eryn, en cuestión de semanas, había logrado despertar *algo*. Lo paradójico era que Peter se había dado cuenta de ello justo en el momento en que había arruinado gran parte de sus posibilidades con ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Karl, apareciendo en el jardín.

—¿Y Eryn? —Eludió la pregunta de su amigo lanzándole otra, aunque sospechaba la respuesta.

—Se ha largado corriendo y Katie se ha ido con ella. Artie y Brianna se acaban de marchar, me han pedido que te diga adiós. Joe y Tim siguen en el salón, con Anna. Ha sido esa bruja la que ha invitado a Aideen, ¿verdad?

Peter asintió, apretando los labios. Deseaba que Anna se hubiera marchado también, porque no quería verla ni hablar con ella. No quería escuchar qué la había llevado a invitar a su ex novia y arruinar la noche en todos los sentidos. Cuando por fin Peter se sentía bien, cuando pensaba que había encontrado de nuevo su sitio, su castillo de ilusiones había sido derribado por el huracán Aideen.

—No has respondido a mi pregunta, tío —insistió Karl.

Aunque a Peter no le apetecía poner en palabras lo que acababa de suceder con Eryn, era posible que contárselo a su amigo le ayudara a ver las cosas con perspectiva. Así que lo hizo. Durante el breve relato evitó la mirada de Karl. Sabía que él no le abroncaría, pero no podía evitar sentirse avergonzado.

Cuando acabó, se hizo el silencio durante casi un minuto. Eso provocó que Peter alzara la vista y buscara los ojos de Karl.

Cuando los encontró, descubrió que estaba muy serio. Tanto que casi parecía enfadado con él.

—Joder, Peter, mira que eres palurdo, ¿cómo se te ocurre? Eryn es una chica estupenda, no se merece que seas tan capullo.

Peter se quedó sin palabras, estupefacto. ¿Estaba *Karl* juzgándole a él/ por cómo había tratado a una chica? ¿Karl? ¿El mismo que había recibido más tortazos que Jack Sparrow en Isla Tortuga?

Sí, definitivamente le estaba juzgando, por primera vez en su vida.

—Disculpa, ¿pero cuándo hemos cambiado los papeles? —replicó Peter con sarcasmo—. Eres tú el que me la presentó y prácticamente me arrojó encima de ella aquella noche en el Temple Bar, ¿y ahora me echas la bronca por haberla besado? ¿Quién eres tú y qué has hecho con Karl?

Era entrañable que defendiera así a Eryn, pero Peter no podía evitar sentirse dolido. Bastante mal se sentía ya como para que encima su mejor amigo le leyera la cartilla. Sobre todo teniendo en cuenta su historial amoroso. Que alguien como Karl encontrara reprobables sus acciones le hacía sentir cuanto menos un miserable.

Este pareció adivinar lo que estaba pensando, porque relajó su ceño fruncido y le mostró las palmas de las manos en señal de rendición.

—Está bien, está bien —concedió—. Es solo que... Mira, no debería decírtelo, pero Katie me habló del último ex de Eryn. Era un capullo que solo se interesaba por ella cuando rompía con su novia,

después se reconciliaban y volvía a dejarla tirada. Así mil veces, por lo que cuando me has contado lo que pasó...

Karl no necesitó continuar la frase; lo que pensaba quedaba implícito.

—Mierda —masculló Peter.

Ahora entendía mejor la huida precipitada de Eryn y su expresión cuando le dijo que debía irse. Y, cuando ya pensaba que no podía sentirse peor consigo mismo, algo hizo clic en su mente.

Bufanda Marrón.

Ese era el tipo que le había destrozado el corazón. Recordaba cómo había sentido una antipatía automática hacia él al ver la manera en que su presencia alteraba a Eryn, así como su firme juramento de no volver a usar esa prenda jamás. Y, sin embargo, después de esa noche, quizás debería llamarse a sí mismo Bufanda Negra.

—Escucha, han pasado demasiadas cosas hoy. Lo mejor será que nos lo tomemos con calma. ¿Quieres que me libre de la Bruja, Tim y Joe? —fue la ofrenda de paz de Karl.

—Te lo agradecería.

—Eso está hecho. —Su amigo le dio una palmadita en el hombro y se dirigió hacia el salón—. De paso traeré unas birras.

Peter suspiró, con una mezcla entre alivio y tristeza. Ese sí era el Karl de siempre.

φ φ φ

El agudo tono del teléfono fijo me despertó pocas horas después. Estaba tan atontada que me caí de la cama al moverme, sin tener en cuenta que Ashley me había dejado arrinconada en un borde. Me levanté, adormilada, sin tener muy claro dónde estaba la salida.

Choqué con el armario y la pata de una silla, pero logré salir de la habitación. El teléfono seguía sonando como una insoportable sirena.

Lo cogí con torpeza y me lo puse en la oreja.

—¿Eryn? Eryn, ¡dime que tu hermana está ahí!

Era mi padre, bramándole al auricular con fuerza suficiente para que Ashley le oyera desde la cama.

—Sí, papá, está aquí —respondí con cansancio—. Está en la cama. Nos has despertado.

—¡Pues dile que se levante y venga a casa ahora mis...! — Me pareció oír a mi madre de fondo («Trae eso»), y mi padre bajó considerablemente la voz, como para que no lo escuchara. Aunque habría sido más efectivo si se hubiera apartado el teléfono de la boca—. No, Deirdre, estoy hablando yo... —se quejó, como un niño enfurruñado. «Mi amor, Eryn le dará el mensaje y Ashley estará aquí en un periquete para que puedas gritarle en directo. Ahora pásame el teléfono, quiero hablar con tu hija mayor». Oí a mi padre refunfuñar («*hum, hum*») y escuché la sonrisa satisfecha de mi madre. Sí, la escuché.

—Eryn, cariño, ¿cómo estás? Veo que has pasado la noche en casa —comentó con picardía.

—Mamá —rezongué yo, abochornada.

No me apetecía tener esa conversación, pero tampoco me parecía correcto colgar, así que me preparé psicológicamente para ser sometida al cuarto grado.

—Vamos, hija, no seas así. ¡Cuéntame algo!

—No hay nada que contar. Cenamos, jugamos al *SingStar* y luego Katie y yo cogimos un taxi hasta casa. Eso es todo.

—Oh, pero Eryn...

—Mamá, me muero de sueño. Le diré a Ashley que se vaya a casa. Mañana nos vemos, ¿de acuerdo?

—Vale, hija. Te dejo descansar. —En su voz había tal desilusión que me hizo sentir culpable—. Hasta mañana, te quiero.

—Yo también te quiero, mamá —murmuré, sintiendo unas ganas ridículas de llorar.

Colgué y miré hacia mi habitación. Ashley salía en ese momento, con los ojos más cerrados que abiertos, arrastrándose como un zombi.

—¿Eran mamá y papá? —me preguntó con voz pastosa.

—Sí. Papá quiere matarte —la informé, dándole un beso de buenos días en la mejilla.

—Supongo que tendré que irme —bostezó—. ¿Te importa si te cojo prestada algo de ropa? No me apetece ponerme mi vestido.

—Claro, sírvete. Prepararé el desayuno mientras tanto.

Ashley y yo desayunamos juntas, demasiado somnolientas para mantener una gran conversación. Después se despidió con un beso y cogió un taxi para volver a casa. Aliviada por encontrarme al fin sola, me eché en el sofá y encendí la televisión, dispuesta a abstraerme viendo cualquier cosa que encontrara haciendo *zapping*.

Pero no llevaba ni diez minutos disfrutando de mi propia compañía, cuando sonó el timbre. Ya había supuesto que era cuestión de tiempo.

Se trataba de Emmet, con una tarrina enorme de helado de vainilla con *cookies* y *La vida de Brian* en DVD.

—Katie me lo ha contado —dijo, dándome un beso en la mejilla antes de pasar—. Está de camino. Mientras tanto, he traído

mi terapia ideal para los corazones rotos: helado y algo de los Monty Python. Y esta noche nos vamos de juerga. Tenemos que celebrar el lanzamiento del nuevo *single* de Lady Gaga. Hasta Paul va a salir.

Me caía muy bien Paul. Es más, me gustaba. Emmet y yo teníamos gustos bastante parecidos en cuanto a hombres, y su novio no era la excepción. Aunque no me interesaba de esa manera, debía admitir que me sentía un poco intimidada por él. Como una persona se puede sentir intimidada en presencia de Chris Evans.

Paul era un hombre alto, muy atractivo y con una seriedad imponente, que no era más que su manera de disimular su timidez. Pero adoraba a Emmet, y yo lo adoraba a él por eso. Hasta Katie, que era la persona menos romántica que conocía (tal vez con la excepción de Karl) reconocía que, si algún día tenía pareja, deseaba que su relación se pareciese un poco a la que tenían Emmet y Paul.

Se conocían desde la infancia. Vivían en el mismo barrio y habían ido al mismo colegio e instituto, aunque Paul era un par de años mayor. Pese a que nunca habían sido exactamente íntimos, siempre se habían llevado bien. Así que cuando Emmet salió del armario y sus padres no se lo tomaron demasiado bien (una manera muy suave de decirlo, teniendo en cuenta que el padre de Emmet lo echó de casa y su llorosa madre no movió un dedo para impedirlo), Paul, que ya tenía un trabajo estable y piso propio, le ofreció asilo durante todo el tiempo que necesitara.

Por aquel entonces, Paul tenía novia. Emmet siempre había tenido un ligero cuelgue con él, pero jamás había pasado de ahí, porque suponía que su amigo era hetero. Así que se quedó en su piso durante unos meses, hasta que logró ahorrar lo suficiente para

dejar de ocupar el sofá y se mudó. Poco tiempo después, Paul lo llamó en medio de la noche, muy alterado, y le preguntó si podía ir a verle. Resultó que Paul había roto con su novia porque había comprendido que sentía algo por Emmet. Quería estar con él, si estaba interesado.

Sobra decir que mi mejor amigo lo estaba. Y, desde entonces, no se habían separado. Bueno, en un sentido figurado, porque el trabajo de Paul lo obligaba a viajar constantemente.

La cuestión era que me gustaba mucho Paul. Pero ni a pesar de que fuera a salir con nosotros (lo cual era un hecho extraordinario que se producía con la misma frecuencia que los eclipses lunares) pensaba ir a ninguna parte ese día.

—Acepto el helado y la película, pero nada de salir. No tengo ganas. —Hice un puchero y le quité la tarrina de helado de las manos.

—Oh, vamos, Eryn...

—Apenas he dormido, estoy agotada y no tengo muchas ganas de socializar. Me quedaré en casa leyendo un buen libro.

—Cariño —Emmet me acarició el pelo con afecto—, nadie puede negar que Peter ha sido un poco idiota, pero que te besara en el lugar y el momento inadecuado no quiere decir que no le interese de verdad. Él no es Hen...

—Emmet, de verdad, no me apetece hablar de eso —le corté, antes de que pronunciara el nombre que menos me apetecía oír después del de Peter. Luego me escabullí de su caricia con la excusa de ir hasta la cocina a buscar cucharas.

El timbre interrumpió la réplica de mi amigo, que fue a abrir la puerta. Se trataba de Katie, que traía suficientes pasteles y

porciones de tarta de la confitería de su madre como para alimentar a un regimiento. Los posó en la barra americana y se quedó mirándome con preocupación durante unos largos segundos. Después se volvió hacia Emmet y, como si yo no estuviera delante, le preguntó:

—¿Recuento de daños?

Él se limitó a negar con la cabeza, haciendo una mueca grave; parecía que estuviera confirmando que yo tenía una enfermedad terminal y solo me restaban unas semanas de vida.

—Hola, sigo aquí, en mi casa —les recordé, hundiendo una cuchara en la tarrina de helado con fuerza.

—¿Y bien? ¿Te ha llamado? —me preguntó Katie, volviendo su atención hacia mí.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡Peter!

—No —respondí automáticamente. Aunque, para ser sincera, no había vuelto a mirar el móvil desde que colgué a Henry—. No lo sé. Ni siquiera lo he comprobado.

Katie resopló y miró al cielo, como lamentándose por tener que hacerlo todo ella. Después entró en mi habitación y, tras unos segundos, regresó con mi teléfono en la mano y una sonrisa radiante en los labios.

—Trece llamadas perdidas —recitó con retintín, desbloqueando la pantalla.

—¡Lo sabía! —**Emmet parecía a punto de dar palmas.**

Yo no estaba segura de cómo sentirme al respecto, pero de pronto la sonrisa de Katie se congeló y me lanzó una mirada desconfiada.

—¿Por qué te ha llamado Henry tantas veces? ¿Estamos hablando de Henry-Henry? ¿Don Tengo Una Novia Para Los Días Pares y Otra Para Los Impares?

—No es nada —repliqué, metiéndome una cucharada de helado de vainilla bien cargada en la boca.

No les había hablado a Katie y Emmet de mi encuentro con Henry por una buena razón. Quería evitar lo que estaba a punto de suceder.

—¿Cómo que *nada*? —acusó Katie, esgrimiendo mi móvil como si fuera la prueba de un delito. Solo le faltó meterlo dentro de una bolsa de congelados para parecer una agente de la policía científica—. Aquí pone que contestaste a una llamada suya anoche. Eryn, no vuelvas por ese camino —me advirtió, en un tono tan paternalista que penetró en mi barrera de evasión y llegó a ofenderme.

—Sé que Henry es bastante guapo —terció Emmet—. Bueno, muy guapo. Guapísimo. Está bien, es uno de los hombres desgraciadamente heteros más guapos que he visto en mi vida —añadió renuente, como si yo le hubiera presionado para reconocer la hermosura real de Henry—, pero Katie tiene razón.

¿Era tanto pedir que me dejaran tranquila tan solo un rato? No quería hablar de Peter, ni de Henry, ni de nada. Estaba cansada, confusa y decepcionada, y lo último que me apetecía era darles explicaciones a mis amigos.

Sobre todo a aquellos que llevaban meses agobiándome para que echara una canita al aire. Quizás Henry fuese una buena opción después de todo, si era eso lo que me interesaba. Podía ahorrarme toda la parte del ritual de apareamiento y llegar directamente al

sexo. Sabía que funcionábamos bien en ese aspecto y, mientras yo no me hiciese ilusiones ni esperase nada más, podía pasar un buen rato.

—Tal vez haya decidido divertirme un poco —dije, desafiante—. ¿No es lo que me aconsejáis todo el tiempo?

—Nos encantaría que te divirtieras un poco, pero no con Henry —aseveró Katie—. Sabes bien cómo acabaría eso, y luego Emmet y yo tendríamos que recoger tus pedazos del suelo una vez más.

Por un momento, me sentí herida por la crudeza de Katie. Sobre todo porque no me la merecía: en realidad no tenía ninguna intención de acostarme con Henry. Solo lo había dicho movida por el impulso adolescente de llevar la contraria a quienes se estaban comportando como si fuesen mis padres. Pero reprimí una réplica ácida, porque discutir con mis mejores amigos por una tontería que no pensaba hacer era absurdo.

Además, Katie tenía razón. Ella y Emmet habían estado a mi lado durante los dos años que duró mi especie de *affaire* con Henry. Habían soportado pacientemente mis lágrimas, me habían animado innumerables veces y nos habíamos sumido en interminables sesiones de críticas feroces hacia él. Tuvieron mucha paciencia conmigo y lo cierto era que, por doloroso que resultara el comentario de mi mejor amiga, era la pura verdad.

Así que me tragué mi orgullo y les conté lo que había sucedido en realidad.

—Por eso es por lo que le he dicho que me deje en paz. ¿Podemos dar por finalizada esta conversación y ver *La vida de Brian*, por favor? —Y, sin esperar sus respuestas, me tiré en el sofá.

Katie abandonó su pose de combate (esa que daba a entender que estaba dispuesta a inmovilizarme y amordazarme, antes que permitir que volviera a ver a Henry) y Emmet relajó los hombros y sus cejas volvieron a aparecer por debajo de los rizos que cubrían su frente. Fue como si el piso entero se distendiera, pareciendo más grande que nunca.

—Solo una cosa más —continuó Katie, con un tono mucho más amable—. No todas las llamadas son de Henry...

—¡Trae eso! —Emmet le quitó el móvil de las manos y consultó el historial con dedos ansiosos—. Peter te ha llamado... ¡tres veces! La última vez fue hace media hora. Vamos, vamos, ¡llámale!

Cogí el móvil que Emmet me tendía, lo apagué y encendí el DVD, dando por zanjado el tema. No tenía ganas de llamar a Peter y menos de hacerlo delante de mis amigos. Aún no había tenido tiempo para pensar en el asunto y realmente comenzaba a sentirme agobiada por el mundo entero. Si esa no fuera mi casa, ya me habría ido. Aunque lo normal hubiera sido tener un momento de tranquilidad en mi propio piso.

Katie y Emmet parecieron percibirlo y se rindieron. Se sentaron en el sofá, dejándome en el medio, y nos pasamos la tarrina de helado y la bandeja de pasteles y tarta mientras veíamos *La vida de Brian* sin hacer comentarios. Emmet posó la cabeza en mi hombro y Katie pasó sus piernas por encima de las mías. Sabía que era su silenciosa manera de apoyarme y me sentí culpable por haber deseado que no se hubieran presentado en mi puerta.

A pesar de todo lo que había sucedido la noche anterior, era una chica afortunada. Quizás mi vida amorosa fuera un desastre,

pero tenía los mejores amigos del mundo.

φ φ φ

A eso de media tarde, Emmet y Katie se fueron a sus respectivas casas a prepararse para esa noche. Me insistieron mil veces para que saliera, pero yo me negué otras tantas, así que, después de darme un buen combo de achuchones y besos, se marcharon a regañadientes.

Aunque me encantaba estar con ellos, me sentí mucho más aliviada y tranquila cuando se fueron. Puse música y me dediqué a limpiar la casa. Hacer las tareas del hogar siempre me ayudaba a abstraerme, y había demasiadas cosas en las que no quería pensar. No es que estuviera al borde del llanto por lo de la noche anterior, pero no podía librarme de un amargo poso de tristeza. Una tristeza resignada, de esas que se te sientan dentro a ver el tiempo pasar.

Había llegado a un acuerdo de bufet libre con mi estómago para aquellas ocasiones en que me sentía triste: me estaba permitido comer grandes cantidades de helado, chocolate, palomitas y cualquier alimento rico en grasas que el resto de días me sentiría culpable por probar. De modo que decidí hacer una rápida incursión al supermercado de mi calle para aprovisionarme.

Estaba en pijama y me daba pereza vestirme, así que solo cambié el pantalón por unos vaqueros y oculté la parte de arriba (que tenía un dibujo de Snoopy y Emilio y ponía «*I love my friends*», regalo de Katie y Emmet) debajo de la cazadora. Después me peiné un poco y salí a la calle.

Regresé al cabo de unos minutos con una tableta de chocolate de tamaño gigante, autoconvenciéndome de que el esfuerzo de subir y bajar cuatro pisos de escaleras para conseguirla

compensaba todas las calorías que iba a meterme entre pecho y espalda cuando me la comiera.

Estaba arrastrándome trabajosamente por el descansillo de la segunda planta cuando la puerta del piso de Karl se abrió y el susodicho salió al rellano. Para la ocasión, llevaba una camiseta negra con el lema «*Save water, drink beer*» y, aunque eran las siete de la tarde, tenía pinta de haberse levantado una hora atrás. Tenía el pelo aplastado por un lado y hasta me pareció verle marcas de la almohada en la mejilla y la sien.

—Vecina —me saludó con jovialidad, como si para él fuera normal abrir la puerta cada vez que alguien cruzaba por su rellano, para desearle buenas tardes.

—Hola, Karl. ¿Has olido mi tableta de chocolate o tu sentido arácnido te avisó de que pasaba por delante de tu puerta?

—Ha sido mi sentido arácnido, pero ¿has dicho que llevas chocolate? Las normas de nuestro edificio son claras: si eres interceptada transportando chocolate, debes compartirlo con tu interceptor —recitó con voz grave y seria.

—¿En serio? Llevo aquí unos meses y todavía no me había enterado.

—Sé que eres nueva, pero si hiciera la vista gorda contigo, tendría que hacerlo con el resto de vecinos, ¿entiendes? —prosiguió él—. No puedo dejarlo pasar. Pero ¡rápido, date prisa! ¡Entra en mi piso antes de que la vecina de enfrente nos vea y nos exija un tercio de la tableta! —exclamó, al tiempo que me invitaba a entrar en su casa haciendo aspavientos.

A decir verdad, le seguí un poco aturdida. Nunca había estado en su piso y, aunque Karl me caía muy bien, la situación era

extraña. Supuse que, cómo no, su invitación estaba muy relacionada con lo que había sucedido la noche anterior con Peter. Solo me faltaba encontrarme con Anna para haber hablado en un solo día con todo el mundo que estaba al tanto de su existencia.

Sin embargo, tampoco veía a Karl como el tipo de persona que te proponía que le abrieras tu corazón, así que estaba un poco desconcertada y también a la defensiva. Si no había hablado de lo sucedido con mi hermana ni con mis mejores amigos, tenía todavía menos intención de hacerlo con mi vecino.

—Siéntate, siéntate —me ofreció, señalándome su sofá.

El piso de Karl era tan pequeño como el mío, pero tenía una distribución diferente, lo que lo hacía parecer más grande. O quizás era simplemente que tenía muy pocos muebles. Además de la cocina, había una pequeña mesa con dos sillas, un sofá, el mueble con el televisor y una mesilla de té cubierta de revistas y botellines de cerveza vacíos.

Aparté una sudadera usada para hacerme hueco en el sofá, entre los mandos de su videoconsola y un montón de cojines. En el televisor se veía la imagen de una pantalla del videojuego *Lego Star Wars* en pausa. Se trataba de la pelea entre Obi Wan y Jango Fett en el hangar de Kamino.

—¿Te apetece una cerveza? —preguntó, abriendo su nevera.

—No, gracias, estoy bien.

Karl regresó junto a mí con una cerveza para él y tiró los cojines al suelo sin ninguna consideración para hacerse un sitio en el sofá.

—Estaba echando una partida —explicó, señalando el televisor con la barbilla—. Es un juego de...

—*Star Wars*, lo sé, yo también he jugado. Odio a Jango Fett. Me costó una hora derrotarle.

Pude ver el logo de *Star Wars* dibujándose en sus pupilas de pura emoción.

—¿Te gusta *La guerra de las galaxias*? —preguntó casi sin voz.

—Sí —respondí, con una sonrisa.

—Vale, ¿qué vas a hacer esta noche?

—Nada en particular.

—Está bien, te propongo un trato. Si echas una partida conmigo, no tocaré tu tableta de chocolate.

No creía que su invitación a jugar una partida fuera una trampa para hacerme hablar de Peter, y tampoco era que tuviera ningún plan para pasar el rato, así que no se me ocurrió ninguna razón para rechazar su oferta, a excepción de que llevaba la parte de arriba de mi pijama puesta. Por suerte, dado que Karl siempre solía tener un aspecto un tanto «desordenado», no pensaba que fuese a molestarle.

—Está bien, pero te advierto que soy una máquina, luego no te quejes si acabo yo sola con todos los droides...

—Eso habrá que verlo —repuso, y me tendió un mando.

Al final, nos enfrascamos en la partida y las horas se me pasaron volando. En algún momento, Karl calentó en el horno una pizza que casi se quema y cenamos sin dejar de jugar. Él no paraba de hacer comentarios jocosos sobre mi pijama, de picarme y de intentar quitarme todas las monedas que aparecían en cada pantalla. Cuando le tocaba manejar a R2D2, le gustaba arrojarse al

vacío para oír el gritito que el pequeño droide lanzaba; y cuando yo manejaba Padmé, le disparaba solo para fastidiarle.

En definitiva, me sorprendí pasando un buen rato y no pensando en absolutamente nada, hasta que al mirar el reloj me di cuenta de que ya era medianoche. En cuanto acabamos la siguiente misión, le dije a Karl que era hora de irme.

Él, tras intentar convencerme sin éxito para que jugáramos una última misión, me acompañó hasta la puerta (que estaba a un metro del sofá).

—Recuérdame que no juegue a más cosas contigo. En el *SingStar* también eres buena —comentó, apoyándose en el dintel de la puerta una vez hube salido al rellano.

—¡Si ganó Tim!

—Pero todos sabemos que la ganadora moral eres tú —me aseguró con solemnidad.

—Gracias por tu apoyo, y por la pizza. Buenas noches, Karl.

Pero no había dado ni un paso hacia la escalera cuando él volvió a hablar.

—Oye, Eryn... —Cuando me volví hacia él, me di cuenta de que parecía sentirse incómodo. Se había metido las manos en los bolsillos y no me miraba a la cara—. No se me da bien aconsejar sobre estas cosas, pero aunque Peter sea un poco tonto... *muy tonto*... es un buen tío. Lo que quiero decir es que... bueno, le gustas.

Se hizo un silencio un poco embarazoso. No parecía que Karl fuera a añadir nada más y yo no sabía qué responder. Sospechaba que decirme eso era lo que le había movido a interceptarme cuando

subía hacia mi casa. Por eso me había invitado a cenar y a echar una partida con él, porque no sabía cómo abordarlo.

De pronto, sentí una gran ternura hacia Karl y me alegré de que Peter tuviera a un amigo como él. Pero eso no hacía que tuviera ganas de hablar sobre lo sucedido la noche anterior.

Me acerqué, le besé en la mejilla y, después de desearle buenas noches, regresé a mi casa.

φ φ φ

El autobús me dejó en una calle cercana a casa de mis padres. Katie y Emmet tenían una resaca terrible del día anterior, así que ninguno me había acompañado a comer con ellos. Cuando por fin me digné a encender el móvil, me encontré con un mensaje de Emmet que intercalaba letras, números y símbolos y que interpreté como un «demasiada jaqueca, ya nos veremos». También me encontré con dos llamadas más de Peter y un mensaje de Henry pidiéndome que quedáramos para «aclarar las cosas». Volví a silenciar el móvil y me olvidé de él.

Entré en casa con mis llaves, por lo que nadie se percató de mi llegada. Eso me permitió cazar a mi padre en el salón. En esta ocasión estaba viendo *Phineas y Ferb* con los pies sobre la mesa (prueba irrefutable de que mi madre no andaba cerca) y una sonrisa casi infantil, mientras el doctor Doofenshmirtz contaba una de sus traumáticas anécdotas de niñez. No llevaba puesta su gorra, así que, como estaba sentado, tenía una buena panorámica de su incipiente calva. Me acerqué sigilosamente y le di un beso en ella.

—Estaba haciendo *zapping* —me aseguró, y cambió a un canal de deportes al tiempo que quitaba los pies de la mesa, por si mi madre aparecía alertada por nuestra conversación.

—No tienes por qué avergonzarte, *Phineas y Ferb* le gusta a toooodos los niños —aseguré, sentándome su lado.

Mi padre soltó un pequeño gruñido, pero se serenó cuando apoyé la cabeza en su hombro. Entonces me cogió una mano y, al descubrir que se me había quedado fría, se puso a calentármela con las suyas, como hacía cuando era niña.

—¿Qué tal ha ido esta semana, hija?

—Bien, papá, sin novedades. ¿Y la tuya?

—Bien, bien, salvo por la fuga de tu hermana el otro día.

—Ashley y sus novios —suspiré yo, comprensiva.

—Sí, sí —rezongó él. Guardó silencio unos segundos y se puso a jugar con los dedos de mi mano, estirándolos y doblándolos —. Oye, hija, ¿y el chico ese del que habló Katie?

Le miré con cara de «¿tú también, Bruto?», pero en el fondo, más que irritación, sentí ternura. Mi padre nunca, jamás de los jamases, hablaba de chicos conmigo y con Ashley. Era algo que prefería ignorar, como si no pudiera hacerse a la idea de que sus niñas se hubieran hecho mayores. El hecho de que me preguntara me resultó extraño, pero también me conmovió.

—Supongo que él también está bien —respondí con calma—. Solo somos amigos, papá, no tienes de qué preocuparte.

Había sido una respuesta de manual, pero me di cuenta de que era la verdad.

Peter y yo solo éramos amigos, o dos personas que empezaban a serlo, nada más. Después de todo, lo que había sucedido el viernes tampoco había sido tan grave. Yo ya sabía que no había olvidado a su novia y él nunca había mentido al respecto. De manera que podría haberme apartado cuando intentó besarme;

de hecho, era lo que debería haber hecho. Peter había bebido más que yo y estaba vulnerable después de ver a Aideen. En cierto modo, yo era incluso más responsable que él de lo sucedido. Y el pobre me había llamado un montón de veces desde entonces.

Ya le había castigado bastante. Resolví que cuando volviera a mi piso le llamaría: no tenía sentido seguir alargando esa situación.

Una vez decidido eso, la comida familiar transcurrió con normalidad. Mi madre no volvió a insistir sobre el tema y mi padre, que había decidido aceptar mis palabras como ciertas, parecía aliviado por haber cumplido con sus responsabilidades paternas al interesarse por el asunto.

Después de comer, di un paseo con Ashley para que me contara con todo lujo de detalles cómo había sido su cena de reconciliación con Lance y lo emocionada que estaba porque ya llevaban juntos dos semanas y tres días. Luego, me despedí de todos y regresé a Dublín.

Subí las escaleras intentando no hacer ruido, sobre todo al pasar por delante de la puerta de Karl. No creía que fuera a abordarme de nuevo una vez había defendido el honor de su amigo, pero tampoco quería darle esa opción. Estaba decidida a llamar a Peter y cualquier interrupción o conversación sobre él podría quitarme la determinación.

Por suerte, Karl no abrió la puerta y yo seguí mi trayecto, más confiada, buscando las llaves en mi bolso. Me llevó unos cuantos peldaños dar con ellas y, cuando lo hice, alcé la mirada y lo que vi hizo que se me parara el corazón.

Había alguien sentado en el último escalón antes de mi rellano. Era un hombre, con vaqueros, una cazadora de cuero negra y el móvil en las manos.

—Hola, Eryn —me saludó con timidez—. Estaba esperándote.

—Hola, Peter —balbuceé.

Ya no era necesario que le devolviera las llamadas.

Capítulo 12: Tu «rebote»

Peter se levantó del escalón rápidamente, guardándose el móvil en el bolsillo de la cazadora. Como estaba un par de peldaños por debajo de él, mis ojos quedaban unos centímetros por encima de su ombligo, lo cual era muy cómodo, porque me daba una excusa para no mirarle a la cara.

—Te iba a llamar ahora mismo —murmuró, con un tono de voz entre ahogado y avergonzado.

—Tengo el móvil en silencio —respondí a la cremallera de su cazadora.

Me sentía un poco estúpida. Sabía que tendría que darle alguna explicación por no haber contestado a sus llamadas, pero creí que dispondría de unos minutos más para pensarla y que no tendría que ser a la cara.

—Siento haberme presentado así en tu casa —añadió—, pero necesito hablar contigo y no me cogías el teléfono. ¿Podríamos, por favor, hablar de...?

—¿Por qué no... por qué no entramos en mi casa? —le interrumpí, titubeante.

Solo entonces me atreví a mirarle a los ojos. Estaba tan guapo, con un mechón de pelo cayéndole sobre las cejas y esa expresión de sorpresa, como si hubiera estado esperando que le echara rodando escaleras abajo de una patada, que experimenté una sensación de vértigo en el estómago.

—Claro —musitó él.

Así que subí los últimos peldaños (Peter se hizo a un lado torpemente, para dejarme espacio) y abrí la puerta de mi pequeña caja de zapatos.

Él me siguió dentro y cerró a mis espaldas. Después de oír el chasquido de la cerradura, me pregunté si invitarle a entrar había sido una buena idea. Al pasar a su lado había captado el olor de su colonia y ahora lo sentía envolviéndome, como aquella noche en su jardín. Eso me hizo revivir el beso de una manera muy gráfica, lo que sin duda no me iba a ayudar a mantener un discurso coherente.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté, como excusa para alejarme y ganar tiempo—. Creo que me queda alguna cerveza...

—Eryn, no hace falta, no quiero tomar nada, gracias —contestó él, suave pero directo.

Era obvio que no le apetecía dar rodeos, de modo que decidí afrontar las cosas como la persona adulta que se suponía era y lo enfrenté. Peter se había parado junto al sofá, sin quitarse la cazadora. No parecía tener intención de quedarse mucho tiempo. De pronto, noté una sensación de angustia asentándose en mi pecho. ¿Y si había venido a decirme que lo mejor era que no volviéramos a vernos?

No sería sorprendente, después de haber huido de su casa como si me persiguiera el asesino de *Scream* y, para colmo, haber ignorado sus llamadas durante casi dos días. Me había comportado como una quinceañera.

—Probablemente no te lo creas, pero iba a llamarte ahora mismo —sentí la necesidad de decir. Quería que constara en acta, fuera cual fuera el veredicto final.

—No te culpo por no haber atendido mis llamadas —se apresuró a asegurar él. Dio un paso hacia delante mientras hablaba, contemplándome fijamente. Ahí estaba, esa mirada tierna y apenada sobre mí. Comprendí que, si había algo que perdonar,

acababa de perdonárselo en ese momento, antes de que añadiera nada más—. Sé que el otro día me comporté como un capullo contigo.

A mí se me encogió el corazón al escucharlo.

—Fue culpa mía, estabas en un mal momento y habías bebido, yo no debería haber permitido que pasara algo de lo que te ibas a arrepentir.

Me di cuenta de que acababa de sonar como si me hubiera aprovechado de él, pero, al ver su tristeza, en cierto modo me sentía como si lo hubiera hecho. Sin embargo, en lugar de reclamarme su virtud robada, Peter se acercó a mí y me cogió las manos, las yemas de sus dedos escondidas en el interior de mis palmas, enviándome una corriente de energía del vientre a la garganta.

Me miró a los ojos. Estaba tan cerca que podía ver los primeros despuntes de una barba de dos días cubriendo sus mejillas y mentón, y la nuez de Adán insinuándose justo por encima de la cremallera subida de su cazadora. Tuve que concentrar todas mis fuerzas en aguantar el tipo y no decir ninguna estupidez. Me temblaban las piernas de expectación y solo podía pensar en que tal vez iba a besarme y en lo mucho que me apetecía que lo hiciera.

—Fui yo el que te besó, fui yo el que metió la pata... y lo siento mucho.

La energía acumulada se deshizo y desapareció, como si hubieran pulsado un interruptor. Me aparté de sus manos yforcé una sonrisa, tratando de disimular la decepción que sentía.

Sus palabras demostraban que lo que había temido era cierto. Se arrepentía de haberme besado. Solo lo había hecho para sacarse de la cabeza a Aideen.

Llevaba todo el fin de semana repitiéndome a mí misma que lo había hecho por eso, no tenía sentido deprimirme ante la confirmación. Por lo tanto, me obligué a aligerar el ambiente.

—No tiene importancia, Peter. Los dos habíamos bebido y la gente hace tonterías cuando ha bebido. Un amigo de Emmet me besó una vez, y eso que es gay. Olvidémoslo, ¿vale? ¿Estás seguro de que no quieres tomar nada? —Me escabullí hacia la cocina—. Debo tener algo más aquí. —Abrí la nevera y metí la cabeza dentro. Deseaba ser un avestruz en ese momento—. Tengo zumo, algún refresco y...

—Eryn, lo único que lamento es haberlo hecho precisamente *en ese momento*. Pero no lo hice por el alcohol ni por Aideen, lo hice porque me apetecía besarte.

Su voz me llegó a través de la puerta de la nevera, y por un momento tuve la sensación de que seguía dormida y estaba soñando que Peter se me declaraba mientras yo miraba las lechugas que había en mi frigorífico.

Pero no era un sueño, estaba pasando. Peter me acababa de decir que me había besado porque había querido hacerlo, mientras yo buscaba en el interior del cajón de las verduras (que nunca tenía verduras). O quizás se me había congelado el cerebro por sobreexposición al frío.

Cerré los ojos unos instantes, intentando poner mis pensamientos en orden. Ya era demasiado tarde para que todo quedara en una locura de borrachera que fingiríamos que nunca había sucedido. Peter había ido un paso más allá; al hablar de ello, lo había hecho *real*. Ya no podíamos volver a la casilla de salida.

Había llegado la hora de actuar como una adulta, aunque lo único que me apeteciera en ese instante fuera rodearlo con mis brazos y besarlo hasta quedarme sin aliento. En su lugar, saqué la cabeza de la nevera, cerré la puerta lentamente y le miré. Él seguía ahí, al otro lado de la barra americana. Y a mí me tocaba ser realista.

—Peter —tomé aire y sentí el corazón latiéndome en las sienes, en la boca y en el pecho, todo a la vez, con un zumbido de expectación—, la verdad es que me gustas. Me gustas mucho.

Al escucharme, sus ojos se abrieron del todo y la expresión de su rostro se dulcificó tanto que temí que las fuerzas me fallaran.

—Eryn, tú...

—Por favor, déjame acabar —le corté, mostrándole la palma de la mano. Si me interrumpía, no estaba segura de poder decir lo que tenía que decirle—. Y precisamente porque me gustas de verdad, no quiero ser tu «rebote».

Peter se quedó mirándome, confuso.

—¿Mi «rebote»?

—Mira, acabas de salir de una relación muy larga y es evidente que aún no has olvidado a tu ex novia. Es natural que intentes olvidarla con otra chica o incluso que salgas con alguien por despecho, pero esas cosas a la larga nunca salen bien y la otra persona acaba pasándolo mal. Ya lo he vivido antes y no quiero repetir la experiencia. Así que creo que lo mejor es que seamos solo amigos.

Lo había escupido todo tan deprisa que acabé sin aire y un poco mareada. Miré a Peter, hecha un manojo de nervios y ansiedad, pero él se limitó a contemplarme durante unos segundos,

sin expresión en el rostro. Finalmente hizo una mueca con la boca, curvando los labios apretados en una sonrisa que parecía forzada.

—Si eso es lo que quieres... no quiero perderte como amiga —dijo en voz baja. Sonó tan apagado que por un instante me replanteé lo que le había dicho.

¿Estaba tan segura de que no quería que me utilizara para olvidar a Aideen?

«Utilízame, Peter, ¡utilízame!», gritaba mi cuerpo, pero mi cabeza sabía que había tomado la decisión correcta. No quería que mi incipiente amistad con él acabase como mi relación con Henry. Ya no me quedaban energías para autoengañarme.

Pero eso no impedía que me sintiera muy triste. Casi podía oír a mi madre lamentándose porque su hija mayor acabaría sola con un montón de gatos que le romperían las cortinas.

—Podemos ser buenos amigos —ofrecí a modo de reparación, apartando de mi cabeza la trágica imagen una docena de mininos trepando por mis paredes—. Amigos que... no se abrazan ni se quedan solos cuando han bebido, pero buenos amigos al fin y al cabo.

—¿Eso significa que puedo llamarte algún día e invitarte a tomar un té? —preguntó él, y noté un brillo renovado en su mirada.

—Claro, cuando quieras.

Lo cierto era que quizás no estuviera dispuesta a ser su rebote, pero no quería dejar de verle. Mientras no cruzáramos ciertas líneas, creía que podríamos llevarnos bien. Habíamos detenido las cosas en el punto apropiado. Quizás nos sentiríamos un poco incómodos las primeras veces, pero al menos no me dolería estar con él.

—Bien. —Peter me devolvió la sonrisa, ligeramente desviada —. Ahora tengo que irme, Karl me está esperando.

—Salúdale de mi parte —contesté, en cierto modo aliviada por su marcha. El ambiente estaba todavía demasiado enrarecido. Quizás pasados unos días podríamos comportarnos como siempre —. Y sé clemente con él, anoche le di una paliza en el *Lego Star Wars*.

Era obvio que me sentía aquejada del síndrome de Chandler Bing, consistente en hacer comentarios presuntamente graciosos para lidiar con mis nervios y mi incomodidad. A juzgar por la cara de Peter, mi comentario presuntamente gracioso había sido un comentario muy poco gracioso.

—¿Estuviste con Karl?

—Sí, nos encontramos en las escaleras y me invitó a jugar una partida con él.

Peter asintió, muy serio; tan serio que por un momento pensé que había metido la pata. Pero entonces se inclinó sobre la barra americana y me dio un beso en la mejilla que me pilló por sorpresa.

—Te llamaré —me dijo junto al oído, antes de apartarse. Después dio media vuelta y salió de mi minúsculo piso, sin mirar atrás.

Yo me llevé una mano a la mejilla que sus labios habían tocado y me pregunté si cabría entera dentro de la nevera.

φ φ φ

Cuando Peter llamó a la puerta de Karl, este le abrió de inmediato. Fue tan rápido que se preguntó si no habría estado espiando por la mirilla desde que se había ido al piso de Eryn para esperarla.

—Dime, ¿cómo ha ido? —le preguntó con impaciencia.

—No lo sé. —Peter se dejó caer en el sofá, soltando un largo suspiro—. No está enfadada conmigo, pero me ha dicho que, aunque le gusta, no quiere ser mi «rebote».

—*Ouch*, vaya. —Su amigo negó con la cabeza con aire entendido, mientras se dirigía a su nevera a buscar un par de cervezas, como si ya supiera que las iban a necesitar.

—¿Por qué tú sabías lo que es un «rebote» y yo no? No has tenido una relación en tu vida —disparó Peter.

Vale, estaba un poco molesto. Primero Karl pasaba la noche con Eryn y se olvidaba de mencionarlo, y ahora sabía lo que era un «rebote», cuando él no había oído ese término jamás.

—Pues porque he sido el «rebote» de muchas chicas —explicó el aludido, asintiendo con gesto sabio y solemne. Se sentó junto a Peter y puso los pies sobre su mesa de té, pasándole una cerveza fría—. Es lo mejor. Verás, después de una relación larga, se sienten liberadas y tienen más ganas que nunca de pasar un buen rato.

Peter guardó silencio unos instantes, dejando que el botellín de cerveza le enfriara los dedos. ¿Era eso lo que pensaba Eryn de él? Debía de tener un concepto bastante malo de su persona.

Pero Peter no había ido a verla con ninguna intención, más allá de arreglar las cosas con ella. Era obvio que se sentía atraído por Eryn, pero ni siquiera sabía si estaba preparado para volver a estar con alguien... hasta que ella propuso que fueran solo amigos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que eso le decepcionaba y no era suficiente para él, no después de lo que había pasado en su jardín.

Sin embargo, había decidido que una retirada a tiempo era una victoria. Estaba confuso y triste. No habían pasado ni seis meses desde lo de Aideen. Creía que mudarse a una nueva casa había sido el último clavo en el ataúd de su relación, pero no era así. Estar preparado (o al menos, dispuesto; o, mejor dicho, interesado) en probar suerte con otra persona, permitirse incluso la posibilidad de enamorarse de nuevo, eso sí que era dar el carpetazo final a lo suyo con Aideen.

Guardó silencio unos instantes, preguntándose si eso le entristecía. Descubrió que no. Solo sentía una ligera nostalgia, por lo que pudo ser y no fue. Suponía que después de estar juntos tres años era natural.

Pero el sentimiento que predominaba no era nostalgia. Era decepción. No por su relación pasada, sino por haber frustrado su futuro y haberle hecho más daño a Eryn del que ella dejaba ver. Después de Bufanda Marrón, no le sorprendía que pensara que él iba a hacer lo mismo. Aunque debía reconocer que le ofendía un poco que creyera que la trataría como Karl a sus ligues. Después de todo, su amigo se consideraba un experto en «rebotes».

—Y luego no vuelves a llamarlas, ¿verdad? —soltó, sin poder disimular cierto enfado.

—Qué va —replicó Karl, con naturalidad—. Es lo mejor de todo, ¡ni siquiera me dan su teléfono! No quieren que las llame. Solo quieren... desahogarse.

Peter no era ese tipo de persona. No quería ser ese tipo de persona. No quería que Eryn pensara que lo era.

—Y bueno, ¿qué más te ha dicho?

—Me ha dado saludos para ti. Dijo que ayer la invitaste a jugar al *Lego Star Wars* —repuso Peter con tono acusatorio.

¿Por qué no se lo había contado Karl? ¿Y tan bien se llevaban que ya la invitaba a su casa? Las únicas mujeres que Karl invitaba a entrar en su piso eran las que acababan en su cama.

—Ah, sí. Es buena, y le gusta *Star Wars*, Peter. Y la pizza con doble de queso. Esa chica es una joya.

Peter acababa de descubrir que a Eryn le gustaba *Star Wars*. Por un momento, sintió la tentación de responder que ya lo sabía, en un arrebato infantil e irracional, pero se contuvo.

—Ya lo veo, hasta la has invitado a cenar contigo —rezongó.

Karl abrió la boca para responder, pero se detuvo y miró fijamente a su amigo durante unos segundos. Después se echó a reír, haciendo que Peter se sintiera idiota.

—¿Qué es tan gracioso?

—¿Estás celoso? —Karl soltó otra risotada, como si todo aquello le pareciera divertidísimo. Tanto como ese programa de japoneses haciendo pruebas absurdas y cayéndose de todas las maneras humanamente posibles, con el que se le saltaban hasta las lágrimas—. Tío, la invité a cenar para romper una lanza a tu favor. Bueno, y porque me cae bien. Pero no tienes de qué preocuparte. Si tuviera cincuenta años, que es más o menos cuando empezaré a plantearme la posibilidad de tener una relación en cierto modo estable, probablemente me fijaría en Eryn o en alguien como ella. Pero no es el caso.

Y, para rematar el fin de semana, Peter se había comportado como un imbécil con su mejor amigo. Iba a disculparse cuando sonó el timbre.

—Vaya, ¿quién será? —se preguntó Karl, al tiempo que se levantaba para ir a abrir la puerta.

Cuando Peter pensaba que nada podía salirle peor ese día (Eryn le había dado calabazas y se había puesto ridículamente celoso de Karl, ¡de Karl!), vio a Anna bajo el marco de la puerta entreabierta, oculta en parte por el cuerpo de su mejor amigo.

—Peter no está aquí —escuchó mentir a Karl, entornando más la puerta—, así que lárgate.

—No está en su casa y no me coge el teléfono —replicó Anna, colando un pie entre el marco y la hoja de madera para evitar que Karl le cerrara en las narices, como resultaba obvio que era su intención—. Es domingo por la tarde, solo puede estar aquí.

—Aunque estuviera aquí, que no es el caso, ¿qué te hace pensar que querría ver tu desagradable cara de traidora, eh? Si no te coge el teléfono, será por algo.

—¿Y qué te hace pensar a ti que me importa tu opinión? —contraatacó Anna, con la voz de pito que le salía cuando se enfadaba.

—¡Qué casualidad!, a mí tampoco me importa la tuya, así que esfúmate. —Y, dicho eso, Karl intentó cerrar la puerta apoyando todo su peso contra ella.

Sin embargo, Anna no apartó el pie y comenzó a forcejear con él, mientras los dos se lanzaban insultos a través de la hoja de madera.

—¡*Vade retro*, Satanás!

—¡Estúpido fracasado, madura!

Resultaba evidente que los dos estaban dispuestos a luchar hasta su último aliento, de modo que Peter decidió intervenir. A

pesar de que no le apetecía nada ver a Anna, no podía seguir evitándola si no quería que se acabara plantando en su portal a esperar a que regresara (como él había hecho con Eryn, dicho sea de paso).

Todavía no la había perdonado. No entendía por qué había llamado a Aideen, por mucho que ella hubiera dicho que tenía ganas de verle. Anna mejor que nadie debía saber que Peter no estaba preparado para eso; es más, ni siquiera le había hablado de ella en las últimas semanas. ¿A qué había venido lo de invitarla a su casa sin consultarle?

—Karl, yo me encargo.

Su amigo dejó de recostarse contra la puerta y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Estás seguro? Tengo provisiones para varios días y no tengo ganas de ir a trabajar mañana. Podemos resistir un sitio.

Peter asintió con solemnidad y Karl, negando con la cabeza, se retiró. Anna aprovechó el momento para abrir por completo, aunque al ver a Peter no se atrevió a cruzar el umbral.

Karl se aseguró de que no lo hiciera.

—Ni se te ocurra —gruñó, apostándose junto a la entrada—. Peter, si quieres hablar con esta arpía, no te lo impediré, pero me niego a que entre en mi casa. Seguro que antes de que me dé cuenta monta una fiesta con mis ex ligues por invitadas.

—Serían tan pocas que difícilmente podría llamarse fiesta —espetó Anna con un gesto de desdén.

—Oye, ¡ya está bien! —Eso sí que había logrado ofender a Karl. Una cosa era que le llamaran inmaduro, estúpido o fracasado, y otra que dudaran de su encanto viril—. ¡Eres una...!

—No te preocupes, Karl, hablaremos fuera —terció Peter, antes de que la sangre llegara al río.

Salió al rellano con prisas y se aseguró de cerrar la puerta, justo en el instante en que Karl remataba su frase con un audible «BRUJA». Anna frunció la boca al oírlo.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos largos segundos. Eso les permitió escuchar cómo Karl entreabría la puerta suavemente para cotillear.

—¿Estás muy enfadado conmigo? —preguntó Anna, proyectando su delgado labio inferior hacia fuera.

Tenía las manos enlazadas en el regazo y la cabeza gacha. Era la viva imagen del arrepentimiento. Karl lanzó un bufido, indicando que a él no le engañaba. Peter no sabía qué responder. En realidad, no estaba enfadado, sino decepcionado.

—No lo sé, es que no entiendo por qué invitaste a Aideen.

—Lo siento mucho, realmente creí que te alegraría verla. Quería que tu fiesta fuera perfecta —aseguró ella, gesticulando con las manos ansiosamente.

A Peter le costaba creerla, porque no comprendía cómo podía haber llegado a la conclusión de que su fiesta sería perfecta si Aideen se presentaba allí. Pero ¿qué otra razón podría haber tenido para invitarla, de lo contrario?

Karl bufó de nuevo y Anna le lanzó una mirada furibunda.

—Pero ¿qué te hizo pensar que me alegraría verla? —insistió Peter, ignorando los intercambios de miradas asesinas de sus dos amigos—. Llevábamos semanas sin hablar de Aideen y la última vez que lo hicimos, fuiste tú la que me dijo que no volver a verla era lo mejor para mí.

Anna guardó silencio unos instantes, cabizbaja.

—Me equivoqué, Peter, pero no lo hice con mala intención.

—¡Y un cuerno! —Karl abrió la puerta de golpe, como si no pudiera soportar el escuchar más tonterías, y comenzó a gritar—. Sabías perfectamente lo que pasaría si Peter veía a Aideen. Sabías que eso le hundiría y ¡eso era justo lo que querías!

—¿Por qué iba a querer algo así? ¡Yo quiero mucho a Peter! —se defendió Anna, subiendo el tono de su voz varios decibelios, y con ello también su agudeza.

—¡Exacto! —exclamó Karl, señalándola con un dedo acusador—. ¡Lo quieres para ti!

—¿Se puede saber qué son esos gritos? —profirió una indignada voz de mujer—. ¡Es domingo y hay gente que tiene resaca!

Aturdido por el festival de aullidos, Peter miró hacia las escaleras. Katie y Emmet, los amigos de Eryn, subían los escalones apoyados la uno en el otro. Ambos llevaban enormes gafas de sol que les tapaban casi toda la cara, estaban pálidos y portaban un cargamento de bebidas energéticas.

Aunque no podía verles los ojos, Peter supo el momento exacto en que los reconocieron, porque Emmet levantó las cejas hasta que se perdieron bajo sus rizos pelirrojos y Katie puso una mueca de asco.

—¡Los que faltaban! —masculló Anna.

—Ellos sí pueden estar aquí, porque vienen a ver a una inquilina a la que le caen bien —apuntó Karl.

—¡Yo no he venido a verte a ti, gañán!

—Pero has venido a mi casa y no recuerdo haberte invitado a hacerlo.

—Bueno, si no tiene problemas para invitar a otras personas a casas ajenas, no me extraña que no se corte a la hora de plantarse donde no es bien recibida —metió baza Katie.

Karl alzó una mano para que Katie la chocara y ella lo hizo en la distancia, porque los separaban varios escalones. Mientras tanto, Emmet había sacado el móvil y escribía un mensaje a toda velocidad.

Peter se dio cuenta de que, si no frenaba aquello, las cosas podrían descontrolarse muy pronto. Anna parecía a punto de arañarle a Karl toda la cara.

—Calmaos todos —dijo, **con tono** apaciguador—. Anna ha venido a pedirme disculpas y...

—¿Le has pedido disculpas a Eryn, Peter? —le interrumpió Katie.

—¿Disculpas por qué? —intervino Anna.

Entrecerró los ojos y se volvió hacia él en actitud demandante, como si le debiera una explicación.

—Eh, estoy hablando con Peter —señaló **Katie, cortante.**
Katie, cortante.

—Yo estaba hablando con él antes de que tú aparecieras, entérate —replicó Anna, con idéntica brusquedad—. De hecho, Peter, ¿qué es eso de pedirle disculpas a esa? ¿Por qué?

Él abrió la boca para responder, pero Karl se le adelantó.

—No es asunto tuyo, ¿entiendes? Aunque desde luego sí es culpa tuya. Es justo lo que pretendías invitando a Aideen, ¿verdad?

—¿Pretender qué? —preguntó Anna con inocencia.

—¡Qué la cagara con Eryn! —chillaron Katie y Karl a la vez.

A Peter empezaba a cansarle que todos se comportaran como si él no tuviera voz para participar en la conversación o directamente como si no estuviera allí, pese a que era el epicentro principal de la discusión. Además, no necesitaba que nadie le recordara que la había cagado con Eryn.

—Chicos... —comenzó, menos pacífico que la última vez.

—No sé de qué me habláis —se defendió Anna, ignorando por completo su intervención.

—¡Quizás Peter te crea porque está alelado (lo siento, Peter, pero es la verdad), pero a mí no me engañas!

—¿Y qué es eso, oh Mr. Inteligencia Superior, que a ti no se te escapa, aunque al resto de los mortales sí?

—¡Pues que eres...!

En ese momento, sin duda debido a todo el escándalo, la anciana que vivía frente a Karl abrió la puerta de su piso y se asomó, con rulos en la cabeza incluidos y una expresión de horror en el rostro, alzando las blanquecinas cejas con estupor. Peter imaginó que la pobre anciana debía estar alucinada por el espectáculo que había encontrado en su rellano.

Karl se calló de golpe al ver la cara de susto de su vecina. Por primera vez desde que lo conocía (y se conocían desde hacía mucho), Peter se dio cuenta de que su amigo se sentía avergonzado.

—No pasa nada, señora Stevenson —explicó este con amabilidad y una expresión dócil que Peter nunca le había visto—. Lo sentimos si los gritos la han asustado.

—Lo sentimos mucho —se unió Emmet, participando por primera vez en la conversación.

Peter y las chicas se sumaron a las disculpas de Karl y Emmet con murmullos pesados, tras lo que se hizo un silencio lleno de expectación. La perpleja mujer miró al grupo de jóvenes, uno por uno, sin variar ni un ápice su expresión de espanto. Después reuló hacia el interior de su piso y cerró de un portazo sin decir ni una palabra. Eso fue suficiente para que Peter se sintiera abochornado por el número que estaban montando.

—¿Ves lo que has hecho? —masculló Karl entre dientes, mirando de manera mortal a Anna.

—¿Yo? —se defendió ella con incredulidad—. ¡Has sido tú el que no sabe quedarse fuera de las conversaciones que no le incumben!

—Dejadlo ya. —Peter fue tajante esta vez, para evitar que se reanudaran las discusiones.

Karl y Anna se callaron, sin tomarse la molestia de fingir estar ni un poco avergonzados por su comportamiento. Peter pensaba que tal vez podría lograr manejar la situación, cuando Katie exclamó con alegría:

—¡Por fin! ¡Aquí estás!

Con un terrible presentimiento, Peter se volvió siguiendo la mirada de Katie. Cuando creía que ya era imposible que el día fuese a peor, vio a Eryn bajando las escaleras del tercer piso con expresión de confusión absoluta.

—¡Ahora sí estamos todos! —gruñó Anna con sarcasmo.

Peter deseó más que nunca que la tierra le tragara.

Capítulo 13: Operación «Reconquista En El Desierto»

Se hizo un silencio muy incómodo en el que todos intercambiaron miradas con todos, sin que nadie se atreviera a hablar. Peter se sentía tan violento que sencillamente no sabía qué decir.

Fue Anna quien rompió el silencio.

—¿Qué hace esta aquí?

Karl, Katie, Emmet y Peter abrieron la boca a la vez para contestar, pero Eryn se les adelantó.

—Vivo aquí, ¿y tú? ¿Qué haces *tú* aquí?

—¡Seguirte! —contraatacó Anna, exagerando su sarcasmo—. Me he acostumbrado tanto a verte en *todas* partes que ya te estaba extrañando.

—¡Oh! —Emmet se llevó una mano a la boca, como si en la vida hubiera esperado que Anna fuera capaz de contestarle con semejante descaro a su amiga.

Aquello ya fue demasiado. Eryn vivía allí y, si no la habían atraído los gritos, lo habría hecho Emmet con un mensaje de texto. La pobre entendía tan poco lo que estaba sucediendo como la señora Stevenson, vecina de Karl. Anna no tenía por qué hablarle de esa manera.

—Anna, si realmente quieres hablar conmigo, baja al portal y espérame allí —concluyó, con tono seco.

Anna abrió la boca como si fuera a discrepar, pero pareció pensárselo mejor y se dirigió a las escaleras con aire digno. Katie y Emmet tuvieron que apartarse para dejarle un hueco minúsculo (ninguno de los dos se esforzó mucho, todo sea dicho) por el que poder pasar. Anna bajó los escalones a zancadas, asegurándose de

hacer mucho ruido. El sonido de sus tacones se intercalaba con el de sus suspiros exasperados.

—Creí que nunca se largaría —confesó Karl, sin molestarse en bajar la voz.

Anna le enseñó el dedo corazón antes de desaparecer por el recodo de las escaleras.

—Karl, déjalo ya —lo amonestó Peter—. Vuelve a casa y espérame ahí.

Karl refunfuñó un poco, porque obviamente no quería perderse lo que fuera a suceder, pero después de intercambiar una mirada cómplice con Katie se metió en su piso.

Una vez establecida una distancia de seguridad entre los dos puntos de alto riesgo (Anna y Karl), Peter se volvió hacia Eryn.

Ella seguía en las escaleras, agarrándose a la barandilla con una mano y con pinta de sentirse muy fuera de lugar. A Peter no le extrañaba, después de lo que había visto y lo desagradable que había sido Anna. Lamentaba tanto que hubiera tenido que presenciar semejante circo que no sabía cómo empezar a disculparse.

—Eryn, ¿podemos hablar un momento? —le preguntó. Ella asintió en silencio—. A solas —añadió, con toda la delicadeza que pudo.

—Emmet, Katie, ¿por qué no me esperáis en casa? La puerta está abierta —dijo ella con suavidad.

Emmet puso cara de fastidio y Katie se bajó las gafas de sol para que él pudiera ver su mirada asesina, pero los dos subieron las escaleras rumbo al cuarto piso, aunque sin darse mucha prisa.

Eryn lo miró, abochornada, mientras escuchaban a Katie protestar y a Emmet consolarla en voz no lo suficiente baja («No te preocupes, después nos lo contará todo»). Peter se preguntó por qué los dos tenían amigos que los privaban de toda dignidad. Quizás deberían empezar a relacionarse con otra gente.

—¿Bajamos al siguiente rellano? —propuso, y lanzó una mirada elocuente a la puerta cerrada del piso de Karl. Le pareció escuchar un murmullo ofendido, amortiguado por la madera.

Eryn asintió y los dos bajaron en silencio los escalones hasta el rellano del primer piso. No podía seguir hasta la planta baja, porque Anna estaba en el portal, y subir tampoco era una opción, porque se apostaba algo a que Katie y Emmet estaban agazapados en el siguiente descansillo. Era ridículo que tuviesen que esconderse para mantener una conversación, pero esa era la vida que les había tocado vivir.

—Te estarás preguntando de qué va todo esto —comenzó Peter, incómodo.

—La verdad es que sí. Emmet me mandó un mensaje diciéndome que bajara al piso de Karl a toda prisa, porque era urgente. Pensé que le había pasado algo.

No intentó encubrir a Emmet, lo que le hizo saber que estaba muy molesta por lo sucedido.

—Lo siento. Anna se presentó en el piso de Karl buscándome, y de pronto aparecieron Katie y Emmet, todo el mundo empezó a gritarse y no me dejaban ni hablar. A veces pienso que debería cambiar de amigos, ¿tú no?

—A menudo —asintió ella—. En ocasiones creo que eres la única persona normal con la que me relaciono. Es como si el título

de *La vida más patética* no significara nada para ellos.

—No hay respeto —se lamentó él con amargura.

Se quedaron callados, pero ya no era un silencio incómodo; los dos sonreían.

—Te pido perdón si Katie ha dicho algo... si le ha dicho algo a Anna que, bueno...

—No te preocupes, acababa de llegar. De todos modos, Karl ya se basta por sí solo. Anna no le cae muy bien.

Eryn separó los labios para decir algo, pero al final pareció pensárselo mejor y murmuró un simple «ya».

—A ti tampoco debe de caerte muy bien después de la manera en que te ha hablado, lo siento —se disculpó Peter.

—No tiene importancia. Además, ¿qué es eso de disculparnos por nuestros amigos? Que se disculpen ellos —bromeó ella en tono indignado.

—Deberían. Y supongo que yo debería hablar con Anna.

Aunque no le apetecía nada. Preferiría quedarse en un rellano minúsculo y gris con Eryn, hablando sobre cualquier tontería, que bajar a ver a Anna. Ni siquiera sabía qué decirle.

—¿Estáis... estáis enfadados? —preguntó ella, titubeante.

—No la he visto desde la cena y no he contestado a sus llamadas. No sé por qué invitó a Aideen, pero no debería haberlo hecho.

Eryn guardó silencio unos instantes. De nuevo, a Peter le dio la impresión de que se estaba conteniendo para no decir lo que pensaba.

—No seas muy duro con ella —murmuró al final.

—¿Por qué? —se extrañó él.

No estaba seguro de saber ser muy duro con nadie, pero, después de que Karl le animara a arrojar a Anna a una hoguera, le sorprendía que precisamente Eryn le aconsejara clemencia.

—Bueno, ella... Es ella quien debe decírtelo —contestó, enigmática—. Ahora debería volver, tengo miedo de que Katie y Emmet incendien mi piso. Es casi de cartón, altamente inflamable.

Eryn siempre hacía bromas para suavizar la situación y hacerle las cosas más fáciles. Peter sintió ganas de volver a besarla, pero ella ya estaba con un pie en las escaleras, y además se suponía que no podía hacerlo, así que se quedó parado hasta que la vio desaparecer por el recodo, sin mirar atrás.

Ahora era su turno de bajar a hablar con Anna y afrontar la verdad.

Ella estaba esperándole en la acera, mirando con ansiedad al interior del portal por si Peter aparecía. Cuando le vio, en su rostro se dibujó una expresión de alivio, pero también de cautela.

—Por fin solos —murmuró en cuanto Peter se reunió con ella.

—Sí. Querías hablar, hablemos —dijo él, en tono neutro.

—Ya te he dicho que lo siento mucho. No volveré a invitar a Aideen a tu casa. De hecho, no volveré a hablar con ella.

—No quiero que dejes de hablar con Aideen por eso. Lo que quiero es la verdad. ¿Por qué la invitaste, Anna? Y no me mientas.

Anna lo miró con una mueca extraña en los labios. Guardó silencio tanto tiempo que Peter pensó que no iba a decir nada. Finalmente, suspiró y se recogió un mechón de pelo rubio tras la oreja.

—¿No es obvio?

Quizás sí era obvio, quizás Karl tenía razón y él era un idiota. Pero quería oírlo de la boca de Anna.

—Sea lo que sea, dilo.

Ella se mordió el labio inferior y, por un instante, a Peter le pareció ver lágrimas en sus ojos, aunque desaparecieron tras un parpadeo.

—Siento algo por ti, Peter —declaró.

Para ser sincero, Peter ni lo había sospechado hasta que oyó a Karl acusarla de quererle para ella. Aideen los había presentado varios años atrás y, desde entonces, Peter solo la había visto como una amiga. Nunca se le había ocurrido pensar en ella de otra manera. Quizás por eso creyó que Anna tampoco lo haría.

Sin embargo, seguía sin responder claramente a su pregunta.

—Pero no lo entiendo, Anna, si sientes eso... ¿por qué invitaste a Aideen?

—Por todos los santos, Peter, es evidente —masculló Anna, irritada—. ¡Por Eryn! Me he pasado años, ¡años!, esperando pacientemente a que Aideen y tú rompierais. ¿Recuerdas el día en que tú y Aideen os conocisteis? ¿Recuerdas siquiera que yo también estaba en aquel pub? ¿Quieres saber por qué Aideen se acercó a hablarte? Porque yo se lo pedí. Me había fijado en ti, pero no tenía el valor para presentarme yo misma, así que la envié a ella...

Peter recordaba a la perfección el día en que conoció a Aideen. Estaba en un pub llamado Gallagher's, esperando a Art y Karl que, como de costumbre, llegaban tarde. Bebía una Paulaner y el disco *Jailbreak* de Thin Lizzy sonaba por segunda vez. Aideen llevaba un jersey de cachemira blanco y el pelo rubio recogido en un

moño que se deshacía por todas partes. Se sentó en un taburete junto a él y se presentó. Después empezaron a hablar y no dejaron de hacerlo durante horas.

No recordaba que Anna hubiese estado allí.

—Al principio, no le di importancia —continuó ella, con la voz cargada de amargura—. Pensé que lo vuestro no duraría... pero lo hizo. Así que me callé mis sentimientos y **aguardé durante años, con la esperanza de que algo saliera mal, esperando** en silencio a que rompierais, sin hacer nada, sin contárselo a nadie... Y, cuando al fin pasó, estuve ahí para ti, Peter. Te escuché durante semanas, sequé tus lágrimas, te animé y aguardé con paciencia a que te recuperaras. Ya había esperado tres años, ¿qué eran a fin de cuentas unos meses más? Pero cuando parecía que te estabas recuperando... conociste a esa pánfila de Eryn y le pusiste ojitos desde el primer minuto. ¡No te ayudé a recuperarte para que te fueras con otra! ¡Era en *mí* en quien debías fijarte, maldita sea! ¡Se suponía que esta era mi oportunidad! ¡No podía permitirlo!

En algún momento de su acalorado discurso había empezado a llorar. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y caían sobre el cuello de su cazadora, o se colaban en su boca entreabierta. Peter la miraba y se sentía una persona horrible y un amigo lamentable. Nunca había imaginado que Anna sintiera eso, y mucho menos desde hacía tanto tiempo. Jamás se le hubiera pasado por la cabeza. Había estado tan ciego...

Alargó una mano hacia ella, pero no llegó a tocarla. No sabía muy bien qué hacer a continuación, si disculparse, abrazarla o intentar decir algo que la hiciera sentir mejor. Sin embargo, Anna aún no había acabado.

—Por eso llamé a Aideen. —Masticó cada palabra antes de escupirla y alzó la barbilla, desafiante—. Sabía que si la veáis te olvidarías de esa entrometida. Sabía que te pondrías triste, pero yo estaría ahí para consolarte de nuevo, y esta vez sí que te darías cuenta de que soy yo con quien debes estar.

Casi podía oír la voz de Karl en su mente: «No le importó destrozarte con tal de tenerte para ella». Pero Peter solo podía sentir pena. La idea de que llevara tres años enamorada de él lo atormentaba.

Sin embargo, además del pesar y de cierta sensación de culpabilidad, no tenía nada más para Anna: no sentía por ella otra cosa que amistad. Y, aunque también estaba un poco molesto por lo sucedido en la cena en su casa, lo menos que podía hacer era ser franco con ella e impedir que siguiera albergando falsas ilusiones con respecto a él.

—Lo siento, Anna, pero yo no puedo verte de esa manera —dijo con voz queda—. Eres una de mis mejores amigas y me gustaría que siguieras siéndolo, pero es todo lo que te puedo ofrecer.

Ella se envaró, como si Peter la hubiera insultado.

—¿Por culpa de esa mosquita muerta? ¿La has visto bien, Peter? Desde que Aideen te dejó, has perdido el norte.

—Sé que esto no está siendo fácil para ti, pero no vuelvas a insultar a Eryn —replicó Peter con frialdad.

Imaginaba lo duro que le resultaba a Anna lo que estaba pasando e intentaba ser comprensivo, pero su manera de referirse a Eryn lo enfurecía. Ella no tenía la culpa de nada; es más, le había aconsejado a Peter que no fuera demasiado duro con su amiga. No

había duda de que sabía lo que Anna sentía por él. Una muestra más de que todos se habían dado cuenta, excepto él.

—Muy bien, ¡pues quédate con ella! —Anna le puso las manos en el pecho y lo empujó, haciéndolo retroceder un par de pasos—. ¡Ahora entiendo a Aideen! ¿Quieres saber por qué te dejó? ¡La aburrías! ¡Se cansó de ti! Eras como un perrito comiendo de su mano, siempre dejándote mangonear. ¡Eres patético!

Peter separó los labios, acusando el golpe, pero tras unos segundos resolvió no decir nada. De todos modos, Anna tampoco le dio mucho tiempo para pensárselo. Después de insultarle, se limpió las lágrimas con rabia, le lanzó una mirada llena de desprecio y se alejó a toda prisa por la acera, confundándose con los peatones.

Él se quedó parado en el portal durante un buen rato, intentando descubrir qué sentía. No sabía si estaba apenado, dolido, decepcionado, enfadado... Puede que todo a la vez. Anna se había ido, pero había decidido caer matando. Las cosas que le había dicho sobre su ruptura con Aideen...

Una parte de él se preguntó si eran verdad. Intentó repasar mentalmente sus últimos meses juntos, en busca de síntomas que confirmaran las palabras de Anna, pero descubrió que sus recuerdos eran cada vez más borrosos. Había rememorado tantas veces todos los momentos de su relación con Aideen que ya los había gastado. Eran como de otra vida. Comprendió, con una mezcla de resignación e indiferencia, que ya no tenían importancia. Imaginaba que eso debía significar que había superado la ruptura.

La tristeza que le envolvía en ese momento se debía más a la discusión con Anna y la conversación previa con Eryn que a su

malograda relación con Aideen. Eso lo hacía todo más fácil, y al mismo tiempo más difícil.

No tenía muchas ganas de hablar con Karl, pero tampoco le parecía apropiado marcharse a su casa sin decirle nada, por lo que decidió regresar al piso de su mejor amigo. Este le abrió la puerta de golpe sin necesidad de que llamara.

—¿Qué ha pasado, tío? —le preguntó, impaciente.

Una vez se sentaron y Peter tuvo una cerveza en la mano (cortesía de Karl), le contó de manera breve lo que había ocurrido. Karl hizo los comentarios que cabía esperar («¿Ves como era una bruja?») y le aseguró que iba a estar mejor sin ella, pero Peter se sentía aturdido y decaído.

Anna tenía razón: era un idiota que no se había visto venir nada de aquello. Por supuesto que una parte de él estaba enfadada con ella por invitar a Aideen a su casa y por las crueles cosas que le había dicho. Pero a otra parte, considerablemente más grande que la primera, le mortifican todas las ocasiones en que había acudido a ella buscando consuelo después de su ruptura, todas las veces en que Anna le prestó su hombro y le escuchó con paciencia, a pesar de lo duro que eso debía ser para ella si sentía algo por él.

Sin embargo, no veía cómo arreglar esa situación y tampoco sabía si quería hacerlo. Anna había despreciado su amistad, y su manera de obrar había tenido graves repercusiones. Si Aideen no hubiera aparecido aquella noche, las cosas entre Eryn y él habrían podido ser muy diferentes.

—Eh, vamos, alegre esa cara. Un estorbo menos del que preocuparte —le dijo Karl, dándole una palmadita en el hombro—. En realidad, deberías estar contento.

—He perdido una amiga y lo he estropeado todo con Eryn, eso en un solo fin de semana. Creo que voy a pasar de dar saltos de alegría —replicó Peter amargamente.

—Has perdido a una arpía y lo de Eryn solo ha sido el primer asalto. Dime, ¿qué piensas hacer? ¿Tirar la toalla o ganártela?

—Pero ¿cómo? Si intento algo, pensará que solo lo hago por despecho. No quiero que me vea como otro Bufanda Marrón.

—Lo único que pasa es que Eryn se siente insegura respecto a tus sentimientos. Solo necesitas demostrarle que te gusta de verdad —explicó Karl, con una seriedad inusitada.

A Peter la situación no podía parecerle más surrealista. ¿Karl dando consejos amorosos? Para su mejor amigo, un consejo amoroso era sugerirle frases para ligar, del estilo «¿Te dolió mucho cuando te caíste? Del cielo, quiero decir», asegurando que eran infalibles. Así que el hecho de que estuviera diciéndole algo con bastante sentido era desconcertante.

—¿Has estado viendo *Sexo en Nueva York* de nuevo? —sospechó.

Peter lo había pillado más de una vez viendo reposiciones de la serie en un canal «para mujeres» cuando vivía con él. Karl siempre se excusaba diciendo que estaba haciendo *zapping*, antes de cambiar a algún programa sobre buscadores de oro, leñadores o cazadores de caimanes.

En esta ocasión, se limitó a lanzarle a Peter una mirada ofendida.

—Alguna vez, haciendo *zapping* —murmuró entre dientes—. Pero se aprenden cosas, ¿de acuerdo? ¿Quieres recuperar a Eryn o no?

—¿Y cómo hago eso? —insistió Peter, decidido a averiguar hasta dónde llegaba ese momento de lucidez emocional inducido por una serie.

Karl sonrió de una manera enigmática que hizo que se arrepintiera de haber preguntado.

—Pete, tengo un plan.

φ φ φ

—¿Y no has vuelto a saber nada de él? —preguntó Doug. Parecía enfadado, pero con su vozarrón era difícil diferenciar cuándo lo estaba y cuándo no.

—No.

Se oyeron una serie de murmullos de indignación por toda la mesa. Era viernes por la noche, y Katie, Emmet, sus amigos y yo estábamos tomando algo en un pub. Katie había argumentado que me vendría bien distraerme para dejar de pensar en Peter, lo que en la práctica se había traducido en tener que hablar de él todo el rato y contarle a los amigos de Emmet lo que había pasado con pelos y señales. Tal vez me equivocaba, pero me daba la impresión de que, en materia de no pensar en Peter, me hubiera ido mucho mejor por mi cuenta.

—Te llamará —aseguró Josh, dándome una palmadita en la mano.

—No pasa nada —murmuré.

No era para tanto, y comprendía que Peter no me hubiera llamado después de que dejara clara mi posición. Las cosas eran demasiado incómodas para volver atrás y ser solamente amigos. Estaba triste, pero prefería eso a verme atrapada en la montaña emocional de ser de nuevo el rebote de alguien. De hecho,

consideraba que estaba afrontando todo aquello con bastante entereza.

Sin embargo, todos se comportaban como si me hubiesen dejado plantada en el altar y yo fuera a echarme a llorar en cualquier momento. Me dijeron lo guapa que estaba numerosas veces, recitaron las frases estelares del Manual del Tópico de Los Desengaños Amorosos («Hay muchos peces en el mar», «Él se lo pierde» y «Ya encontrarás a otro», entre otros clásicos) e intentaron invitarme a unas cuarenta y dos cervezas, aproximadamente. Pero me resistí. No estaba segura de que el alcohol me hiciera sentir mejor, sino todo lo contrario. La época de acabar llorando en un portal en plena borrachera ya había quedado atrás. Después de conocer a Emmet de esa manera, había decidido retirarme en lo más alto. Nada más bueno podía salir de aquello.

De modo que, para cuando llegamos a la discoteca de Eric, yo estaba sobria y decidida a pasar una gran noche con mis amigos sin pensar en Peter.

Lo que entonces no sabía era que él iba a hacerme imposible eso de olvidarle.

φ φ φ

—Recuerda: una vez que entremos ahí dentro, pase lo que pase, no establezcas contacto visual con nadie, ¿está claro? *Con nadie*.

—¿Por qué? ¿Crees que si miras a alguien a la cara, intentará besarte? —se burló Peter.

Él y Karl estaban parados en la calle, delante del Omega. Su mejor amigo parecía tenso y alerta mientras le daba instrucciones, como si fuesen a desplegarse en suelo enemigo aprovechando el resguardo de la noche.

—Mira, tío, sé de lo que hablo. He visto cosas. Si le mantienes la mirada a alguien durante más de dos segundos, aunque tú no te enteres, habréis acordado tácitamente encontraros en el baño o en cualquier rincón oscuro de la discoteca, y no para hablar del tiempo.

A Peter le parecía que Karl estaba exagerando, como siempre, pero no podía dejar de encontrar divertida su actitud. La manera en que miraba a su alrededor, vigilante, como si temiera que alguien fuera a verle en la puerta de una discoteca de ambiente y hacerse ideas equivocadas sobre su sexualidad, era irrisoria.

—¿Y cómo sabes esas cosas? Si se puede saber.

Karl entrecerró los ojos para asesinarlo y murmuró algo, de lo que la única palabra inteligible fue «zapping». Después, con el aire heroico de quien lidera a su tropa en plena batalla, se dirigió hacia la entrada.

—Cúbreme —masculló.

Peter lo siguió, extrañándose de que Karl no le hubiese puesto un nombre en clave a su plan, como «Operación Reconquista En El Desierto», y a ellos apodos como «Chacal» o «Coyote».

Aunque, en realidad, cuando entraron en la discoteca en la que se suponía que estarían Eryn y sus amigos, Peter empezó a sentir un nudo de nervios en la boca del estómago que atenuó las ganas de burlarse de su amigo. Se repitió por enésima vez que el plan de Karl para recuperar a Eryn era sencillo, a fin de cuentas. La clave, como le había dicho, era humillarse: «Nada le demuestra tanto a una mujer como que te humilles en público por ella. Hazme caso, Peter; perderás tu dignidad, pero recuperarás a Eryn».

No era que a Peter le preocupara mucho perder su dignidad; tener por mejor amigo a Karl le había dejado muy poca. Pero ¿y si el plan no funcionaba? ¿Y si la había cagado para siempre con ella?

Como si Karl presintiera sus dudas, lo llevó directo a la barra sin dejar de comprobar el perímetro de reojo, por si alguien se aproximaba con la clara intención de ligar con él.

—¿No íbamos a buscar a Eryn? —preguntó Peter.

—Primero tenemos que hacer una parada para repostar. Humillarse no es tan fácil si estás sobrio —explicó Karl, al tiempo que le hacía señas al camarero para que los atendiera. Ni bien les hubo puesto dos vasos demasiado cargados de ron, Karl se volvió hacia Peter con expresión de concentración—. Tenemos que bebérselo de un trago, ¿de acuerdo?

— ¿Por qué? Creía que el objetivo era emborracharse, no vomitar.

—¡Escúchame, Peter, tienes que centrarte! —Karl lo agarró por los hombros y lo sacudió, histérico—. No podemos pararnos demasiado en la barra o seremos un blanco fácil.

Peter no pudo evitar carcajearse. Su amigo estaba sudando la gota gorda, tieso y a la defensiva, temiendo que algún hombre fuera a intentar seducirlo o a meterle mano cada segundo que pasaran en la discoteca. Pero, aunque la situación era muy divertida, reconocía el sacrificio que Karl estaba haciendo por él, así que hizo un esfuerzo por dejar de reírse y vació su vaso a toda velocidad.

Realizaron un par de paradas más para «repostar» en distintas barras de la discoteca, repitiendo el procedimiento de beber a toda prisa porque Karl consideraba oportuno cambiar de sitio de

manera continua. Al cabo de media hora, el nudo de nervios se había convertido en una montaña rusa en el estómago de Peter que amenazaba con nauseas. Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para recuperarse, porque de pronto vio a Katie y a Eryn, acompañadas de Emmet y sus amigos. Llamaban la atención, ya que eran de las pocas mujeres del lugar.

Por alguna razón, Eryn llevaba un puntiagudo gorrito de cartón ladeado sobre la cabeza y bailaba con Katie y uno de los amigos de Emmet al que Peter recordaba muy vagamente. ¿Bradley? ¿Brandon? No, ¡Brady!

Peter supo **el instante exacto** en que Eryn lo reconoció, porque dejó de bailar y se quedó paralizada, mirándolo con los ojos y la boca muy abiertos.

—¡Chicos! —exclamó Emmet al verlos—. ¿Qué hacéis vosotros por aquí?

En **ese momento**, Peter descubrió el primer gran fallo en el plan de Karl. No se habían molestado en buscarse una excusa creíble para justificar su aparición en una discoteca de ambiente en la que no habían entrado en la vida, considerando que ambos eran heterosexuales. Y no le parecía que decir «Vengo a humillarme delante de Eryn» fuera una buena manera de dar comienzo a la Operación Reconquista En El Desierto.

Miró a Karl y se dio cuenta de que este estaba pensando lo mismo que él.

—Ya, bueno... ya sabéis —improvisó su amigo rápidamente—. Pasábamos... pasábamos por aquí.

Peter reprimió las ganas de llevarse la mano a la cara y golpearse con ella.

—Sí, ya veo —asintió Emmet, y a Peter le pareció que le dedicaba una sonrisa cómplice.

Nada comparado con el guiño que Katie le hizo a Karl; guiño que percibió hasta el portero y, desde luego, también Eryn.

Peter suponía que la humillación había empezado incluso antes de lo que esperaba, pero entonces Karl le dio un empujón tan disimulado que lo arrojó encima de Eryn, eliminando de paso cualquier duda: la humillación había comenzado.

—Hola, Peter —murmuró ella, un poco cohibida.

Tenía los ojos brillantes y el gorrito de cartón le daba un aspecto adorable. Peter se preguntó por qué no podía saltarse todo el plan y besarla directamente, pero se recordó que tenía que hacer eso bien si pretendía conseguir algo más que un lío de una noche.

—Hola, Eryn, ¿es tu cumpleaños? —Y ante su mirada de confusión, Peter pellizcó la punta de su gorrito de cartón.

—Ah, esto. Había olvidado que lo llevaba. —Eryn se lo quitó con torpeza—. Lo cual es un milagro, porque la gomilla me estaba estrangulando. Es una tontería, Doug lo encontró por ahí y me lo puso.

Y señaló con la barbilla a uno de los amigos de Emmet, el que medía casi dos metros. Después de eso, se miraron y se sonrieron, un poco incómodos. Peter se estrujó el cerebro pensando en qué decir, pero el plan de Karl se centraba solo en la humillación, no en la conversación previa.

—Así que pasabais por aquí... —comentó ella tras unos segundos de tenso silencio, y lanzó una mirada elocuente a Karl, que charlaba con Katie pero echaba un vistazo a su espalda cada dos segundos por si alguien intentaba tocarle el culo o algo así.

Dadas las circunstancias, Peter decidió que la mejor política era ser sincero. Ya no le quedaba mucho que perder.

—La verdad es que quería verte y, en un intento de recuperar el reinado de *La vida más patética*, me he plantado en una discoteca de ambiente fingiendo que esto era un encuentro accidental.

Eryn abrió mucho los ojos al escucharle y bajó la mirada. Peter pensó que quizás había sido demasiado directo, teniendo en cuenta que habían acordado quedar como amigos. A lo mejor Eryn lo interpretaba como una falta de respeto a su decisión de no ser su «rebote». Quizás al intentar arreglarlo todo solo estaba estropeándolo más... Pero entonces ella sonrió, sin incomodidad, sin tensión. Como en los viejos tiempos.

—Reconozco que ha sido una buena jugada, Sheenan, pero tendrás que esforzarte más. No estoy dispuesta a cederte el trono, se está muy cómoda.

Peter sintió que la montaña rusa de su estómago disminuía la velocidad, dejándole respirar hondo. Eryn siempre hacía que hablar con ella fuera algo fácil, natural. No tenía que pensar en lo que iba a decir, no tenía que esforzarse en parecer interesante o divertido; solo tenía que dejarse llevar.

—Siempre he tenido curiosidad, ¿cómo es el trono exactamente?

—Oh, es una taza de váter, con la tapa bajada.

—¿Con escobilla?

—Por supuesto, es el cetro.

—Ya, pero ¿tiene corona?

—Sí, de papel higiénico —explicó ella, con aire entendido—. Pero no te hagas ilusiones, aún te falta mucho para arrebatármelo.

—No estoy tan seguro —alegó Peter—. Creo que deberíamos buscar un jurado independiente, porque, bajo mi punto de vista, en estos momentos yo debería ser el ganador.

—¿Basándote en qué? Soy yo la que vive en una casa de muñecas. Muñecas Polly Pocket —enfaticó ella.

—En los últimos tiempos he ganado muchos Puntos Patéticos. Hace unos meses conocí a una chica estupenda, una chica con la que conecté de verdad, y entonces... entonces lo eché todo a perder.

Eryn se quedó mirándolo con expresión de sorpresa. Peter notaba cómo el corazón le latía a mil por hora mientras esperaba que ella respondiera. Al fin, separó los labios y dijo algo. Pero no pudo escucharlo, porque su voz quedó ahogada por la de Karl.

—¡Cambio de sitio! —bramó este, haciéndose oír por encima de la música.

Eryn se volvió hacia él, olvidando lo que estaba diciendo.

Peter se volvió hacia él, deseando estrangularlo.

Pero a Karl no pareció importarle demasiado. Estaba sudando como un pollo en un asador y haciendo el gesto típico del baloncesto para pedir tiempo muerto.

—¡Alguien me ha tocado el culo! —declaró, traumatizado—. ¡Nos vamos a otra parte! ¡Vámonos ya! ¡Venga! ¡Por favor! ¡Vámonos!

Peter vio a Doug y a Brady riéndose con poco disimulo a espaldas de Karl. Seguramente había sido uno de ellos, para burlarse de su pánico a que otro hombre intentara ligar con él. En otro momento, lo habría encontrado gracioso, pero en ese instante solo podía echar pestes de su don de la oportunidad.

—Está bien, está bien, nos vamos —le aseguró Emmet con gesto apaciguador y voz suave, como si hablara a un niño asustado—. A donde tú quieras.

—A la Mac's —gimoteó Karl, que al verse entendido parecía a punto de hacer un puchero.

—Muy bien, vámonos todos. Ea, ea, ya pasó —lo arrulló Emmet, dándole palmaditas en un hombro al tiempo que lanzaba una mirada asesina a sus amigos, que ni siquiera se molestaron en fingirse arrepentidos.

De ese modo, todos se pusieron en marcha.

Peter estaba lamentándose con amargura por el momento arruinado cuando notó la mano de Eryn tomando la suya, para no perderle entre la aglomeración de gente; y entonces pensó que quizás no todo estaba perdido. La estrechó entre sus dedos y no pudo evitar acariciarle el dorso con el pulgar. Ella no le rechazó, lo que podía interpretarse como un avance positivo. Sin embargo, en cuanto llegaron a la puerta, Eryn lo soltó con timidez, y después Karl lo abordó, separándolo unos metros del grupo.

—Eh, tío, ¿cómo va la cosa?

—Iba bien hasta que te pusiste a gritar como un histérico —replicó Peter, sin poder disimular su irritación.

—Oye, yo lo intenté, ¿vale? ¡Pero me pasaron la mano por el maldito trasero! —exclamó, en el mismo tono en que Rambo habría dicho «¡No siento las piernas!».

—Está bien, está bien, no te preocupes —lo calmó él—. Creo que no todo está perdido.

—Aún queda la fase final del plan, La Fase Definitiva. Esto solo ha sido el calentamiento. Además, ¿has visto? Incluso en un

momento de tensión logré convencer a todos para ir a la Mac's sin que nadie sospechara.

—Sí, Karl, deberías ser espía —replicó Peter con ironía, pero este no la captó o no quiso captarla, y poco después llegaron a la Mac's.

La última vez que estuvieron allí, Anna había cantado *It's not unusual* con una borrachera de infarto. Ahora, con perspectiva, Peter se daba cuenta de que se la había cantado a él.

Se preguntó qué pensaría ella si viera lo que iba a hacer esa noche. Lo que estaba claro era que necesitaba beber mucho más para poder llevar a cabo La Fase Definitiva del Plan de Karl, también conocida como «Humillación Sin Retorno». Para ello necesitaba varios elementos que iban a encontrar en la Mac's: un escenario, un micrófono, una canción de Westlife y gente ante la que hacer el ridículo (la importante era Eryn, pero, como le había explicado Karl, cuanto más gente lo presenciara, más potentes serían los efectos de su humillación).

Al ver la puerta del local, Peter se preguntó si tendría el valor necesario para hacerlo. Pero entonces miró a Eryn y ella le sonrió, y en ese momento comprendió que cantaría toda la maldita discografía de los Westlife si fuera necesario con tal de poder besarla de nuevo.

Capítulo 14: Hard to say I'm sorry

Llegamos a la Mac's sin que pudiera cruzar una palabra más con Peter. Karl parecía estar dándole una especie de charla motivacional, a juzgar por sus ademanes. Por mi parte, yo estaba rodeada por Katie, Emmet y sus amigos, que comentaban la aparición de Peter como un grupo de señoras en una peluquería intercambiando opiniones sobre el culebrón de moda.

—¡Ha venido!

—¡Oh, es tan romántico!

—Katie, tú lo sabías, ¿verdad?

—Eryn, ¿no estás nerviosa?

Si hubiese estado muy nerviosa, su constante parloteo hubiese logrado provocarme una taquicardia. Me había pillado totalmente por sorpresa que Peter se hubiese presentado en la discoteca de Eric, pero ahora comprendía por qué Katie había insistido tanto en que me arreglara como si me hubiesen invitado a la ceremonia de los Oscars. Ella había estado en el ajo desde el principio, la muy traidora, riéndose de mis esfuerzos por olvidarme de Peter.

Pensaba que, después de un tiempo, cuando el ambiente entre nosotros ya no estuviese tan enrarecido, podríamos ser amigos. Pero que hubiese aparecido en el Omega fingiendo que era un encuentro casual y me hubiese dicho las cosas que me había dicho... hacían que me costara recordar por qué razón había decidido que fuéramos solo amigos.

—Necesito una copa —declaré en cuanto entramos por la puerta de la Mac's.

Mi resolución de no beber en absoluto se había ido a la porra, junto con mi propósito de no pensar en Peter. Doug acudió al rescate y me trajo algo de beber mientras Emmet me daba palmaditas en un brazo, suponía que para tranquilizarme, a pesar de que él parecía más nervioso que yo.

—¿Y Peter? —preguntó, impaciente.

Miré alrededor y me di cuenta de que no estaba con nosotros. Karl tampoco. Recordaba haberlos visto entrar, pero en algún momento se habían separado del grupo. Katie, a mi lado, removía la guinda de su cóctel con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué has hecho? —la interrogué—. ¿Dónde están?

—Tú tranquila, Eryn. Espera y verás —contestó, y me guiñó un ojo.

La mirada traviesa de Katie me hizo presagiar cosas terribles. Por un instante, mientras un par de pelirrojas tambaleantes destrozaban *I will survive* en el karaoke, fantaseé con la idea de vivir en un mundo en que mis amigos me dejaran arreglar mis propios problemas como una adulta, en lugar de tramar cosas a mis espaldas. Cosas que solían acabar con mi dignidad malherida.

Peter y Karl reaparecieron cinco minutos después, con los primeros acordes de *Stop in the name of love*. Peter tenía una copa en la mano que vació de un trago y pasó a su mejor amigo. Después se acercó a mí con gesto decidido, me cogió una mano con suavidad y me apartó unos pasos del grupo. Yo me dejé llevar, con el corazón en la garganta. Peter me acarició el interior de la mano con el pulgar, me miró a los ojos y separó los labios para decir algo... pero entonces vio que nuestros amigos estaban a nuestro lado de nuevo.

Si hubiesen tenido algo tras lo que esconderse, como un buzón o una cabina de teléfono, igual que en los dibujos animados, hubiésemos podido ver sus pies asomando por debajo mientras nos seguían. Pero, como no lo tenían, un grupo de ocho personas haciendo un corro alrededor de nosotros no pasaba lo que se dice desapercibido.

—Karl —masculló Peter, con los dientes apretados.

Karl, que nos contemplaba con el mismo disimulo que el resto, dio un respingo, se llevó una mano a la frente en un saludo militar y se puso a dispersar a los cotillas de nuestro público, como si de un agente antidisturbios se tratara.

—Venga, venga, aquí no hay nada que ver, amigos —anunciaba, extendiendo los brazos para impedir que se acercaran.

Peter esperó hasta que todos se hubieron alejado un par de metros, desde donde sin duda nos seguirían espiando. Luego se acercó a mi oído para que lo escuchara por encima de la música y me cogió también la otra mano, lo que provocó que me entrara una especie de tic nervioso en la rodilla derecha.

—Escucha, Eryn —su aliento me acarició la oreja y la piel sensible del cuello, haciendo que mi cuerpo se estirara hacia él sin darme cuenta—: como habrás notado, no aparecí dónde estabas por casualidad. Te he buscado porque quiero demostrarte una cosa.

—*Qué* —jadeé con la boca seca.

Peter se apartó un poco para mirarme a los ojos, así que leí sus labios más que oírle.

—Que no eres mi rebote.

En ese momento, como si hubiese estado programado, el nombre de Peter apareció en la pantalla que había en el escenario

del karaoke. La pantalla donde se reproducían unos videoclips ochenteros acompañando la letra de las canciones, casi siempre protagonizados por una chica con el pelo cardado y hombreras, a la que un hombre con un pantalón vaquero hasta las axilas contemplaba con cara de enamorado. La pantalla donde, entre actuación y actuación, se anunciaba el título y autor de la canción original y el nombre de la persona que iba a destrozarla con ayuda de un micrófono.

Hard to say I'm sorry – Westlife

Por Peter Sheenan

Mis ojos buscaron a Peter y él me devolvió la mirada con serenidad.

—No... —susurré.

—Sí —confirmó él.

—Peter, no lo hagas, de verdad, no hace falta que...

—No, Eryn. —Soltó mi mano y me tocó los labios con un dedo para silenciarme, al tiempo que negaba con la cabeza—. Esto es algo que debo hacer —anunció con dramatismo.

Y entonces se alejó con paso decidido hacia el escenario, con el gesto heroico de Aragorn cuando se lanza contra las Puertas Negras de Mordor, sabiendo que va a morir pero confiando en que quizás su sacrificio permita a Frodo cumplir con éxito su misión.

—Es tan valiente —se admiró Emmet, y de pronto me di cuenta de que todos habían vuelto a rodearme y no se molestaban en fingir que no habían estado espiándonos todo el tiempo—. Aunque yo habría elegido la versión original de la canción, no la de Westlife —añadió, ultrajado.

—¿Tú sabías esto? —le pregunté a Katie.

—Sospechaba que cantaría una canción, pero no esta — confesó ella—. El chico va en serio.

Peter subió a lo alto del escenario. Estaba tan pálido que los focos le hacían parecer azulado, como un na'vi. Se acercó al soporte del micrófono y lo cogió. Unos segundos después, los acordes iniciales de la canción empezaron a sonar, mientras me buscaba con la mirada.

Me encontró en el mismo instante en que los primeros versos de la letra aparecieron en la pantalla, por debajo de la imagen de una chica con permanente y un jersey enorme que le llegaba por las rodillas, paseando por la playa con aspecto melancólico.

*Everybody needs a little time away, I heard her say, from each
otheeeeer...*

*(«Todo el mundo necesita un tiempo apartado, la escuché decir, el
uno del otro»)*

La voz de Peter se elevó tímidamente, débil y aguda como el maullido de un gato. Doug y Brady pusieron una mueca de dolor, pero Karl, a mi lado, acompañaba a su amigo con total entrega.

Even lovers need a holiday far away from each otheeeeer...

*(«Incluso los amantes necesitan unas vacaciones, lejos el uno del
otro»)*

Por la manera en que Karl seguía la letra con una mano apoyada en el pecho, sospeché que había sido él quien había escogido la canción.

El hombre protagonista del videoclip hizo acto de presencia, llevando una cazadora vaquera varias tallas más grande de la cuenta y unas deportivas blancas que se hundían en la arena,

impidiéndole alcanzar a la chica de la permanente en una clara metáfora.

Hold me now...
(«Abrázame ahora»)

Peter desafinó; su voz parecía ir ganando consistencia en cada verso. Su cuerpo se recortaba contra la pantalla, ocultando parcialmente a los enamorados. El tipo había alcanzado a la chica y la había sujetado por un brazo, pero, con un gesto sobreactuado y muy dramático, ella se soltaba y continuaba andando.

It's hard for me to say I'm sorry. I just want you to stay...
(«Me cuesta pedir perdón. Solo quiero que te quedes»)

Peter extendió un brazo hacia mí como si quisiera tocarme, lo que hizo que Emmet me estrujara la mano.

Para la siguiente estrofa, Peter ya parecía metido en la canción por completo. Mientras los amantes discutían moviendo los labios excesivamente, a él ya no se le veía tan rígido ni pálido, e incluso meneaba un poco el cuerpo al ritmo de la canción. Gesticulaba y agitaba su mano libre en el aire, cual líder de una *boyband* de los noventa.

After all that we've been through, I will make it up to you, I promise
(«Después de todo lo que hemos pasado, te lo compensaré, lo prometo»)

Quizás fuera porque Peter cantaba bastante mejor que la mitad de la gente que se subía a ese escenario, por el maravilloso videoclip o porque había muchos fans de Westlife en el local, pero el caso era que la gente empezó a hacerle los coros.

Karl incluso sacó un mechero, lo encendió y empezó a mecerlo en el aire al ritmo de la canción. Emmet no paraba de

susurrar lo romántico que era todo aquello y de apretarme la mano, mientras Katie silbaba y vitoreaba a Peter. Y yo me preguntaba si todo eso era la vida real o estaba teniendo un sueño muy vívido.

Couldn't stand to be kept away just for the day from your body.

Wouldn't wanna swept away far away from the one that I love...

(«No podría soportar estar lejos de tu cuerpo otro día. No querría ser alejado de la persona a la que amo»)

Esa vez, Peter me señaló con un dedo y varias personas que estaban cerca de nosotros se giraron buscando a la afortunada a la que iba dirigida la canción. Por si quedaba alguna duda, Katie y Emmet empezaron a señalarme con aspavientos, hasta que todo el mundo a mi alrededor se me quedó mirando con una sonrisa cómplice que me hizo desear esconder la cabeza debajo de la tierra. Solo faltaba la señora corpulenta de toda comedia romántica que se preciara, para chascarme los dedos bajo la nariz y decirme algo como «¡Espabila, nena, si no lo quieres tú, me lo quedaré yo!».

Cuando ya pensaba que nada podía ser más surrealista, llegó el siguiente estribillo y Peter, viniéndose arriba, tendió el micrófono hacia el público, que se puso a cantar el famoso «*Hold me now. It's hard for me to say I'm sorry. I just want you to stay*». Algunas personas hasta lo cantaron vueltas hacia mí, con las manos extendidas y el cuerpo moviéndose al ritmo de la música. Yo intenté esconderme detrás de la amplia espalda de Doug, deseando desaparecer.

Oculto tras mi parapeto humano, pude ver de reojo cómo Karl se guardaba el mechero, y lo oí exclamar algo como «¡Maldita sea! ¡No puedo dejar que lo haga solo! ¡Ya voy, Peter!».

Desapareció entre la gente y unos segundos después reapareció en el escenario. Cogió el otro micrófono, le pasó un brazo a Peter por el hombro y juntos entonaron el siguiente estribillo. Tras ellos, el tipo de la cazadora gigante se había hincado de rodillas en la arena, pidiéndole perdón a la chica de la permanente, que parecía dudar.

*Hold me now. I really want to tell you I'm sorry. I could never let you
gooooooooo...*

*(«Abrázame ahora. Quiero que sepas que lo siento de verdad.
Nunca podría dejarte ir»)*

Si Peter había parecido un Backstreet Boy, Karl era directamente una diva. Se puso rojo sosteniendo el «goooooooooooo» y sus gestos eran tan sobreactuados como los de los protagonistas del vídeo. Su voz sonaba ronca y rota, como si estuviese a punto de llorar; y por un momento, durante el siguiente «*After all that we've been through, I will make it up to you, I promise*», pensé que lo haría.

Por fortuna para todos, la canción acabó unos segundos después, con el «*Everybody needs a little time away, I heard her say*» final. Las últimas notas de piano, los amantes fundiéndose en un beso en medio de la playa y fin.

Un silencio profundo recorrió el local... y entonces todo el mundo empezó a aplaudir y a chillar.

—¡Macizos! ¡Tíos buenos! —aulló Katie.

—Peter, ¡rebota conmigo, que yo te dejo! —gritó Emmet, aplaudiendo emocionado.

En el escenario, Peter devolvía los aplausos un poco avergonzado, pero Karl incluso hacía reverencias, lanzaba besos,

señalaba chicas del público y les guiñaba un ojo. Cuando el nombre de la siguiente canción apareció en la pantalla que había tras ellos, Peter bajó del escenario, aunque tuvo que regresar a por Karl y arrastrarlo hasta la pista, ya que continuaba entregado a su público y no tenía intención de seguirle. Después, desaparecieron entre la multitud.

Llevados por la emoción del momento, Katie y Emmet me dieron un abrazo-sándwich y me obligaron a saltar con ellos, pisoteando entre los tres los últimos girones de mi dignidad. Cuando me soltaron, me sentía demasiado aturdida para hablar. Me sentía... bueno, ni yo tenía ni idea de cómo me sentía. Una extraña mezcla de bochorno, emoción, ganas de asesinar a todos mis amigos y de besar a Peter.

A una mujer no le quedaba elección cuando un hombre cantaba una canción de Westlife en un karaoke para demostrarle su amor. O Peter era el chico que se tomaba más molestias del mundo por un simple ligue con el que pasar el rato o definitivamente iba en serio y yo no era un pasatiempo.

Nadie había hecho nunca nada tan... tan... bueno, tan ridículo y romántico por mí.

«Lo siento, Jerry», pensé, acordándome del músico callejero de Grafton Street que se parecía a Dumbledore.

Brady, el esquelético y bajito amigo de Emmet, dio un grito en ese momento, cual guardia en las almenas de un castillo avistando a los caballeros que regresan victoriosos de una batalla. Segundos después, vi a Peter y a Karl acercándose, mientras la gente les abría paso y los vitoreaba por su actuación.

Peter y yo nos miramos. Quería besarlo y sabía que él quería besarme a mí, pero toda la discoteca estaba observándonos.

—¿Lo habéis visto? ¿Lo habéis visto? —preguntó Karl, emocionado—. Hemos estado geniales. ¿Qué me dices, Eryn? ¿Qué te ha parecido, eh?

—Ha sido... —busqué la palabra adecuada, sin apartar los ojos de Peter— impresionante.

Todos se pusieron a felicitarlos. Karl estaba obsequiándonos con un relato pormenorizado de su actuación («Creía que no iba a llegar al "*leeeet you goooo*", ¿sabéis? Por un momento pensé que me quedaría sin aire, pero lo logré. Lo logré. Maldita sea, si esta gente sabe lo que se hace, no permitirán que nadie más suba a ese escenario a cantar el *Hard to say I'm sorry*, porque hemos alcanzado la perfección») cuando noté que Peter me cogía de la mano y tiraba de mí con disimulo. Su mano estaba fría y un poco húmeda, seguramente por lo que había sudado en el escenario, pero la apreté con fuerza y dejé que me guiara entre la gente.

Los dos sabíamos que había altas posibilidades de que nos siguieran en cuanto notaran nuestra ausencia, así que corrimos todo lo pudimos hasta la puerta. El portero, un tipo enorme y con gafas de sol, nos abrió y sonrió.

—Eh, tú eres el que acaba de cantar, ¿no?

—Sí, soy yo —reconoció Peter. Me apretó la mano aún más, y de pronto vi una chispa de malicia en sus ojos—. Y esta es la chica a la que dediqué la canción. ¿Podrías hacernos un favor, amigo?

—Claro.

—¿Recuerdas al tipo que se me unió en la parte final? —El portero asintió—. Dentro de unos treinta segundos, aparecerá por aquí buscándonos con un grupo de gente. ¿Podrías entretenerlos un rato?

—Eso está hecho —asintió el tipo, adoptando una pose intimidatoria—. No pasarán.

Peter y yo pusimos cara de miedo, porque el portero parecía dispuesto a partirles las piernas para dejarnos intimidados, pero decidimos que nuestros amigos se las apañarían bien y echamos a correr calle abajo como dos colegiales a los que persigue su madre con una escoba. Giramos a la izquierda y luego a la derecha, cruzamos dos calles más y de pronto Peter me atrajo hasta un pequeño callejón, que era en realidad la salida trasera de un pub por donde entraban los cargamentos de bebidas.

Casi chocamos entre nosotros y nos apartamos sonriendo. Me sentía como una estúpida quinceañera a la que iban a dar su primer beso. Me faltaba el aliento y el tic en mi rodilla había vuelto.

—¿Y bien? ¿Ha funcionado? ¿Te he convencido? —preguntó Peter, y me puso las manos en la cintura en un gesto que, como la canción, prometía no dejarme ir—. Porque si no es así, Karl ha elaborado una lista de canciones que...

—Ha funcionado —susurré, y le rodeé el cuello con las manos, entrelazándolas tras su nuca para que los dedos dejaran de temblarme—. Pero podemos dejar que Karl cante esas canciones de todos modos, creo que le haría ilusión.

Peter sonrió, sus labios torciéndose un poco hacia la derecha, sobre todo el inferior. Me pregunté qué pasaría si me ponía de puntillas y se lo mordía.

—Ha trabajado mucho para ayudarme a ganar esta edición de *La vida más patética*, le debo parte de mi éxito —murmuró, inclinándose un poco hacia mí.

—Lo del karaoke ha sido una jugada muy rastrera, Sheenan —respondí a media voz, elevándome sobre las puntas de los pies.

—Pero al público le ha gustado —argumentó él sobre mi boca.

—Tienes razón —reconocí, y lo besé.

Por la manera en que Peter me estrechó contra sí, por la forma en que me devolvió el beso y acarició mi lengua con la suya, comprendí que yo no era un rebote. Nadie besaba así a un rebote.

Quizás nunca lo había sido. Quizás se trataba de que yo era de ese tipo de persona incapaz de creer que alguien sienta algo por ella, si no se humilla públicamente cantando algo de Westlife en un karaoke para demostrarlo. Por suerte, Peter era del tipo de chicos capaces de hacer ese tipo de cosas para convencerme.

Por un instante, me imaginé a Karl, Katie, Emmet y compañía interrogando al portero y abrazándolo con lágrimas en los ojos cuando les confirmó que nos habíamos ido juntos, pero que ni muerto les diría en qué dirección. Imaginé a mi madre despertando en medio de la noche con el presentimiento de que su hija había conocido a *alguien*, y al pobre Jerry componiendo una canción para su guitarra de latón sobre un amor perdido.

Imaginé todas esas cosas, hasta que mi cerebro se apagó y solo quedó la boca de Peter sobre la mía.

φ φ φ

Busqué la cerradura a tientas. La palpé con los dedos de una mano y traté de encajar la llave en ella sin éxito. Volví a intentarlo un par

de veces más, pero no lograba colocarla en la posición correcta para que entrara.

Peter me quitó la llave sin dejar de besarme y lo intentó él. Escuché el sonido metálico de la refriega mientras le colaba las manos bajo la camiseta. Seguimos besándonos y acariciándonos durante cinco minutos sin que Peter consiguiera nada con una sola mano, así que al final se rindió, se apartó de mí y lo intentó con las dos.

—Maldita sea—masculló.

Le lancé un mordisco juguetón a la barbilla en el mismo momento en que logró encajar la llave en la cerradura. La giró, casi con rabia, y los dos entramos en mi piso a trompicones. Le quité la chaqueta y la arrojé sobre el sofá mientras retrocedíamos hacia mi habitación. Él comenzó a desabotonarme la camisa sin dejar de besarme el cuello. Llegamos a mi cuarto y encendí la luz de un torpe manotazo.

La parte interior de mis rodillas chocó contra el borde mi cama un instante antes de que los dos cayéramos sobre el colchón. Pero mi colchón de pronto tenía formas... y huesos. ¿Y aullaba?

—¡Aaaaaaaaaaaaaah!

Peter gritó y se cayó de la cama. Yo grité y me arrojé al suelo. Mi colchón gritó y se removió.

Y entonces, cuando mi mano se cerraba sobre la pata de la silla de mi escritorio que pensaba emplear como arma, la vi.

Ashley.

El colchón gritón que casi nos había provocado un infarto a Peter y a mí era mi querida hermana.

—¡Ashley! —chillé, a medias aliviada, a medias furiosa—. ¿Se puede saber qué demonios haces en mi cama?

—Lo siento —exclamó ella, todavía pálida por el susto. Llevaba uno de mis pijamas y tenía los ojos emborronados, como si hubiese llorado sin desmaquillarse—. Lo siento mucho, Eryn, pero es que... es que... he vuelto a romper con Harry... —sollozó.

Habían pasado cuatro meses desde que Peter me había dedicado aquella canción en la Mac's, dos desde que había decidido que ocho semanas de castos besos y nada más eran suficientes para eliminar cualquier duda que pudiera quedarme de que no estaba conmigo por despecho, y más o menos unas cinco noches desde la última vez que Ashley había irrumpido en mi piso cuando estábamos cenando, también por una ruptura con el tal Harry.

Durante un momento, saboreé en mi mente la idea de ser hija única, pero entonces Peter me ayudó a ponerme en pie y me di cuenta de que no iba a hacer que Ashley desapareciera con el poder de mi mente.

—Lo siento mucho —me disculpé con él. «La próxima vez iremos a tu casa», le dije con una mirada.

—No pasa nada —me aseguró Peter, abrochando cuidadosamente los botones de mi camisa que había soltado segundos atrás—. Iré a por helado.

Peter ya conocía el protocolo de emergencia que se activaba cuando mi hermana rompía con uno de sus novios. Diligente, me besó en la frente y salió de la habitación. Yo me volví hacia Ashley, dispuesta a dejarle las cosas claras y amenazarla con una muerte lenta y dolorosa si no me devolvía la copia de mis llaves que se

había hecho sin mi permiso. Pero, como siempre, su expresión de pena me ablandó.

—Perdóname, Eryn —lloriqueó—. Os he estropeado la noche a ti y a Peter.

Por unos instantes, me debatí entre ser sincera o ser una buena hermana. Al final, mi amor fraternal ganó la batalla, me senté junto a ella en la cama y la abracé. Justo entonces, sonó el timbre.

Miré a Ashley y ella me devolvió la mirada, tan sorprendida como yo. ¿Sería mi padre que venía a buscarla? De pronto aquello parecía haberse convertido en una reunión familiar. Rezando para que no se tratara de él, salí al salón donde estaba Peter con una tarrina de helado, una caja de pañuelos y expresión de desconcierto.

—¿Esperas a alguien? —me preguntó.

Antes de que pudiera responder, el timbre volvió a sonar y empezaron a aporrear la puerta.

—¡Eh, abridnos de una vez! —exigió una voz que parecía pertenecer a Karl.

—Os hemos oído gritar, ¿estáis bien? —Ese era Emmet.

—Si hay un ladrón ahí dentro, que sepas que Eryn no tiene absolutamente nada de valor. Pierdes el tiempo —señaló alguien que, sin duda, era Katie.

Extendí los dedos de una mano y me golpeé la frente con ella. Peter pareció decidir que yo necesitaba el helado más que mi hermana, así que me pasó la tarrina, me dio un beso en la sien y fue a abrir.

Karl, Katie y Emmet irrumpieron en el piso como una avalancha. Katie agitaba una espumadera, Emmet tenía el móvil en

la mano con el número de la policía marcado y Karl adoptó una postura que sin duda él creía que pertenecía a alguna disciplina marcial (pero no lo hacía). En ese momento, Ashley se asomó por la puerta de mi habitación, de manera que en mi *hall*-salón-cocina quedó aproximadamente una baldosa desocupada. El silencio duró unos cinco segundos, en los que todos intercambiamos miradas. Después, los recién llegados parecieron relajarse. Katie bajó la espumadera, Emmet bloqueó el móvil y Karl dejó de imitar la pose de La Grulla Con Problemas De Equilibrio.

—¿Qué hacéis aquí? —los interrogó Peter.

Me fijé en que Katie y Emmet llevaban camisetas viejas de Karl (en la de ella ponía «Donante de esperma: pide tu muestra gratis» y la de él tenía un dibujo con el logo de Pepsi en el que ponía «Sexsi»), mientras que mi vecino iba en ropa interior y estaba descalzo.

Peter y yo los habíamos despedido en el segundo piso hacía cinco minutos. Esa noche habíamos salido a celebrar que Katie había conseguido un trabajo como azafata en un programa de la televisión local. Como Katie nos invitó a unas cuantas rondas de chupitos, Emmet acabó bebiendo demasiado como para coger el coche y Karl les había ofrecido a mis amigos quedarse en su cama mientras él dormía en el sofá. Aunque me encantaba que todos se llevaran tan bien, en ese momento quería matar a todas las personas que se encontraban en mi piso, salvo a Peter.

—Os oímos gritar y nos asustamos, tío —explicó Karl. Le creí, porque las paredes de nuestro edificio eran de papel y porque eso explicaba su curiosa manera de irrumpir en mi piso—. ¿Qué ha pasado?

—Ashley ha pasado —respondí, y me metí una enorme cucharada de helado en la boca. Solo quería marcharme con Peter y dejarlos a todos allí.

—Oh, Ash, ¿qué ha sucedido? ¿Harry otra vez? —preguntó Emmet.

Ashley asintió, haciendo un puchero. Y así, sin más, Emmet me quitó el helado y se lo llevó a mi hermana. Le pasó un brazo sobre los hombros y la guio a mi habitación, pidiéndole que le contara todo.

Para entonces, Katie había decidido que ella también se merecía helado por haberme salvado de un ladrón imaginario y estaba rebuscando en mi congelador, mientras que Karl se había echado en mi sofá con total libertad.

—Ah, esto sí que es cómodo —susurró, acariciando el reposabrazos—. No sé cómo pudiste dormir tantas semanas en mi sofá, Pete. He estado ahí dos minutos y ya me dolía la espalda.

Peter se acercó a mí, me abrazó y me tendió la caja de pañuelos.

—Recuérdame por qué queremos a esta gente —murmuró, de modo que solo yo pudiera oírle.

Yo cogí un pañuelo y cubrí su mano con la mía antes de responder.

—Porque sin ellos jamás habríamos ganado *La vida más patética*.

Epílogo

El trabajo de Katie como azafata de un concurso de la televisión local le sirvió como trampolín para presentar su propio programa. Se trataba de un concurso nocturno de preguntas y respuestas, cuyos participantes llamaban por teléfono. A decir verdad, la mayoría de los espectadores que llamaban tenían como único interés tratar de ligar con Katie en directo. Pero estaba bien pagado y ella consideraba que aportaba mucho a su currículum como actriz. Siempre decía que el mero hecho de que no amenazara a los concursantes babosos con envenenar su comida atestiguaba su talento interpretativo.

Paul, el novio de Emmet, dejó de viajar tanto y empezó a pasar largas temporadas en Dublín. Un buen día, la madre de Emmet contactó con su hijo con la intención de retomar su relación con él. Actualmente se encuentran trabajando en ello.

Después de su enésima ruptura con Harry o Larry (¿o era Barry?), Ashley decidió darse un año sabático en el amor. Su firme propósito duró menos de tres meses (en los que mi padre gozó de mejor salud que nunca), pero mi hermana aseguró que le sirvieron para conocerse a sí misma. Sin embargo, no me devolvió la copia de mis llaves.

Mi padre siguió viendo *Phineas y Ferb* a escondidas. Mi madre, con todo el tiempo libre que le dejaba el no tener que preocuparse de buscarme novio, se unió a él.

Karl consiguió un trabajo como repartidor de pizzas, descubriendo en ello su vocación en la vida. Tenía una moto propia, acceso ilimitado a su comida favorita y una alta **probabilidad** de conocer a chicas que celebraban fiestas. Por supuesto, su relación

con ellas duraba tanto como la pizza que transportaba, pero le dejaba idéntico buen sabor de boca. Con el dinero que le proporcionó el tener un trabajo estable, se compró un sofá que no parecía el colchón de un faquir.

Henry dejó de llamarme. Unos meses después, me enteré por su hermana de que se había prometido con Tara.

Aideen y su nuevo novio tuvieron un hijo al año siguiente. Anna fue la madrina. Peter y ella llegaron a una especie de situación de tregua y siguieron manteniendo el contacto, aunque su amistad nunca volvió a ser la de antes.

Tim El Raro continuó siendo raro e inició una relación sentimental con su prima. Joe El De La Fotocopiadora lloró amargamente la decisión de Playboy de dejar de publicar desnudos y resolvió pasarse al porno digital.

Jerry, el artista callejero, siguió tocando su guitarra de latón. Su repertorio no se enriqueció con ninguna balada sobre un amor perdido, pero lanzaba miradas hostiles a Peter cada vez que nos veía pasar dados de la mano. Aunque Peter trató de comprar su aprobación dándole unas monedas, era evidente que Jerry no perdonaba ni olvidaba.

Por último, pero no por ello menos importante, os hablaré de Peter y de mí. Con el tiempo, dejé Bolsín Cerrado y me mudé a su casa. Tengo entendido que una agradable pareja de liliputienses alquiló mi viejo piso, sin saber que mi hermana tenía una copia de sus llaves.

Un buen día, Peter y yo tomamos la dura decisión de no participar en las siguientes ediciones de *La vida más patética*.

Y puedo decir que fuimos felices.

Sin comer perdices.
Aunque sí mucha pizza.

Banda Sonora No Original (BSNO)

Simply Irresistible – Robert Palmer

Billy Jean – Michael Jackson

Stayin' alive – Bee Gees

It's not unusual – Tom Jones

Mamma mia – ABBA

Gimme! Gimme! Gimme! (A man after midnight) – ABBA

The winner takes it all – ABBA

Someone like you – Adele

Hard to say I'm sorry – Westlife

Agradecimientos

Debo empezar agradeciendo a la persona que creó el meme que dio origen a esta novela, por sembrar la semilla.

A mis amigas y lectoras en LiveJournal, por regarla y abonarla durante el proceso de escritura.

A Sig y Nell, por animarme a soñar con publicarla.

A mi editora, Pilar, quien me dio el empujón definitivo para lanzarme al vacío.

A Judith, por usar su increíble talento y toda su creatividad para ilustrar esta novela, captando al 100% su espíritu.

A todas las amigas que la habéis leído y habéis considerado que merecía la pena publicarla.

A todas las personas que durante años habéis creído en mí.

Y, por supuesto, a ti que has llegado hasta aquí.